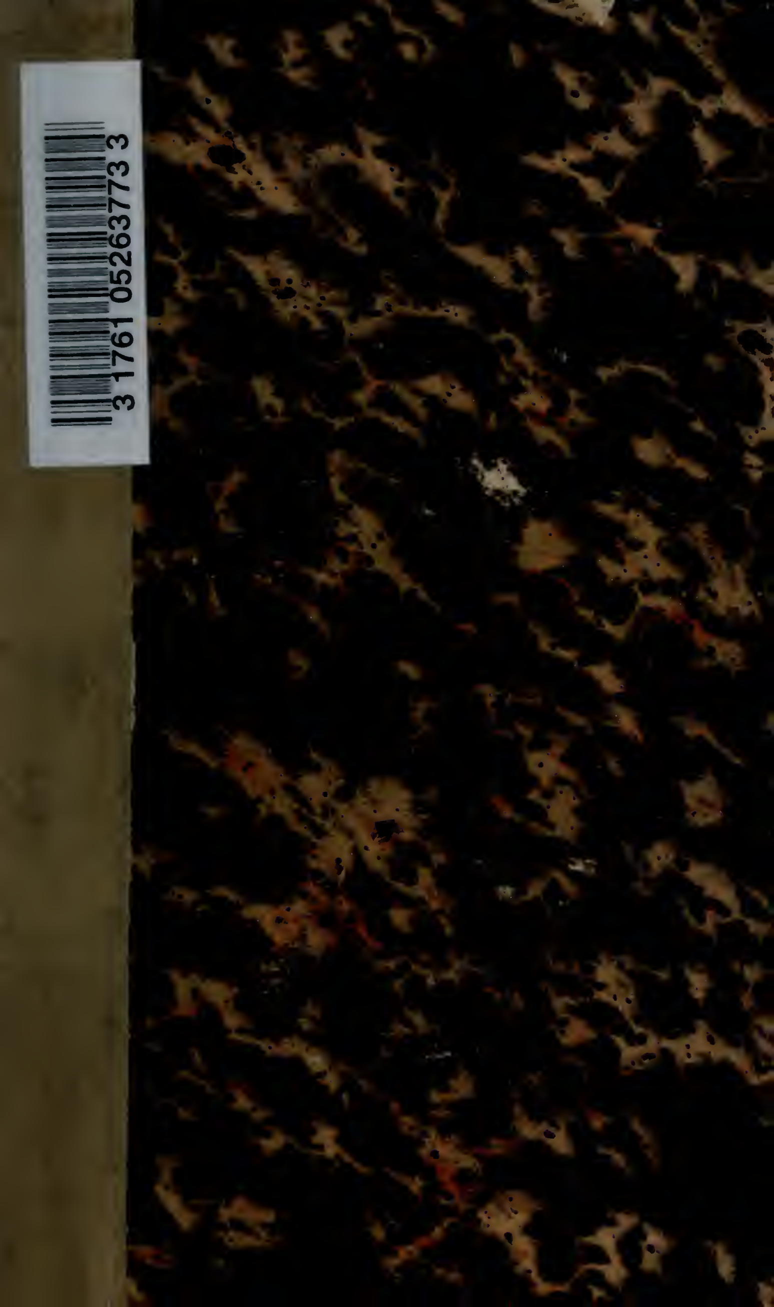
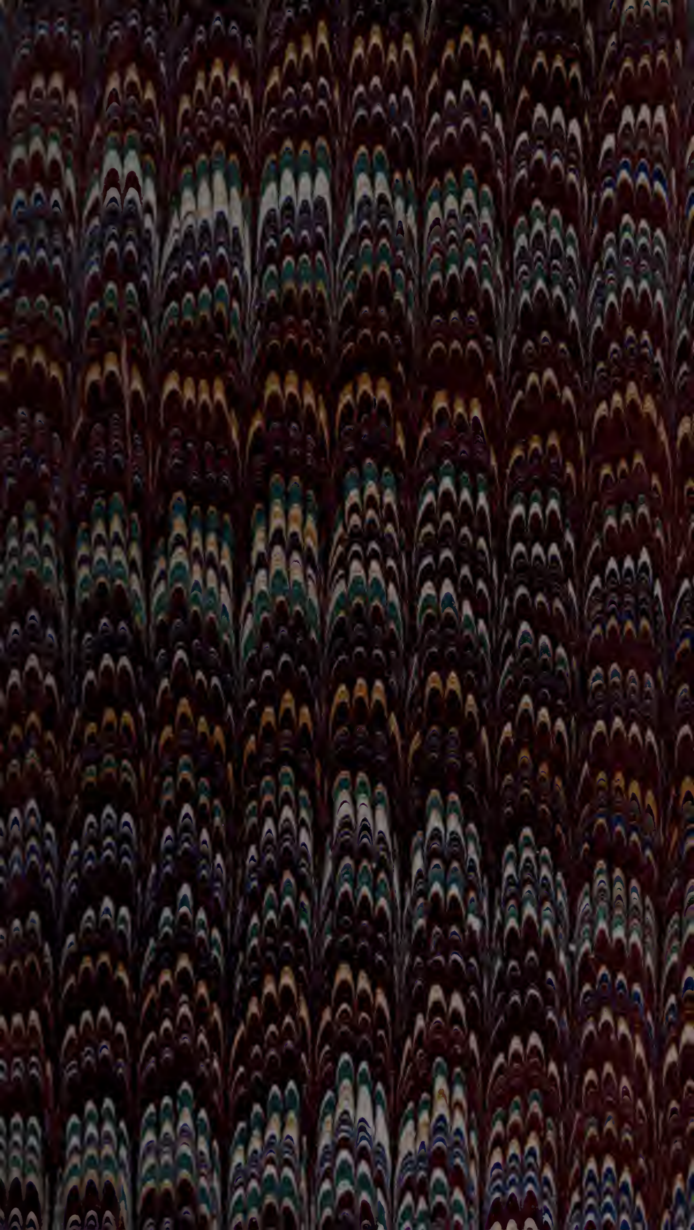
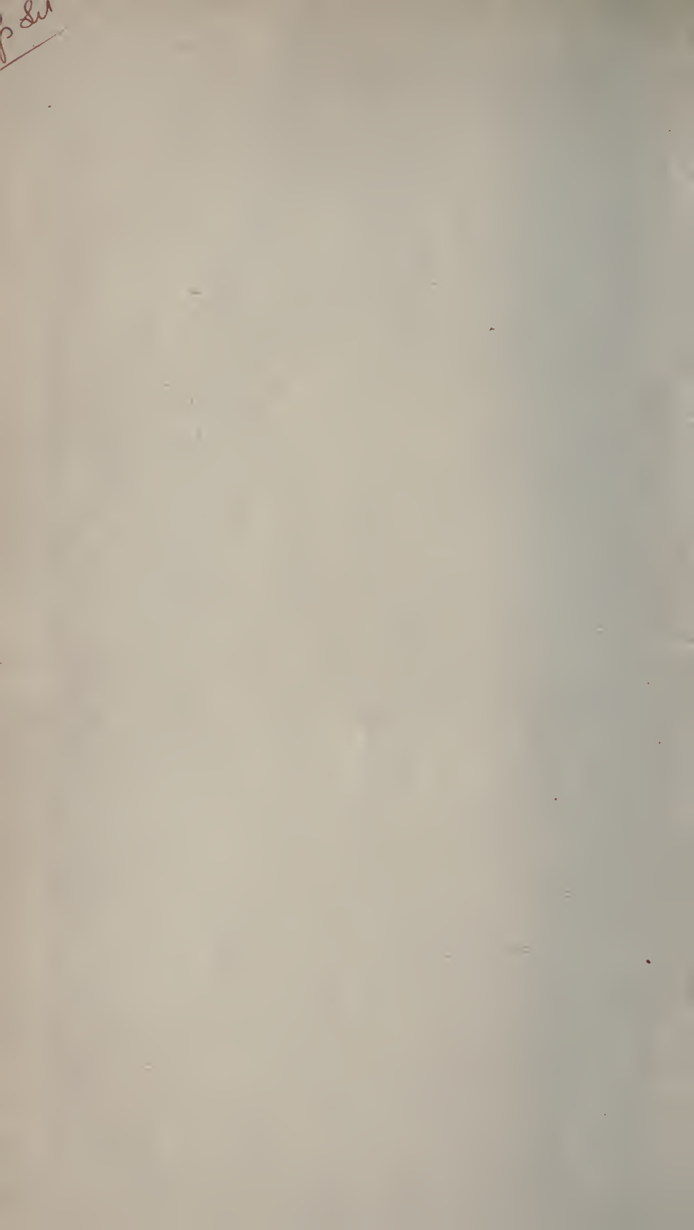








OBRAS COMPLETAS

DE FÍGARO

PARIS. — IMPRIMERIE CHARLES BLOT, RUE BLEUE, 7.

OBRAS

COMPLETAS

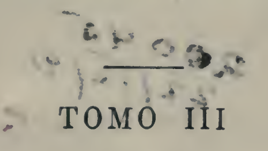
DE FÍGARO

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

NUEVA EDICION

PRECEDIDA DE LA VIDA DEL AUTOR

Y ADORNADA CON SU RETRATO



TOMO III

PARÍS

LÍBRERIA DE GARNIER HERMANOS

CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1889

COLECCION DE ARTICULOS

COLECCION

DE

ARTICULOS DRAMATICOS, LITERARIOS, POLITICOS Y DE COSTUMBRES,

Publicados

EN LOS AÑOS 1836 Y 1837 EN VARIAS OBRAS PERIODICAS.

LITERATURA

RAPIDA OJEADA SOBRE LA HISTORIA É INDOLE DE LA NUESTRA.— SU ESTADO ACTUAL. — SU PORVENIR. — PROFESION DE FE.

La política, interes principal que absorbe y llena en el dia todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresion, el termómetro verdadero del estado de la civilizacion de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los extranjeros que al concluir nuestro siglo de oro espiró en España la aficion á las bellas letras. Si pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura habia tenido un carácter particular, el cual ó habia de

variar con la marcha de los tiempos, ó habia de ser su propia muerte, si no queria transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habian comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédese asegurar que habia sido mas brillante que sólida, mas poética que positiva. A esta sazon, y cuando nuestros ingenios no hacian, ni podian hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, ántes que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultrà* que habia de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reaccion religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplacion forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veian abierta. De aquí la tolerancia que fué forzoso á los legisladores adoptar en política y en religion; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del gérmen de una revolucion en las ideas, que debia ser sangrienta, porque no la hacia allí la predicacion, sino la violencia. La España estaba mas lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya eran nuevas todavía para ella, porque recien salida de la larga dominacion musulmana, veia todavía en el catolicismo el *paladium* que la habia salvado. Siete siglos ademas de guerras y rencores religiosos debian haberla hecho mas

fanática: ¿qué mucho pues que el impulso de la reforma se hiciese apénas sentir en sus habitantes, mas bien ocupados en sus intestinas discordias, que envueltos en el movimiento general, de que hacia tiempo la habian segregado sus intereses particulares? Ella fué por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aquí se vinieron á hacer fuertes contra la invasion *reformista* los que habian sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecucion religiosa, amalgamada con el zelo fundador y apostólico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacia mas llevaderas unas cadenas, de que podíamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista no las doraba. ¿Qué mucho que la España de entónces trocase su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nacion que se decia harto mas adelantada, á una nacion que parecia haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la mas sangrienta revolucion, si la hemos visto, decimos, coronar á un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos mas ardientes laureles perecederos, y el oropel de una pasajera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió á la *tiranía religiosa* la *tiranía política*; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué mas que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, *útil* y *progresivo*. Imaginacion

toda, debia prestar mas campo á los poetas que á los prosistas: así que, aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico-morales, de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente mas completa que ninguna otra nacion, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron mas bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época: influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante, adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas: trataron mas bien de lucir su claro ingenio en estilo florido, que de desentrañar los móviles de los hechos que se veian llamados á referir. Mas parecieron sus escritos una recopilacion de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginacion, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su orígen en la península española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. *El Ingenioso Hidalgo*, último esfuerzo del ingenio humano, bastaria á adjudicarnos la palma, aunque no tuviéramos otras que presentar en lugar privilegiado, sino tan eminente. Pero esta época fué de corta duracion, y despues de Quevedo la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habian sacado unos pocos, solo al parecer para dar una muestra al mundo lite-

rario de lo que era permitido hacer en ese género á la lengua y al ingenio español.

Poco despues la literatura se refugió al teatro, y no fué por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo mas que decaer.

A fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurreccion, que se hubiera acaso llevado á cabo, si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el gérmen sembrado durante el feliz reinado de Cárlos III. Dado ya el impulso sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habian caido los pueblos, habian hecho ménos rezelosos á los tiranos: si bien los mas perspicaces oian ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España donde debia de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposicion, que al verificarse aquel, ningun miedo de contagio infundió en el gobierno español. Al contrario, él mismo habia sido una de las causas de la propagacion de las ideas nuevas, apoyando la rebelion de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud ménos apática y mas estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atras para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vió sino una inmensa laguna: desesperando entónces de unir el cabo interrumpido, y de continuar un movimiento paralizado dos siglos ántes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Vióse entónces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entónces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzan, Huerta, Moratin el padre, Melendez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto frances, bien como en el XVI habian otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las mas veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico frances, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneracion literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresion*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesía vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos, parecíanos oir todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fué declarado delito toda innovacion en el lenguaje de Cervántes. Iriarte, Cadalso y otros, se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Melendez, Jovellanos, Huerta y Moratin sostenian la misma opinion con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observacion esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresion del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es mas que la representacion de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresion de esos mismos progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir mas léjos en la cuestion, ver al mismo Cervántes en el dia, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca

de *la eleccion directa, de la responsabilidad ministerial, del crédito ó del juego de bolsa*, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervántes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido á semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituian la de entónces las comedias de capa y espada; y porque Cervántes que las escribia, para vivir, cuando no se escribian sino comedias de capa y espada, escribiria, para vivir tambien, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo mas que pueden los puristas exigir, es que al adoptar voces y giros, frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

Hé aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneracion literaria: quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestirlas con la lengua propia; pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no habia crecido con los años, y con el progreso que habia de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, habia venido á ser pobre para las necesidades nuevas: en una palabra, este vestido venia estrecho á quien le habia de poner. Acaso sea esta una de las trábas que nuestros literatos tuvieron entónces para entrar mas adentro en el espíritu del siglo. De esto seria una prueba la inculpacion que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teníamos filosófico, el primero que habia tenido que luchar con su instrumento, y que le habia roto mil veces en un momento de cólera ó de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habria de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos vemos forzados á imitar, y que miéntras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enri-

queccido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar *¿de dónde vienes?* sino *¿para qué sirves?* Y medítese aquí que el estar parado cuando los demas andan, no es solo estar parado, es quedarse atras, es perder terreno.

Ademas de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros adelantos, habia otra, á saber: que el número de los que adoptaban el gusto frances, é importaban una nueva literatura, era reducido: eran entónces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavía, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos solo abrir un campo mas vasto á la jóven España; quisiéramos solo que pudiese llegar un dia á ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intencion en esta reseña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Despues que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, despues que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entónces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra, ó si seguiríamos siendo una posdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el dia numerosa juventud se abalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos?

En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, á la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolucion, de este inmenso progreso. En política el hombre no ve mas que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginacion misma ¿qué es sino una *verdad* mas hermosa?

Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro mas brillante que sólida, si murió despues á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresion de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad*, como de *verdad* nuestra sociedad: sin mas regla que esa *verdad* misma, sin mas maestro que la *naturaleza, jóven* en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hé aquí la divisa de la época, hé aquí la nuestra, hé aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro: *¿nos enseñas algo? ¿nos eres la expresion del progreso humano? ¿nos eres útil? — Pues eres bueno*. No reconocemos magisterio literario en ningun país; ménos en ningun hombre, ménos en ninguna época, porque el gusto es relativo: no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay

ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea mas fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre : no le bastará como al *clásico* abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakspeare : no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Victor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratin; no; porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderon, Molière al lado de Lope; á la par, en una palabra, Shakspeare, Schiller, Goethe, Byron, Victor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el dia literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la expresion y nada á la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura en fin, expresion toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.

GARCIA DE CASTILLA

O EL TRIUNFO DEL AMOR FILIAL

Tragedia en cinco actos y en verso.

El poeta ha hecho girar su drama sobre un asunto nacional, en lo cual ha sabido proporcionarse una gran ventaja; pero asunto tan diminuto de por sí, y tan poco explayado por él, que casi viene á caer en el círculo de los dramas de imaginacion.

La escena es en Toledo. Al levantarse el telon el espectador empieza por ver á un rey sentado en su trono, su esposa á la izquierda, varios cortesanos y guerreros y un mensajero del Moro, que viene á proponer la paz ó la guerra, y á quien contesta unánimemente todo el mundo con la guerra. Despachado el Moro con tan mal recado, retíranse los cortesanos, y entónces podemos asegurar que comienza el drama; porque la primera escena del mensaje, ni tiene relacion ninguna con el resto, ni vuelve á aparecer mas Moro, ni mas guerra; es exactamente lo que en lenguaje vulgar se suele llamar una *embajada*. El rey don Alfonso parece estar perdido de amores por una tal Elvira, dama muy principal de la corte, pero huérfana de padre y madre, lo cual la deja expuesta á los antojos de la testa coronada. Elvira con todo no puede corresponder á su majestad por dos razones, la primera porque el rey es casado, naturalmente con la reina, la segunda porque corresponde á García de Castilla, hijo del mismo rey, ya grandecito y mozo que no le va en zaga á su padre en va-

lor y *donosura* caballeresca. Bien conoce la doncella, doblemente solicitada, que confiar á cada uno de sus perseguidores la pasion del otro, fuera encender peligrosa discordia en el estado, y por tanto ni el padre ni el hijo saben de los intentos del hijo y del padre. Pero la reina es ladina, y aunque no esté de su esposo enamorada, como se supone, sábele mal dósis tan cargada de zelos; siendo, como es, de no muy blanda condicion, descubre al hijo la pasion del padre, inspírale sospechas de la virtud de Elvira, le asegura que el rey ha de hacerlo matar al dia siguiente, zeloso de él, y lo excita de esta suerte á la rebelion y al parricidio. El rey en tanto, que nada columbra de los ocultos manejos de su mitad, no pierde la huella de su amada, insta, ruega, amenaza, y desesperado de la virtuosa resistencia, llega á ofrecer trono y diadema á la muchacha Elvira. No se sabe precisamente si trata solo de anular su anterior matrimonio, ó si piensa en manchar con sangre el tálamo conyugal. Pero todo es inútil, porque Elvira, puesta ya entre la espada y la pared, confiesa al enamorado monarca que su amor se ha fijado en una generacion mas adelante. Entre tanto García anda loco, dando y tomando en lo de los zelos; y la madre, e hando mano del elemento popular, alza las *masas* proletarias, como se diria en el dia, contra el poder ejecutivo. Una casualidad que ofrece á la vista de García, al rey y á Elvira metiéndose juntos entre bastidores, acaba de evaporar el poco seso que le quedaba, y atropellando remordimientos, y todos los escrúpulos de honor y de amor filial que tiene en anteriores escenas explayados, da en la diabólica idea de matar á su padre; cosa fea de por sí, y mas si se le añaden las circunstancias de darle la zelosa madre llave al efecto, y de haberlo de matar dormido, que, como dice otro poeta trágico, es *matarle muerto*. Aprovecha para el intento la ocasion del reposo del ilustre progenitor, que por lo

visto no hace vida comun con su mujer, y que acaba de entrarse solo en su alcoba; pero en aquel tiempo el cielo protegia á los reyes, lo cual se manifiesta en dos claras señales: 1ª, una especie de tempestad, compuesta de varios relámpagos que entran por la ventana de la izquierda, pero sin ruidos ni truenos, en lo cual me parece haber andado atinado el ingenio, supuesto que no son cosa mayor las cajas de truenos de estos teatros; 2ª, no haber pegado los ojos su majestad, á quien deben de traer despierto sin duda sus malos pensamientos. La consecuencia es clara: el rey, que ha tenido la precaucion de acostarse vestido, como quien tiene que madrugar, no se deja matar, dando muestra en eso de prudente, y descubre al asesino. La escena siguiente entre su majestad y el heredero de la corona es acaso la mejor del drama: se termina con el allanamiento del palacio por la turba popular, que proclama á García, con notable perjuicio del poseedor. Pero García, que ha sabido que cuando él fraguaba su mal combinado parricidio, ya el culpable habia renunciado á sus adulterinos deseos, y trataba de casarlo con su amada; García, que ha vuelto en sí de su alucinamiento, defiende las prerogativas del trono. La madre entónces, convencida de que todo ha sido tiempo perdido, echa mano de un puñal que trae siempre consigo, para su uso particular, y acaba por matarse, que es en nuestro sentir por donde debiera haber principiado.

Sea tragedia el *García de Castilla*, sea drama, pertenece indudablemente á la historia: permítanos el autor pues que le digamos que la principal condicion de los asuntos históricos es la de llevar en sí el sello de la época á que pertenecen; y cuando los personajes son de algun bulto, el poeta se compromete á darnos su retrato, *su fac simile* moral, digámoslo así. El rey que nos pinta bien puede ser un Alfonso; pero el autor convendrá con nosotros en que

puede ser cualquiera de los muchos Alfonsos que en Castilla han reinado; puede tambien no ser un Alfonso, sino un rey cualquiera : todo su carácter histórico se reduce á reinar; y esta seña es ciertamente tan vaga, que solo puede bastar para un carácter ideal de comedia. Igual observacion puede aplicarse á los demas personajes é incidentes del drama.

No resultando pues histórico el drama despues de acabado, no resulta de él tampoco admonicion ninguna para el porvenir, hija de la experiencia, fin evidente de los dramas históricos, de la tragedia y de la historia misma.

Sobre tres pasiones ha fundado su armazon el poeta : el *amor* , los *zelos* y el *amor filial*. Cualquiera de ellas bastara para llenar cumplidamente una composicion dramática; ¿ por qué, pues, habiendo tres, no resulta el interes, el alma que debe animar este cuerpo? Por eso mismo; toda pasion vehemente excluye en el teatro otra pasion : todo sentimiento exagerado tiende á avasallar, á dominar, á reinar solo. Enredado el ingenio en la multitud de recursos de que echa mano, no usa bien de ninguno, así como un soldado cargado de toda clase de armas haria ménos daño al enemigo que otro provisto de un solo buen fusil.

El amor en don Alfonso es singular; ni una escena de arrebato, ni un momento de ternura, ni un verso de fuego. Bien hace la niña Elvira en no dar oidos á galan tan necio. Sin embargo, la cosa es de mas consecuencia de lo que parece; porque ¿ cómo quiere el poeta que creamos que un hombre, en quien no nos pintó el arrebato de la pasion, echa del tálamo á su anterior mujer, con la misma indiferencia que pasa una abeja de una flor á otra flor? Supuesto que el teatro se ha de alimentar de crímenes, es preciso que estos sean forzosos, obligados, ampliamente motivados. El poeta no puede suponer que el crímen existe y se

produce naturalmente en el mundo, como un junco en un pantano; es preciso que lo dé como efecto de una causa extraordinaria.

Si los zelos en la reina están mas justificados, en cambio adolecen de otro defecto, y es de no estar sentidos. Pudiérale bastar al historiador decir : *la reina anduvo zelosa*; el poeta no debe decirlo, sino hacerlo ver. Si estos zelos por otra parte no son de amor, sino de orgullo, fuerza era haber empezado por pintar el carácter de la reina capaz de intentar las mayores atrocidades por amor propio.

No sabemos tampoco si está en la naturaleza que una mujer por amor propio ponga en lucha á su hijo con su esposo, y exponga la vida del objeto mas caro á una madre... ¡ y esto sin ocurrirle siquiera la idea del inminente peligro en que lo pone!!! El tipo de este carácter no existe en la naturaleza : es un monstruo. Y no se nos diga que la moderna escuela ha adoptado y producido en el teatro semejantes monstruos. No. *Clásicos* y *románticos* han convenido igualmente en que el ser mas odioso que puede presentarse en la escena ha menester alguna virtud para interesar, alguna afeccion tierna que sirva de contraste á sus errores. El Neron de Racine aparece dominado del amor; la Lucrecia Borgia de Victor Hugo halla disculpa ante el espectador por el amor á su hijo; la despreciable Marion Delorme se purifica en las tablas por medio de una pasion verdadera; el bufon Triboulet desaparece delante del padre tierno; no hay corazon en la naturaleza, por pervertido que sea, que no abrigue algun sentimiento humano.

En cuanto al amor filial, cuyo triunfo se ha propuesto pintar el poeta, no está mejor desempeñado que las dos ya exáminadas pasiones : puesto que no es el amor filial, no el remordimiento quien triunfa : quien triunfa es la circunstancia de estar despierto el rey, sin la cual pereciera

sin duda; digamos pues que es *el triunfo de la casualidad, el triunfo de la vigilia.*

Doloroso es tambien que el poeta, que parece querer sacudir, segun su anuncio, antiguas preocupaciones literarias, haya admitido como adorno dramático la tempestad. Convenimos en que no repugna á la razon creer que al mismo tiempo que un hijo asesina á su padre, empiece á relampaguear, y mas si es verano; pero no es razon suficiente el que una cosa pueda suceder para que el poeta la coloque al lado de otra que realmente sucede. No está probado todavía que los crímenes sean conductores de la electricidad, y bueno seria dejar semejantes máquinas dramáticas para los pueblos que creian la participacion inmediata del cielo en los delitos de la tierra. El poeta sobre todo debe desecharlas, cuando como en el *García* ningun resultado le han de producir. Si tal doctrina pudiera admitirse, á un autor le pareceria muy bien una tempestad, á otro un terremoto, á otro una avenida, á otro en fin un incendio ó el hundimiento de la casa, cosas todas tan naturales como la tormenta, pero que no tienen mas relacion con García de Castilla, asesinando á su padre, las unas que las otras.

TERESA

Drama en cinco actos

DE M. ALEJANDRO DUMAS

Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el mas conocedor del teatro y de sus efectos, incluso el mismo Victor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corte que no dejemos pasar una proposicion poco meditada que en él hemos visto : nos permitirá que la creamos hija de la precipitacion con que se trabajan los escritos destinados á los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de *Teresa*, el de Dumas, Hugo, Ducange y aun de Casimiro Delavigne, es el corazon humano, etc., etc. Forzoso es confesar que es disonante la reunion de los nombres de Dumas, Hugo, Ducange y Casimiro Delavigne en una misma línea. El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artículo demasiado talento y suficientes conocimientos, para que se pueda creer que ignora la distancia que separa á aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusacion de esta especie ; solo anunciaremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Victor Hugo, mas osado, mas colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador, y de una imaginacion ardiente, á veces extraviada por la grandiosidad de su concepcion.

Dumas tiene ménos imaginacion, en nuestro entender, pero mas corazon; y cuando Victor Hugo asombra, él conmueve: ménos brillantez por tanto, y estilo ménos poético y florido; pero en cambio ménos redundancia, ménos episodios, ménos extravagancia; las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y hábilmente manejadas, forman siempre la armazon de sus dramas; mas conocedor del corazon humano que poeta, tiene situaciones mas dramáticas, porque son generalmente mas justificadas, mas motivadas, mas naturales, ménos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra, hay mas verdad y mas pasion en Dumas, mas drama. Mas novedad y mas imaginacion en Victor Hugo, mas poesía. Victor Hugo explota casi siempre una situacion verosímil ó posible: Dumas una pasion verdadera.

Casimiro Delavigne no puede ponerse en parangon con los dos anteriores, porque estos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido, y sosten de la innovacion; enlazados por afecto y principios con la revolucion de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden á un fin moral, por mas que echen mano de recursos no siempre morales; pero á un fin moral, osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir; destructor de preocupaciones y trabas políticas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es mas que un sectario, un discípulo de las antiguas creencias literarias, y lo mas que se le concederá es haber cedido algunas veces al torrente de la innovacion: una prueba de esta verdad es su drama de *los Hijos de Eduardo*, y aun mas su última produccion *don Juan de Austria.* Queriendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos acaso demasiado atrevidos para los *aristotélicos* puros; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heróica, en gran manera parecida á las de nues-

tro teatro antiguo, como *el Ricohombre* y el *García del Castañar,* mas sin haber podido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. *Molierista* puro en *la Escuela de los Viejos* y en sus *Cómicos,* y *volteriano* en sus tragedias del *Paria* y *las Vísperas Sicilianas*, es comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso; poco original, poco nuevo; templada su imaginacion por la influencia de las reglas y su amor al órden, no es brillante ni arrebatado; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permite serlo. Es un rio manso y sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno á fuerza de regarle; Victor Hugo y demas pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega, ó con la inundacion periódica del *Nilo* que fecunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie; y como de esas veces no son sino la catarata del *Niágara*, que solo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza, y de asombrar y atronar al curioso viajero.

En cuento á Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazon humano, colocarle al lado de Victor Hugo es poner al lado de Calderon á don Ramon de la Cruz. Victor Ducange es un dramaturgo de *boulevard;* pero no es un escritor de primer órden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Victor Ducange es á Victor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches á Salvator Rosa y á Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha. Su color es almazarron. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Victor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange solo se parecen en ser franceses. Cualquiera nos confesará que es la mas pequeña semejanza que puede

existir entre cuatro hombres, y que no son esos títulos suficientes á la comparacion.

Pasando ahora á la *Teresa*, el autor se ha propuesto desenvolver una verdad moral: ha querido probar como Delavigne en su *Escuela de los Viejos*, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes.

Un baron frances, en la edad ya de la madurez y de la ausencia de las pasiones, casa con una jóven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años: enamorada ademas de un jóven llamado Arturo, cuya pobreza fué un obstáculo á la boda de entrambos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del baron, en razon que este presenta en su casa á su esposa. Teresa y Arturo conocen su posicion crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de Arturo con la jóven Amelia; pero ni esta precaucion, ni los proyectos del viaje y de separacion bastan á apagar el volcan que arde en los pechos de Arturo y de Teresa. Cuando la pasion habla, enmudecen los deberes. La situacion dramática del baron, que descubre por fin el amor criminal de su mujer y su yerno, es excelente y brillantemente desenvuelta.

El carácter de la jóven Amelia, cuya imprudencia descubre inocentemente al baron su desgracia, es todo candor y sencillez, y solo así puede ser verosímil su indiscrecion. La situacion mas dramática y de mas efecto del drama es la del baron cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfaccion escrita, ahogando su rencor y sacrificándolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de Arturo. El carácter del baron es por lo tanto el único que ofrecia dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de Teresa y los demas del drama no necesitaban mas que ser consecuentes consigo mismo, lo que en el teatro equivale á insistir en la pasion.

Pablo, gondolero de Nápoles, que enamorado de Teresa entró en su servicio, y que la sigue á todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado á ser testigo del amor que su ídolo tiene á Arturo, Pablo, satélite obligado de *Teresa*, amante á sabiendas de esta, Pablo, que se mata despues de haber proporcionado á su ama un veneno, que ella necesita, y que parece ser la personificacion de la luz que concluye cuando el sol desaparece, Pablo, consecuencia mas que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático.

Añadiremos ántes de concluir que *Teresa* no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en *Teresa* la accion, algun tanto distraida por los caractéres episódicos de un amigo del baron, y de una amiga de Amelia, poco enlazados con el argumento, y por el amor de Pablo, marcha lentamente: y que hallándose desleida la pasion en largos diálogos, que exigen de parte de los actores mucha maestría, no es extraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.

CARTA DE FIGARO

A DON PEDRO PASCUAL OLIVER

Gobernador civil interino de la provincia de Zamora.

Muy señor mio: En *la Revista* del 20 del que espira he leido un comunicado de usted fecha en Zamora, en que trata de la *real órden, relativa á correos, tan amargamente criticada por mí en mi reciente carta, titulada* Buenas noches.

¿Conque es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? ¿Conque usted era oficial de la secretaría de la gobernacion del reino y encargado en ella del negocio de correos? Doy á usted, señor don Pedro, dóime á mí, y doy á la secretaría de la gobernacion del reino, la mas completa enhorabuena.

Dice usted que no puedo *ménos de conocer que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare á corregir el estilo del crecido número de reales órdenes que firma cada dia.*

Así es la verdad, señor don Pedro. Ya se me alcanza que es *imposible que el señor secretario del Despacho se pare, ni á corregir* ni á nada, y mas con ese *crecido número* de reales órdenes, y de reformas, y de disposiciones luminosas que nos está dando todos los dias, y que han de ser la base de la futura felicidad de la patria. Y por eso decia yo en mi folleto: «¿No seria bueno que se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo ménos y escribir?»

Y cierto que esto, señor don Pedro, nunca lo pude decir por usted, de quien es notorio que sabe por lo ménos escribir; de cuya existencia confieso que no tuve jamas, hasta la publicacion de su carta, la menor sospecha, y de quien por lo tanto difícil me hubiera sido hablar en ninguna de mis cartas.

¡ Así supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir! que en ese caso hubiera leido como debia mi folleto, porque quiero mejor pensar que no sabe leer, que no que tiene *mala fe.* Vea usted si me inclino á todo lo que es favorecer á usted, ó mas bien á hacerle justicia.

Dice usted hablando de mí : « Fígaro hace anónimos los sustantivos *riesgo* y *peligro.* » Entendámonos, si podemos, señor don Pedro Pascual de Oliver. Esa palabra *anónimos* que veo estampada en *la Revista,* ¿es usted tambien el solo responsable de ella, ó es cosa de la imprenta de *don Emilio Fernandez de Angulo, á cargo de don M. Macías?* Soy tan su amigo de usted, que doy de barato que es yerro de imprenta, y que usted quiso decir *sinónimos.* De acuerdo sobre esto, le responderé francamente que yo no necesitaba, como usted, recurrir al diccionario de la lengua para no hacer *sinónimos* los vocablos *riesgo* y *peligro*, y esto es tan cierto, que precisamente porque no lo son, critiqué en esta parte la real órden de que *es usted autor ó escritor, ó como quieran llamarle á usted los señores redactores de la* Revista-Mensajero, segun usted dice en su carta; á propósito de lo cual, puedo asegurar á usted que los señores redactores de *la Revista-Mensajero* no querrán llamarle á usted ni *autor* ni *escritor;* porque el autor es el que inventa, y seguramente, sea dicho en honor de usted, usted no ha inventado la real órden, ni ninguna otra cosa, la pólvora inclusive; por tanto no es tal autor de la dicha órden; y eso, lo repito, le hace á usted mucho honor ; el *escritor* es el que escribe ideas suyas, y como usted no escribió en la tal real

órden ninguna idea suya, dirán los señores redactores de *la Revista* que usted no hizo mas que *redactarla*, y si tal dicen, como presumo, por mi vida que aciertan.

Y aquí no vendria mal advertir á usted de paso que en punto á responsabilidad es solo responsable de toda cosa escrita quien la firma; y por eso habrá usted oido decir tal vez, *no bebas agua que no veas, ni firmes carta que no leas*; lo cual digo ahora, no para usted, señor de Oliver, que no ha firmado nada, sino para el señor secretario del Despacho, que lo firma todo. Esto prueba que la supuesta responsabilidad con que tan caballerescamente sale á defender á su jefe, hace honor al carácter de usted, sino á su estilo; pero de ninguna manera á dicho señor secretario del Despacho. Mas claro; de la redaccion de la real órden, usted era responsable al ministro, y este lo es al público. ¡Buena excusa estaria la de un señor secretario del Despacho que se nos viniese contando los disparates que hubiese firmado, dado caso que un ministro los pudiese firmar, y se excusase despues con sus subalternos!

Pero volvamos, si usted gusta, á nuestro *riesgo* y *peligro*. Decia, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba á mí, ántes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces: la diferencia, que tengo há tiempo establecida para uso particular en un trabajo inédito, que sobre sinónimos de la lengua castellana en ratos perdidos me ha ocupado, consiste en esto: *que el peligro es inminente; en el riesgo hay mas contingencia.* Y aclarando las definiciones, no muy buenas, del diccionario (permítanme él y usted esta proposicion) con un ejemplo, diremos perfectamente: «Un general corre *riesgo* de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el *peligro.*» El riesgo es dudoso; el peligro es cierto: este es mas *próximo*; aquel mas *lejano.* El jugador arriesga su dinero, cuando juega, sin que por eso haya *proximidad* de perderlo. Se puede decir, y estará

muy bien dicho, *que el soldado arriesga ó pone á riesgo su vida.* Sin embargo, segun la definicion de la academia (que me perdone y á quien Dios perdone), no estaria esa frase bien dicha si *el riesgo fuera la proximidad de algun daño leve*, pues que ni el perder la vida es daño leve, ni hay proximidad de perderla en arriesgarla, sino solo *posibilidad;* por donde puede usted inferir que no siempre es juez suficiente el diccionario de nuestra lengua, por mas que usted y que todos le debamos respetar, cuando acierta ; es decir, que el diccionario de la lengua tiene la misma autoridad que todo el que tiene razon, cuando él la tiene. Y de la diferencia de *riesgo* y *peligro*, para que no le quede duda de que tengo hecho algun estudio sobre estas cosas, pondré á usted ejemplos que dan peso á lo que llevo dicho.

Dice Solís en el capítulo XVIII, libro V, de la *Conquista de Méjico*, hablando de Hernan Cortés : «Mantúvose peleando valorosamente hasta que se le rindió el caballo ; y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse, etc. »

Y Mariana al capítulo XIII del libro XVII de la *Historia de España :*

«Don Pedro... se resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo.»

Ya ve usted que aquí don Pedro iba á ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla, la cual podia ganar, y en cuyo hecho no habia *proximidad de un leve daño*, como dice la academia.

Y Cervántes en *Pérsiles y Segismunda :* «Este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, etc.»

Queda, pues, probado que con tan buenas razones no pude nunca tener por sinónimas esas voces; y por lo mismo, y aun adoptando la base de la real órden, usted,

señor don Pedro, debia haber conocido que si habia cesado el *riesgo* en la carretera de Aragon, no podia haber *peligro*. De suerte, que si alguno de nosotros dos no ha dado á esas voces su verdadero valor, seguramente, señor don Pedro, no he sido yo.

Esto con respecto al uso de las voces *riesgo* y *peligro*. Porque con respecto al resto de la redaccion de la real órden, usted asegura en su carta á *la Revista* que *podia haberse extendido con mayor claridad y mejor gusto*; estoy perfectamente de acuerdo con usted. Añade usted que *no está enamorado de su obra*; efectivamente, no hay motivo. No quiero contradecir á usted; soy enteramente de su opinion, y es lástima que nos pongamos en *trance* y *riesgo* de reñir dos personas entre quienes existe tan rara simpatía y tal acuerdo de pareceres.

Con respecto á la voz *temporal*, no quise criticar su uso, sino que, como usted dice muy bien, *cediendo á la pasion que me domina*, traté de jugar del vocablo para disparar al redactor de la real órden una saetilla mas, no sospechando que fuese usted; pues á haberlo sabido, mucho me hubiera guardado de hacer tal cosa, y de *criticarlo* á usted *á toda costa*, como suelo, cediendo á aquella maldita pasion que me domina, y que ha de ser, por fin, mi perdicion.

Convengo tambien con usted en que es mas fácil *buscar* y aun hallar *defectos*, donde hay tantos sobre todo, que poner reales órdenes, y mas si estas son, como usted dice, *sobre asuntos dados*, porque si no son *sobre asuntos dados*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposicion de usted está en lo raro que es ver reales órdenes que tengan sentido comun; argumento grande en apoyo de su dificultad, á cuyo propósito citaré á usted lo que escribia cierto crítico frances hablando de un antagonista suyo: «El señor es un necio, decia; yo soy quien lo digo, y él es quien lo prueba.»

Es pues visto, señor don Pascual, usando de una alocucion de usted, que convenimos en todo, y que mas nacimos para amigos uno de otro, que para andarnos tiroteando en papeles públicos y folletos. Y esto es tanto mas cierto cuanto que no há mucho vi cierta alocucion de usted al pueblo zamorano, y animada como está de sentimientos patrióticos de que yo participo en gran manera, parece mal que personas de iguales opiniones den que decir á los mismos de su partido con desavenencias gramaticales: ni el que usted haya podido redactar mal una real órden prueba nada contra su aptitud para cargos públicos; pues ni yo consideré aquello nunca sino como un descuido, ni yo lo llamé delito ni traicion, ni cosa que se le parezca; soy ademas tan enemigo de cuestiones personales, que critiqué la real órden en cuanto á real órden, es decir, en cuanto á acto público del gobierno, de donde infiero que usted anduvo ligero en descubrirse, pues ninguna importancia tiene á los ojos del público el redactor de una real órden, sino únicamente el gobierno que la adopta, firma y publica.

Añadiré solo ántes de concluir esta carta que mucho tiempo pensé en no darle contestacion, pero cuando supe que desempeñaba usted, señor don Pascual, un cargo público, uno de los primeros destinos del órden civil, parecióme ya que la categoría de usted merecia siquiera por cortesanía una respuesta, no se dijera que yo habia podido despreciar á una persona tan condecorada.

Por lo demas y dejando á un lado disputas filológicas de poco momento, tengo el honor, señor don Pedro Pascual de Oliver, de repetirme su muy afecto Q. S. M. B. — *Fígaro.*

TEATROS

Visto el estado de decadencia en que se hallan de algun tiempo á esta parte los teatros de esta capital, no nos parece fuera del caso echar una rápida ojeada sobre las causas de su lastimoso abandono, y aun poner en conocimiento de nuestros lectores algunas de las consideraciones que nos sugieren los datos que acerca de su porvenir poseemos.

Pocos países de los que se hallan á la altura del nuestro en la escala de la civilizacion pueden citarse donde se encuentre el teatro mas atrasado que en España. Falto siempre de proteccion, considerado la mayor parte del tiempo como un mal inevitable por el mismo gobierno que le toleraba, no es mucho que no se hayan dado en ese ramo pasos agigantados. No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios : llevamos mas adelante todavía nuestra opinion : nos inclinamos á pensar que del teatro sale el hombre poco mas ó ménos tal como entra. El hombre es animal de poco escarmiento ; y si lo fuera seguramente que el colorido de sublimidad y pasion que en el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no seria el mejor medio de hacerle escarmentar. Los zelos que en el Otelo del mundo no son sino reprensibles, están por lo ménos disculpados en el del teatro con el exceso de la pasion. El teatro, pues, rara vez corrige, así como rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos le han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos le han supuesto. Por lo ménos, es desde luego una diversion pública,

y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendacion : es ademas de todas las diversiones públicas la mas culta, y si no corrige las costumbres, puede al ménos suavizarlas ; puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguaje y de estilo. A estas circunstancias, que recomiendan positivamente el teatro, ha podido agregarse en muchas épocas la idea generalmente admitida de que todo espectáculo público es favorable al legislador y gobernante, porque distrayendo al pueblo de los intereses políticos, le aparta de la rebelion. Pero esta razon, que tiene un gran peso en favor del teatro en los gobiernos monárquicos, y que todos los tiranos han comprendido perfectamente ; esta razon, que fué ocasion de los juegos griegos, de las luchas romanas, del esplendor del siglo de Luis XIV, y hasta de la elevacion del teatro frances durante el imperio, se vuelve contra él en épocas de libertad. Cuando los hombres, reconociendo sus derechos y ocupándose en adelantarlos, puedan discutirlos en alta voz en paseos, casas y cafés, la realidad no tarda en ocupar el lugar de la ficcion : la escena verdadera del mundo real en que cada uno es llamado á ser actor, y á hacer tarde ó temprano un papel, debe interesarnos mucho mas que la representacion en cabeza ajena de las virtudes y los vicios, cuadros entónces muy secundarios en la galería de la vida. Por el contrario, cuando el legislador se reserva y reasume en sí todos los derechos, cuando él obliga á cada uno confiarle de grado ó por fuerza la parte que debe tener en los asuntos públicos el ánimo encogido y atemorizado, busca en la ficcion un desahogo de la triste realidad. El despotismo, por lo tanto, ha solido ser favorable al teatro ; y dueño de la hacienda pública, ha destinado en todas partes fondos supletorios á la prosperidad de una diversion de que tanto se prometia. Pero en España ni aun eso ha sabido hacer ; en España donde sin duda

consideraba la funcion de los toros como mas popular, no le ha sido deudor el teatro de proteccion alguna: por el contrario, en él persiguió las luces, en él trató de ahogar una manera de expresion de la opinion pública; y si lo consintió, podemos atribuirlo á que toda la reprension del gobierno mas despótico no basta á contrarestar la fuerza de la opinion; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos; pero ya que no podia derribarlo, hízole todo el daño que podia hacerle: lo consintió, sí; pero como una mera indemnizacion: lo consintió cargándole con la obligacion de resarcir con sus productos los males que le achacaba. Maquiavélica idea por cierto, pues si el teatro era perjudicial en sentir del legislador, no podia haber resultado bueno que lo abonase. El teatro es malo, decia el gobierno; pero haga daño en buen hora, siempre que me sufrague con que deshogarme de las obligaciones que como administrador de la sociedad tengo contraidas con los establecimientos de beneficencia; es decir, consiento al ladron, con tal que me rinda por tributo parte de sus robos. Esta ha sido la lógica, y, lo que es peor, la moral del gobierno nuestro con respecto al teatro. Y su torpeza tal, que una vez admitido tan escandaloso principio, no supo siquiera volverle completamente en provecho suyo facilitando su prosperidad. Falto de ingenios por la persecucion, agobiado por las cargas civiles, el teatro ha vivido entre nosotros manteniendo obligaciones del Estado; y es lo peor, que habiendo entrado en una era de progreso y de luces, no se trasluce aun la aurora del dia en que deba mejorarse su suerte.

Sin que queramos entrometernos en los antecedentes políticos, ni en la administracion de ningun mandarin, diremos solo que el señor de Burgos, durante su corto ministerio, pareció volver los ojos al teatro, por lo ménos con cierta conmiseracion. Hasta él entregado el teatro unas veces en manos de los actores mismos, administrado otras por la

villa, adjudicado algunas á empresas particulares, nunca habia podido desahogarse de la confusion en que nuestra informe legislacion lo tuvo siempre sumido. Para que alguien tomase por él el mas pequeño interes, fué preciso que se viese elevado al mando un ministro que presumia al mismo tiempo de poeta dramático. Pero este vislumbre de esperanza que brilló á nuestros ojos un momento, no tardó en disiparse. El señor Burgos llamó á sí una comision juzgada de personas inteligentes, y les encargó la redaccion de un reglamento de teatro que pusiese término á la penosa situacion del teatro, que deslindase su pertenencia y los derechos de las diversas industrias que concurren á su prosperidad. Esta comision hubo sin duda de informar; y aunque segun las noticias que á nuestros oidos llegaron de su informe, tenemos motivos para creer que no se consultó siempre el derecho, sin embargo, nos atrevemos á asegurar que ese mismo reglamento imperfecto llevado á ejecucion hubiera mejorado la suerte del teatro. Pero para eso hubiera sido preciso que hubiese durado el mismo poeta. Desgraciadamente se acabó el ministro ántes que el reglamento, y el sucesor hubo de decir, sin duda, para su sayo: « A mí, que no sé hacer comedias, ¿qué se me da del teatro? » y ántes de nacer murió el reglamento. De entónces acá si algun ministro del fomento, ó de lo interior, ó de la gobernacion, ha vuelto á ocuparse en el teatro, lo ha hecho tan secretamente, que nada hemos traslucido nunca de su proteccion.

Cuando se estableció el Conservatorio de música, cierto escrúpulo de conciencia, cierto pudor saludable hizo comprender que seria vergonzoso fundar en la capital del reino una escuela donde se formasen cantores para el teatro, y donde no se pensase siquiera en el pobre verso. Movidos los que lo dirigieron de este pudor, se dignaron conceder hospitalidad á la declamacion española en un nicho de su

establecimiento : se crearon dos cátedras de declamacion ; se asignaron á cada una hasta seis mil reales, ó cosa semejante, por via de honorarios; se nombraron dos catedráticos, individuos de las compañías de Madrid ; se les dió *don* en los oficios de nombramiento, y muchachos en los bancos de la escuela, y se les dijo : « Enseñad ahí cuanto sepais, si algo sabeis ; ya teneis casa, uniforme, don, y seis mil reales ; ya está el teatro protegido ; ya verán ustedes los actores que salen. » Y ya lo hemos visto por cierto.

En la contrata sin embargo, que existe todavía, se dió alguna proteccion mas al teatro; pero seamos justos; esa proteccion, que consistió en algunas condiciones mas ventajosas hechas por la villa á la empresa entrante, en la cesion del local y en una asignacion anual de los fondos públicos, no fué efecto de buena voluntad, sino arrancada por la imposibilidad de sostener los teatros con sus cargas, imposibilidad que hizo presente con energía y teson la empresa que iba á tomarlos; y, digámoslo francamente, hasta esas ventajas hechas en tiempo de transicion, en que no se hallaban aun deslindados los derechos de la villa á disponer de los fondos públicos, ni los del gobierno mismo á hacer concesiones sobre fondos de que solo es administrador, y no dueño, si pudieron constituir un contrato legítimo, no bastaron á quitarle la tacha de ilegal.

No es nuestro ánimo en este artículo entrar en el exámen del uso que de sus contratas y de sus ventajas ó desventajas ha hecho la empresa; queremos solo dar noticia del estado de las cosas en el dia, despues de haber hecho una ligera reseña de la conducta del gobierno respecto al teatro. Este ha podido protegerlo hasta el dia, y sobre sí tiene el cargo de no haberlo hecho.

Sabemos, pues, que la empresa ha solicitado la rescision de su contrata : tenemos datos para creer que la autoridad

civil se halla dispuesta á ese paso; y verdaderamente, si así no fuese, trabajaríamos nosotros por convencerla, puesto que no puede convenirle ni á la empresa, ni al gobierno, ni al público, una contrata, en contradiccion en la mayor parte de sus cláusulas con el nuevo órden de cosas; y quisiéramos que ya que se nos presenta por sí sola la ocasion, ántes de proceder á nuevos compromisos ni adjudicaciones, se pesase maduramente la cuestion, si es que el gobierno cree que es de importancia, porque si no, lo mas barato es cerrar el teatro; y ántes deseamos esto nosotros, apasionados de él, que verle sucumbir de nuevo á providencias provisionales.

Acabe de una vez el legislador de pensar si debe ó no de haber teatro; y en el caso de decidir la cuestion favorablemente, deslíndese á quién pertenece, sepamos la parte que un gobierno puede tomar en una diversion pública; la influencia que la autoridad puede lícitamente reservarse en ella; la clase de proteccion que debe dispensarle, lo que de ella puede esperar en remuneracion de sus auxilios, y el derecho que tiene á cargarle impuestos y distraer sus productos. Sepamos de paso si hay una propiedad en la literatura dramática, hasta dónde puede la ley protegerla como á toda propiedad, y hasta qué punto puede entrometerse en las condiciones que cada cual quiere imponer á la suerte de sus producciones.

Encargados como estamos en este periódico de hablar de teatros, por hoy nos contentamos con lo dicho. Logremos ó no llamar la atencion del gobierno sobre determinaciones que en nuestro entender deben meditarse ántes de adoptarse, no renunciamos á escribir algun otro artículo, manifestando nuestro sentir en la materia, por mas que no nos consideremos con gran fuerza moral para inclinar la balanza en favor de nuestras opiniones; solo sí declararemos ántes de concluir este, que queremos mas bien con-

tribuir con nuestras pocas luces al mejor arreglo posible, que usar despues del triste derecho de criticar determinaciones ya tomadas. Así lo haremos; y si algun dia nos vemos en la dura precision de maldecir, caiga la culpa sobre quien puede á tiempo remediarlo y dar vida al teatro español, tan vergonzosamente descuidado.

DE LA SATIRA
Y DE LOS SATIRICOS

Tiempo hacia que deseábamos una ocasion de decir algo acerca de la mala interpretacion que se da generalmente al carácter y á la condicion de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que solo un principio de envidia, y la impotencia de crear, un gérmen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organizacion, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevencion: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; ¿pero de qué don de la naturaleza no ha abusado el hom-

bre, y quién será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras excepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas : en cuanto á las dotes que de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de poseer suma perspicacia y penetracion para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean ; y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso ; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamas en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes mas recónditos del corazon humano. Esto puede dárselo la naturaleza ; pero es forzoso ademas que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posicion aislada é independiente ; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interese mas en unas cosas que en otras, difícilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y opiniones de los demas es el que naturalmente debe encontrar mas dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no ménos importante de decir, lo uno porque no hay verdad que mal, ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira ; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras ademas las verdades que la naturaleza nos presenta claras por sí solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no solo permitidas, sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razon por que el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo á que pertenece ; y esta es la gran diferencia que entre

los satíricos de las literaturas antigua y moderna choca al estudioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes*, sátira dialogada é informe, mas bien que comedia, se propuso ridiculizar nada ménos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella produccion nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relacion sin duda á los anteriores) de Augusto : y dígasenos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juvenal, usando de giros mas cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de mas hipócritas modales, amigo de giros mas mojigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contraigámonos al severo Ciceron, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Mas de un pasaje de la *Catilinaria* ó de la *oracion* contra *Verres*, la *égloga* entera de *Alexis y Coridon*, la oda burlesca á Príapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano hubieran provocado gestos de hastio y de indignacion, no precisamente en nuestra moderna sociedad, pero aun en el siglo de Luis XIV, mas aproximado á ellos que nosotros. Y descendiendo á este, el mismo Boileau tan mirado tropezaria con mas de un improbador : es rara la comedia de Regnard y de Molière en que no resaltan trozos, escenas que ruborizan en el dia cuando se repiten al *parterre* frances del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro, y que nuestras costumbres sean preferibles á aque-

llas, por mas que nos fuese fácil hallar razones en apoyo de esta opinion; pero como quiera que no nos sea posible entrar simultáneamente en dos cuestiones diversas, nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito; que las costumbres varían; que el pudor va á mas en las sociedades con su edad, así como en los individuos; y que solamente se halla oculto aun, ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanes y la antigua Grecia carecen de él, porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entónces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana; y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido, si multitud de escritos de la revolucion francesa le ahogan miserablemente, si los Pigault-Lebrun destrozan su modesto velo por algun tiempo, á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneracion, pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente, marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por mas lentamente que se verifique; sus muertes aparentes no son sino crísis; son solo en nuestro entender sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura, y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfeccion en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura seria por lo ménos hipocresía, y si esta es, como se ha dicho, *un homenaje que el vicio rinde á la virtud,* no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indisputable que los satíricos bien recibidos en una época serian silbados en otra. Y esto no solo aumenta las dificultades en nuestros dias para los escritores satíricos, sino que, á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdiccion de la crítica. Esta es la razon por que ya en el dia no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adornar las tablas del estante estudioso; pero en el siglo de buena educacion, de miramientos sociales, de mutuas consideraciones que alcanzamos, necesita mas que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea mas fácil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si solo sus acciones públicas, si solo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interes general, quitémosle á la sátira toda alusion privada, arrabatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser mas perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distingamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el dia vencer aquellas dificultades, añadamos, para acabar de desvanecer la general prevencion, algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran estos sus laureles. No reflexionan los que el que carga con la responsibilidad de la pública censura ha menester de algun valor; no meditan

que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algun disgusto, ora público, ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos; porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos están por sí solos vencidos, se deducirá fácilmente que el satírico no solo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razon, que todo se le debe: de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensacion. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruman? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condicion maligna, y como de esas veces intencion personal ó defecto de organizacion. Esto solo bastaria á disgustar el alma mas generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las mas veces la mejor recompensa de una intencion pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeon suyo, arrostrando todos peligros, hallásemos impugnaciones, no necesitaríamos por cierto ir muy léjos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el

carácter privado de los escritores satíricos mas conocidos, y dígasenos si la *noble indignacion* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida; si no se reconoce en la de Boileau; si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Molière ó la del adusto Addison; si la filantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el filósofo de Ferney pueden ponerse en duda; y viniendo á nosotros, donde este argumento fuera mas fácil de contradecirse, si no fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervántes, de Quevedo (por mas que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas), en la del virtuoso Jovellanos, en la de Forner, en la de Moratin, en la de cuantos han cultivado con mas ó ménos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condicion que debia hacer para ellos de la sátira una pasion dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinion general tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con predileccion á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con ménos encarnizamiento, para valernos de la expresion de un poeta.

La otra consideracion que nos resta que hacer es en verdad mas personal á los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso ménos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza á la alegría, y que su corazon es un foco inextinguible de esa misma

jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo comun como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar ántes en ellas el lado feo que el hermoso suele ser su tormento. Llámanle la atencion en el sol mas sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Vénus, donde no ven los demas sino la proporcion de las facciones y la pulidez de los contornos : ve detras de la accion aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡ y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan á menudo el contento de los demas, es en él la fria impasibilidad del espejo que reproduce las figuras no solo sin gozar, sino á veces empañándose.

Molière era el hombre mas triste de su siglo, y entre nosotros dificilmente pudiéramos citar á Moratin como un modelo de alegría. Apelamos, sino, á cuantos le hayan conocido.

Y si nos fuera licito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demas.

Pero nuestros lectores perdonarán fácilmente este atrevimiento, si ántes de concluir este artículo les confesamos que solo ha podido dar lugar á él una inculpacion que nos ha sido hecha recientemente : hay quien supone que solo una *pasion dominante* de criticar guia nuestra pluma. No somos escritores de mérito, que envidiamos á cuantos lo

tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condicion. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fe, por mas que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfeccion posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan : no abrigamos una pasion dominante de criticarlo todo con razon ó sin ella : somos sumamente zelosos de la opinion buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter; y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligacion que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restriccion, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y sátiras; ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestion personal, toda alusion impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demas hombres, toda invasion en la vida privada, todo cuanto no tenga relacion con el interes general. Júzguennos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora en derredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad mas malignos que nosotros.

EL TROVADOR

DRAMA CABALLERESCO, EN CINCO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO

SU AUTOR DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

Con placer cogemos la pluma para analizar esta produccion dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasion dominante de criticar á todo costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos ajenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del *Trovador* se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos : solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿ quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso : entónces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores : « Soy *hijo del genio, y pertenezco á la aristocracia del talento.* » ¡ Orígen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demas!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invencion el siglo XV; hálo colocado en Aragon, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido, y atinadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interes, y este crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasion dominante del drama el amor; otra pasion, si ménos tierna, no ménos terrible y poderosa, oscurece aquella : la venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasion de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tantos medios de mover; en *el Trovador* constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos exposiciones : una enterándonos del lance concerniente á la gitana, que constituye ella por sí sola una accion dramática; y otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrarestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces : uno que termina con la muerte de Leonor la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no ménos interesantes, no ménos terribles una que otra, se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin recíproco perjuicio; y en el teatro solo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caractéres igualmente principales, y en resúmen ningun verdadero protagonista, por mas que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda este arrogarse el título de la obra exclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caractéres elegimos como mas importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasion mas frenética puede

inspirar á una mujer; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro carácter pueda ser el principal: sin embargo, la gitana movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el mas espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interes de su causa política, no puede ser mas colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al *Trovador* nacen de la poca experiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle en la primera obra lo que solo el tiempo y uso pueden dar, seria una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan mas bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela, pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepcion demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aquí el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda, su introduccion en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una explicacion. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer, que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y mas cuando no es siquiera portadora de ninguna órden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesion lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que mu-

chas de las que se han creido necesarias hasta el dia son ridículas en el teatro, donde ningun efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razon de los sucesos el tiempo que deberia atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La exposicion es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama; es mas bien un prólogo; citaremos por último en apoyo de la opinion que hemos emitido acerca de la inexperiencia dramática los diálogos mismos; por mas bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado mas campo, y los en verso tienen un sabor en general mas lírico que dramático: el diálogo es poco cortado é interrumpido, como convendria á la rapidez, al delirio de la pasion, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra *el Trovador?* Las cos tumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisiéramos ver el *don* prodigado en el siglo XV. Los caractéres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inexperiencia que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada; la cual reune al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concision, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho mas efecto aun es el fin de la segunda jor-

nada, terminada con la aparicion del Trovador á la vuelta de las religiosas : su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es ménos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado mas arriba; y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternuras y de dulcísima y fácil versificacion, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta ademas pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene mas de lírico que de dramático.

Diremos en conclusion que el autor, al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama, adoptaba voluntariamente una nueva dificultad ; es mas difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonía peculiar ; las escenas en prosa tenian el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar aun tino en la determinacion de las que habia de escribir en prosa y las que habia de

versificar, pues que se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean, como en *el Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho ménos tiempo bastaria.

En cuanto á la reparticion, hála trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se cree que el primer galan debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galan, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atras comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del Trovador al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caractéres duros y enérgicos : por tanto le hubiera convenido mas bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el Trovador.

Por la misma razon el papel de la gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion mas original, mas nueva del drama, el carácter mas difícil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay mas que decirlo : una actriz como la señora Rodriguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta

hacer mencion de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantóse el telon, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un país donde la literatura apénas tiene mas premio que la gloria, sea ese siquiera lo mas lato posible; acostumbrémonos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera proteccion que puede dispensarle un pueblo, y esa la única tambien que no pueden los gobiernos arrebatarle.

LAS FRONTERAS DE SABOYA
O EL MARIDO DE TRES MUJERES
EL ULTIMO BUFON
COMEDIAS NUEVAS TRADUCIDAS

Tenemos motivos para creer que no nos han de faltar en lo que de temporada nos falta novedades dramáticas. Asustados nosotros con esa perspectiva, queremos reunir varias en un solo artículo. Temerosos de que nuestros artículos no sean mejores que las comedias, no queremos que salga el público á artículo por comedia.

Desde luego el traductor de *las Fronteras de Saboya* ha tenido brava eleccion; si es del ingenioso y fecundo Scribe, tanto peor para Scribe. ¡ Qué títulos y qué analogía entre los dos titulos! *Las Fronteras de Saboya, ó el Marido de tres mujeres*, vale tanto como si dijéramos: *el Peñon de Gibral*

tar, ó el Buey suelto bien se lame. Vamos á ver: ¿qué han hecho *las Fronteras de Saboya?* ¿Qué pasion dramática las acucia, ó á qué exceso reprensible se han propasado? ¿Qué leccion útil de moral van á sacar las demas fronteras de los otros países del chasco que sus vicios ó sus ridiculeces han acarreado á las de Saboya?

Nada de eso; la comedia se titula *las Fronteras de Saboya*, porque en ella se habla de pasar las susodichas y cada vez mas inocentes fronteras; de suerte que á cualquier otra frontera le está sucediendo todos los dias multitud de chascos por ese estilo.

El marido de tres mujeres es un buen especiero que ha tomado su pasaporte para pasar la frontera; una señora, á cuyo marido andan buscando para prenderle, hurta el pasaporte al especiero, dándole en cambio el de su marido, de donde resulta que prenden al especiero y le quieren hacer creer que es marido de la señora; él está ademas casado con su mujer, como suele suceder á todo marido, y por un *quid pro quo* inverosímil, otro personaje de la comedia, tan preciso como las fronteras, cree que el especiero está casado en secreto con su novia. Pero era preciso que fuese el marido de tres mujeres, porque con una mujer ó una frontera ménos, ya el título no llamaba bastante gente. Adornan la piececita multitud de sandeces acerca de los especieros, que en el original son gracias, porque la clase de los especieros en Francia hace el mismo papel que en Grecia hacen los beocios; es decir, que tienen una fama que les es peculiar, y que da motivo á ilusiones locales.

En conclusion, *las Fronteras de Saboya*, ó no debian haberse traducido, ó debian haberse traducido bien, ó debian haberse silbado. Desgraciadamente ni se han silbado, ni se han dejado de traducir, ni se han traducido bien. Siempre se deduce de la comedia una importante verdad, á saber: que en las *Fronteras de Saboya* no se debe ser especiero, porque allí

siempre hay un marido á quien quieren prender, y que le hurta á uno el pasaporte, de resultas de lo cual queda uno casado con tres mujeres; escarmiento el mas atroz que puede ofrecer una comedia, puesto que aun el hallarse casado con una seria castigo muy suficiente para la imprudencia de ser especiero. Todo lo cual no sucede en ninguna otra frontera del mundo.

El Ultimo Bufon es muy superior á *las Fronteras*. Véase sino. Todo el mundo sabe que una de las cosas mas degradantes para la humanidad, despues de los príncipes que tenian asalariados bufones, eran los bufones asalariados de los príncipes. Rigoleti es el último bufon, sin contar con el autor y el traductor de la piececilla, que son posteriores á él. Parece que un gran duque de Baden quiso resucitar la loable costumbre de mantener un bufon, y tiene al efecto en su corte á Rigoleti, que es por lo tanto su privado. Rigoleti tiene un protegido, jóven barbilampiño y capitan. El gran duque quiere hacerlo coronel, con tal que se case con una baronesa de quien su alteza está ya cansado, y quiere casarse él mismo con la condesa Laura, huérfana y pupila suya, á pesar de las intrigas del embajador de Hesse-Cassel, que quiere casarlo con la hija de su rey. Pero el capitan Alfonso está enamorado y es correspondido de Laura. Se va á dar un baile de corte en los salones de palacio, donde hacen la guardia unos soldados de no sé qué regimiento de infantería con el fusil al hombro, que debe de ser costumbre allí en Baden. A este tiempo se entra con franqueza en el cuarto del soberano un famoso ladron, amigo antiguo de Rigoleti, el cual se viene al baile, porque si anduviera por la calle le prenderian. Rigoleti, para que no le vean, le encierra en una cámara del gran duque. El soberano se lo encuentra, y en vez de mandarlo á la horca, le da la delicada comision de sacar de los bolsillos de todos los concurrentes al baile cuanto traigan. El sobe-

rano es una alhaja. El ladron lo hace como se lo encargan: el gran duque averigua por ese medio ingenioso los amores de su rival, y se queda con las alhajas de sus convidados: parece que en Baden los reyes no son tan ricos como en España, y se industrian para vivir. Su alteza quiere perder á su rival, pero á este tiempo Rigoleti descubre que ántes de ser bufon era hombre, y por lo tanto podia tener hijos: ahora bien, uno de esos hijos que podia tener es Alfonso, y lo tuvo fuera de legítimo matrimonio en la hermana del gran duque. Parece que en Baden no tiene el diablo por donde desechar á la familia real; de consiguiente si Rigoleti no es precisamente cuñado del gran duque, Alfonso es indudablemente su sobrino: el soberano, en vista de eso,

Y por temor de alguna carambola
Tapa sus indecencias con la cola,

calla, casa á Laura con Alfonso, y se casa él generosamente con la princesa de Hesse-Cassel, lo cual di e en voz alta á los señores comparsas, que son la corte, y que en el vaudeville original son el coro; porque los traductores ni siquiera han caido en la cuenta de que esas comparsas numerosas del original son una exigencia forzada del canto; lo cual no existiendo en la traduccion, y siendo casi siempre de muy mal efecto aquella aglomeracion de personajes mudos y ridículamente ataviados, puede y debe las mas veces suprimirse.

En fin, *el Ultimo Bufon* es el vaudeville traducido por el último traductor.

DE LAS TRADUCCIONES

DE LA INTRODUCCION DEL VAUDEVILLE FRANCES EN EL TEATRO ESPAÑOL

LA VIUDA Y EL SEMINARISTA

LOS GUANTES AMARILLOS

PIEZAS NUEVAS EN UN ACTO

Varias cosas se necesitan para traducir del frances al castellano una comedia. Primera, saber lo que son comedias; segunda, conocer el teatro y el público frances; tercera, conocer el teatro y el público español; cuarta, saber leer el frances; y quinta, saber escribir el castellano. Todo eso se necesita, y algo mas, para traducir una comedia, se entiende, bien, porque para traducirla mal, no se necesita mas que atrevimiento y diccionario : por lo regular el que tiene que servirse del segundo, no anda escaso del primero.

Sabiendo todas estas cosas, no se ignora que el gusto en teatros es variable; que en tanto hay efectos teatrales, en cuanto se establece entre el autor y el espectador una comunidad de afectos y de sensaciones; que de diversidad de costumbres nace la diferente expresion de las ideas; que lo que en un país y en una lengua es una chanza llena de sal ática, puede llegar á ser en otros una necedad vacía de sentido; que un carácter nuevo en Francia puede ser viejo en España : no se ignora en fin que el traducir en materias de teatro casi nunca es interpretar; es buscar el

equivalente, no de las palabras, sino de las situaciones. Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan ajenos que estén en relacion con las costumbres del país á que se traduce, y expresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente : de donde se infiere que por lo regular no puede traducir bien comedias quien no es capaz de escribirlas originales. Lo demas es ser un truchiman, sentarse en el agujero del apuntador, y decirle al público español : *Dice M. Scribe*, etc., etc.

Esto con respecto á la comedia; por lo que hace al drama histórico, á la tragedia, ó cualquiera otra composicion dramática cuya base sea un hecho heróico, ó una pasion, ó un carácter célebre conocido, estos ya son cuadros igualmente presentables en todos los países. La historia es del dominio de todas las lenguas; en ese caso basta tener una alma bien templada y gusto literario ejercitado para comprender las bellezas del original; no se necesita ser Victor Hugo para comprender á Victor Hugo, pero es preciso ser poeta para traducir bien á un poeta.

La tarea, pues, del traductor no es tan fácil como á todos les parece, y por eso es tan difícil hallar buenos traductores; porque cuando un hombre se halla con los elementos para serlo bueno, es raro que quiera invertir tanto trabajo solo en hacer resaltar la gloria de otro. Entónces es preciso que sea muy perezoso para no inventar, ó que su país tenga establecida muy poca diferencia entre el premio de una obra original y el de una traduccion, que es precisamente lo que entre nosotros sucede.

Nuestro teatro moderno no carece de buenos traductores. Entre todos se distingue Moratin : nótese cómo en *el Médico á palos* españoliza una comedia, produccion no solo de otro país, pero hasta de una época muy anterior : hace con ella el mismo trabajo que Molière habia hecho con Terencio y Plauto, y que Plauto y Terencio habian hecho

sobre Menandro. No era Marchena tan superior en este trabajo, porque no era Marchena poeta cómico, pero merece un lugar distinguido entre los traductores. Gorostiza fué ménos delicado, si tan buen traductor, porque alcanzó un tiempo en que era mas fácil revestirse de galas ajenas; y así, sin que queramos decir que siempre fué plagiario, muchas veces no vaciló en titular originales sus piraterías.

Posteriormente la traduccion fué entre nosotros una necesidad : careciendo de suficiente número de composiciones originales, hubo de abrirse la puerta al mercado extranjero, y multitud de truchimanes con el Taboada en la mano y valor en el corazon se lanzaron á la escena española.

El vaudeville, género de composicion dramática puramente frances, fué una mina inagotable : género complexo, verdadero *melodrama* en miniatura, así participa de la ópera como de la comedia : hijo de las costumbres francesas, bástale su diálogo diestramente manejado y erizado de puntas epigramáticas; esto, y algunos casos monótonos que giran casi siempre sobre temas semejantes, bastan á adornar una idea estéril que pocas veces produce mas de una ó dos escenas medianamente cómicas. El pueblo frances, tan cantor como mal músico, se paga de eso, y tiene razon, porque no le da mas importancia que la que tiene, y porque rico el teatro de cómicos excelentes, el juego mímico y la perfeccion del arte prestan interes del otro lado de los Pirineos á la composicion mas desnuda de mérito y originalidad.

Pero aquí donde el vaudeville empieza por perder la mitad de su ser, es decir, la parte música, aquí donde no es la expresion de las costumbres, aquí donde el público ha menester de composiciones mas llenas, de mas ingenio y enredo, su introduccion debia de ser muy arriesgada, y

solo se le podia admitir en cuanto á comedia, y á cuenta de comedias. Son solo admisibles, pues, en la escena española aquellos vaudevilles que giran sobre un argumento y un enredo cómico de algun bulto, y aquellos en que queda material para llenar una pieza en un acto aun despues de suprimida la música, y eso sin darle grande importancia, sin tratar de llenar con ellos una funcion entera. La empresa que todavía tiene los teatros emprendió esto, y trató de sustituirles á nuestros sainetes, piezas verdaderamente cómicas nacionales y populares, pero cuya muerte era próxima desde que los ingenios se desdeñaban de componerlas, y que, por lo repetidos y sabidos que están ya del público, apénas podian ser ya de utilidad. Otra mira se llevó en esto : los sainetes tienen el inconveniente de halagar casi siempre las costumbres de nuestro pueblo bajo, por los términos en que están escritos, en vez de tender á corregirlas y suavizarlas, poniéndolas en ridículo; todo lo que fuese proponerse ese fin sustituyendo á los palos, á las alcaldadas y á las sandeces de los payos, rasgos agudos y delicados de ingenio, era laudable.

Pero esto no podia conseguirse sin revestir los *vaudevilles* de la misma nacionalidad y popularidad de que aquellos gozaban : solo así se podia introducir un género nuevo, y eso fué lo que se descuidó. De aquí que todo el triunfo que han podido conseguir los vaudevilles ha sido pasajero y efímero, y son muy pocos los que han quedado en el caudal, y no han pasado rápidamente despues de unas cuantas noches de representacion.

¿Y cuáles son los que han quedado? Aquellos que tenian mas analogía con nuestras costumbres, ó aquellos en que una idea verdaderamente cómica y original se hallaba bien adoptada y desarrollada por un traductor hábil.

Ocasion es esta de hacer justicia á quien la merece : uno de los que mejor han traducido *vaudevilles*, uno de los

que hubieran podido españolizar el género nuevo, es don Manuel Breton de los Herreros. Seguramente, si todos los vaudevilles que se han adoptado hubiesen sido y se hubiesen traducido como *la Familia del Boticario*, como. *No mas muchachos*, y otro del mismo traductor, verdaderos modelos de esa clase de trabajo, solo elogios tendrian que salir de nuestra pluma. Son solo comparables con las traducciones del señor Breton algunas de otro jóven bien conocido : ya nuestros lectores habrán adivinado que hablamos del señor de Vega; y decimos algunas, porque no las ha cuidado todas igualmente; pero siempre le harán honor *el Gastrónomo sin dinero, el Cambio de diligencias, Quiero ser cómico*, y otras, en algunas de las cuales, sobre todo, está tan bien hecha la traduccion, que puede llamarlas casi originales.

Tanto nos hemos remontado, que apénas sabemos ahora pasar de los señores Breton y Vega á los traductores ó truchimanes de *la Viuda y el Seminarista* y de *los Guantes amarillos.*

Parece que de las dos cosas que hemos dicho ser necesarias para traducir mal una comedia, los traductores de estas dos novedades no han tenido mas que una, esto es, el atrevimiento, porque á haber tenido tambien diccionario, imposible es que hubiesen hecho tan mezquinos truchimanes.

La Viuda y el Seminarista es una comedia (algun nombre le hemos de dar) de pobrísima intriga, y donde solo campea una escena medianamente cómica, producida por la situacion del seminarista, mozalbete sin experiencia, de quien la viuda y su amante se valen para anudar sus rotas relaciones. No merece una análisis, y nos contentaremos con decir que reprobamos altamente la especie de compromiso que se impone de algun tiempo á esta parte al público con la coplita final : bueno que el traductor pida

perdon cuando lo hace tan mal; pero malo es, y malísimo, que el público le conceda. La desaprobacion del público es el mejor correctivo de la abyeccion en que vemos caer de dia en dia al teatro, y la indulgencia mal entendida es la muerte del arte.

Aconsejaremos al señor Lombía que se vista mejor, y que tenga mas calor, que finja el amor en papeles de enamorado, para lo cual no seria inútil que se enamorara, si fuese posible; con eso formaria él una idea y nos la podria dar á los demas : otrosí, le aconsejamos que pregunte al señor Latorre, ó á cualquiera otro de los actores que lo saben, qué uso se debe hacer de los guantes, los cuales sirven generalmente para ponérselos en las manos, y al mismo tiempo sabria cómo se deben tener cuando no se llevan puestos : no los reuniria en forma de hacecillo, ni los agarraria á dos manos : hay actores á quienes parece que estorban los guantes; cualquiera tendria tentaciones de deducir que no están acostumbrados á ellos.

Los Guantes amarillos, que hemos visto estrenar en el teatro del *Vaudeville* de Paris al inimitable Arnal, para quien se escribieron, es uno de los mas ingeniosos juguetes que pueden presentarse en la escena, y ha gustado en cuantos teatros de Italia y de Inglaterra se ha traducido. La prueba de su mérito es el éxito mismo que ha tenido en Madrid, donde no se nos ha dado ni una sombra del original : repetimos que estas piezas necesitan una traduccion atinada. Necesitan ademas tales composiciones dramáticas muchos ensayos, y suma viveza en la representacion. El papel del maestro de baile debiera haberse reservado á toda costa para el señor Guzman : el señor Lombía entiende tanto de representar á un maestro de baile como de fingir el amor; ni agilidad en sus movimientos, ni gracia, ni una ligera muestra de que es maestro de baile. ¿Dónde ha visto el señor Lombía maestro

de baile que se vista de luto riguroso á las ocho de la mañana, sin habérsele muerto padre ni madre; y de frac y pantalon colan, como si fuera á asistir á un baile de corte? ¿Dónde ha visto pantalon colan negro con carreras de botones de metal, á manera de botin manchego? En una palabra, el teatro español es una confusion; algun autor, algun actor, algun traductor; fuera de esas excepciones todo es cáos, y un completo olvido, por mejor decir una ignorancia completa del arte, del teatro y de la declamacion.

Diga usted esto sin embargo, y verá usted levantarse en contra de la crítica autores, actores y traductores en masa: y en realidad ¿quién tiene razon? ¿De parte de quién está el público? Lo ignoramos : el público pasa por todo, ni silba un autor, ni un actor, ni una traduccion : ¡es posible que haya teatros en semejante apatía, con tan lastimosa indiferencia! No. Si ha de seguirse nuestra opinion, ciérrense los teatros; porque no hay reforma ni mejora posible donde no hay por parte de nadie amor al arte.

CATALINA HOWARD

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS

Catalina Howard es una creacion singular. Su objeto es pintar una pasion, pasion terrible cuando se arraiga, sobre todo en una mujer, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educacion. Alejandro Dumas ha creido buenos todos los

medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composicion de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del genio.

La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre extraordinario por la influencia que sus ardientes é indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nacion preponderante, ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre mas sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su tálamo real en potro de sus mujeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasajeros y funestos amores. Buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sancion imposible á sus desórdenes, no vaciló en segregarse á sí y á su pueblo de la iglesia católica, y declararse jefe de la comunion anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un exámen histórico, sino literario, y cesaremos de hablar de Enrique VIII: ocupémonos solo del cuadro diestramente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una jóven de extraordinaria belleza, de baja extraccion, ligera y superficial, mal educada, y cuya imaginacion mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambicion es su pasion dominante, las demas no deben ser en ella sino instrumentos, medios de triunfo. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mujeres novelescas, y en ese concepto se halla secretamente casada con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino, y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa. Ethelwood, encargado de llevar á palacio su propia mujer, no halla mas arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir despues

con ella encerrado en su castillo. Inútil precaucion. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasion del rey, se aviene mal con su posicion. La oferta de la mano de la hermana de Enrique, hecha al duque, y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwood, que, fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la cólera del rey, lo sacrifica todo al amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir oscuramente con él, mudando nombre y país, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro, y da la mano á Enrique.

Ethelwood, sin embargo, se salva merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acibarar su mal lograda dicha. Su venganza se extiende hasta dar zelos al rey, haciendo aparecer culpable á Catalina, y esta, acusada por el regio esposo ante la cámara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Lóndres al ejecutor, sin el cual deberia demorarse la ejecucion á no presentarse un hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo, que decapita á su esposa, y que, no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara.

Si se busca moral en este drama, repetiremos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y espirar con Catalina, es la personificacion moral del remordimiento que acaba con el culpable y solo muere con él : invisible para los demas, oculto á los ojos del mundo y solo palpable para el criminal. Moral por cierto algo mas poderosa que una máxima final, ó una árida sentencia. En

las comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En *Catalina Howard* ve la moral en accion. Tendencia irresistible del siglo, en que no hay mas verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre no como dogma, sino como interes.

Considerando bajo este punto de vista esta creacion, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la extremada venganza de Ethelwood; estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una mujer ambiciosa, á un rey déspota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambicion en la mujer: Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa, son solo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambicion era preciso colocarla en contraste con los mayores sacrificios: eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber retraido á Catalina de su crímen; pero tal es la pasion dominante, que solo permite pequeños intervalos de ternura. Catilina es mujer, y á la vuelta del dolor natural en su sexo, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensacion generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede ménos de volver á su idea fija, á la ambicion, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba; rasgo que pinta todo un carácter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazon humano.

Es tan cierta esta observacion, que nosotros no dudamos en apelar á las mujeres culpables. Dígannos si al engañar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ternura hácia su víctima, si un sentimiento interno de justicia y generosidad no las ha obligado, á su pesar, á indemnizar con una caricia mas tierna, con protestas sinceras de buena fe, al mismo esposo á quien engañaban

acaso momentos despues de acabarle de faltar. Tal es el corazon humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquel por este. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad moribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenaje que á nuestro pesar rinde á nuestro propio corazon el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro frances moderno las sabe como él, y nadie es por tanto mas dramático que él, incluso Victor Hugo, de quien ya en otras ocasiones hemos dicho ser mas lírico que dramático, mas brillante que profundo.

Otro rasgo no ménos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento: esa es la verdad; cuando una pasion domina el corazon, por mas que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento: bájese de la horca al que la pasion del robo domina, y póngasele en situacion de volver á robar, pondrá otros medios, será mas cauto; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladron. Puédese prescindir de las acciones, variar la eleccion de ellas; de las pasiones nunca, porque son nuestra organizacion; porque la pasion es el hombre mismo; porque la pasion es semejante al agua que, comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al manantial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades dijimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, porque el hombre es animal de poco escarmiento.

En cuanto á los medios y las formas dramáticas, á los crímenes, á los horrores que han sucedido en el teatro moderno, á la fria combinacion de las comedias del siglo XVIII, oponerse á ellos es oponerse á la diferencia de las épocas y de las circunstancias, con las cuales varía el gusto. *Al teatro vamos á divertirnos*, dicen algunos candorosamente. No; al teatro vamos á ver reproducidas las sensaciones que mas nos afectan en la vida; y en la vida actual ni el poeta, ni el actor ni el espectador tienen gana de reirse; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan seriamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro: de aquí que no se darán comedias de Molière y Moratin, intérpretes de épocas mas tranquilas y sensaciones mas dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirian; y en eso nuestra época se parece al borracho, á quien de resultas del vino atormenta la sed, y que no puede apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañador le conduce á gustarla.

Fuerza es confesar sin embargo que en España la transicion es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolucion, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos pueden apénas compararse con los de la vecina nacion. Ella sin embargo ha tardado medio siglo en hacer su revolucion literaria, y la ha hecho gradualmente; las licencias poéticas han tenido que ganar el terreno á palmos empezando por los teatros de *boulevard* y por el melodrama de la *Porte-Saint-Martin* hasta conquistar el Teatro-Frances; y entre nosotros en un año solo hemos pasado en política de Fernando VII á las próximas constituyentes, y en literatura de Moratin á Alejandro Dumas: y es de tener en consideracion que el clasicismo aristotélico y horaciano habia tenido tiempo de cansar al público frances

desde el siglo de Luis XIV hasta Napoleon, y que nosotros no hemos apurado el género clásico, puesto que desde Comella hasta nosotros ni han trascurrido mas que veinte y tantos años, ni en esos hemos disfrutado mas que tres comedias y media de Moratin, otras tantas de Gorostiza, alguna de algun otro, y varias traducciones, no todas buenas, de Racine, de Molière y de autores franceses de segundo órden. En una palabra, que estamos tomando el café despues de la sopa.

Hé aquí una de las causas de la oposicion que así en política como en literatura hallamos en nuestro pueblo á las innovaciones. Que en vez de andar y de caminar por grados, procedemos por brincos, dejando lagunas y repitiendo solo la última palabra del vecino. Queremos el fin sin el medio, y esta es la razon de la poca solidez de las innovaciones. La traduccion es mala, y ha sido mal puesta en escena, por lo que hace al ornato.

En cuanto á la representacion háse conocido que habia empeño particular en que *Catalina Howard* saliese bien representada : argumento terrible para nosotros. Si la señora beneficiada, si Latorre, si Romea, si todos en general nos han probado que cuando quieren saben representar, ¿no tendremos un derecho para reconvenirles agriamente cuando representan mal?

La señora Rodriguez nos ha convencido de que nadie puede reemplazarla en su buena diccion, y en la verdad sorprendente con que ha hecho varias escenas; su resurreccion sobre todo nos ha parecido excelente, y el sueño delante del rey. Latorre ha estado admirable en la escena de la tumba, y Romea no ha dejado nada que desear en la del Parlamento.

A BENEFICIO DEL SEÑOR LOPEZ

Jornada segunda del Trovador; acto tercero de la Conjuracion de Venecia; Riego en las Cabezas de San Juan, ó el dia 1° de enero de 1820; acto tercero del Diablo predicador.

No habiendo en la funcion á beneficio del señor Lopez ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo; pero por una rara casualidad ha venido á parar á nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recien venido escribe á algun punto de provincia á su familia.

«Querida esposa:

» Con esta fecha he llegado bueno á Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo extrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno de esos pueblos de provincia.

» Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me enteré de anuncio alguno; pero ¿qué importa? dije yo. Veamos la funcion, que mas me ha de enterar ella que el anuncio.

» La cosa segun conté tenia cinco actos.

» Primer acto. Comienza la funcion con un tal don Nuño, que se queja de una herida que recibió hace un año pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; esta no quiere dársela; y habiendo muerto un querido que tenia, llamado el Trovador, prefiere meterse monja (ahora preci-

samente que se van á cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, á tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

» Segundo acto. Doña Leonor va á tomar el velo en el convento: tocan el órgano; viene el muerto, que no habia muerto, y los criados del conde don Nuño: sale Leonor ya monja, da un grito, se escapan los criados, y el Trovador se queda parado.

» Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura gime y se desespera en Venecia: y no pudiendo aguantar mas, le cuenta á su papá cómo ella tenia un querido, y se casó con él de secreto, y cómo estando juntos de noche en un ameno comenterio donde se veian, vinieron unos enmascarados y le robaron al querido, prediéndole como reo de estado. Papá se enternece, y, abogando por la muchacha, le dice á su hermano el presidente Morosini que no le va á comprender porque no tiene hijos: el otro le contesta que hable sin embargo; el senador entónces le cuenta el caso, pero sucede lo que habia previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en ese caso hacen bien, si no ha de entenderle hasta que tenga hijos, tanto mas cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Venecia queda lamentándose, y le cuenta su desventura al que murió por redimirnos en la cruz, el cual no sé yo si le entenderia, porque tampoco tuvo hijos.

» Acto cuarto. De allí á poco dos cuadrilleros de la santa inquisicion andan buscando á don Justo para prenderle: viene un sargento del regimiento de Astúrias, deja la mochila y se va; en seguida viene un sacristan, y un administrador de un grande y dos del resguardo: el buen don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija; pero no le prenden, porque entónces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

» Acto quinto. Fray Antolin, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo; pero fray Forzado tiene un grande interes en que fray Antolin no coma; por lo cual don Feliciano no quiere dar limosna á san Francisco: entónces fray Antolin le echa un largo sermon, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermon, la tierra se traga á don Feliciano, y viene el arcángel san qué sé yo cuantos, y habla con el diablo vestido de fraile: aparece Astarot en figura de don Feliciano, da limosna á san Francisco, y el guardian es un excelente sugeto.

» Esa es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusion en la cabeza que no te lo puedo ponderar: envíotelo á contar, porque yo no he entendido una palabra, de donde infiero que desde que falto de esa deben de haberse muerto mis hijos, porque á tenerlos todavía yo debia de haberlo entendido todo.

» Sácame por Dios de tan horrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infausta noticia; porque si llegas á escribirme que viven, habré de inferir que no son mios, y ya ves si esto es cosa de afligir á un buen padre de familias; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entónces sacaria la consecuencia de que ni son tuyos ni mios, en cuyo caso nos echaremos á discurrir cómo han venido á casa esos angelitos.

» Quedo en la mayor ansiedad, esperando tu respuesta y renegando del viaje á Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

» Queda tuyo, etc. »

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no quere-

nos ocultar á nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos, ya nos habrán entendido.

LOS BARATEROS

Ó

EL DESAFIO Y LA PENA DE MUERTE.

> Debiendo sufrir en este dia... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de marzo último á Gregorio Cané...
> (*Diario de Madrid del 15 de abril.*)

La sociedad se ve forzada á defenderse, ni mas ni ménos que el individuo, cuando se ve acometida : en esta verdad se funda la definicion del delito y del crímen; en ella tambien el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una accion el delito ó el crímen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar : no se propone por fin destruir al criminal, sino al crímen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones : su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del mas fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza ántes de

aplicarle la pena verificar su agresion, convencerse á sí misma, y convencerle á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detencion previa es una contribucion corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligacion de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque pasados estos comienza la detencion á ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenacion; en el intervalo que trascurre desde la acusacion ó sospecha hasta la aseveracion del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta contribucion corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privacion que no sea indispensable, ni mucho ménos influir moralmente en la opinion del detenido.

De aquí la sagrada obligacion que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detencion bien montadas y bien cuidadas, y la mas sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los dias del mes de marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvian las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los

sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crímen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de accion, devoraba la existencia de los corrillos: el juego, nutricion de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, mas que en ninguna parte, en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solucion misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos dias existian en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecian parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del mas fuerte sobre la frente del mas débil. Hé aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la proteccion que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso, al sentar el pié en el patio de la cárcel, se ve insultado, acometido, robado por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza*, ó *la que yo me forje aquí.*» Hé aquí el resultado del desórden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su proteccion? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existian allí: dos barateros; dos seres que se creian con derechos á imponer leyes á los demas, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo mi-

ratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesion: este defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala.* Hé aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confía su derecho á su brazo.

El dia va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la Madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debia oir acabar la salve: un segundo trascurre apénas, y con el último acento del cántico, llega á los piés del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entónces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo ántes de juzgarte con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo, de que en vida yo no hice mas caso que de ti, puede contagiarme con su putrefaccion; y por ende mando que el cuerpo se encierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando á otro hombre, aun entónces que mis leyes no te protegian. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la pro-

teccion. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar : lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti, y tú no los tienes para mí : yo tengo alguaciles para ti, y tú no los tienes para mí : yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para ti, y tú no lo tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasion.

Y el baratero : ¿ Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí ? Ignoro si mi vida es mia ; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mia, y por la religion no puedo disponer de ella ; pero si no es mia siquiera, ¿ cómo será tuya ? Y si es mas mia que tuya, ¿ en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de comun acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra comun cuestion. ?

Y la sociedad : Algun dia, baratero, tendrás razon ; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese dia en que tendrás razon, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdiccion; en el dia la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente ; ¿ por qué no has aguardado para batirte en duedo á que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha trascurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar...

Y el baratero : ¿ Y cuántas lunas trascurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo ?...

Y la sociedad : Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporacion, debiste aguardar á lo ménos á ser

opulento, ó siquiera caballero... ó aprender en tanto á eludir mi ley.

Y el baratero: ¿ Y la igualdad ante la ley, sociedad?...

Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquisteis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y éntre en mi composicion el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿no ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser, y que solo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriéndolo todo?

Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de ti, ó sociedad; porque no comprendo.....

Y la sociedad: Pues dáte prisa á comprender, y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto dáte prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi dia llegará, ó falsa sociedad, ó sociedad incompleta y usurpadora, y llegará mas pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los mios, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y dáte prisa!!!

Y el baratero debia morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, por-

que la ley es vigente, y quien infringe la ley, merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su dia no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

FÍGARO

AL DIRECTOR DE EL ESPAÑOL

Fígaro. Señor director de el *Español*, pido la palabra...

Director. ¿Para qué?

Fígaro. Para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.

Director. El señor Fígaro tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.

Señor director de *el Español*: En la primera carta que á mi vuelta del extranjero publiqué, di los motivos por qué me decidia entónces á escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer á ningun partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningun estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca mas objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi país, tratando de agradar al mayor número posible de lectores: para conseguirlo creí que no debia defender mas que la verdad y la razon, creí que debia combatir con las armas que me siento aficionado á manejar cuanto en mi conciencia fuese incompleto, malo, injusto ó ridículo.

Esta es la razon por que constantemente he formado en las filas de la oposicion; no habiendo habido hasta el dia un solo ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creido obligado á decírselo así claramente á todos. Si yo tuviera alguna importancia política ó literaria, tal vez sentaria en este lugar doctrinas ó acumularia profesiones de fe. Felizmente no tengo ninguna importancia, y solo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo comun con nadie; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he remitido á usted estos dias un artículo riéndome de lo que en el dia me parece risible, sin cuidarme de si estaba ó no en el sentido de su periódico, sea este el que fuere. Este artículo me ha sido devuelto por usted por no hallarse de acuerdo sin duda con sus opiniones: no pudiendo exponerme á escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, segun el uso del dia, y le pregunte sencillamente en qué sentido habré de escribir para verme impreso: bastante censura nos ponen los gobiernos á los escritores, sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

Si *el Español* es ministerial, usted me permitirá que sin que se altere en nada el aprecio que le profeso, sacuda

desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política; y si no lo es, espero que explícitamente me lo manifestará, seguro de que pocas cosas serian para mí mas dolorosas que haber de renunciar á las ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el dia.

Ademas de cuanto llevo expuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta, añada que así rehuso pertenecer á un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaria hacer parte de un periódico de ciega oposicion, *quand même*; y para que no se pueda dar á este paso mas motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí así el ministerio Isturiz como el ministerio Mendizabal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen mas importancia que la del bien ó del mal que puedan hacer á mi patria.

En el ministerio Mendizabal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto, cualquiera que sea el partido ó la popularidad que pueda tener en su favor, y los medios que ponga en práctica en el dia para hacer la oposicion; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como gobierno tenga en su favor; porque si hay quien puede tener miedo á los alborotos, á las multas ó á la cárcel, yo no me siento con miedo á nadie. Y lo mismo pienso hacer con cuantos ministros vengan detras, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al país las instituciones que en mi sentir reclama: el acierto es, pues, el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto á alabar, no es mi mision; ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero, pues, su respuesta para saber el partido que debo tomar, y solo me queda que hacer presente á usted que cualquiera que ella sea, tolerante como yo soy con las

opiniones de los demas, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posicion á costa de su periódico.

En el ínterin queda su atento amigo y servidor, — *Fígaro.*

ABEN-HUMEYA

DRAMA HISTORICO EN TRES ACTOS, NUEVO EN ESTOS TEATROS

SU AUTOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

No hace muchos dias que anunciamos la próxima representacion de esta obra de un ingenio distinguido ciertamente en nuestra literatura moderna, por sus obras anteriores, en las cuales ha adquirido lauros muy lisonjeros como erudito, como escritor didáctico, como hablista, y aun como poeta: al anunciarla no quisimos en manera alguna prevenir el juicio del público, y solo nos ceñimos á exponer que se habia representado ya en París, y la especie de éxito de urbanidad y galantería que en aquella capital habia logrado.

Parece sin embargo que nosotros no estábamos bien informados; posteriormente hemos visto y aun leido en el anuncio que del *Aben-Humeya* ha hecho la empresa de estos teatros, que *en los de París fué recibido con entusiásticos aplausos, y coronado con los honores del mas positivo triunfo.* Así seria, y nosotros nos apresuramos á dar la enhorabuena al autor y al drama; no se la hemos dado

ántes, porque no sabíamos lo que en París habia ocurrido. Pero despues de leido el cartel, el cual debe saberlo como saben los carteles esas cosas, seria imperdonable en nosotros el menor asomo de duda: apreciando como apreciamos el autor, es para nosotros un alegron el haber rectificado por esta vez nuestros erróneos datos; en lo sucesivo no nos volverá á suceder decir que no gustó en París; quedamos plenamente convencidos de que *Aben-Humeya* ha llegado á *nosotros precedido de una gran reputacion adquirida dentro y fuera de España*, es decir, europea.

Es verdad que en París no se ha representado demasiado el *Aben-Humeya;* y esto es claro: era preciso hacer de él, en atencion á su mucho mérito, una gran distincion que lo diferenciase esencialmente de las demas cosas que gustan en aquel París; y como á cualquier drama que gusta le sucede representarse mucho, no quedaba mas medio de distinguirlo que representarlo poco.

Y en Madrid ¿qué ha sucedido? Lo mismo que en París.

Ya muchas veces nos hemos quejado de la posicion difícil en que se encuentra el periodista que tiene que juzgar á un hombre de mérito generalmente reconocido: bien se puede dar el caso que un hombre de un gran talento haga un drama de muy poco valor: esas cosas se ven todos los dias; pero siempre corre el riesgo de parecer arrogante ó envidioso el que acomete con un juicio crítico de un ingenio como el autor de *Aben-Humeya*, no estando como no estamos nosotros precedidos, ni aun seguidos, de ninguna especie de reputacion adquirida dentro ni fuera de España.

Por esta vez, y bien considerado el *Aben-Humeya*, no corremos riesgo maldito de parecer envidiosos, por mas que haya gustos que requieran palos. Pero en trueque tenemos otro tropiezo que nos detiene muy mucho. Cuando ademas de ser el autor hombre de pro en literatura, ha

sido hombre de valía, políticamente hablando, es decir, cuando es ex-ministro, es fuerza andarse con mucho tiento para decirle la verdad, si esta es amarga. Siempre puede llevar visos la crítica de parcialidad. Por eso si nosotros fuésemos capaces de desear que volviese á ser ministro el señor Martinez de la Rosa, seria en esta ocasion, en que quisiéramos poder aparecer indepedientes, y decir francamente lo que de *Aben-Humeya* pensamos. El autor nos pone en el mas duro compromiso. Cuando era ministro popular daba al teatro sus mejores dramas; y obligándonos á alabárselos, nos ponia en el aprieto de parecer aduladores; y ahora que no es ministro empieza á dar los peores, poniéndonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos. Esto es por su parte poco generoso.

Resignémonos, sin embargo, con nuestra suerte, y evitemos con nuestra indulgencia toda murmuracion y todo juicio temerario. Cuando escribimos *indulgencia* no queremos decir que daremos torcedor á nuestra conciencia, no; la crítica debe ser muy severa con los que se presentan y pasan en el mundo por modelos, para evitar que los que empiezan imiten sus defectos; sino es nuestro propósito advertir que será mas lo que de nuestra opinion callemos, que lo que digamos.

Conocido es el asunto histórico escogido por el autor, y tanto que fuera ridícula ostentacion de eruditos disertar largamente sobre él; nosotros no estamos encargados de juzgar la historia, sino el drama. Desde luego confesamos la predileccion con que miramos siempre ese género. En otra ocasion hemos probado, y hablando, si mal no se nos acuerda, del mismo autor, que el drama histórico es la única tragedia moderna posible, y que lo que han llamado los preceptistas tragedia clásica, no es sino el drama histórico de los antiguos.

Dos géneros de composicion pondríamos al frente de la

literatura dramática: 1º los hechos gloriosos ó los funestos resultados de los extravíos de las pasiones, fundados en la verdad, que los hace ejemplos irrecusables, presentados á los hombres ó para su imitacion ó para su escarmiento; este es el drama histórico, ó la tragedia antigua, no variando en las formas por caprichos de escuelas, sino por la variacion que la diferencia de creencias y preocupaciones de costumbres y de leyes hace imperiosa en la literatura; 2º los vicios ó ridiculeces personificados y fundados en la verosimilitud que les sirve de verdad, presentados para leccion ó deleite; esta es la comedia dicha clásica, y caida en desuso por las formas estrechas y lánguidas en que la han querido encerrar los preceptistas; pero susceptible en nuestro entender de nuevo interes, y de ninguna manera agotada como se dice vulgarmente.

El cuento fantástico, hijo de la imaginacion del autor, y en que no se deducen los hechos imperiosa y precisamente de los datos admitidos en la base del argumento, ese hecho inventado y vestido en forma de drama, en el cual el espectador puede concebir á cada accion otra consecuencia que la que le atribuye el ingenio, ese que no tiene verdad histórica en su favor que convenza, ni mas verosimilitud que una concesion gratuita, ese es el verdadero género bastardo.

Y en cuanto á las disputas de las escuelas y pandillas, como las vemos estribar, mas que en el fondo, en las formas, nos será permitido reirnos de ellas, en atencion á que creemos que las formas son variables hasta el infinito, porque siempre habrán de seguir la indicacion del espíritu de la época. El poeta escribe para ser entendido, y mal pudiera serlo el que no se sujetase al lenguaje, al modo que tienen de revestir sus ideas aquellos que han de aplaudirlo ó censurarlo.

Suele tener el drama histórico el inconveniente de dar destruido el interes al espectador, que conoce ya el desenlace de antemano, y el no menor de hacer hablar personajes de quien ya la imaginacion se ha formado una idea, difícil de superar por el poeta; solo el artificio y el gran talento del autor y la eleccion de un hecho, aunque histórico, algo oscuro, pueden hacer triunfar el ingenio. En el argumento de *Aben-Humeya* el autor ha huido perfectamente de esas dificultades. Pero en cuanto al artificio, poco feliz nos parece haber estado, y de esto se convencerá cualquiera por poco que medite el plan.

Los Moriscos de las Alpujarras se rebelan en el reinado de Felipe II, y eligen por jefe á Aben-Humeya, último vástago de la antigua dinastía; degüellan á los cristianos que alcanzan en un limitado espacio de terreno, y se constituyen independientes. Muley-Carime, suegro de Aben-Humeya, reprende y ataca los excesos; dos de los principales rebeldes desaprueban la precipitacion con que se eligen rey ántes de tener reino, y la arrogancia con que el elegido acepta el prestigio y la autoridad real. Aprovéchanse de la blandura de su suegro para desacreditarle y tildarle de traidor á los ojos del vulgo, fácil de fascinar, envolviendo á Aben-Humeya en la ruina de su deudo.

El capitan general de Granada envía á Lara á intimar la rendicion á los rebeldes: Lara es asesinado, y sobre él se encuentran pruebas de las relaciones que conserva Muley-Carime con los castellanos. Aben-Humeya, en la alternativa de castigar á su suegro ó perderse con él, le envenena, pero tarde: la faccion contraria se ha apoderado ya de su palacio, y Aben-Humeya perece víctima de la sedicion.

Pobrísimo es el artificio, ningun interes presenta, ningun resorte dramático, ni nuevo ni viejo. Una sola escena hay en él, aquella en que Aben-Humeya echa en cara á Muley su delito: ninguna pasion domina, ningun carác-

ter prepondera, ningun hecho importante se desenvuelve; el estilo mismo es generalmente inferior á otras obras del autor: ¿dónde está el fuego de la creacion?

Y vamos á lo mas importante. Un personaje histórico oscuro no puede ser digno del teatro sino cuando sus hechos llevan envueltos en sí el éxito ó la ruina de la causa pública. Pero ¿cuál es aquí la causa pública? ¿cuál es la leccion moral ó política que ha querido darnos el autor con la muerte de Aben-Humeya? Si hubiera probado que los Moros rebeldes perdieron su causa por la desunion que dejaron introducirse entre ellos, grande objeto era este, y aun oportuno; pero para eso era preciso haber continuado el drama, era preciso habernos dado el resultado de la tal desunion. Porque habiéndolo dejado en la muerte de Aben-Humeya, la leccion que resulta es que cuando uno quiere ser rey no debe tener por suegro á un Moro que escriba á un cristiano. ¡Profunda leccion por cierto! Por tanto *Aben-Humeya* no es un drama hecho, sino una exposicion de un drama por hacer. Si hubiera empezado por donde acaba el autor hubiera tal vez llegado á hacer un drama. ¿Por qué se acaba en el tercer acto y no continúa? Si el objeto es Aben-Humeya, represente una pasion, un carácter, una situacion; si no ¿quién es él, y qué significa su muerte para ocuparnos una noche entera? Si es la rebelion morisca, ¿qué importa que muera Aben-Humeya?

En la manera de buscar los efectos teatrales nótanse medios ya explotados por el autor y por otros. En el primer acto varios conjurados se quejan diciendo cada uno una frase á su vez, como en *la Conjuracion de Venecia*. La eleccion de *Aben-Humeya* nos recuerda el *Pelayo* de Quintana; la degollacion de los cristianos en el templo y una conjuracion estallando en medio de una diversion popular, entre gente sencilla, ajena de que la muerte está tan cerca de la vida, y el dolor del placer, es contraste ya presentado en *la*

Conjuracion. En el diálogo igual afectacion de sensibilidad y ternura, igual afectacion de sencillez que degenera á veces en trivialidad, como el *déjame*, que en tono de marido dice á su cansada mujer Aben-Humeya, y que arrancó risas. No pasaremos sin embargo en silencio el elogio debido á un efecto teatral bien entendido, como es el sonido de la campana de los cristianos, aprovechado para inflamar los ánimos por Aben-Humeya en la cueva. Empero ¡ bueno fuera que autor de tanto ingenio no hubiera acertado á producir en todo un largo drama cosa alguna que de alabar fuese !

Despues de lo que llevamos expuesto fácil es conocer que no creemos que *Aben-Humeya* dé gloria alguna á su autor. Felizmente tiene obras que le han colocado ya en un puesto muy distinguido; y nosotros, por su gloria misma, no quisiéramos que le hubiese dado la importancia de escribirlo de nuevo en castellano, una vez que ya en frances habia salido flojillo, como el santo de Zamora, cuya historia tenemos contada en uno de nuestros antiguos artículos. Porque no faltará malicioso que á propósito de eso recuerde el soneto célebre contra una composicion escrita por Lope en cuatro lenguas, que empieza :

Hermano Lope, bórrame el sone-
De versos de Ariosto y Garcila...

y concluye :

Y en cuatro lenguas no me escribas co-
Que supuesto que dices boberi-
Te vendrán a entender cuatro nacio-

No seremos nosotros los que hagamos tal aplicacion, si bien por otra parte, ¿quién pudiera darse por ofendido de participar de las vicisitudes de Lope?

Háse puesto en escena *Aben-Humeya* con un esmero digno de mejor drama, y no han contribuido poco á entretener á los espectadores el país nevado, el órgano, los villancicos, la cueva, los muchos Moros que andaban por aquellas sierras, el palacio y el negro, improvisados de Aben-Humeya, y el nuevo telon de intermedios, presentado con tanta coquetería, y tan buenos efectos de luz.

Por esta vez la empresa merece los mayores elogios, y no se los queremos escasear. No ha sido tan buena la representacion, si se exceptúa al señor Latorre. Romea mayor no ha entendido el papel, y le ha hecho sin dignidad ni color; mucho sentimos dar este disgusto á un actor que tan frecuentemente se hace acreedor á nuestros elogios. Y resumiendo nuestra opinion, concluiremos diciendo que al acabarse la funcion sale uno todavía con deseos de drama, á cuyo propósito contaremos al autor, si nos lo permite, una anécdota que nos hizo reir la primera vez que la oimos.

Un periodista frances, hombre de mérito y buen gusto, andaba perseguido por un conocido suyo, que estaba empeñado en llevarlo á comer á su casa. Era el periodista gastrónomo ademas, y no hubo de parecérselo tanto el obsequioso anfitrion. Rehuia pues cuanto le era posible prestarse al ofrecimiento; escapósele empero un dia decir que se iba á comer á la fonda, delante del otro que andaba acechando siempre una ocasion semejante. Fué forzoso pagar la imprudencia, y condescender aquel dia. No se habia engañado el periodista, y la comida fué reducida como las esperanzas. Toda ella se volvió platos de adorno, mudanzas de cubiertos, entremeses y ramilletes. Acabada que fué, quiso el anfitrion dar á su huésped una prueba de su buena voluntad, y díjole levantándose : « Ya sabe usted la hora á que se come en casa, y lo que se come; cuando usted guste podemos repetir este buen rato. » A

lo cual respondió sentándose de nuevo el desgraciado, que se sentia vacío: « ¡Oh! amigo mio, pues entónces, si á usted le parece, puede usted disponer que se repita ahora mismo. »

PANORAMA MATRITENSE

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE

ARTICULO PRIMERO

Consideraciones generales acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres. — Escritores franceses modernos que mas se distinguen en este ramo de literatura.

Este género, tal cual le cultiva tan felizmente entre nosotros el Curioso Parlante, es enteramente moderno, y fué desconocido á la antigüedad. Muchos escritores moralistas habian estudiado ya al hombre y la sociedad de su tiempo; esta especie de filosofía práctica encontró siempre numerosos sectarios bajo la diversidad de formas que adoptó para producirse: el teatro en todas partes se apoderó de las costumbres para retratarlas desde Aristófanes hasta nuestros dias: algunos, no queriendo disfrazar tanto sus lecciones, dieron desde Teofrasto hasta la Bruyère los resultados de su observacion del corazon humano en caractéres ligeramente bosquejados, pero desembarazados de toda intriga que pudiese desleir en tintas degradadas y acumuladas su colorido principal. Otros sentenciosos y

lacónicos, como Larochefoucault y Vauvenargues, se limitaron á colecciones de aforismos morales. Prefirieron muchos la sátira, verdadera composicion poética de costumbres. Algunos, en fin, idearon el medio de urdir un cuento, una fábula mas ó menos intrincada para desenvolver una leccion moral, como lo hicieron Esopo, Fedro, Lafontaine y Samaniego, Marmontel, madame Genlis, madame Cottin, Fielding y otro, creando el apólogo, el cuento moral y la novela de costumbres. Conocidos ya y gastada la novedad de estos diversos géneros, pensó Montesquieu excitar nuevamente la curiosidad con una idea peregrina, lo que logró completamente adoptando la forma epistolar en sus *cartas persas*, seguidas de numerosas imitaciones, de las cuales solo las *cartas peruanas* lograron sobrevivir, y que lograron tal éxito, que, segun cuenta él mismo, llegó el caso de que los libreros no abrian la boca hablando con literatos, sino para decirles : *Hágame usted cartas persas.* Pero en cuanto á estos diversos géneros enunciados, nada tenia que envidiar la literatura española á las extranjeras: nuestro teatro, tan pródigo de fábulas estériles, encontró á veces en Calderon mismo, en Lope, y sobre todo en Alarcon, Tirso, Moreto, y los que los siguieron, escritores excelentes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales, ni Boileaus. En la novela, en el cuento, en la fábula, la nacion que puede citar á Cervántes, á Quevedo, á Mateo Aleman, á Luis Velez de Guevara, al autor de *la Celestina*, del *Gil Blas*, sea quien fuere, á Samaniego, á Iriarte, á Isla, á Iglesias, no puede ser tildada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con todo, del *Espíritu de las leyes* en el coronel don José Cadalso.

Empero cuantos autores hemos citado habian considerado al hombre en general tal cual le da la naturaleza : pintores, habian retratado el mar, con su bonanza y sus

tormentas, cual en todas las zonas se ve, pero no le habian pintado tal cual esta ó aquella marina lo ofrecen y le modifican. Escritores cosmopolitas, filósofos universales habian escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres. Esto era natural. Hasta que equilibrados los elementos diversos que habian reconstituido el mundo, hubiesen empezado á tomar las sociedades caractéres especiales que las distinguiesen, no era fácil retratar caras, sino especies. La religion cristiana, que vino á infundir en los pueblos el dogma de la igualdad y del equilibrio social, comenzó á darles nuevo aspecto, creando individuos donde ántes no habia sino muchedumbres mas ó ménos sujetas á la tiranía y al monopolio del poder y del mando. Los progresos mismos y las comunicaciones, creando el comercio y la industria, haciendo mas necesarios los unos hombres á los otros, comenzaron á nivelarlo todo y á imprimir en los pueblos mayor movimiento, mayor cambio recíproco; entónces empezó á ser sociedad lo que hasta entónces no habia sido sino reunion, y cada sociedad entónces tomó caractéres diferentes, segun la altura á que se encontró en la escala de la gran reforma: cesó la uniformidad, que solo podia hallarse en el principio, y que solo la llegada al mismo punto puede volver á traer. Viajeros los hombres de distintas fuerzas á la caida del vasto imperio romano que habia abarcado e mundo, se separaron para hacer el viaje cada cual por e camino mas en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el dia de la nueva nivelacion, de la igualdad completa; á ella caminamos y á la nueva uniformidad que en un escalon mas alto de la civilizacion humana nos ha de volver á reunir algun dia como nos tenia reunidos á la caida del imperio.

Unos empezaron mas pronto á tener caractéres distintivos de los demas. En ellos forzosamente despuntaron

escritores filósofos, que no consideraron ya al hombre en general como anteriormente se lo habian dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinacion, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. El primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y perspicacia fué Addison en *el Espectador*, y si ninguno logró superarle, no dejó con todo de tener felices imitadores. Posteriormente en Francia, país que siguió en el órden del gran viaje que todos hacemos las huellas de la Inglaterra, así que los trastornos políticos parciales acabaron de emancipar el pueblo, y que la sociedad moderna se constituyó con las formas que por largo tiempo habian de distinguirla, asi que empezaron á fijarse las nuevas costumbres, y á suceder á la antigua Francia los modernos franceses, nacieron tambien escritores destinados á pintar las faces que empezaba la sociedad á presentar. Pintores de la sociedad francesa. Pero cualquiera conoce que semejantes bosquejos parciales estriban mas que en el fondo de las cosas en las formas que revisten, y en los matices que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasajeros, y no de una verdad absoluta. No hubiera pues llegado nunca el género á entronizarse sino ayudado del gran movimiento literario que la perfeccion de las artes traia consigo : tales producciones no hubieran tenido oportunidad ni verdad, no contando con el auxilio de la rapidez de la publicacion. Los periódicos fueron pues los que dieron la mano á los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debia de consistir en la gracia del estilo.

Mercier hizo un cuadro picante de París. Jouy, bajo el pseudónimo de l'*Ermite de la Chaussée d'Antin*, planteó un verdadero cuerpo de obra, y abarcando un plan mas vasto lo llevó á cabo, á poder de artículos semanales.

Acumulado el movimiento social en las capitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquella la misma diferencia que entre una y otra nacion, y otros escritores se dedicaron á publicar cuadros de las costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, á la exageracion, y á ser desmenuzada hasta lo infinito, las naciones mas adelantadas no se contentaron ya con observarse á sí propias y bosquejarse, sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre países remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de *viajes, paseos, ojeadas, novelas, cartas,* etc. Pero si hasta para observarse á sí propio es fuerza estar dotado de singular penetracion, ¿ qué podrá suceder á los que, guiados solos de un interes de especulacion, osan á la primera ojeada darse por pintores de los demas? Dos males han procedido de aquí: como todo el que mira no ve, la mayor parte de estas obras despues de haber excitado la curiosidad momentáneamente por su novedad ó su extravagancia, han vuelto á la nada, de que no debieron salir, destituidas como están del principal mérito, de la verdad del pincel. El segundo mal ha sido desvirtuar el género mismo, llevando la observacion hasta un punto que torna imperceptibles las tintas, é inapreciables por diminutas. Hay libro en este género que, pecando por esto, no es verdad mas que el dia que ve la luz : fundado sobre esa parte de los usos y costumbres condenada como el mar á un continuo flujo y reflujo, muere la obra con la costumbre que ha pintado, y la reputacion con ella del autor. De aquí tanta reputacion pasajera, que no teniendo existencia propia vive como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene.

Es pues necesario que el escritor de costumbres no solo tenga vista perspicaz y grande uso del mundo, sino que sepa distinguir ademas cuáles son los verdaderos trozos que

bastan á dar la fisonomía : descender á los demas, no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros.

Pero al lado de estos escritores mirmidones ha visto la Francia, donde mas cultivado es este género, gran número de reputaciones formarse, crecer, extenderse, y venir á ser europeas. El libro famoso de los *Ciento y uno*, en que se propuso la literatura francesa, agradecida al arruinado librero Ladvocat, crearle un nuevo capital, dándole cada cual gratuitamente un artículo de costumbres, cuya reunion pudiese publicarse bajo el título general de *París*, es el cuadro mas vasto, el monumento mas singular, ¿lo diremos de una vez? y la obra mas grande que á cosas pequeñas han levantado los hombres.

Comparable á las pirámides de Egipto, colosales sepulcros, erigidos por un gran pueblo, y ¡para qué! para enterrar á un rey : salvo la duracion, pues las arenas literarias no dejarán mas que alguna piedra de la obra de los *Ciento y uno*, al paso que las del Nilo respetan todavía las de los Faraones.

Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fuesen tantos los que escibiesen mal. No podremos ménos sin embargo de citar los artículos de Alejandro Dumas, de Chateaubriand, el del duelo de Ducange, y sobre todo los encantadores trozos titulados *les Béotiens de Paris* de Louis Desnoyers, á quien pueden bastar para su gloria.

Pero el genio infatigable que, como escritor de costumbres, no dudaremos en poner á la cabeza de los demas es Balzac, despues de admirado el cual, pues no puede ser leido sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero tambien de ilusiones verdaderas, y por con-

siguiente desdichada, asquerosa á veces y despreciable, y por desgracia ¡ cuán pocas veces ridícula!

Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impedia el paso, arañándose á veces para abrir camino, y ha llegado á su confin, para ver asomado allí ¿ qué ? un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el cáos, la nada.

No citaremos ni á Eugène Sue, ni á Alfred de Vigny, ni á George Sand, ni á otros que parecen rozarse con el fin moral de Balzac, porque aunque pertenecientes á una misma escuela social, ni los creemos animados de buena fe, ni son realmente escritores de costumbres; y porque el examinar la tendencia espantosa de sus escritos y la funesta consecuencia que de ellos se deduce puede ser objeto de un artículo mas importante de lo que parece en el dia para nuestro país.

Solo concluiremos esta reseña citando á Paul de Kock para rebatir una opinion demasiado extendida en España por libreros ambiciosos ó por lectores de poco criterio; careciendo de estilo y verdadero genio Paul de Kock, repetido en sus planes, sin objeto moral de ninguna especie, inmoral en sus formas, es en París el escritor de las modistillas; ni goza de otra consideracion que la de un emborronador de papel, con cierto chiste, y ese no todos los dias.

Despues de haber dado una idea del orígen de este género de literatura que empieza á cultivarse ahora entre nosotros, de sus progresos, de su importancia indígenas, que solo puede existir en el país para el cual sus artículos de costumbres se escriben, circunstancia que hace casi siempre estéril, y aun á veces imposible su version á otras lenguas, y despues de haber expuesto su dificultad y su mérito, y de haber pasado ligeramente la vista sobre los escritos que descuellan en él en otros países, pasemos á exa

minar las dotes que entre nosotros necesita el escritor de costumbres, y á formar un juicio crítico del *Curioso Parlante*, que tanto y tan justo aplauso ha merecido.

PANORAMA MATRITENSE

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE

ARTICULO SEGUNDO Y ULTIMO

Por lo que del género hemos apuntado en general, puédese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de literatura en que es indispensable hermanar la mas profunda y filosófica observacion con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y dónde empieza la línea que la educacion establece entre unas y otros; que tenga, ademas de un instinto de observacion certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas, cuyo velo no debe descorrer jamas la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educacion; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado

cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precision en que de decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de expresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que mas han brillado los esfuerzos del ingenio, la alegoría espira ya en el dia á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece á este ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente; y sobre vencerse tal dificultad, no contribuye poco á dar sumo realce á esas obras el peligro en que de ser perseguido se pone el autor una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por atrevida que sea, que no pueda clara y despejadamente decirse y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja, desde el momento en que los demas sean los mas fuertes, en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula, y la alegoría entera viénese al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua y sin uso ni aplicacion posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Cooper, el autor del *Espía* y del *Bravo;* el rival vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada *the Monikins*, escribe para un país completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo,

en decir las cuales solo el riesgo de fastidiar corria. Mezquino imitador de una idea ya desempeñada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de Wandon *al país de las monas* y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y, como todo el que escribe en país libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicacion de esta serie de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitacion. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos despues del Madrid físico, que en su excelente Manual habia diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podia ménos de ser de grande utilidad y deleitacion. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfeccion progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del *Panorama* ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observacion con singular tino y gracejo, y exponer á

nuestra vista el estado de nuestras costumbres; aquí no olvidaremos otra dificultad que se ofrecia: la España está hace algunos años en un momento de transicion; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organizacion social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratin, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba pues en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continúan variando despues que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duracion de la obra, y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedizo, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el mas hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: *La calle de Toledo, La comedia casera, Las visitas de dias, Los cómicos en cuaresma, Las ferias, La capa vieja, La casa á la antigua, La procesion del Córpus.* Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: *Las costumbres de Madrid, El dia* 30 *del mes, Las tiendas, Riqueza y miseria, La político-manía, Las tres tertulias, Las niñas del dia, Las casas de baños.*

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: 1802 *y* 1832, el ingeniosísimo de *El aguinaldo, El extranjero en su patria, El sombrerito y la mantilla, La vuelta de París.*

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las mas ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y mas lindamente escritos, titulados: *El retrato, El amante corto*

de vista, Tomar aires en un lugar, El barbero de Madrid, Pretender por alto, Los paletos en Madrid, El patio de Correos, etc.

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? recórranse *La casa de Cervántes* y *El campo santo.*

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su país : imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si ménos erudito, mas pensador y ménos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecucion.

Un mérito mas tiene, que no queremos pasar en silencio : es uno de nuestros pocos prosistas modernos : culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre flúido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditacion, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva á sus cuadros á veces de una animacion tambien necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata mas que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no solo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura, ha hecho tambien algunos á su país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinion pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados á Cervántes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso Hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama.*

Escritores nosotros tambien de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el Curioso Parlante, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfeccion tenemos sí la persuasion de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con sufi-

ciente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustracion de nuestro país, nos mueve mas á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideracion general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabien por haber tenido una ocasion mas, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la penca satírica, que por lo regular manejamos con mas dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precision de lastimar.

ANTONY

DRAMA EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTICULO PRIMERO

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.— Estado de la España. — Inoportunidad de estos dramas entre nosotros.

Por hoy y hasta mañana seremos graves : la primera impresion de este drama, mas importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposicion alguna para la risa con que suele *Fígaro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena ; no renunciamos sin embargo á ese derecho ; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas : ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror en España toda innovacion : encarrilados en los aristotélicos preceptos, apénas nos quedaba esperanza de restituir al genio su antigua é indispensable libertad : dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso : nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho ménos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza

de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaria de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que mas en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho : hace mucho tiempo que la España no es una nacion compacta, impulsada de un mismo movimiento : hay en ella tres pueblos distintos : 1°, una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no están siempre en nuestro sentido : 2°, una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento comienza á conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando solo puede ganar. Clase que ve la luz, que gusta ya de ella, pero que como un niño no calcula la distancia á que la ve : cree mas cerca los objetos porque los desea : alarga la mano para cogerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de luz, ni que la luz quema cogida á puñados ; 3°, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el extranjero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demas : hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que, encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un público de tal manera compuesto, es empresa en que quisiéramos

ver enredados por algunos años á esos fanales del saber extranjero, así como quisiéramos ver á los mas célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera ya del círculo de la revolucion social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues solo podria satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilizacion humana, que en cada estacion ha ido dejando una creencia, una ilusion, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fe nueva; y darnos la literatura expresion de esa situacion á nosotros, que no somos aun una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viaje : el que lo hace no sabe adonde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado ántes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dícele : «¿ Adónde vas ¿ por qué andas ? Yo he llegado adonde se puede llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenia un término de descanso. ¿ Sabes lo que hay al fin ? nada. »

El hombre entónces que viajaba ¿ qué responderá ? — «Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando.» Y sin embargo es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, tambien es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo mas allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba « al fin no hay nada, » ¿ no merece su execracion ?

Rara lógica : ¡ enseñarle á un hombre un cadáve para animarle á vivir !

Hé aquí lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caducada de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad ; y hácennos mas daño aun, porque ellos al ménos para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza ; déjennos al ménos la diversion del viaje, y no nos desengañen ántes : si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito ; si no hay un verjel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡ Desórden sacrílego ! ¡ inversion de las leyes de la naturaleza ! En política don Cárlos fuerte en el tercio de España, y el Estatuto en lo demas : y en literatura, Alejandro Dumas, Victor Hugo, Eugène Sue y Balzac.

Con indignacion lo decimos ; sepamos primeramente adónde vamos ; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado : no quieran haber llegado los unos, cuando están los otros todavía en la posada ; porque si hay algun obstáculo en el tránsito, unidos los venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

Lamennais lo ha dicho ántes y mejor que nosotros :

« Una roca obstruye la via pública que recorremos : ningun hombre solo puede remover la roca ; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamas á los que transitan juntos. »

Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperacion, al encontrar el cáos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice : « Destruyamos todo, y veamos lo que sale ; ya sabemos lo pasado, hasta el presente es pasado ya para nosotros : lancémonos en el porvenir á ojos cerra-

dos; si todo es viejo aquí, abajo todo, y reorganicémoslo.»

Pero ¿y nosotros hemos tenido pasado? ¿tenemos presente? ¿Qué nos importa el porvenir? ¿Qué nos importa mañana, si tratamos de existir hoy? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes: si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre rios de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad: libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte; pero consista esa libertad en tener los piés destrabados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos tambien la libertad, y así es esclavo el que pasear no puede, como aquel á quien fuerzan á caminar cien leguas en un dia.

Habíamos pensado dar desde luego un análisis del *Antony*, y entregarlo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposicion de nuestro ánimos que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo examinaremos la *desorganizacion social*, personificada en *Antony*, literaria y filosóficamente.

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTICULO SEGUNDO

En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la expresion de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo país indistintamente : reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, solo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fraccion poco nacional y ménos pensadora. Pasemos á examinar á *Antony*, ser moral, falsa alegoría que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginacion exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una mujer jóven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano de su hija, que esta y aquel nunca tenian en punto á amores el mismo gusto. De aquí pasaba el poeta á pintar la tiranía de la familia, imágen y orígen de la del gobierno : cada hijo puesto en escena desde Menandro acá en las comedias clásicas, es una viva alusion al pueblo. En la literatura moderna ya no se dan padres ni hijos : apénas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestion en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios : es principio irrecusable, segun parece, que una mujer casada

debe estar mal casada, y que no se da mujer que quiera á su marido. El marido es en el dia el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era ántes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡ Infelice! ¿ Hay suerte mas desgraciada que la de una mujer casada? ¡ Vea usted, estar casada! ¡ es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está : se ha casado con ella; ¡ habrá bribon! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! ¡ pícaro! ¡Luego el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la mujer, porque el poeta tiene la alta mision de reformar la sociedad. La institucion del matrimonio es absurda segun la literatura moderna, porque el corazon, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos : la perfeccion á que camina el género humano consiste en que una vez llegado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la mujer que mas le guste, dé nuevos individuos á la sociedad; y separado despues de su pasajera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y procedan á formar, segun las leyes de mas reciente capricho, nuevos seres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuide la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿ por dónde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demas? *¡ Hé aquí,* dicen, *la naturaleza!* Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo ser viviente necesita padres hasta su completa emancipacion; y los animales todos se reunen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela sin embargo, individuo del nuevo órden de cosas,

no puede amar á su marido; confianza que hace desde luego á su hermana, en cuya compañía vive. ¿Por qué? No sabemos. Pero motivos tendrá; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazon que no ame, y en el dia con violencia inaudita; las pasiones se han avivado con el trascurso de los tiempos, y en el siglo de las luces una pasion amorosa es siempre un volcan, que se consume á sí propio abrasando á los demas.

¿Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende no casándose con ella? Antony: ¿quién podia ser sino Antony? ¿Y quién es Antony? Antony es un ejemplo de lo que debian ser todos los hombres. Es el ser mas perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ¡Facilillo es llegar á ese grado de perfeccion! Hijo de sus obras, vulgo inclusero, es la personificacion del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algun dia. Los que hemos tenido la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso; somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera pues corresponder á la era nueva vea cómo se compone para no nacer de nadie. Lo demas es anulárse, es en grande para la sociedad, lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Calomarde.

Antony ha recibido sin embargo de los padres, que no tiene, una figura privilegiada: ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educacion esmerada: ¿quién se la ha dado? El autor del drama sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama mucho como hombre que sabe mucho; pero este ser, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al

mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puede. *¿Por qué?* preguntarán ustedes. ¿Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contado con él : para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada ántes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo mas justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y, segun el autor, está todo tan mal arreglado, que un inclusero no puede ser nada. Mentira, pero mentira de mala fe. Desde que hay mundo, en toda sociedad, el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento : en la antigüedad, de la plebe han salido hombres á mandar á los demas : en los tiempos feudales, en los del despotismo mas injusto, un soldado oscuro, un intrigante plebeyo han salido, siempre que han sabido, de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia. En los siglos de mas desigualdad, un porquero ha cogido las llaves de san Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, la aristocracia la mas injusta, ha sacado siempre sus pro-hombres del lodo. ¿Quién eran al nacer, Richelieu, Mazarin, el cardinal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto á la cuna millares de plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos la reina del mundo, y ha vencido las preocupaciones. Pero si acudimos á la sociedad moderna, de quien se queja todavía Dumas, ¿dónde cabrán los ejemplos? ¡Dumas se atreve á sentar que el hombre de nada, no puede ser nada, á causa de las preocupaciones sociales! Hable Napoleon, Bernadotte, Itúrbide, los mariscales de

Francia, la revolucion de 91, la revolucion de julio, el ministerio frances, el ministerio español, la Europa en fin entera, donde los periódicos y la pluma llevan al poder; hablen por ella Talleyrand, Chateaubriand, Lamartine, Thiers; hable el Asia, donde no hay jerarquías; hable la América entera. Hable, en fin, el autor mismo del drama, el mulato Dumas, que ocupa uno de los primeros puestos en la consideracion pública. ¿Quién le ha colocado á esa altura? ¿Qué preocupacion le ha impedido usufructuar su industria, y sobreponerse á los demas? ¿La literatura, la sociedad le han desechado de su seno por mulato? ¿Quién le ha preguntado su color? ¿Pretendia por ventura que solo por ser mulato, y ántes de saber si era útil ó no, le festejase la sociedad? Esa sociedad, sin embargo, de quien se queja, recompensa sus injustas invectivas con aplausos, é hinche de oro sus gavetas. ¿Y por qué? porque tiene talento, porque acata en él la inteligencia. ¡Y esa inteligencia se queja, y quiere invertir el órden establecido! Decirnos que un inclusero no puede ser nada en la sociedad moderna, la cual no le pregunta á nadie *¿quién es su padre?* sino *¿cuáles son sus obras?* que no pregunta *¿tienes apellido?* sino *¿tienes frac? ¿cuál es tu alcurnia?* sino *¿cuál es tu educacion?* es el colmo de la mala fe.

Una vez expuesta la posicion de Antony y de Adela, sigamos el análisis de este diálogo amoroso en cinco actos. Antony se hace anunciar á Adela, quien luchando con su deber le cierra la puerta; pero al salir de su casa sus caballos se desbocan, Antony se arroja á contenerlos, y la lanza del coche, encontrándose con su pecho, le arroja sin sentido en el suelo. Si Adela acierta á no ser persona de coche, ó si los coches no tienen lanza, se queda el drama en exposicion. En el teatro los acontecimientos deben ser deduccion forzosa de algo : la accion ha de ser precisa; lo demas no es convencer, pintando lo que sucede, sino hacer

suceder para pintar lo que se quiere convencer. Adela da asilo en su casa al herido, y una escena amorosa pone de manifiesto los sentimientos de estos dos héroes. Pero Adela, siguiendo los caprichos de esta injusta sociedad, dice á Antony ya vendado, que un hombre enamorado de una mujer casada no puede vivir en su casa á mesa y mantel. Preocupacion : ¡cuánto mejor y mas natural es vivir en casa de su querida, que con una patrona ó en una casa de huéspedes! Antony se desespera; pero para vencer á esa sociedad injusta, cuyas leyes despóticas no nos dejan vivir con nuestra Adela aunque sea mujer de otro, se arranca el vendaje exclamando : « ¿Conque estando bueno me tengo que marchar á mi casa? Pues bien; ¿y ahora me quedaré? »

Ya tenemos aquí un medio ingenioso de permanecer en donde nos vaya bien. Efectivamente, ¡ingeniosa alegoría en que no ha pensado el autor! En quitándonos la venda social, en rompiendo la máscara del honor, podemos hacer nuestro gusto.

Antony permanece en la casa del hombre que quiere deshonrar : huésped de su enemigo, le hace la guerra en su terreno : la naturaleza lo manda así, porque la delicadeza es otra preocupacion social. Pero Adela, sin duda para manifestarnos lo interesante y lo digna de lástima que es una mujer que resiste á una pasion, trata de salvarse del peligro, corriendo á reunirse con su esposo, plan que lleva á cabo con resolucion.

Pero la naturaleza, dios protector de Antony, lo tiene todo previsto, y el camino de Strasburgo felizmente no se hizo solo para las mujeres que huyen de sus amantes. Tambien los amantes pueden ir á Strasburgo. Antony toma caballos de posta, llega ántes á una posada, la toma entera : para una pasion todo es poco; y cuando llega Adela, ni hay caballos para ella, ni cuarto : el viajero que ha

madrugado mas le cede uno, y cuando Adela va á recogerse, éntrasele el amante por la ventana, y el telon, mas delicado que el autor, tiene la buena crianza de correrse á ocultar un cuadro que representaria sino probablemente *una vista interior de una pasion, tomada desde la alcoba*, cuadro tanto mas inútil, cuanto que será raro el espectador que necesite de semejantes indirectas para formar de los trasportes de Adela y de Antony una idea bastante aproximada. Pero ¿qué importa? ¿No sucede eso en el mundo? ¿No es natural? ¿Pues por qué se ha de andar el autor con escrúpulos de monja en punto tan esencial? Ya sabemos lo que son viajes, lo que son posadas, y lo que es trajinar en este mundo. Siempre deduciremos que estas pasiones fuertes no son plato de pobre. Si esa sociedad tan mal organizada no hubiera procurado á Antony dinero suficiente para tomar la posada y la posta, y todo lo que toma en este acto, se hubiera tenido que quedar en París haciendo endechas clásicas. El romanticismo y las pasiones sublimes son bocado de gente rica y ociosa, y así es que bien podemos exclamar al llegar aquí : ¡pobres clásicos!

En el cuarto acto Adela ha sucumbido, y de vuelta á París asiste á una sociedad, donde las injustas preocupaciones del mundo le preparan amargas críticas; y á este acto en realidad, sin meternos á escudriñar la intencion del autor al escribirlo, le concederemos la cualidad de ser tan moral en su resultado, como es en los medios inmoral el anterior. Las que el autor llama preocupaciones son mas fuertes que él en este acto, y las humillaciones que sufre Adela responden victoriosamente al drama entero.

En el quinto, el marido, avisado sin duda de la pasion de su mujer, debe llegar de un momento á otro : Antony sin embargo, en vez de hacer lo que á todo amante delicado inspira en tal circunstancia el amor mismo, en vez de ocultar su desgraciada pasion con una prudencia sufi-

ciente, se encierra con Adela; de suerte que pueda el marido venir á llamar él mismo á la puerta de su deshonra; y asiendo de un puñal, que lleva siempre consigo, sin duda porque el andar desarmado es otra preocupacion de esta sociedad tan mal organizada, clavásele en el pecho á su amada, exclamando á la vista del marido : *¡la amé, me resistia y la he asesinado!*

Ridícula, inverosímil exageracion de un honor mal entendido. ¿Qué ha pretendido el autor? Probar que miéntras la preocupacion social llama virtud la resistencia de una mujer, y haga depender de la conducta de esta el honor de un hombre, ¿una catástrofe se seguirá á un amor indispensable y natural? Pues ha probado lo contrario. Ha probado que cuando un hombre y una mujer se ponen en lucha con las leyes recibidas en la sociedad, perece el mas débil, es decir, el hombre y la mujer, no la sociedad.

Pero la sociedad no se pone en ridículo; la sociedad existe, porque no puede dejar de existir; no siendo leyes sus caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas; y examinadas filosóficamente, tienen una plausible explicacion : son consecuencia de su organizacion y de su modo de ser; es preciso que haya pasado y pase aun por las que realmente lo son para llegar á ideas mas fijas y justas; porque toda cosa precisa y que no puede ménos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo. Y si preocupaciones existen y han existido, si está escrito que usos en el dia adoptados y respetados han de trasformarse ó caer, ha de ser el tiempo solo quien los destruya gastándolos, pero no está reservado á un drama el extirparlos violentamente.

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones: desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo : concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho

de una mujer, aun faltando á su deber : convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasion que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una mujer aun sucumbiendo despues de una resistencia no ménos honrosa por inútil : establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso excepcional de una mujer que se halla realmente bajo el influjo de una pasion cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crímen mismo, y el caso de multitud de mujeres que no siguen al atropellar sus deberes mas inspiracion que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos : ¿quiere mas concesiones el autor? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno : quedan sepultados en el secreto del amor ó de la familia. Porque desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una mujer faltando plausiblemente á su deber, y apoyándose en la naturaleza, se expone usted á que toda mujer, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante : desde ese momento la mujer mas despreciable se creerá autorizada á romper los vínculos sociales, á desatar los nudos de familia, y entónces á Dios últimas ilusiones que nos quedan, á Dios amor, á Dios resistencia, á Dios lucha entre el placer y el deber, á Dios diferencia entre mujeres virtuosas, criminales, y mujeres despreciables. Y, lo que es peor, á Dios sociedad, porque si toda mujer se creerá Adela, todo hombre se creerá Antony, achacará á injusticia de la sociedad cuanto se oponga á sus apetitos brutales, que encontrará naturales; en gustando de una mujer, dirá : *yo tengo una pasion irresistible que es mas fuerte que yo*; y convencido de antemano de que no puede vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los me-

dios, creido de que la sociedad es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento que no nace ya algo, no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

Hé aquí la grande inmoralidad de un drama escrito por desgracia con verdad en muchos detalles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien con demasiados atractivos para persuadir. Y no solo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene mas puntos de contacto, *Antony* ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.

HERNANI

O EL HONOR CASTELLANO

DRAMA EN CINCO ACTOS

No dejaba de ser aventurada la presentacion de *Hernani* en la escena española : *Hernani*, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió majestuosamente la marcha de la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Victor Hugo osa separarse ya á cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella á manos llenas

como en obras posteriores los raros atrevimientos á que solo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Ya hemos dicho repetidas veces que Victor Hugo es mas poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginacion ahoga casi siempre en él la voz del corazon, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupar Alejandro Dumas. *Hernani* hubo de arrebatar al público frances, amigo de declamaciones, y de pinceladas históricas; la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el proscripto de Aragon, le aseguraron un triunfo, que todavía no podia atribuirse á un partido literario, á cuya formacion iba á contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existian: tomando aquí las producciones extranjeras no en el órden en que ven la luz, sino buenamente cuando y como podemos, *Hernani*, primer paso de la escuela moderna, ha venido á presentarse á nuestra vista despues de haber apurado nosotros hasta los excesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debia hacer parecer pálido y descolorido despues de *Lucrecia Borjia* y de *Catalina Howard:* y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interes que debia excitar en España un asunto español, tambien se ocurria la nueva dificultad de ser mas necesaria á *Hernani* que á ningun otro drama una buena traduccion.

En esto, por fortuna, así Victor Hugo como el público español han sido felices. Y la traduccion que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Victor Hugo ha tratado á *Hernani* con rara predileccion, con cariño: un lenguaje purísimo, un sabor castellano, una versificacion cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de mas difi-

cultad y de mas mérito. Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezon de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan. Es justicia. Traduzcan los demas como el señor de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para el elogio con mas placer que para la amarga crítica. Bien hubiéramos querido que el traductor, en vez de explayar mas y desleir algunas escenas, hubiera tratado de reducirlas á los ménos límites posibles, sin alterar el sentido ; pero conocemos que el respeto debido al grande poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor tambien poeta. Es difícil, traduciendo á Victor Hugo, tomarse libertades. Por lo demas, concluiremos el elogio de esta traduccion diciendo que escenas enteras hay escritas de tal modo, que no las desdeñaria Calderon mismo. Hace muchos años que no habíamos visto ninguna que tanto nos satisfaciese, si se exceptúa la de *los Hijos de Eduardo*, hecha por don Manuel Breton de los Herreros tambien con esmero y tino singulares.

No describiremos el argumento de *Hernani*. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos á cuenta de comedias en nuestro teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo tambien con *Hernani*, haríamos una injusticia al autor y á la obra ; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galan, ni en que se presenten á la boda mas ó ménos obstáculos dramáticos. El mérito de *Hernani* está en la concepcion misma de la obra ; en la pintura de Cárlos I de España, mozalbete seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Cárlos V de Alemania, emperador ya de romanos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para

dejar lugar en él á toda la ambicion humana, á la grandeza de la mision que la Providencia le destina á llenar en el mundo. Todos los demas son medios que contribuyen á este grande efecto, que es el que mas resalta y ocupa, á despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Ruy Gomez, de la posicion violenta de Hernani y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse con el cuarto acto, donde don Cárlos V, ya emperador, renuncia á la hermosa doña Sol, y la da por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su *honor castellano*, fantástico y exagerado como él lo entiende, se lanza á dar un quinto acto, fundado en la venganza del viejo don Ruy Gomez, quien dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene á turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañendo una bocina, á cuyo sonido le juró Hernani poner su vida á su disposicion en cualquier situacion en que viniese á reclamarla. El viejo inexorable y zeloso tañe cada vez mas fuerte, y consigue matar á trompetazos el amor mas puro y el porvenir mas lisonjero de dos amantes felices. Ideas son estas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito : « Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leurs ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre de ses serments,» en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador mas grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias, ó cualquiera otra razon de la misma especie ; pero Hernani se contenta con echarse á pechos un frasquete del mas rico veneno conocido, con lo cual el honor castellano, antiguo,

queda en su punto, el público afligido, y el viejo contento, y repitiendo al ver los dos cadáveres : *muerto, muerta.*

Este final desgraciado, que no podia presumirse en el trascurso del drama, poco preparado, y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado *Hernani* de aplausos, como parecia hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habian sido oidos.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRINCIPE DE LA PAZ

ARTICULO PRIMERO

En los tiempos antiguos y ántes de la invencion de la imprenta, la historia, viviendo á la ventura de rebuscos ó de eventuales hallazgos, mas se podia considerar como un espejo mal azogado que solo representaba á trozos objetos informes, que como un intérprete fiel y un juez severo de los hechos pasados. Apoyada en la tradicion, las mas veces fabulosa ó exagerada, prestábase fácilmente á la falsedad y á la adulteracion á que la quisiesen sujetar las pasiones de los pocos que en recoger y trasmitir anales se ocupaban.

Posteriormente el orgullo de las testas coronadas hubo de conocer la importancia de la pluma para conservar á la posteridad sus grandes hechos ó sus intrigas políticas, y

cada rey mantuvo cronistas con el objeto de clasificar y glosar su reinado; pero fácil es conocer la poca confianza que á los pueblos debian merecer tales compilaciones, hechas á expensas de un rey, por personas allegadas ó agradecidas, y á quienes solo podia el elogio ser lícito. Con pocas excepciones, la historia vino á ser no un cuadro fiel de las costumbres, de las necesidades, de las revoluciones de los pueblos, sino un retrato, favorecido como todo retrato, y de tamaño colosal, de cada príncipe ó magnate, que reasumia en sí propio la importancia toda de sus gobernados. De tal suerte llegó á adquirir este carácter, que aun en tiempos modernos en que la tendencia de las ideas es muy otra, y en que han variado esencialmente los principios, en que se ha reconocido por fin que los reyes no son delegados de la divinidad, sino apoderados del pueblo, todavía conserva la historia sus regios atavíos, y su especialidad insultante para la generalidad de los hombres. Aun en manos muy hábiles la historia es apénas todavía la cronista de los pueblos: primer cortesana en los palacios, y la última por lo visto que los ha de abandonar, tarda en comprender su verdadera mision, y cree haber trasmitido á la posteridad los hechos y las costumbres de una nacion cuando ha referido los caprichos ó los usos de un príncipe.

Pero los tiempos han corrido, y la invencion de la imprenta á la disposicion de todo el mundo ha sido un puerto contra un naufragio para clases y generaciones enteras: hecha industria lucrativa, todo el que no ha tenido otro oficio, todo el que se ha creido con ojos para ver, con oidos para oir, todo el que se ha figurado tener las cualidades de testigo (cualidades mas difíciles de poseer de lo que parece para no ser testigo á la manera de las paredes, dentro de las cuales pasan los acontecimientos), todo el que ha sentido dentro de sí ó la pereza de obrar, ó la insuficiencia de producir cosas dignas de ser por otros escritas, ha

asido de una pluma, y ha exclamado : *Yo, que no hago nada, escribiré lo que hacen los demas; escribiré lo que sobre ellos pienso, y hasta escribiré lo que yo hago, cuando no hago nada.* De aquí multitud de libros, de novelas históricas, de historias novelescas, de viajes impresionales y de impresiones viajeras que atormentan al mundo moderno y le ahogan y le sofocan, como las demasiadas mantas que se echan sobre un constipado; de aquí la multitud de *observaciones, relaciones, reflexiones* y *ojeadas*, sin contar con el sinnúmero de anuncios que empiezan con *De*, como : De *los acontecimientos de la guerra de tal*, de *la conjuracion de cual*, de *la oportunidad*, etc., etc. ; de aquí ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la mujer, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo : memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda, acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir á paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto á todas horas, y de los que no le han visto á ninguna. De aquí, en fin, para la pobre historia otro escollo, no ménos peligroso que el que en el principio de este artículo le hemos encontrado en los tiempos antiguos.

Entónces necesitaba de la linterna de Diógenes para buscar un hombre y un dato, y ahora necesita de todas las linternas del buen gusto y del sano criterio para desechar hombres y datos. Voces por un lado con una relacion, voces por otro con la contraria : multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia, y en realidad verdaderos albañales que corren hácia un rio para perderse en él, ensuciándole y entrabando su curso; y solo por azar

algun limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Si hemos comparado á la historia antigua con un espejo mal azogado, que solo á trozos representa objetos informes, ahora podemos comparar á la historia moderna con una inmensa luna colocada en un salon de máscaras, y donde mezclados rebullen y se codean, se obstruyen y confunden en un disparatado conjunto de colores chocantes y chillones, sin juego ni armonía, reyes y vasallos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados : ruido horrible y desapacible en que se aunan y mueren la verdad y la mentira, la calumnia y la reparacion, la algazara del orgullo, y el sollozo del pobre, el piano del magnate y el rabel del pastor, la jira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el aullido de la envidia, el grito de la ambicion, y el desesperado lamento del virtuoso aborrecido, ó del mérito sofocado.

Hé aquí el sonido de la celebrada trompeta de la historia, encargada de trasmitir la verdad á la posteridad, de quien se dice que aquella es luz y ejemplo, norte y guia.

Así ofusca para ver la demasiada como la poca luz, y la verdad entre tal multitud de los datos contradictorios no hallará ménos obstáculos para establecerse que en las épocas en que no tenia á su disposicion una sola trompeta por donde resonar. La mentira á la órden del dia y al alcance de todos desde la vulgarizacion de la imprenta tiene las pasiones en su favor, y la haria de los partidos interesados en ataviarla y lanzarla rica de argumentos y sofismas á la cabeza del vulgo crédulo y poco perspicaz.

Traslúcense sin embargo á los ojos de los mas estas triviales reflexiones, y la duda de lo cierto y de lo incierto mina por el pié multitud de libros escritos para hacer fortuna á costa del escándalo, envolviendo desgraciadamente en el comun desprecio hasta la razon y la justicia, cuando

entre el clamor general de mentidos testimonios vienen á presentar á la severa opinion pública sus contradichos alegatos.

Una de las pocas obras sin embargo que habrán de merecer una honrosa excepcion, y que deben al ménos ser detenidamente examinadas, es la que anunciamos en el epígrafe de este artículo. Don Manuel Godoy, de quien se puede decir lo que de don Alvaro de Luna dice su cronista; don Manuel Godoy, grande ejemplo y escarmiento de privados, es un personaje histórico harto importante en los fastos modernos de España para que su voz pueda pasar oscuramente confundida en el ruido general del siglo vocinglero en que vivimos.

Su portentosa cuanto rápida elevacion, la colosal influencia que en la suerte de nuestra patria ha ejercido durante muchos años, y las gravísimas inculpaciones de que ha sido objeto, hacian desear que rompiese un silencio, con el cual autorizaba tácitamente cuanto de su administracion se ha dicho.

Y cuando se medita que aquel magnate que llegó á absorber en sí mismo el poder de un rey, que vió bullir en rededor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España, que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las regias alfombras que entapizaban los escalones del trono, cuando se reflexiona que aquel guardia á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática, que aquel subalterno, á quien el genio del siglo pensó en colocar en un trono, es el mismo que en el dia, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinion á las márgenes de un rio extranjero, se presenta á las puertas de la patria en modesto traje, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas du-

cales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia, para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oir, y solo entónces se concibe el interes extraordinario que deben inspirar al público las memorias de ese hombre todavía mas extraordinario, así por su elevacion como por su caida.

Y decimos extraordinario por su caida, porque conocido el corazon humano, es preciso confesar que don Alvaro de Luna perdiendo en uno vida y privanza es ménos digno de lástima que aquel que fué condenado por el destino á sobrevivir á su desgracia y á verse privado de todo despues de haberlo gozado todo. Mero canal por donde las grandezas y los tesoros han pasado sin dejar en sus paredes mas que el desengaño; desengaño semejante al cieno que posa el agua al recorrer el cauce que su corriente socaba. El antiguo príncipe de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, extranjero y particular en París, es la personificacion del alma destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo, y sucumbir á la ley comun de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser espectador del príncipe de la Paz caido, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo despues de muerto.

Horrendo castigo por cierto, si fué delincuente, y ante el cual debe espirar todo rencor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo tambien si no fué delincuente, y si la alta posicion en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el

crímen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.

No nos toca á nosotros decidir tan importante cuestion; la lectura de las memorias del príncipe y los demas datos que la opinion pública tiene á la vista son los autos de este gran pleito entre el favorito y la sociedad. La opinion pública es quien debe hacer recaer su fallo. A nosotros, meros articulistas de un periódico, solo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del objeto de la obra, de la posicion del que la presenta á aquel supremo tribunal, de los puntos principales que abraza, de los documentos en que se apoya, y del poco ó mucho mérito literario que puede encerrar; tarea que hubiéramos llevado á cabo en un artículo solo, si las reflexiones que la publicacion de estas memorias nos ha sugerido no nos hubieran obligado ya á traspasar los límites consentidos á semejante objeto por un diario como el nuestro. En otro número trataremos de dar cima á la labor que nos hemos impuesto lo mejor que los pocos conocimientos que nos adornan nos den á entender.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRINCIPE DE LA PAZ

ARTICULO SEGUNDO

En nuestro artículo anterior, hemos indicado que los hombres perdonan mas fácilmente el crímen que la for-

tuna. No somos nosotros quien lo decimos : verdad es harto conocida. La rápida elevacion del príncipe de la Paz debió granjearle, pues, muchos y poderosos enemigos : la marcha de los acontecimientos del siglo contribuyó no poco á envolverle en la ruina de las viejas creencias; pero es fuerza ser imparcial, y no pedir á la débil humanidad mas de lo que buenamente pueda dar de sí : la posicion de un ministro de Cárlos IV, á fines del siglo pasado, y en la España de entónces, no era seguramente la de un jefe popular de revolucion. Hacer por tanto un crímen al príncipe de la Paz de haber sido ministro de un déspota, y de haberse opuesto á la propaganda de la revolucion francesa, es juzgar al hombre de entónces segun las ideas del dia. El grito de la revolucion lanzado á orillas del Sena y eco del norte de América, no tuvo ni podia tener en las demas naciones de Europa la mejor acogida : no hallándose los demas pueblos en la situacion peculiar de la Francia, manifestóse en todos, mas ó ménos, una oposicion no tanto debida á los naturales esfuerzos de sus gobiernos, como á las costumbres mismas de los gobernados. Pruébanlo así entre nosotros los donativos verdaderamente voluntarios con que se anticipó la España á los deseos del gobierno de Cárlos IV, y que excedieron con mucho á los que produjo en Francia misma el entusiasmo revolucionario. Espérese ademas en buen hora de los filósofos y de los escritores, de los tribunos de los pueblos, el empuje reformador; exigir empero de los reyes y de sus ministros que se derriben á sí mismos en favor de principios innovadores, es desconocer completamente la naturaleza de las cosas. Cuando aun en el dia, y despues del vuelo que han tomado las ideas de reforma, se ve constantemente á esos mismos tribunos del pueblo plantear, una vez llegados al poder, sistemas de resistencia contra los propios principios populares que los han elevado, querer que el favorito

de Cárlos IV se hubiera constituido en la España de 1790 agente de la revolucion francesa, es querer imposibles. La libertad no se da, se toma. Todo gobierno encierra por otra parte en sí un principio de *statu quo*, sin el cual dejaria de ser gobierno, pues le faltaria el principio de la propia conservacion. Ni la naturaleza de las cosas, ni el corazon humano, ni la política podian prestarse á semejantes exigencias; por tanto, solo queda una manera racional de juzgar al príncipe de la Paz : es fuerza trasladarse á los tiempos en que ejerció su influencia, considerarle únicamente ministro de un gobierno monárquico absoluto, pues que este es un hecho innegable, y en tal concepto examinar si en calidad de tal su administracion fué acertada ó desacertada, ominosa para el país, tiránica ó benéfica, estéril ó productiva. Y descendiendo despues del ministro al hombre, considerar si los actos públicos de su vida, si su manera de existir y de usar de su favor y de su riqueza fué criminal y de escándalo para el país, por su influencia en las públicas costumbres.

Cuantos escritores españoles y extranjeros han hablado del príncipe de la Paz, copiándose unos á otros, han tratado de presentarle bajo una luz poco favorable ; quién le presenta como un coplero, una especie de bardo ó trovador que conquistó el favor de una corte muelle con indignos manejos y serviles bajezas. Achácanle los desastres de la guerra con la Francia de 1793 á 1795, y los de la posterior con la Inglaterra en los años siguientes. Designado por Napoleon para una especie de trono improvisado sobre las ruinas del Portugal, ofrécenle á sus lectores como habiendo tenido gran parte en el viaje de Bayona y en la abdicacion forzada de la familia real de España. Achacóle la voz pública proyectos de mas temeraria ambicion; díjose que habia aspirado al trono español, y que para ello habia malquistado, educado mal y aun calumniado al príncipe

heredero, Fernando VII despues, que entónces era el objeto de los deseos de la nacion, porque así las naciones como los individuos están á veces sujetas á no saber lo que se desean.

El abate Pradt, el general Foy, el biógrafo Arnault, Jouy, el canónigo Escoiquiz, y el mismo Muriel, de quienes aquellos se hicieron eco, han adoptado esas ideas y las han propalado. El silencio de don Manuel Godoy no hizo mas que corroborarlas. Así que, don Manuel Godoy debia comenzar por explicar la causa de tan singular silencio. Parécenos que lo hace en sus memorias con tino y gran color de verdad. Ya hemos dicho que no nos erigimos en jueces; no nos creemos competentes para ello; solo somos expositores de hechos. A la generacion presente, á la juventud del dia ya separada de los acontecimientos, y ménos interesada en ellos que nuestros padres, toca pesar las razones del proscripto.

Despues de explicada la causa de su silencio, el príncipe pasa á dar la clave de su elevacion. Seguramente este era en sus memorias el punto mas delicado, y que mas ansiará la expectacion pública ver aclarado; pero don Manuel Godoy, con una delicadeza extremada y propia de un español de los tiempos de Calderon, pasa rápidamente sobre esta circunstancia, y despues de haber dado una explicacion por lo ménos verosímil, y de todo punto decorosa, se apresura á entrar en el descargo de sus actos administrativos.

Sea cual fuere la verdad, preguntaremos al lector si puestos en iguales circunstancias que el antiguo guardia de la real persona, ¿hubiera habido muchos que hubieran hecho voluntaria dimision de la carrera que la fortuna les abria? Despues de hecha esta pregunta, y de convenir en que el número de los héroes y de los santos es infinitamente pequeño en este miserable mundo, pasaremos á otra cosa.

Su posicion para con la revolucion francesa, en su apogeo cuando don Manuel Godoy obtuvo el ministerio, era harto difícil.

Sin embargo, en los dos primeros tomos que anunciamos de sus memorias, don Manuel Godoy trata de probar que la conducta que observó fué la que debió, la que no pudo ménos de observar. Que ni precipitó la guerra, ni la esquivó; que en ella, á pesar del mal estado en que encontró al país, laureles y glorias se adquirieron que sostuvieron el buen nombre español; que esa guerra no costó esfuerzos gravosos á la nacion; que conoció la hora y el momento en que, ademas de ser inútil y funesta aquella lucha, torcia su objeto, y que trató la paz no el primero, ni paz vergonzosa para nosotros, pues que la primera voz de paz vino de la república francesa, y pues que no nos costó ni una aldea, habiendo sido la España el único pueblo de Europa que al ajustar sus paces con la Francia no sufrió ningun desfalco en sus fronteras.

Que posteriormente no quiso ser agente de las miras de la Gran Bretaña, y, habiendo de luchar con esta ó con la Francia, prefirió la amistad de la república, salvando nuestro suelo de las desgracias sobrevenidas á los estados de Italia por su ciega obediencia á la Inglaterra; que nunca tomó sobre sí la responsabilidad de actos tan graves, sino que consultó el voto de los pueblos y el exámen de los consejos del monarca.

Que el crédito en ambas guerras fué realzado y mantenido por la sencillez y la lealtad de sus operaciones y promesas.

Que no hubo durante su administracion ni persecuciones ni grandes castigos; que trató de reprimir el primero en España el colosal poder de la inquisicion, como lo logró; que amigo de las luces, de la ciencia y de las artes, les dispensó proteccion; y en realidad, al llegar aquí no po-

demos ménos de llamar la atencion de nuestros lectores para recordarles un punto importante. Don Manuel Godoy encontró estos ramos en la mayor decadencia, y si protegió ó no su renacimiento, díganlo por nosotros cien nombres ilustres que en ellos se distinguieron y lograron en su tiempo mercedes y distinciones.

Sabida es la proteccion que dispensó á Moratin; sabido es que á su época van unidos los nombres de Melendez y Jovellanos, y otros infinitos que en ramos diversos presentaron un verdadero renacimiento en España: y seamos imparciales, recorramos las obras de los escritores de su tiempo, y será forzoso confesar que reinaba una amplitud para la imprenta, con que en tiempos muy posteriores nos hubiéramos contentado aun los mas descontentadizos.

No es ménos interesante para lectores españoles la copia de documentos importantes y fidedignos con que don Manuel Godoy autoriza sus memorias.

En cuanto al estilo, confesaremos que tienen el mérito de descubrir al hombre: desigual en gran manera, y viciado en general por la larga expatriacion, hemos notado con todo que siempre que habla el corazon, que siempre que el autor, inspirado de la amargura de su situacion, vuelve los ojos á esta patria que tan tristemente lo ha juzgado, corren de su pluma páginas tiernísimas, elocuentes, ciceronianas; en vano se buscarian ya en ellas galicismos ni defectos gramaticales; evidente prueba de que el entusiasmo es la gran regla del escritor, y el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Esa misma desigualdad constituye la originalidad de las memorias. Es imposible, leyéndolas, no dudar muchas veces, no juzgar algunas en favor del proscripto, no asustarse del poder de la opinion y de las consecuencias de esta, si una vez se ha torcido ó maleado; es difícil no derramar algunas lágrimas sobre la suerte de un hombre que

si hubiese sido calumniado como pretende probar, nadie despues de él tendria derecho á creerse desgraciado.

Nosotros ansiamos la conclusion de la publicacion de estas interesantes memorias, que tanta luz van á dar á la historia del reinado de Cárlos IV, poco conocido y mal apreciado : y en el ínterin, sin prejuzgar nada acerca de la culpabilidad del acusado, sin negar la perniciosa influencia que semejantes elevaciones colosales tienen en la moral de un pueblo, sin decir que el príncipe de la Paz fuese un grande hombre, ántes creyéndole inferior á las difíciles circunstancias al frente de las cuales se halló, nosotros, sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que lean las memorias ántes de confirmar ó de alterar sus juicios. El derecho de ser oido lo tiene todo el mundo ; acordémonos generosamente de que ese es el único de que la suerte no ha podido despojarle. Triste resto de la grandeza pasada; miserable derecho, cuando no hay otro, y terrible ejemplo á la par de las vicisitudes humanas.

MARGARITA DE BORGOÑA

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS

La última vez que tuvimos que hablar del célebre autor de esta composicion dramática insistimos en la ventaja que á sus contemporáneos y rivales lleva en el artificio de sus comedias, en el interes que sabe darles, en el profundo co-

nocimiento que tiene del corazon humano y de los efectos teatrales.

Si á alguno pudiera haberle quedado duda acerca de tales calificaciones, la representacion de *la Tour de Nesle*, vertida al castellano con algunas alteraciones del original y bajo el título de *Margarita de Borgoña*, las podria desvanecer completamente, porque esa es la obra donde Alejandro Dumas hace mas gala y ostentacion de aquellas dotes.

Asunto medio histórico, medio fantástico, enlazado con las costumbres de una época fecunda de argumentos de gusto moderno, el autor le ha combinado á su manera, mas bien á nuestro corto entender con la idea de producir efecto en el teatro, que con la de pintar carácter ni pasion alguna. Ménos aun se podria inferir que tuviese un objeto moral. Una intriga fuertemente trabada, efectos prodigiosos artificiosamente preparados, novedad en algunos resortes dramáticos, osadía en las formas, sacudidas violentas y dolorosas para el espectador; hé aquí la idea del autor en *la Tour de Nesle*. Idea llevada á cabo de una manera admirable, y que no permite al auditorio salir un momento de la sala miéntras no ve concluida la accion y satisfecha su curiosidad; pero idea al mismo tiempo que constituye la inferioridad de esta obra con respecto á las demas del autor. Es lo que llaman los franceses un *tour de force*, una muestra del poder del ingenio, un ejemplo de lo que se puede imaginar y hacer en el teatro, pero sin resultado, sin consecuencia, como el salto mortal de un atleta, que, una vez visto y admirado, nada deja en el fondo del alma, sino el cansancio angustioso que se tiene despues de ver un gran peligro eludido. En *Enrique III y su corte*, del mismo autor, predomina un objeto histórico; en *Antony*, una intencion política casi, y por lo ménos se revela allí un sistema social nuevo; es un ariete dirigido contra la actual organizacion de la sociedad, contra las ideas viejas; es una in-

vasion en el porvenir, mas ó ménos verdadera y exagerada como analizándola tuvimos ocasion de decir; pero, en fin, tiene una importancia muy trascendental. En *Catalina Howar* reina el deseo de pintar una pasion, la ambicion, que como toda pasion cuando se halla elevada al grado de vehemencia posible absorbe todas las facultades del ser, y crece en el corazon á costa de todas las demas.

Pero en *la Tour de Nesle*, lo repetimos, no hay mas importancia, ni mas mira profunda que la de desenvolver una intriga aterradora, por medios aun mas aterradores. Supone mas ingenio, pero ménos talento; mas conocimiento del hombre que concurre al teatro, que del hombre que vive en el mundo. Por eso nosotros sentimos que los traductores, pues parece que han sido dos, hayan creido poder alterar el título, porque siendo este tan vago é indeterminado como su autor se lo ha puesto, á nada le comprometia; al paso que trasladar toda la importancia del drama y hacerla recaer sobre un personaje histórico como Margarita de Borgoña, es comprometer á Alejandro Dumas á deberes que él mismo no se ha impuesto.

Los demas cortes y las otras alteraciones que han sido hechas en *la Tour de Nesle* al trasladarla á la escena española, parecen haber sido concesiones hechas á nuestras costumbres y á la delicadeza de nuestro público. Si esto resulta en disfavor del drama y del autor que necesita un público hecho á su manera y educado expresamente para él, ó en disfavor del público español, esto solo los traductores que se han erigido jueces, prejuzgando la cuestion, se atreverán á decirlo. Nosotros permanecemos en la mayor duda, y no quisiéramos ofender ni á nuestro público, ni al célebre Dumas.

Difícil, pesado, inútil nos parece presentar en fila las escenas de *la Tour de Nesle*, ni detallar su argumento. Suponiendo, pues, que el que nos lea ha visto ó leido el

drama, y que el que no lo ha visto ni leido no ha de leer nuestro artículo, nos ahorraremos esa labor insípida, y que nunca favorece á la composicion en cuestion, porque tales análisis periodísticos nos producen el mismo efecto que produciria un amante ó un enemigo de una mujer que para hacer formar una idea de su belleza ó de sus defectos enseñase á las gentes su esqueleto.

Vamos á combatir de paso algunas de las inculpaciones hechas á estos dramas y al género á que pertenecen, lo cual no haremos sin decir ántes que el hombre es exclusivo, generalmente hablando, en sus aficiones, de donde resulta que todo lo exagera; y que rara vez se coloca en el punto crítico y circunscrito de la verdad. Inferir de la languidez de las comedias clásicas de la escuela antigua que es forzoso para animar una comedia ponerle un asesinato en cada escena, es un extremo de horrores prodigados en *la Tour de Nesle* : inferir que solo son buenas las comedias que pintan lenta y friamente las pequeñeces de un enamorado ó de un pródigo, es otro extremo. Tan mal nos parece á nosotros una comedia lánguida, á causa de los escrúpulos de una escuela, como un tejido de horrores, no ménos inverosímil, hijo de una completa despreocupacion. Porque al fin, ¿cuál es el objeto del arte? ¡Retratar á la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos, ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan. Pero si la avaricia, considerada bajo su aspecto mas sutil y de ménos trascendencia, puede hacer reir, y si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad, y corriger avergonzando, hágase en bu hora de ese asunto una comedia. Verdad será, y será la naturaleza; y cumplirá con un objeto, el de retratar á los hombres. Mas si al propio tiempo esa misma avaricia des-

arrollada y puesta en situaciones particulares deja de ser ridícula, y mirado bajo otro aspecto pasa á ser violenta, y arma la mano del hombre con un puñal, y pintada así puede conmover, y presenta al hombre los riesgos de sucumbir á semejante pasion, y puede ser tambien la verdad y corregir horrorizando, hágase en buen hora un drama fúnebre y lacrimoso. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con el propio objeto de retratar á los hombres.

Porque, tengamos lógica y seamos consecuentes: si la pintura de un avaro que hace reir corrige segun los clásicos á los avaros, ¿por qué la pintura de un asesino que hace temblar no ha de corregir á los asesinos? ¡ No es inmoral retratar á un jugador, y es inmoral retratar á un homicida!

Tales inculpaciones son hijas de la rutina. La naturaleza es el objeto del arte, lo repetimos; si es tan cierto que el hombre mata y que juega, no vemos una razon para que el homicidio salga de la jurisdiccion del teatro. El deber, pues, del poeta no es de separar estos ó aquellos asuntos, sino escoger el que mejor le parezca, y ese presentarle con verdad. Los medios, los verosímiles, y nosotros solo recusamos la inverosimilitud: en la inverosimilitud entra la eterna conversacion, el sonsonete de máximas y sentencias de la antigua comedia clásica, en la cual nadie se propasa, en la que nadie siente fuertemente y con vehemencia, porque eso es mentira; y entra tambien la acumulacion de crímenes, la dureza y la calma de un criminal, porque eso tambien es mentira, y no hay ser, por feroz que sea, que no tenga un rincon en su existencia reservado para un sentimiento dulce.

Tal es la mezcla de la naturaleza, tal debe ser la mezcla del arte que tiende á representarla. Los ascos que muchas gentes hacen á los horrores del teatro semejan á los que hacen á los toros multitud de personas que vemos sin em-

bargo en ellos. La prueba es que los señores clásicos que reconvienen á los románticos de amigos de crímenes, no se acuerdan de que su teatro clásico es un puro crímen, porque, al fin, ¿ quién es Medea, y quién Edipo? ¿ Qué gente es toda la familia de Atreo? ¿ Dónde se pueden encontrar criminales mas feroces, dónde los envenenadores y los asesinos con mas frecuencia que en las familias de reyes y príncipes, monopolizadoras exclusivas de la tragedia clásica?

¡ Oh! No se puede venir al teatro. ¡ La Tour de Nesle! ¡ El incesto, el adulterio, el parricidio!!! ¿ Y qué es Edipo, y Jocasta? ¿ Qué es Fedra? ¿ Qué es Neron sino un envenenador, sino la Lucrecia Borgia de Racine y del teatro clásico?

Parcialidad nada mas y miseria en los juicios de los hombres. Cuando esos horrores no son verdad, entónces los recusaremos; cuando estén mal manejados, mal presentados, entónces daremos la razon á los enemigos del género: entre tanto nosotros admitimos los géneros todos y todas las escuelas.

Por otra parte, hemos dicho algunas veces dos verdades que repetiremos. Primera, que la literatura no puede ser nunca sino la expresion de la época: volvamos la vista á la época, y abracemos la historia de Europa de cuarenta años á esta parte. ¿ Ha sido el género romántico y sangriento el que ha hecho las revoluciones, ó las revoluciones las que han traido el género romántico y sangriento? Que españoles nos digan en el dia que los horrores, que la sangre no está en la naturaleza, que nos añadan que el teatro nos puede desmoralizar, eso causa risa; pero aquella risa homérica, aquella risa interminable de los dioses de la Iliada. Segunda verdad. Que el hombre no es animal de escarmiento, y, por tanto, que el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública; no solo no la

forma, sino que sigue él paso á paso su impulso. Lo quo llaman moral pública tiene mas hondas causas : decir que el teatro forma la moral pública, y no esta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al reves, es lo mismo que decir que un hombre cavila mucho porque es calvo, en vez de decir que es calvo porque cavila mucho. Cuando nos enseñen una persona que se haya vuelto santa de resultas de una comedia de Moratin, nosotros enseñaremos un hombre que haya dejado de ser asesino por haber asistido á un drama romántico. ¿Pervierte la moral pública representar á un particular que asesina llevado de una pasion en un drama, y no pervierte la moral pública un rey asesinando á su hermano en una tragedia? El hijo de Lucrecia es inmoral; pero es muy moral Orestes, y mas moral todavía Agamenon matando á su hija, los hijos de Edipo matándose uno á otro, etc., etc. ¿Y en la comedia clásica misma, en Molière, en Moratin, hay otra cosa que hijos que se burlan, que se mofan de sus padres, mujeres que buscan las vueltas á sus maridos puestos en ridículo porque quieran conservar la virtud de sus mujeres, tramposos entronizados, y acreedores escarnecidos? Todo eso es muy moral.

Seríamos injustos si ántes de dar fin á este artículo no dijéramos que la representacion de *la Tour de Nesle*, que tales reflexiones nos ha sugerido, ha sido de las mejores que en Madrid hemos visto.

EL DIA DE DIFUNTOS DE 1836

FIGARO

EN EL CEMENTERIO

Beati qui moriuntur in Domino.

En atencion á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribia) que vivia en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder tambien que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte; cuestion en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy dia de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto... como dice álguien en *el Califa.* Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un dia de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan; sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el dia de los Santos, y fundado en el antiguo refran que dice *fíate en la Vírgen y no corras* (refran cuyo orígen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), en-

comendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que solo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero, cuyo tio indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Córtes, una viuda que tiene asignada pension sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin estatuto, un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado solo liberal, un general constitucional que persigue á Gomez, imágen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimia y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvia en un sillon de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase mas esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso mas, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡ Dia de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que

han sido, parecia vibrar mas lúgubre que ningun año, como si presagiase su propia muerte. Ellas tambien, las campanas han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo : ellas tambien van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡ santo Dios! que morirán colgadas. ¡ Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entónces á su término ; por una reaccion natural cuando se ha agotado una situacion, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa mas alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversion... fuera, exclamé, fuera, como si estuviera viendo representar á un actor español, fuera, como si oyese hablar á un orador en las Córtes, y arrojéme á la calle ; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gomez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesion, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores : ¡ al cementerio, al cementerio!! ¡ Y para eso salian de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿ dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro ? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazon la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entónces, y en tanto que los que creen vivir acudian á la mansion que presumen de los muertos, yo comencé á pasear con toda la devocion y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

Necios, decia á los transeuntes, ¿os moveis para ver muertos? ¿ no teneis espejos por ventura ? ¿ ha acabado tambien Gomez con el azogue de Madrid ? ¡ Miraos, insen-

salos, á vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdiccion del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningun jurado se atreveria á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen mas que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? *¡Palacio!* Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demas tumbas; por otro mira á Extremadura, esa provincia vírgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo:

Y no los v... ni los diablos veo.

En el frontispicio decia: «*Aquí yace el trono;* nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.» En el basamento se veian cetro y corona, y demas ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*, figura colosal, de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habian divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

Y este mausoleo á la izquierda. *La armería.* Leamos.

Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos. R. I. P.

Dos ministerios. Aquí yace media España: murió de la otra media.

Doña María de Aragon. Aquí yacen los tres años.

Y podia haberse añadido : aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pié decia : *El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año* 23, *y allí por descuido cayó al mar.*

Y otra añadia, mas moderna sin duda : *Y resucitó al tercero dia.*

Mas allá : ¡ santo Dios! *Aquí yace la inquisicion, hija de la fe y del fanatismo : murió de vejez.* Con todo anduve buscando alguna nota de resurreccion : ó todavía no la habian puesto, ó no se debia de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes habia escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecia sino que se estaba saliendo, aun ántes de borrarse : *Gobernacion.* ¡ Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes ! Ni los sepulcros respetan.

¿ Qué es esto? *¡ La cárcel ! Aquí reposa la libertad del pensamiento.* ¡ Dios mio, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente :

Aquí el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veian en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿ es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡ hasta el valle de Josafat !

Correos. ¡ Aquí yace la subordinacion militar !

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponia el dedo

en la boca; en la otra mano una especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. Aquí yace el crédito español. Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¡es posible que se haya erigido este edificio solo para enterrar en él una cosa tan pequeña!

La Imprenta Nacional. Al reves que la Puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Unica tumba de nuestro país, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Allí no habia epitafio, no habia monumento. Un pequeño letrero que el mas ciego podia leer decia solo: *¡Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenacion de conventos!*

¡Mis carnes se estremecieron!! Lo que va de ayer á hoy. ¿Irá otro tanto de hoy á mañana?

Los Teatros. Aquí reposan los ingenios españoles. Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripcion.

El Salon de Córtes. Fué casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto.
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: este debió de ser raquítico, segun lo poco que vivió.

El Estamento de Próceres. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisora, inexplicable!! Los próceres, y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincon.

Pero ya anochecia, y tambien era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olia á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removia como un moribundo que tantea la ropa: entónces no vi mas que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponia á cubrirle como una ancha tumba.

No habia *aquí yace* todavía; el escultor no queria mentir; pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, exclamé, la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitucion! ¡Tres veces! ¡Opinion nacional! ¡Emigracion! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecian repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del dia de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frio de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazon, lleno no há mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! Tambien otro cementerio. Mi corazon no es mas que otro sepulcro ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aquí yace la esperanza!!*

¿Silencio, silencio!!!

———

EL PILLUELO DE PARIS

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS

En todo este mes no nos habia ofrecido la direccion del teatro del Príncipe mas que una novedad, titulada *Una causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga mas embrollada que el mismo país, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolucion sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silbada y cabizbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no excede la corta vida del cartel que las anuncia.

Pero *le Gamin de París* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el país para que ha sido escrita, y su traduccion, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado mas de lo que suelen esas composiciones que no están en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los Franceses llaman *le Gamin de París* es un tipo original que en ningun otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de la confusion y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del pueblo que vive, mas que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podia decir

de los chicos de la candela, sino que vagamundea, travesea, alborota y crece solo por su propia fuerza sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y da lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. El *Gamin de París* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creido, y mas que lo diga Taboada, porque la voz *pilluelo* siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de París* puede no tener.

Si el traductor conociese *el Libro de los ciento y uno*, esa coleccion de buenos y malos cuadros de costumbres parisienses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de esta es fácil de exponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y, no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de París*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posicion del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfaccion; se avista con el general, y ayudado de una penetracion que en nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosura, á pesar del orgullo y de las preocupaciones de clase que parecian separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien

llaman del siglo, porque sujetó al siglo, pero lucha que revivió mas viva con la revolucion del año 30.

La revolucion francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones: 1ª Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblaje de tal, es decir, con palaciegos. 2ª Porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos rios, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un órden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna; por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces; por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de órden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como ántes, despues como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fué precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas, cuyos pergaminos habia ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el or-

gullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.

Grave cuestion podríamos mover aquí sobre este contraste, base de tan larga lucha: nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrian saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas, á la altura de la civilizacion á que el siglo se encuentra; añadiríamos que todo abuso fundado en la supremacía del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas mas perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza; el talento un camino ancho á todos para el poder. Y despues, descendiendo al objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el mas envidiable, así como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre: si el aristócrata es ambicioso, intrigante y seductor de mujeres, el pobre suele ser ladron, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya seria tiempo, si viviésemos en un siglo de ilustracion, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser

justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, segun la situacion en que se encuentra.

Nuestro Cervántes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustracion, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decia en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado.*

Bien es verdad que Cervántes en el dia con toda su profundidad filosófica acabaria probablemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atencion á que, si mal no nos acordamos, decia tambien en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas*; frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

FIGARO DADO AL MUNDO

Et resurrexit tertio die.
Pasion segun los evangelistas

En punto á pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Córtes y aprobar las medidas desmedidas, si no me dan cuantos me lean la razon.

Recorramos las demas pasiones. Si la ambicion es algo,

es en gracia de suponerse que el que llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasion de ricos. ¿Qué! mas quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos á otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aquí ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo mas de domingo á juéves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual teniendo casa en Canarias... ¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que raton.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasion, que es tontería, y si fuera pasion, seria la que mas se pareciera á la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demas pasiones que no hacen á nuestro propósito; yo doy la preferencia á esta última, porque de las demas he oido decir que han llevado á muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al ménos la ventaja de ser la única de la cual una vez muerto se resucita al tercero dia.

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita: para no resucitar no vale la pena de morirse; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquel de quien se cuenta que reconvenido porque oia

con raras muestras de alegría un sermon de Pasion, respondió: «Es que estoy en el secreto. —¿Qué secreto? —Toma, repuso, en que ha de resucitar al tercer dia.»

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabia tambien que habia de volver, como mi Divino Maestro, á juzgar á los vivos y á los muertos.

Héme aquí de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernacion; impalpable, imprendible, inconfinable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; bacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los mas de los oradores del dia; páseseme el sustantivo por adjetivo en la actual confusion de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en país donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañon y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; despues de salido del cementerio, héme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba; el cementerio me ha abierto los mios: convencido de esa verdad, juro á Dios, á fe de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan mas de lo que saben, y ruego á su Divina Majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres ademas tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demas, como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizaje, si es verdad, como comunmente se dice, que la muerte lo iguala todo

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; á ningun mundo viene mas de molde esa lacrimosa y romántica calificacion que á este donde voy á hacer mi entrada, mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Córtes y de comunicados; no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque ¿qué verdad mas triste que un periódico de la oposicion?

Segun ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que á los redactores de este periódico? Si á nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposicion, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El padre Almeida asegura que en el mundo no hacemos mas que una peregrinacion: ¡oh padre perspicaz! Peregrinacion sin duda alguna á las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada dia nos dan algun nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza; ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube, y se da á luz, sale calabaza? ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinacion se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, miéntras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio ó en el ajeno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir ¿piés, para qué os quiero sino para estos zapatos? Verdadera peregrinacion, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y, aun en caso de no tomarnos la noche, todas las demas cosas nos tomarán inclusas las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el padre Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo

donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el padre Almeida á quien tiene ojos en la cara; á la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban á estas islas las islas fortunadas, es decir, la mansion de la felicidad : así sea, que pronto lo hemos de ver.

Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecucion y de justicia, mundo de desengaños y de fiscales de imprentas, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignacion el sacramento no ménos serio de la penitencia que á vuelta de hoja nos espera. Váyase, porque tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado á quien como nosotros está dispuesto á no obedecerlas; el de la comunion lo dejamos para otros fieles, en tiempos como estos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio, bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprentas, con quienes parece que estamos casados, segun lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y solo nos parecemos á las demas gentes del mundo en estar casados con nuestra opinion, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada dia tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia, y de las costumbres de Oriente, por mas que á primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino á un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos á nuestra entrada á los que en él nos han precedido, y, preparados á la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano, en el cual vamos á luchar con las fieras; no nos parece

necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los atletas que van á morir, la antigua fórmula de costumbre:

Cesar, morituri te salutant, es decir, *ministerio Calatrava, los escritores que vas á desterrar te saludan.*

Despues de tomada la vénia de la autoridad, solo nos resta quitarnos la montera con desenfado, y ofrecer la primera fiera que caiga á la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al ménos como hombres de mundo, moriremos cantando como *canarios*, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.

FELIPE II

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS

El teatro envejece diariamente y caduca, no en España solo, donde la existencia parásita que arrastra hace años le hace infinitamente subalterno, sino en la Europa entera, á cuya civilizacion moderna ha debido una vida brillante por largos siglos. Verdad es que esta diversion se remonta en la antigüedad á los tiempos oscuros de la tradicion; verdad es que su existencia, mas ó ménos perfeccionada, en

diversos países y en distintos tiempos, parece probar que es inherente á la naturaleza humana. Vestigios de representaciones informes se han encontrado en regiones que no podian haber recibido influencia ninguna de la Europa; sabido es que en la China, en ese trozo aislado del mundo, cuya civilizacion ha seguido un rumbo enteramente diverso, las tradiciones religiosas y los hechos heróicos llenan tres y cuatro dias, semanas enteras á veces, con una representacion dramática de solemnidad sin igual, puesto que conserva allí constantemente el carácter de una fiesta nacional, y dispensada al pueblo por el legislador. Esto no obstante, insistimos en la idea enunciada de que el teatro caduca, y acaso no será necesario que pasen siglos para verle desaparecer completamente del mundo. La larga lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestion de forma de gobierno pasajera, y como efecto de esa rotacion periódica á que los sucesos del mundo están sujetos. Pero á los ojos del filósofo observador es mas honda la explicacion de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilizacion usada y espirante, que debe desaparecer como las que le han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovacion, contra la invasion de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante y defensora de esa civilizacion vieja está destinada á perecer con ella, y á ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto á un mundo nuevo, sacado de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya mision es reemplazar un gran principio con otro gran principio; á un nuevo mundo que aparece tambien agitado por convulsiones, pero en el cual

no son estas los síntomas del anonadamiento, sino los peligros y la inquietud de la infancia. La Europa se presenta en la lucha como un guerrero cansado guardando la defensiva contra el principio invasor, vestida de harapos de distintas épocas, guarnecida de armas melladas, coronada con las antiguas y medio derruidas almenas feudales, protegiendo despojos y tesoros adquiridos, ante un adversario, desnudo, pero ambicioso, sin tradicion, sin pasado, pero con porvenir, que no cuenta glorias, sino que tiene que adquirirlas; y en esta lucha, la ley de la naturaleza tiene dispuesto que el viejo ceda ante el jóven, que el dia de hoy muera á los primeros albores del dia de mañana, sin mas intervalo que el de una noche, oscura, tempestuosa, en la cual estamos en la actualidad luchando en vano con la deshecha borrasca que irá dando al viento vela tras vela, y desmantelando la barca combatida palo por palo.

La transicion es violenta, y las sacudidas que experimentamos no son otra cosa que su expresion; de ellas participa el teatro, intérprete de una organizacion social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está experimentado, todo está usado. La gran disputa del clasicismo y del romanticismo no es otra cosa que el resultado de ese desasosiego mortal que fatiga el mundo antiguo. Estúdiese un momento la marcha del teatro, desde la carreta informe de Esquilo hasta las representaciones magníficas de M. Véron, desde las sátiras dialogadas de Aristófanes hasta las concepciones complicadas de Victor Hugo, y es imposible negarse al convencimiento de que el teatro no ha hecho nunca mas que seguir, y por lo regular de léjos, las huellas de la civilizacion. Los artificios de un esclavo y las disputas de los filósofos en Grecia, los lances de las cortesanas en Roma, las ridiculeces de las marisabidillas, y de los marqueses en el siglo de Luis XIV, las aventuras de

capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolías de Alemania, las comedias de circunstancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia; y la pretension de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que solo podria verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no solo no han dado ningun impulso nuevo, sino que le han recibido acaso sin saberlo. Victor Hugo y Dumas han querido y creido ser originales, cuando no eran mas que unos plagiarios de la política, porque la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el bautista; harto hará con ser el apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira el teatro; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, ínterin se le presenta otro nuevo que absorba toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en sus desengaño. El público, al levantarse el telon, está ya como el autor en el secreto de lo que le van á decir, y la vida del teatro es mas bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

Hé aquí la razon por que la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes; por que hasta en el baile se ha buscado una importancia dramatizándolo; hé aquí la razon por que no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones; por que no se concurre á él con la fe y el entusiasmo que lo suplian todo

en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginacion no alcanza á llenar, y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que este no sepa, trata de sorprender á los ojos y á los oidos, para embotar el pensamiento.

Despues de esta meditacion ¿ qué diremos de *Felipe II?* Que es una astilla mas, arrojada en la hoguera que se apaga, y por desgracia no es mas que una astilla, no porque le neguemos mérito. *Felipe II* es obra de un jóven que ya se ha dado á conocer con un ensayo ménos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representacion de *Felipe II* el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una accion sencilla y un argumento fácil y descargado de episodios prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embaracen la accion, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creido deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aquí le daremos un consejo, que creerá tanto mas imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasion de uno de nuestros primeros literatos, á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publicar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la accion hubiera caminado mas desembarazada, y el drama hubiera parecido mas lleno de vida.

Los caractéres están bien sostenidos, y si no están dibujados con gran profundidad, hay por lo ménos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubiéramos deseado que el final hubiese sido mas cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca

preparacion hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la duda del efecto que debia producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin consultarse á él, y prorumpe en manifestaciones exteriores. Para que la confesion del amor de la reina hubiese sido natural á la vista do su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exaltacion hija de un peligro mas inminente que aquel en que se halla el príncipe don Cárlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algun tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificacion fácil y armeniosa anuncia un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de expresar, y expresar bien sus sentimientos.

HORAS DE INVIERNO

El editor de esta coleccion, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene harto acreditado su buen gusto para que su publicacion pudiera confundirse en el sinnúmero de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en *el Artista* se ha lanzado cuerpo y alma en la traduccion. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningun estímulo, del peligro, del escalon que ocupa, en fin, en las jerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino

el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adonde quiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero así tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardon con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que solo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga extranjera, nuestro suelo es el campo de batalla de los demas pueblos; aquí vienen los principios encontrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafíos europeos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar, necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, y uno y otro exclamaron: *Nos falta terreno, ¿dónde reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cuestion, aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamaron la parte en el despojo. El huésped que habia prestado su casa para la acerba entrevista reclamó siquiera el premio de su cooperacion; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: *Aquí fué la riña.*

La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura el principio democrático cuyo gérmen le habia lanzado imprudentemente la Europa de Luis XVI y Cárlos IV. El grito resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Rin; los pueblos solevantaron sus cabezas é hicieron vacilar los tronos que pesaban sobre ellos: la degradada Italia intentó dar de mano aquí y allí á sus muelles ocupaciones artísticas, y espasmos políticos se hicieron sen-

tir hasta en el Etna, que pareció querer vomitar otra cosa que llamas fatuas y tibias cenizas. El Norte hubo de desenvainar la espada de Waterloo, y lanzó contra el principio democrático el credo de la Santa Alianza. ¿ Pero dónde pelearemos? se dijeron. Nuestras campiñas son fértiles, nuestros pueblos están llenos; ¿ dónde hay un palenque vacío para la disputa? Y tambien se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de combate; los buitres citados por el rumor de la próxima pelea vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron los vivos.

Mas tarde el derecho divino, y la legitimidad por la gracia de Dios, han necesitado reunir sus últimas fuerzas para dar combate al derecho del hombre, y la legitimidad por la gracia del pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya traer los principios al palenque; ellos han nacido en su terreno : el Norte y los torys, el Mediodía y los whigs han acudido al primer silbido de Watman, del hombre de la noche, y las provincias vírgenes de España han visto su velo desgarrado, y profanado su seno que habian respetado los Romanos y los Godos, los hijos de Cárlos Martel y los nietos de Omar, por las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De tradicion antigua es la España el palenque de las disputas ajenas : la España no ha visto limpio su suelo de las armas extranjeras sino cuando ha empuñado el tizon de la discordia y cuando le ha lanzado con la atrevida mano de Cárlos I en los demas pueblos, porque ántes de ese corto período de conquista, ¿ dónde sino en España ventilaron sus cuestiones Roma y Cartago, la cruz y la media luna, la Europa y el Asia ?

Es una verdad eterna : las naciones tienen en sí un principio de vida que creciendo en su seno se acumula y necesita desparramarse á lo exterior : las naciones como los individuos, sujetos á la gran ley del egoísmo, viven mas que de su vida propia de la vida ajena que consumen, y

¡ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer, ó ser atraido. Ley implacable de la naturaleza : ó devorar, ó ser devorado. Pueblos é individuos, ó víctimas ó verdugos. Y hasta en la paz, quimérica utopia no realizada todavía en la continua lucha de los seres, hasta en la paz devoran los pueblos, como el agua mansa socava su cauce, con mas seguridad, si no con tanto estruendo como el torrente.

El pueblo, que no tiene vida sino para sí, el pueblo que no abruma con el excedente de la suya á los pueblos vecinos, está condenado á la oscuridad ; y donde no llegan sus armas, no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rasgo de sangre, no imprimirá tampoco sû pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra.

Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas á tremolar sobre las torres de Ambéres y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellon español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los Españoles á dar leyes, á hacer papas, á componer comedias y á encontrar traductores. Con los Fernandez de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos, tornaran los Lopes, los Ercillas y los Calderones.

Entre tanto (si tal vuelta pudiese estarnos reservada en el porvenir, y si un pueblo estuviese destinado á tener dos épocas viriles en una sola vida) renunciemos á crear, y despojémonos de las glorias literarias como de la preponderancia política y militar nos ha desnudado la sucesion de los tiempos.

Ni ¿de qué suerte crear entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte á los embates de la tempestad : no en los bajos ni en la confusion de las vertientes cenagosas que se desprenden á inundarlos de la montaña.

El genio ha menester del laurel para coronarse; y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilizacion y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y, como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confin de la superficie; necesita irradiarse, como la luz, del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oida. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntacion, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gomez, son los que despojan, ó son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro, sin actores y sin público, el teatro nacional, que, por último insulto, para mengua eterna y degradacion sin fin del país, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quien no lo sepa: el teatro nacional no tiene ya empresa y direccion propia: el teatro nacional ha sido confiado á la direccion misma de la ópera, ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

¡la dura carga que en sus hombros pesa!!!

¡Caso no ocurrido hasta la presente en país alguno, escándalo de que la desdichada patria de Moreto y de Alarcon estaba reservada á dar ejemplo!

Y despues de estas reflexiones ¿queremos violentar las leyes de la naturaleza, y pedir escritores á la España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiente el desnivel; cuando en política tenga Talleyranes ó Periers, cuando en armas tenga Soults, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragos, entónces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.

Lloremos, pues, y traduzcamos, y en este sentido demos todavía las gracias á quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: á los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demas: no extrañemos que jóvenes de mérito como el traductor de las *Horas de Invierno* rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haria con crear y con inventar? Dos amigos dirian al verle pasar por el Prado: *¡Tiene chispa!* Muchos no lo dirian por no hacer esa triste confesion. Los mas no lo sabrian; las bellas creerian hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico*; algunos exclamarian: *Es buen muchacho*, *¡pero es poeta!* Otra parte, y no la menor, le calumniaria, le llamaria inmoral y mala cabeza, ¡infernaria su existencia y la llenaria de amargura!

El gobierno le enviaria en premio á las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaria en la calle de la Montera el dia que saliese á ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

«¡Hola! poeta, ¿qué hay de Gomez?»

LA NOCHE BUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO (1)

DELIRIO FILOSOFICO

El número 24 me es fatal : si tuviera que probarlo diria que el dia 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo dia 24 : soy supersticioso, porque el corazon del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer ; sin duda por esa razon creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos ; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un dia 24 bueno. El dia 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitacion de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente dia de sufrimiento y de resignacion, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion : imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡ Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese á lo ménos oye la verdad !

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo mas que mi criado : si así no fuese le serviria yo á él. En esto soy al reves del divino orador que dice *Cuadra y yo*.

El último dia 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, mas largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El dia anterior habia sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazon que el dia 24 habia de ser *dia de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há mas de seis meses sobre mi mesa, y de que solo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan mas que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusion. Ora volvia los ojos á los cristales de mi balcon; veíalos empañados y como llorosos por dentro : los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frio exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven solo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las mas de mis medita-

ciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al ménos no está obligado á pensar puede fumar, puede leer la gaceta!!

«¡Las cuatro! ¡La comida!» me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos!!! Una idea mas luminosa me ocurrió: era dia de navidad. Me acordé de què en sus famosas saturnales los Romanos trocaban los papeles y que los esclavos podian decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad.» Saqué de mi gaveta unas monedas; tenian el busto de los monarcas de España, cualquiera diria que son retratos; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: «Come y bebe de mis articulos, añadi con desprecio: solo en esa forma, solo por medio de ese estratagema se pueden meter los articulos en el cuerpo de ciertas gentas.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional solo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocia su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco dias ¿qué seria de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario:» y el pueblo ha res-

pondido : « Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble. » ¿Por qué come hoy mas que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestion. Miserable humanidad destinada siempre á quedarse mas acá ó ir mas allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? « Pues comamos, » dice el hombre; no dice : « Reflexionemos. » El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo ménos de ocurrirme la idea de Bilbao : figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada : una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigia á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencion y la culpa; aquella agria y severa, esta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traidos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demas.

¡Las cinco! hora del teatro : el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en

que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. Hé aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia : un novio que no ve el logro de su esperanza : ese novio es el pueblo español : no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al dia siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar : las campanas que ha dejado la junta de enagenacion en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él mas contratiempo que mi mal humor de todos los dias? Pero mi criado me espera en mi casa ; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el Asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirian con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitacion de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á

uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; tambien tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía seria difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edicion hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores : algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos mas humildes, me reservaba en él mi mal rato del dia 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al traves del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

— Aparta, imbécil, exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venia sobre mí. ¡Oiga! está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondon á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró lo de mi habitacion, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquella en figura de hombre beodo arrimado á los piés de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí : no sé por qué misterio mi criado encontró entónces, y de repente, voz y palabras, y habló y raciocinó : misterios

mas raros se han visto acreditados : los fabulistas hacen hablar á los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura mas favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho : tal me ha pasado : no escribo para los que dudan de mi veracidad : el que no quiera creerme puede doblar la hoja : eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mia se estableció el siguiente diálogo.

— Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamacion. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á ti, ya lo entiendo.

— ¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso : y es que la voz empezaba á decir verdad.

— Escucha : tú vienes triste como de costumbre : yo estoy mas alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distraccion constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te envuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al ménos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oido, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende,

porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasion que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazon. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

— Silencio, hombre borracho.

— No; has de oir al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Mas de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasion y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazon humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harias reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillacion, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿quién me conoce? Tú me

pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á ti te paga el mundo como paga á los demas que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el dia que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres del mundo os llamais hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiais de opinion, apostatais de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulacion : adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres tambien despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

— ¡ Basta, basta !

— Concluyo; yo en fin no tengo necesidades : tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragais oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees dia y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por mas de un cuarto de hora ; tú echas mano de tu corazon, y vas, y lo arrojas á los piés de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres ; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladron al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á ti mismo.

— Piedad, déjame, voz del infierno.

— Concluyo : inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¿ Política,

gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre Asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al ménos hombre de mundo, ni ambicioso ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre Asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!!!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo cansado del esfuerzo habia caido al suelo; el órgano de la Providencia habia callado; y el Asturiano roncaba. « ¡Ahora te conozco, exclamo, dia 24! »

Una lágrima preñada de horror y desesperacion surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. A la mañana amo y criado yacian, aquel en el lecho, este en el suelo. El primero tenia todavía abiertos los ojos y los elevaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leia *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguia llamando *noche buena*.

FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO

EN EL MUNDO MISMO, O DONDE PAREN

Madrid, primer mes del primer año del reinado del señor Calatrava I.

Muy señores mios: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios queria, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacia cuesta arriba escribir cartas, ó que les perdí por acaso la aficion. Es todo lo contrario; precisamente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta á tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto á las cartas de terneza y cumplimiento, esas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo, ó por no ser ménos que los demas en finura y correspondencia; sabido es que esas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando, *Idolo*, ó *ángel mio*, si son de conquista; *Mi querido Fulano*, si son de amistad; *Muy señor mio y mi dueño*, si versan sobre interes ó negocios, y rematando con aquello de *Tuyo hasta la muerte*, *Tu constante amigo*, ó *Su seguro servidor Q. S. M. B.*: mentiras que suelen dar risa al que las escribe ántes de enviarlas, y risa al que las recibe ántes de leerlas.

Dejando á un lado estas últimas, que se parecen á las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el dia que no escribo alguna á álguien, sea quien fuere, exclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio : *¡Hoy he perdido el dia!* De donde vengo á sacar en conclusion, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente mas que la friolera de 182 dias y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al *Mundo*, y devuelto á mis antiguos y saludables hábitos de reirme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que habia de volver con mis demas costumbres la aficion á mis cartas de mi vida; en cuanto abrí los ojos esta mañana fué mi primera idea escribir una á mis dignos amigos y compañeros, como diria un diputado, y mas, que habia por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto mas práctica que un cartero ; tanto que no haria nada de mas el gobierno, ó como se llame, en darme la direccion de Correos; aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y mas pronto que suele este establecimiento, con todo tengo para mí que todavía me habia de lucir, y ni habia de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leida, una vez escrita, ni ménos que fuese devuelta á la lista de los atrasos del mes ó de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando ó como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de Boerhaave, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre : *Al doctor Boerhaave en Europa*; y la carta llegó como si la hubiera traido él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí : en el Mundo estamos todos, y en él nos encontraremos ; por tanto, no

hay como ponerle la direccion *En el Mundo;* ademas de que si he de juzgar del corazon de ustedes por el mio, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos dias cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que á Cervántes con el lugar de Argamasilla, segun los mas sabios comentadores, echaba en cara á los redactores del *Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picóme esto en extremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos dias que soy redactor, y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que mas á sus fines convino, y así seria injusto que no pareciesen mal sus determinaciones, como lo seria que á ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque, ó somos ó no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga experiencia de haberme parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré, pues, en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir á los demas lo que uno piensa, ó por lo ménos lo que quiere este uno que los demas crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta mas sino que lo crean á uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podria reducirse un periódico á una coleccion de retratos; esto tendria varios inconvenientes: 1° Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podria tener muy mal rato viendo ciertas caras.

2ª Que una vez dada la coleccion de las caras de los que escribiesen en el periódico, ó seria cosa de andar mudando todos los dias de redactores solo para que el público viese caras diferentes, ó de volver á empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadas que tuviésemos las caras los redactores del *Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escrito público. Hay otra prueba mas fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese mas que en el artículo en el nombre del autor, haria mas efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaria muy convencido, y eso mas pareceria una lista de proscripcion que de un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos á sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige á declararme en estado completo de insubordinacion contra lo determinado por mis compañeros, porque seria dolor que nosotros fuésemos á dar un ejemplo de armonía en un país donde no hay ninguna, ó de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi gratia*, unos galones, ó que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *junta*, y hago manifestacion de hallarme con respecto á ustedes en circunstancias extraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don á la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenon. Yo soy *Fígaro* : todo el mundo sabe quién es *Fígaro*, y por si acaso al-

guien lo ignora, añadiré que *Fígaro* y *Mariano José de Larra* son uña y carne como el diputado Argüelles y la constitucion del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos, y juntos nos reimos de ustedes, de los demas y de nosotros mismos.

Daremos mas señas: escribimos en *el Mundo* cuatro parrafillos mensuales, donde á fuer de barberos podemos hacer la barba á cuatro parroquianos al mes; escribimos en *el Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en *el Español* la seccion de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueldos y *porqués*, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos á mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio aun nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algun drama espantable ó alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algun folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiendo que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aquí, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, ó del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportacion que ocurra, y pedidas cartas de recomendacion para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos, y por otras razones. En cuanto á papeles, como el gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los habia de registrar, no hemos dejado mas que las cartas amorosas, que habian de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demas los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente no nos fiamos), aunque nada tenian de particular;

pero como trataban de literatura, y no tenemos á los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntacion en griego por signos masónicos, ó de sociedad secreta, algunos sonetos que teníamos hechos á *Filis* por adulaciones á la república, ú otro bicho semejante, ó alguna elegía á la muerte de un amigo por un sermon de difuntos al Estatuto.

Item mas, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante; y en fin adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Fígaro* y dicho *Larra, bras dessus, bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y así como los anuncios de los carruajes que salen suelen añadir: *Se admiten arrobas*, declaramos que tanto en aquella casa, que está á la disposicion de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que á los otros no recibimos, aunque en el dia todos prenden) y demas, con equidad y á gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razon *Fígaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo mas por hoy, y teniendo que ir á dar una vuelta al Prado á coquetear, ó á la calle de la Montera á mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo — *Fígaro, ó por otro nombre Mariano José de Larra.*

FIGARO

AL ESTUDIANTE

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni ménos ser postrero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galan como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mia que me ruborizo. Yo por el contrario no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serian mas que justicia, y paréceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanza, vendríamos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Ademas no somos diputados, y no habemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algun dia, entónces podríamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolucion primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fe mia. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenia mas alto concepto formado de su buen juicio. Aquí no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, pardiez que me asombra la determinacion. ¿Pues tiene usted mas que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse

luego á la guerra, que es donde en el dia se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gomez, le abonan á usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ó abogado, ó lo que á usted mas le agrade, y mata usted así dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted mas lucida, ni que mas se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo. que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellanarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varon, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al reves, y vea las cosas y los libros en este país, claras aquellas como yo se las refiero, y claros estos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando con raro candor que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aquí, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el dia ocupada en convencer á la otra media. Sin ir mas léjos, ahí tiene usted al gobierno, que son seis nada ménos, empeñado en convencernos á todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos mas de seiscientos, empeñados en convencerlos de que cualquiera de nosotros lo haria mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y así es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo seria preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué

diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nacion que quiere tiranizarla, ¿ le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamas por ese sistema á tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa ántes y hacer otra despues? Pues dígame, ¿ por dónde han logrado los que en el dia tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá coma le va.

Si usted no sabe mas, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues, sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oirle á usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demas á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mio, que probablemente querra á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometia ser un zote, y le da por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crio.

Y con esto queda de usted su afectísimo — *Fígaro.*

NECROLOGIA

EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE

DOMINGO 15 DE ENERO

Vive el malvado atormentado, y vive,
Y un siglo entero de maldad completa;
Y el honrado mortal. . . . . . .
Nace y deja de ser. . . . .

CIENFUEGOS.

Ya hace dias que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde despues de muerto al mérito, que en vida suele para oprobio suyo desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan; empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino cáos y mentira, agotó en su corazon la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte, y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religion eleva al Criador en preces por el que fué, el meláncolico son del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *De profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creacion, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdon pedido, la deprecacion de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oido del desgraciado, cuando devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazon, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caido, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los piés del Altísimo no es ya á la opinion de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinion de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecucion, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido mas fecunda de gloria y de merecimiento que los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricacion. Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve; ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusion que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epítetos que

tan fácilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el mas noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Qué llamaremos un dia al que nos salve, si álguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle ó escarnecerle mas que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni habia menester serlo para dejar muy atras al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un jóven que hizo por principios y por aficion, por virtud y por nobleza de carácter, algo mas que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello por que otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creia de buena fe que eran todos iguales á él. Inclinado desde su mas tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por aficion, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educacion y de tolerancia que solo se adquiere en los países adelantados, donde la civilizacion ha venido á convencer á la sociedad de que para ella solo las cosas, solo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demas en las extranjeras, su aficion á la carrera

militar le llevó á asistir al famoso sitio de Ambéres, donde empezó al lado de experimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su país, sus afectos personales, su posicion independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemia despedazada por dos bandos contrarios que algun dia acaso se harán mutuamente justicia. El corazon generoso del jóven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodía de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con exponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió mas de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fué ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, entre los cadáveres mismos que no hacian mas que precederle algunos meses. Hizo mas : cuando una revolucion no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interes de la patria del interes de un gobierno que le habia sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su mision defender el Estatuto ó la constitucion; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguia siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada mas, y no envainó la espada. No queremos ofender á na-

die; pero si los demas que como él pensaban habian ofrecido hasta entónces su vida á la patria, él ofreció mas, ofreció su opinion. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacia no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedia al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna habia encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun despues de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relacion es el mayor elogio, es el epíteto mas glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aun mas cobarde, esa vida llena de desinteres y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensacion el haber espirado en Bilbao, y el haber oido el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que habia sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange espiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuia.

Pero era justo; Campo-Alange debia morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razon y la imparcialidad presidian á sus escritos. ¡Qué papel podia haber hecho en tal cáos y degradacion!

Ha muerto el jóven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño : ¡la fortuna le ha ofrecido ántes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen ántes que pasar por este que por aquella, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo mas tierna, mas justa, mas gloriosa!

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN PROSA Y VERSO

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres, oir decir de sí : « Es un *tal fulano,* » es ser un árbol mas en una alameda. Pero pasar cinco y seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazon, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al dia siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado : « Aquel es el escritor de la comedia aplaudida, » eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros dias por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos

es sobreponerse al vulgo, y decirle : « Me has creido tu inferior , sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiracion ; de hoy mas no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborréceme, si quieres, pero alaba. » Y conseguir esto en veinte y cuatro horas, y tener mañana un nombre, una posicion, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenia ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo ménos tan buena como las demas, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor ya fuera de la línea del vulgo, pero que no lo distinguen tambien entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan : solo se presenta el autor de *los Amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detras de él, sin alta posicion que le abone ; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *los Amantes de Teruel*. Si la indignacion afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel mas feliz y mas ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *los Amantes de Teruel* un análisis minucioso ; vale en nuestro entender la pena de ser visto ; y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿ qué interes puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradicion á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á mas de una persona hemos oido deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer

con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinion, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oidas, sino en eternizar, en formular las verdades mas sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apénas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageracion ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalvan que trata la misma tradicion hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasion y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro ántes y despues de *el Convidado de piedra?* Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *el Convidado de piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un zeloso, sino un ser comun de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo solo, por qué solo el zeloso de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervántes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Molière cuando el *Bourgeois Gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, mas que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porcion de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con *la Peau de chagrin?*

El huevo de Colon es la parábola mas significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas : es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones : no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad solo decide, y la sucesion de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los Amantes de Teruel están escritos en general con pasion, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecia el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginacion y la tradicion abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la amante de Teruel podia dar su mano á quien no fuese dueño de su corazon? Era preciso sin embargo, y no habia mas medio para eso que poner á Isabel en posicion tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasion, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues solo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfeccion misma de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasion criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discrecion que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acom-

pañada del castigo y de las angustias del delito, hace mas sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfeccion sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seduccion ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posicion de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creible para el espectador, que ya ha hecho la concesion del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la excelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasion violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fria y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con mas razon :

¡ Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos :

¡ Maldito el hombre que virtudes siembra
Para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre

se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad : torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento mas crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él mas que la vida; la venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de la campana que se lo anuncia; el crímen es el único recurso, y le cometerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrílego,* responde, *es injusto.*

En presencia de Dios formado ha sido.
— Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo ménos como el famoso *Qu'il mourût* de Corneille, porque para la pasion no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay mas Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el de Ayax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga expiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y el amor es el sentimiento mas egoísta. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tiene Azagra y la mora, porque tambien aman : su pasion disculpa sus acciones.

Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han expresado su pasion: solo esta puede disculpar los excesos: un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la mora sienten no es mas que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creido acaso que es ménos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecia la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasion: nos parece mas fácil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una mujer.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baus ha descubierto un zelo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel,

vuelve á resonar á lo léjos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible ademas que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos : si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo ménos el autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido excelentes castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lánguidas varias escenas; confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto, ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer mas largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interes; y tanto vale que no le haya como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un dia entero trascurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creido necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio*, mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazon del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de mas efecto que la hija hubiese

adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace mas efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algun otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta : en nuestro humilde juicio las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oidos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia; que mas de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten.

FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO

Señores redactores : En este momento recibo esta carta que adjunta remito á ustedes para su publicacion y contestacion, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice así la carta :

« *Señor Fígaro.* Muy señor mio y mi dueño. (Esto estaba de mas, porque en el dia ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada : solo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no extrañe usted este principio extravagante, ni me llame loco todavía; á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy ademas habanero; esto no es tan raro : y me sucede un caso que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Fígaro, que en agosto pasado se juró la constitucion de 1812 en esta monarquía; y de que por tercera vez dijimos todos *Constitucion ó muerte.* Recuerdo este hecho, porque como así nadie la ha observado, pudiera habérsele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazon en que por unanimidad se estaba poniendo el código en España, me hallaba yo en París, y me venia á Madrid; francamente me faltaba tiempo para venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo; si no es en la conciencia en que como he dicho á usted abundo, la

cual, aunque es seña mucho mas particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni ménos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióseme i seria carruaje, y dije que ya tenia el asiento tomado, y que si aludian á dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenia; pero no era eso; dijéronme que era preciso mas que camisas y dineros, mas todavía que carruaje, *jurar allí la constitucion.* Nunca he entendido lo que es jurar un código; por ahí conocerá usted si soy corto; alegué que yo era muy afecto á la constitucion desde que habia visto el mucho provecho que traia á mi país; que en cuanto á jurar, no tenia costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creia yo que debia eso de tener gran fuerza; por fin, que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debia bastar, y que por lo tanto yo no juraria la constitucion, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecia hacerle tanta falta, con que yo le diese *palabra de constitucion.*

» Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habian engañado con buenas palabras, que aun en lo de los juramentos solia haber sapos y culebras, cuanto mas en las palabras; que estas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa mas pesada; que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez habia de empezar; que no era libre el hombre de tener mas hábitos que los que tienen los demas con quienes vive, y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mia, y en ello el dia de mañana

podria yo hacer como otros lo que mas me conviniese. Juré pues en vista de esto, y víneme á España mas contento, como quien habia hecho una buena accion y habia sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo extrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traia.

» Pero es el caso, señor Fígaro, que en el dia me encuentro con que en la Habana no solo no se ha jurado la constitucion, sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la constitucion no es género ultramarino, ni ménos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien mas que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto solo en la Península puede convenir; que es como si dijéramos : *tal para cual*. No me asombra esto, sabiendo que hay vinos que yendo hácia el Mediodía pierden, y vice versa. Así comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la constitucion, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados-Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Fígaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la constitucion, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted : *dejarse enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir á Roma por dispensa?

» ¿Y no sabia el señor ministro que los Habaneros somos

á los Españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la órden de caballería ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos están reservadas las hijas de los alcaides, las princesas y las constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

» Sáqueme usted, señor Fígaro, cuanto ántes de estas dudas; cuente que le deberé mas que la vida, pues le deberé el honor y mi salvacion, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y gobierna el señor Calatrava Q. D. G. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizabal (Q. D. H.), si algo le queda por haber.

» Suyo afectísimo. — *El Habanero.*»

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca. — *Fígaro.*

TODO POR MI PADRE

ESCANDALO EN TRES ACTOS

LA POSADERA RUSA

ANDEZ DRAMATICA EN UNO SOLO

novedades representadas noches pasadas en perjuicio de la señora Baus y del público ilustrado de esta capital.

Dícese comunmente que las mujeres tienen un cuarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones que tienen tambien todos los dias su rato de calentura : nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferimos á los mismos leones, aunque se diga de estos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son mas bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y así solo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mujeres.

Nosotros tambien tenemos nuestro cuarto de hora; solo que nuestro cuarto de hora no es de calentura como el del leon, sino de verdad como el de la mujer, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

Todo por mi padre es una trama ingeniosa que en pocas palabras explicaremos. Hay en París una muchacha linda como un sol, y que vive como este en la region mas elevada, es decir, en una guardilla. Linda por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los

países mas fértiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgia ó á la Mingrelia; quién está por la Italia; quién aboga por Valencia, quién por Málaga; este dice que en ninguna parte se dan mujeres como en Bilbao; aquel de mas allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de M. Willers; nada de eso; el país mas abundante de hermosas es el teatro; todavía no hemos encontrado una fea en las tablas; la muchacha en cuestion es una de esas bellezas de comedia, que nunca desmerecen, ni encanecen ni envejecen, ni son jamas desamadas, gracias sin duda al telon que se cruza entre ellas y la vejez. La tal muchacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está, como todos los padres de comedia, lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé; no hay un cuarto en la casa: de suerte que el viejo moribundo está muy expuesto á curarse en atencion á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro atisba á la muchacha Adela un mancebito, rico como un ministro de hacienda, y mas seductor que un pastel de *Périgord*. Súbese con franqueza á la guardilla, y, gran conocedor del corazon humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolson de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por... la heroína de comedia en fin... ¿qué tal será lo que hace Adela cuando no sabemos de qué suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese temple y dramas por este estilo los encontrará el curioso lector todos los dias al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa; es verdad que cede, es verdad que... pero todo por papá. Otro tanto habia hecho papá por ella con su mamá, y esto no es mas que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ¡Las muchachas son tan agradecidas!

Adela tiene sin embargo un novio á quien quiere mucho como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y

su virtud; la mano allí se la encuentra pegada al brazo; pero la otra quisicosa pára donde paran en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroína con todo le cuenta al bueno del novio el lance tal cual ha pasado, *mutatis mutandis*; en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad, porque el novio sigue creyendo que Adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo que Quevedo no habia visto jamas. Pero este tambien está enamorado y quiere casarse, ni mas ni ménos que el novio: tiene tanta mas confianza en la virtud de Adela, cuanto que le ha costado su dinero. Sobre esto disputan y se disparan un par de tiros; pero los tiros de comedia son como los autores de comedia; rara vez aciertan, no se dan. Adela llega á los postres del desafío y se casa, ¿con quién dirán ustedes? ¿Con su novio? ¿Con el hombre á quien quiere? No, sino con el rico. ¡Oh! sacrificio noble y sublime de la virtud pobre y menesterosa. ¡Todo por papá! ¡Por papá toma dinero, por papá se entrega Adela á un muchacho rico y galan, por papá se casa con un señor la pobre y virtuosa modistilla! Dichosos padres los que alcanzan tales hijas; una hija de ese temple es una viña, es un coche parado, es un consuelo. La desgraciada Adela mira al cielo y derrama una lágrima de dolor y de romanticismo, en tanto que el bueno del novio se recomienda al caer el telon á la memoria de los recien casados, que probablemente no le olvidarán en sus ratos perdidos.

Consecuencia moral de esta comedia: que el cielo recompensa en esta vida con dinero al que lo gana, como Adela, con el sudor de su frente, y á las muchachas que se entregan al amor por su padre, casándolas con muchachos ricos.

El público no silbó esta comedia; consecuencia positiva: que se le pueden dar impunemente comedias malas y de escandaloso ejemplo.

La Posadera rusa es otra cosa ya. Se reduce á una princesa mal casada con un hermano de cierto emperador de Rusia, la cual gustando mas de un oficial extranjero que de su marido se hace la muerta, y se escapa, seguida siempre por su amante. Es verdad que no hay quien aguante esos maridos rusos y seis grados bajo cero que la maltratan á una y quieren todavía que sea una buena, y...... La princesa se escapa y pasa á Polonia. Lo demas no lo dice el autor, y no sabemos en qué pára. Porque lo que hace Adela por su padre en la primer comedia, bien lo podia hacer la princesa por su marido en la segunda. O ¿lo merece ménos un marido que un padre?

No conocemos á los traductores de estas comedias; pero si lo que hace un mal traductor con un autor es maltratarle, los traductores no tienen por qué picarse con nosotros: estamos todos de acuerdo. *Todo por mi Padre* y *la Posadera rusa* prueban que tambien en Francia hay autores necios: ambas merecian un castigo en este mundo. Los traductores se han erigido á sí mismos en instrumentos de la Providencia.

DE 1830 A 1836

Ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZABAL

PRIMERA PARTE (1)

En posesion la España hace mas de dos años de dar hondas lecciones de política, ofrece al mundo el espectáculo de un parto laborioso y difícil. ¿Cuál será el fruto de sus padecimientos? ¿Cuál el término de la prueba á que la somete la Providencia? ¡Hé aquí las preguntas que se hacen unos á otros los testigos de su largo alumbramiento! La Europa, clavada la vista en la procelosa Península, estudia sus tormentos con ansiedad, deseosa de sorprender en medio de este gran desórden de todos los elementos sociales el velado secreto del porvenir: secreto difícil por cierto de penetrar, porque ni el drama deja de ser complicado, ni es la España un país como otro cualquiera: no es posible sentar un pié firme en esa tierra de misterio, mas

(1) Este opúsculo político, escrito por un hombre que ha sido testigo de la mayor parte de los hechos que en él se encierran, y que, dotado de toda la imparcialidad del que nada aventuraba en ellos, de un criterio exacto, podia juzgarlos desapasionadamente, nos ha parecido de bastante importancia para darle á luz. Como reseña histórica, su verdad le hace acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los documentos de que la historia se servirá un dia para redactar la crónica de nuestra gloriosa revolucion; como escrito filosófico-político, las justas reflexiones de su autor Cárlos Didier, y la interesante galería de personajes públicos que traza, le colocan en primer rango entre las producciones de esa especie que la Europa ve diariamente aparecer acerca de las cosas de España.

temible miéntras mas conocida. Otros mas hábiles han salido burlados, y, para no citar mas que un ejemplo, pero memorable, ¿quién expió mas amargamente que Napoleon su temeraria ignorancia?

Aquí mas que en otra parte es la circunspeccion indispensable: fuerza es ser sobrio de profecías, porque gusta la España de burlar los profetas y las profecías. Por lo tanto, simples cronistas vamos á relatar los hechos: libre es el lector de sacar de ellos las consecuencias: una vez sentado un hecho, ¿no encierra en sí mismo sus premisas y sus resultados? La causa española pende todavía del tribunal supremo de la opinion: depongamos pues lo que sabemos, y acaso sea nuestro testimonio una prueba añadida á la instruccion del gran proceso. ¡Ojalá que pueda proyectar alguna luz sobre su fondo oscuro y nebuloso!

Pero ántes de entrar en el exámen de los hechos recientes, indispensable nos ha parecido volver algunos años atras para tomar los acontecimientos en su orígen, y establecer su generacion de una manera clara y positiva. La España de 1835 se encierra toda en la España de 1830: remontémonos pues á 1830, época no ménos memorable en la historia de España que en la de nuestra vecina nacion, y marcada en los anales de un pueblo por medio de una revolucion popular, y en los del otro por medio de una revolucion palaciega.

Fernando VII acababa de sentar en el trono de España á Maria Cristina de Borbon, princesa de la Dos Sicilias: el año se abrió con públicos regocijos; la corte desconfiada de Madrid habia roto su fúnebre silencio; el palacio habia abierto sus puertas á disposiciones mundanas; y el nuevo ídolo coronado de flores habia lanzado de él las sombras aun palpitantes de los Riegos, los Lacys y los Porlieres. ¿Qué profeta hubiera entónces osado predecir los resultados, tan próximos sin embargo, de aquel brillante hi-

meneo? Creíamos inaugurar una reina, y realmente inaugurábamos una revolucion.

Fuerza es decirlo sin embargo : mas de un fraile perspicaz, sino profeta, tuvo un presentimiento sordo de que amanecia para España una era nueva; y la pública alegría que siguió al anuncio de hallarse la reina en cinta, las fiestas que sucedieron á la anterior suspicaz tiranía, que habia visto en toda reunion hasta privada un amago de seduccion, fueron una terrible expresion del espíritu público.

Sin ir mas léjos, el palacio mismo encerraba bajo el dorado arteson una especie de fraile de sangre real, que participó poco ó nada del mundano alborozo. Absorto en sus hipócritas ejercicios, contemplaba con zelos y con inquietud á la jóven extranjera que acababa de lanzar la corte apostólica en tan osadas innovaciones. Observaba la tormenta que se amontonaba sobre su cabeza, y presagiaba que ese enlace mismo, objeto de tantas esperanzas, le habia de costar un trono : este hipócrita personaje era el hermano del rey, el infante don Cárlos.

La monarquía tiene sus niveladores, así como la democracia; en todas las clases hay hombres partidarios de los extremos, que comprometen los principios exagerándolos; si Cayo Graco tenia detras de sí á Livio Druso, Fernando VII tenia á don Cárlos. Extraño parecerá que el mismo Fernando VII pudiese ser juzgado demasiado liberal y moderado por un partido. Este partido existia sin embargo; reclutaba en los conventos, reconocia por cabecillas algunos frailes furiosos, algunos absolutistas encarnizados, y, como todos los partidos, ambiciones personales que extrañadas de los negocios aspiraban á esquilmar sus beneficios; no eran estos los ménos celosos. Este partido apóstolico trataba á Fernando de revolucionario. ¿No habia aceptado la constitucion de 1812? ¿No la habia jurado

en 1820? Verdad es que habia sido violada, y que la sangre de Riego habia borrado el juramento; pero al fin el crímen habia sido cometido, y los frailes no perdonan. Temian para el porvenir nuevas tergiversaciones, y fuerza es conocer que la debilidad de Fernando justificaba sus temores.

Este partido necesitaba un nombre, y habia escogido por enseña y jefe supremo á don Cárlos; no carecia el príncipe devoto de ambicion, y no tardó en embriagarle el esplendor del trono. Ya anteriormente habia prestado su nombre á varias conspiraciones contra su hermano; y si en la de 1827, que tan sangrientos resultados tuvo, no dió precisamente su nombre á la faccion, dejóselo tomar, lo cual era mas bajo y mas cobarde. No hubiera desenvainado entónces la espada; pero, nuevo Cain, resignado de antemano, consentia que la de los demas le allanase el camino del trono, al cual se hubiera dignado subir, aunque hubiera sido sobre el cadáver de su hermano mismo. En lo cual pecaba ciertamente solo de impaciencia, porque no teniendo entónces herederos directos la corona, él venia á serlo forzosamente; pero temian los apostólicos que viviese Fernando demasiado, y sobre todo que pensase en contraer nuevos lazos para hacer la última tentativa de sucesion directa.

Los resultados legitimaron sus temores : sus esperanzas se anonadaban en aquel enlace, y así fué que acogieron á la nueva reina con un odio que solo esperaba para declararse una ocasion favorable. En tal estado la preñez de la reina era para ellos un rayo, era la señal de una revolucion. Solo la esperanza les quedaba de que naciese una princesa. Pero Fernando amaba mas á su jóven esposa que á su hermano, queria alejar á este del trono á toda costa; la reina por otra parte, cuya ruina era evidente con el advenimiento al trono de su irreconciliable rival,

no estaba en ello ménos interesada. De aquí la famosa *pragmática sancion* del 29 de marzo, que abolió la ley sálica, momentáneamente introducida por Felipe V.

Grande fué la alarma del partido monacal, y vivísimas las reclamaciones de don Cárlos contra golpe tan imprevisto. Pero en esta ocasion el clero estaba en contradiccion flagrante consigo mismo; depositario, cual se jactaba, de las antiguas tradiciones de la monarquía española, hubiera debido para ser consecuente asociarse á la pragmática sancion, pues que esta no era en efecto sino la rehabilitacion del antiguo derecho español, en vigor desde el tiempo de los godos, y constantemente practicado sin reclamacion y sin interrupcion por espacio de mil años, y hasta principio del siglo XVIII. A él debia la España el beneficio de la unidad, y la verdadera fundacion de la monarquía en la inseparable reunion de las coronas hasta entónces divididas y rivales de Castilla y Aragon. Por él habia entrado á reinar el mismo Felipe V; y bueno es notar que este mismo no habia instalado la ley sálica pura, pues que su pragmática no excluia absolutamente á las mujeres: á falta de varones eran llamadas al trono. Pero ningun ejemplo habia vigorizado esa pragmática, y de todas suertes á los ojos de esos mismos absolutistas, lo que un Borbon habia deshecho, un Borbon debia tener el derecho de rehacerlo; nada pues impedia á Fernando VII reedificar el edificio demolido por su abuelo; y á los ojos de los que no eran absolutistas, la cooperacion de unas Córtes sancionó la pragmática sancion, apoyada en la voluntad de dos reyes, Cárlos IV y su hijo.

Bien se hubiera podido apelar á una autoridad pública y legal de mas fuerza todavía, oponiendo á las ilegales Córtes de 1713, convocadas por Felipe V, las nacionales de 1812, pues que el derecho de sucesion se hallaba incontestablemente fijado por el decreto de la representacion

nacional en la constitucion de 1812; pero se tuvo miedo de despertar recuerdos eléctricos: querian, es verdad, excluir de la sucesion á don Cárlos, queríase asegurar la regencia á Cristina; pero al convertir en beneficio de la jóven reina la línea de sucesion, de ninguna manera se transigia con la idea de variar la línea política, y se esperaba continuar la tradicion de 1823 bajo los auspicios del nombre de una reina de España, á falta de príncipe de Astúrias. Verdad es que la fuerza de las cosas ha alterado despues tan bellos propósitos; pero dado el primer paso era imposible retroceder. Nunca dió la Providencia leccion mas fuerte á los príncipes y á sus pobres proyectos, porque nunca ha vuelto la Providencia mas visiblemente contra ellos mismos sus planes de egoísmo y ambicion. Pero no nos adelantemos á los acontecimientos; aquí la leccion nace de su natural sucesion.

La cuestion de sucesion á la corona es por otra parte tanto mas inútil, cuanto que la humanidad civilizada, al rechazar el dogma sacrílego de la legitimidad, entendida como el acto de reinar solo por derecho divino, le ha proscrito en nombre del progreso, enemigo de la teocracia, de que aquella emana, en nombre de la inteligencia que la teocracia esclaviza. El dogma de la soberanía popular no es solo inalterable como principio abstracto, sino que es tambien necesario como garantía social, porque él es, y solo él, quien fija las verdaderas relaciones posibles entre el pueblo y el magistrado supremo, llámese príncipe ó no, á quien está cometida la direccion de la cosa pública. Fuera de él no puede haber sino monopolio y violencia.

La publicacion de la pragmática sancion produjo una sensacion profunda, no tanto por lo que era en sí como por sus evidentes resultados. Fernando VII no prometia larga vida, y la regencia asegurada ya á una princesa jóven, dulce, afable, era para la España una fortuna tan

grande, que se asió de este consuelo con un ardor que debió lisonjear en extremo á la futura regenta, estrella amiga que despuntaba en el horizonte, y en la cual se clavaron con ávida impaciencia las miradas de todos. Anunciaba por otra parte un cambio; y en el estado á que el gobierno de Fernando habia reducido el país, todo cambio debia ser esperado como una mejora. La pragmática de 1830 ademas no tiene únicamente un interes de circunstancia, es una de las fases mas importantes de la monarquía : hace época en la historia de la Península, porque ha sido la ocasion, sino la causa, de una revolucion radical en la forma y en el principio del gobierno. La pragmática de Fernando no entroniza por sí sola, es verdad, la democracia española; la democracia española se entronizó ella misma por derecho propio en Sevilla en 1808; pero despues de haber salvado á la España de la eterna humillacion de la conquista, habia sido expulsada del suelo cuya independencia guareció, y habia ido á expiar su noble culpa en el destierro y en los presidios : 1820 fué una tormenta que la violencia conjuró en beneficio del perjurio : 1830 volvió á colocar gradualmente la democracia al pié del trono. La cuestion es saber si ha de volver á ocuparle, y si está ya medio decidida.

Los apostólicos entre tanto no descansaron; agitáronse á la sombra de sus monasterios, urdieron ocultas tramas, y declararon, aunque en voz baja, contra la atrevida extranjera que tenia supeditado al rey ; en la edad media hubieran dicho hechizado; pero todos esos murmullos se perdieron ante el gran rumor de la revolucion de julio. Al llegar aquí cambia la escena, complícase el drama, y principia otro acto.

La nueva de la insurreccion de París produjo en Madrid una conmocion igual á la que habia producido en Europa. Alarmóse el rey Fernando, no sin motivo, porque los des-

criados de Querburgo éranle bien allegados como deudos y como restauradores de su corona : en su naufragio perecia el principio de su existencia, y difícil era prever entónces dónde pararia la ola popular tan imprevistamente sublevada. La corte de España vaciló entre pareceres encontrados ; los sucesos por fin vinieron á sacarla de incertidumbres.

A la sazon que estalló la revolucion, la Francia y la Inglaterra se hallaban pobladas de proscritos españoles, lastimosos restos de las catástrofes anteriores : el movimiento de París les volvió la esperanza. Súpose en Madrid que los refugiados reunidos en juntas revolucionarias en Lóndres y en París se aprestaban á probar una intentona, y á traspasar la frontera. El gobierno español, sacudido por un sentimiento natural de conservacion, dirigió vivas reclamaciones á los gabinetes de aquellas dos naciones : el primero atajó los preparativos con solo suspender alguna de las disposiciones del *alien bill*. El frances hizo del sordo, mas animó á los emigrados y les facilitó fondos; pero despues, cuando estuvieron comprometidos, los abandonó y negó, como el apóstol á los suyos. Esta página de la vida de M. Guizot será un borron eterno en la historia del país que debia haberse apresurado á lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España.

Nadie ha olvidado el resultado de la triste expedicion de 1830 : un puñado de proscritos, privados de recursos, se lanzó llevado de su heroísmo en la garganta de los Pirineos. Valdés y Mina fueron rechazados por Santos Ladron, feroz absolutista, que se hizo fusilar mas tarde en las filas carlistas, y por Llauder, que juzgó mas prudente hacerse liberal. Llauder era entónces capitan general de Aragon, alto puesto que debia á sus ciegas deferencias por Fernando VII. Empleó en la persecucion de ese Mina, de quien habia de ser poco despues el colega y el adula-

dor, un encarnizamiento de que conservarán los habitantes de la frontera largos recuerdos. ¡Qué gloria para Llauder si hubiera podido añadir á su blason de moderna fecha la cabeza de Mina al lado de la cabeza de Lacy, y encima el sombrero de la grandeza! Pero esta doble gloria no le fué dada, y hubo de contentarse con su primer hazaña de Cataluña, y la simple corona de marqués (1).

Así acabó un año comenzado bajo tan brillantes auspicios : entre tanto la reina habia dado á luz una princesa el 0 de octubre, y al mismo tiempo que la causa constitucional era vencida en la frontera, triunfaba en la capital, puesto que el nacimiento de la heredera, obligando al partido carlista á desplegar la enseña de la rebelion, habia de forzar á la reina á buscar su salvacion y la de la monarquía en el apoyo de esos mismos hombres que á la sazon se estaban fusilando en los Pirineos.

El nacimiento de un príncipe hubiera tapado la boca á los apostólicos ; hubieran podido todo lo mas disputar la regencia á Cristina, y turbar la minoría ; pero ¿qué diferencia entre esa lucha parcial y la lucha de principios de que la pragmática ha sido ocasion, lucha que ha abierto sucesivamente á los emigrados sus casas primero, las Córtes despues, y por fin los ministerios? ¡ Y todo por haber nacido en vez de un príncipe una princesa! Niéguese despues de eso que la Providencia, que ha sabido hacer emanar de tan tenue circunstancia tan grandes aconte-

(1) ¿Quién no recuerda con dolor el éxito de la triste tentativa del general Lacy (que tanto se distinguió en la gloriosa guerra de la independencia) para levantar en Cataluña el estandarte de la constitucion? El general Castaños mandaba en Barcelona : queria salvar á Lacy, y con esa intencion envió contra él á Llauder, que habia sido protegido de Lacy, y que le debia su suerte; pero Llauder, en vez de segundar las miras de Castaños, arrestó en persona á su protector, y llevó la ingratitud hasta la brutalidad. Lacy fué fusilado á pesar de las representaciones que al rey dirigió el general Castaños, y Llauder fué sucesivamente promovido á los primeros grados de la carrera militar. El cadáver de su intrépido y generoso protector fué el primer escalon de su fortuna.

cimientos, niéguese que protege la democracia. Quiere su triunfo, le ha resuelto; y los reyes mismos no son en su mano mas que un instrumento para coronar su obra. Estas peripecias constituyen la alta parte cómica de la historia.

El drama entre tanto se complica: contémplase Fernando entre dos enemigos, el partido constitucional, representado entónces por Mina, y el partido apostólico, representado por don Cárlos. Este permaneció casi tranquilo el año 1831; la revolucion de julio no le habia espantado ménos que á Fernando, porque en eso eran comunes sus intereses, y entrambos se veian amagados. Lo contrario le avino al partido liberal; lo que era para sus enemigos ocasion de espanto, éralo de esperanza para él; y el año entero no fué por tanto mas que una continuada insurreccion; cambióse solo de campo de batalla, y se probó la suerte en el Mediodía. Desde el mes de enero el general Torrijos, refugiado en Gibraltar, habia intentado una expedicion, que por entónces no habia cuajado. Casi al mismo tiempo el desgraciado Manzanares se estrelló en las sierras de Andalucía. En la isla de Leon hubo otra insurreccion abortada. El general Quesada, capitan general á la sazon de Andalucía, reprimió esos diversos movimientos; y aunque se le puede hacer la inculpacion de haberse constituido voluntaria y libremente instrumento de la tiranía, fuerza es hacerle la justicia de haber desempeñado su triste mision con una mesura y una humanidad de que Llauder, su colega de Aragon, no habia creido oportuno usar en circunstancias semejantes.

Todos estos movimientos empero, aunque sofocados, asombraron al gobierno de Fernando; cobró miedo, y el terror le restituyó á sus naturales inclinaciones, es decir, á la ferocidad. Instaláronse nuevamente las inexorables comisiones militares; las reacciones fueron atroces, y el

reinado del terror volvió á empezar. ¿ Qué sangre vertida bastará para lavar la de tantas víctimas bárbaramente sacrificadas? La última escena de tan sangrienta tragedia fué sin embargo la mas abominable. El inmortal Torrijos permanecia en Gibraltar, y clavada desde allí la vista en el sombrío horizonte español, acechaba con impaciencia sus primeros resplandores. Su presencia, su inmediacion imponian pavor, y se decidió desembarazarse de él á toda costa. El gobernador de Málaga, Moreno, especie de hiena con semblante humano, el infame Moreno tendió el lazo mas execrable de que hay memoria en la historia de las naciones, y al cual vino generosamente á caer la noble víctima destinada al inmundo cuchillo. Embarcóse el ilustre proscrito, atraido por engañosas sugestiones, y con él cincuenta y dos compañeros que habian de tener la gloria de participar de su patriótico martirio. Poco despues fué nombrado capitan general el verdugo de Granada.

Velemos nuestro rostro de dolor y de indignacion. ¿ Y se quiere todavía que no gritemos *venganza y exterminio* sobre su partido, cómplice todo él del mas espantoso crímen? ¿ Y es á nosotros á quien se pide todavía generosidad ?

El mes de diciembre recordará todavía por muchos años con caractéres de sangre tan cobarde carnicería. ¡ Él cerró dignamente ese año de reaccion y de matanza ! ¡ Él le reasume todo entero y le bautiza ! ¡ Esos fueron los tristes resultados de la desgracia de Mina en los Pirineos; esos los frutos de la horrible victoria de Llauder, de ese mismo Llauder que estaba reservado todavía á dejar las huellas de sus sangrientas manos en las sillas ministeriales, en que habia de sentarse al lado de sus propias víctimas ! ! !

La historia de España desde 1830 es un perpetuo vaiven, 1831 habia pertenecido á los liberales, 1832 perteneció á los apostólicos; las bajas intrigas de los últimos ocuparon

ese año, como las heróicas conjuraciones de los primeros habian ocupado el anterior.

La guerra civil devoraba á la sazon el Portugal; tratóse un momento en Madrid de intervenir en favor de don Miguel : esta ligereza no tuvo consecuencia, pero sirve de clave á las disposiciones de la corte de Madrid en aquella época. Debia volverse despues á la idea de intervencion; pero ya entónces se habia vuelto la rueda de la fortuna, y la intervencion debia ser en favor de don Pedro.

¿Qué hacian entre tanto don Cárlos y su partido? Reanimados por los sangrientos triunfos del gobierno de Fernando, que trabajando para sí trabajaba tambien para ellos, pues, aunque divididos, tenian igual interes en la destruccion de enemigo comun, los apostólicos cobraron valor, y practicaron sus minas con tal destreza, que estuvieron casi á punto de quedar dueños del campo de batalla. Su único objeto era ya la revocacion de la pragmática, que alejaba del trono á su cliente : maniobraron tan hábilmente, que la pragmática fué revocada; pero, desgraciadamente para ellos y felizmente para la España, no fué por mucho tiempo. Este pequeño entremes politico constituye una verdadera escena de comedia. No hay mas que copiar : el drama está hecho. Cuando la historia se mete á poeta, los hace buenos.

No es fácil olvidar el mes de setiembre : la corte estaba en la Granja, y Fernando á las puertas del sepulcro. Habia entónces en España un hombre que habia sido criado, curial, empleado de un ministerio despues, y por fin ministro. A la sazon era mas que ministro : amparándose del nombre de Fernando, era rey de España é Indias. Gentes versadas en esta especie de misterios aseguran que habia debido su encumbramiento á una obscena bufonada. ¡Hijos felices de las monarquías, todas las carreras os están abiertas! Pero el favor de Calomarde tenia á la sazon

mas sólida base en su ciega adhesion á los intereses y á las pasiones de la monarquía absoluta. Llamado al ministerio en 1824 bajo los auspicios de la invasion extranjera, su administracion no habia sido sino un tejido de errores. Calomarde fué el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que solo tendia á sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. Él cerró las universidades, y abrió en cambio una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él solo todo su sistema. Calomarde veia con zelos el ascendiente que sobre el ánimo del monarca tomaba diariamente su jóven esposa; pero no solo no osó contrarestarlo, sino que se asoció á la pragmática sancion, cooperando á la redaccion del testamento que habia de asegurar la regencia á la augusta viuda, y que designaba los miembros de su consejo. ¡Extraña circunstancia, que solo se comprende poseyendo la clave del carácter de Fernando! Casi todos los miembros de ese consejo de regencia eran enemigos personales de Calomarde, y algunos de ellos, como el marqués de las Amarillas, se hallaban en un desfavor equivalente á un destierro. El mismo ministro habia firmado su mistificacion. Hay quien añade que el rey tenia un maligno placer en hacer leer á su favorito el testamento que en tan falsa posicion lo ponia.

Todo esto no debia adherir mucho á Calomarde en favor de la reina: rancio absolutista, temia tanto mas las innovaciones, cuanto que no se le podia ocultar que la primera reforma habia infaliblemente de empezar por él: su interes, así como sus principios, si es que semejantes hombres tienen principios, le inclinaban á don Cárlos y al partido apostólico, quien supo sacar partido de la posicion falsa del ministro: hiciéronsele proposiciones, y la semilla echada en an buena tierra no tardó en germinar. La muerte inminente

del rey, que de un momento á otro se esperaba, activó la intriga. Calomarde, para quien la menor tardanza era peligrosa, viró pues de bordo, y aprovechándose del estado del rey, no tuvo dificultad en abusar de él para hacer firmar á su mano moribunda una revocacion de la pragmática de 1830. No bien se hubo dado este paso tan agigantado, cuando se esparció la voz de la muerte del rey, y corrió en instantes de San Ildefonso á Madrid, y de aquí á las provincias y al extranjero.

Gran júbilo en los conventos; el cliente monacal era rey, y con él iba á ocupar el trono el absolutismo apostólico; pero el triunfo fué de corta duracion; el rey resucita, y don Cárlos baja del trono. Nunca peripecia fué mas repentina; los vencidos la víspera se apoderaron otra vez del campo de batalla, y los vencedores tocan retirada. Tuvieron lugar entónces en palacio escenas que la historia dirá algun dia con escándalo: entre tanto la augusta infanta doña Luisa Carlota, acudiendo al rumor desde un rincon de Andalucía, llegó en el momento crítico de inclinar para siempre la balanza, y Calomarde sucumbió, yendo á buscar en el destierro la única salvacion posible para él. Cea Bermudez, ministro á la sazon en Lóndres, fué llamado al ministerio el 1° de octubre: la victoria de la reina era brillante, y fué completa. El 6 vió la luz un decreto que le confiaba el timon de los negocios durante la convalecencia de su majestad. Era una regencia anticipada.

El primer acto de la regencia justificaba las esperanzas que en ella fundaba el partido liberal de 1830. El 15 se publicó una amnistía política, no absoluta, pues que fué seguida sucesivamente de otras tres, pero capital en el sentido de que descifraba claramente la posicion, y destrozaba el pacto impío de 1823. La monarquía acababa de empeñar un pié en la revolucion: solo habia dado un paso, es verdad; pero ¡cuán léjos se estaba ya de las comisiones mi-

litares del año anterior, y de la espantosa carnicería de Málaga!

Sucediéronse las reformas rápidamente, si no de hecho, á ménos el principio se proclamó: abriéronse las universidades, mejoróse la hacienda, y se creó un ministerio nuevo con el nombre de *fomento*. El pueblo no fué ingrato, y la popularidad de la reina llegó á su apogeo. En el ínterin los absolutistas no cesaban de bullir y remover sordamente ya un punto, ya otro de la península. La revocacion arrancada por Calomarde existia todavía, y no fué anulada hasta el 31 de diciembre. Este dia se publicó un decreto en que el rey declaraba espontáneamente que habia sido sorprendido, retractaba una firma arrancada con tan indignos medios, y restablecia en todo su vigor la pragmática sancion.

Una nube se presentó sin embargo á oscurecer tan brillante horizonte. Cea acababa de llegar de Lóndres, y habia tomado posesion del ministerio: la reina no habia esperado su llegada para imprimir el movimiento á la máquina: estaba ya lanzada, lo cual no hubo de agradar á Cea. Apénas en camino este, quiso ya cejar, y publicó un manifiesto anfibológico en que aceptaba por lo ménos la herencia de Calomarde; anunciaba en verdad reformas, pero usaba de tales restricciones, que, á fuerza de atenuar la esperanza, la mataba. Amargo desengaño para el partido liberal; fiaba con todo en la reina, y podíase creer que la ambigüedad de Cea era una concesion hecha al rey; una vez muerto el rey, decíamos, él irá: su entrada en el ministerio no era ménos por eso una victoria y un progreso. Pero no solo no moria el rey, sino que totalmente restablecido volvió á tomar las riendas del Estado el 4 de enero de 1833, si bien asociando á la reina al consejo. Esta encontró en Cea mas bien un rival que un auxiliar, y si algo podia sostener entónces al ministro, era que de paso que

hacia una guerra oculta á las reformas, haciala abierta y franca al partido apostólico, entronizando en la Península ese sistema de balancin, que debia trasformarse poco despues en verdadero justo-medio.

El paso mas atrevido de Cea fué el destierro de don Cárlos. Su presencia era para los frailes un eterno motivo de esperanzas, un foco inextinguible de hostilidades é intrigas incesantes. El 13 de marzo salió el pretendiente de Madrid para nunca mas volver á entrar en él. Y, para que no faltase circunstancia ninguna á su triunfo, y dar un principio de ejecucion á la pragmática, se convocaron en 7 de abril las antiguas Córtes del reino para prestar juramento de fidelidad á la heredera.

El rey con ese motivo escribió á don Cárlos una carta hábilmente redactada, en que le hacia dueño de tomar parte ó no en la ceremonia, no queriendo, decia, forzar las inclinaciones de su caro hermano. Don Cárlos respondió protestando públicamente, y por el pronto todo el mundo se contentó con este pacífico trueque de frases mas ó ménos fraternales.

Mas eminentemente político hubiera sido aprovechar aquella ocasion de reunir, en vez de las antiguas Córtes del reino, unas verdaderas Córtes nacionales; pero esas eran premisas, cuyas consecuencias se temian; y habiéndose manifestado Cea hostil á toda idea de instituciones políticas, no era seguramente Fernando VII de quien se debia esperar que le obligase.

Verificóse el 20 de junio la solemne jura, que se celebró con las fiestas mas ostentosas y mas verdaderamente populares que en siglos enteros se hubiesen visto. Y de allí á tres meses ocurrió por fin un acontecimiento previsto ya de muy atras. Fernando VII murió el 29 de setiembre. ¡Qué descanse en paz! fué todo lo que pudieron decir los ménos rencorosos. Muerto el rey, abrióse el famoso testa-

mento, cuyo contenido era ya de antemano conocido. Instalóse la regencia, y Cristina, asistida del consejo de gobierno, tomó las riendas del Estado en nombre de Isabel II. La primera medida de la regencia fué una medida de conservacion: mantuvo á Cea en el ministerio: el primer paso de este fué tambien conservador; su manifiesto despues de la muerte del rey es el desengaño mas solemne que podia llevar un pueblo. Todo el mundo comprendió que Fernando vivia todavía en su ministro; el odioso programa no era mas que una explanacion del que á su entrada en el ministerio habia dado el político estacionario; pero entónces ya no vivia Fernando VII para tomar sobre sus regios hombros la responsabilidad de las malas intenciones de un ministro; húbola él de llevar entera, y lo abrumó.

Mal principio era por cierto parapetarse en la negativa á los principios de una revolucion. Cea padeció un grave error: se empeñó en no ver mas que una cuestion de sucesion donde no habia mas que una cuestion de principios: creyó que Isabel sentada en el trono, y apoyada en la legitimidad, tenia en sí sola su propia fuerza, y que no necesitaba ni del apoyo ni del concurso de la España liberal; de aquí su obstinacion en negarse á transigir con ella, por mas que quiso darle una dedada de miel ampliando la amnistía. Pero eso era tener un concepto harto ventajoso de sí mismo. La nacion no participó de ese concepto, y Cea vino abajo con el *despotismo ilustrado* que queria entronizar, y que para ningun partido era bastante. Para los absolutistas sobrara el *ilustrado*, para los liberales sobra el *despotismo*.

El error de Cea era tanto mas grave cuanto que aislaba al trono, y le entregaba indefenso á los golpes de sus enemigos. Sin estar ligados precisamente como la causa lo está al efecto, la pragmática sancion y la rehabilitacion del partido democrático eran ya dos hechos para siempre

trabados é inseparables. Por mas legítimo que fuese el derecho de Isabel, no necesitaba ménos por eso el apoyo de la España liberal. Puédese en buen hora combatir un partido oponiéndole otro partido; pero pretender como Cea combatirlos á entrambos á la vez, eso supone la intervencion de otro tercer partido que no existe felizmente en España.

Y la falsa posicion de Cea era tanto mas difícil de conservar cuanto que acababan de romperse las hostilidades en las provincias. El partido apostólico se constituyó agresor, y levantó en nombre del pretendiente el estandarte de la rebelion. El primer general enviado por Cea, Saarfield, fué á cruzarse de brazos tranquilamente en Burgos, y fué reemplazado por Valdés, que lo fué él mismo por otros tan inhábiles como sus antecesores. El movimiento de las provincias exaltó á los liberales de Madrid, y produjo una reaccion, por desgracia demasiado poco violenta; los liberales se contentaron con desarmar el 27 de octubre á los realistas.

La impopularidad de Cea crecia á medida que se amontonaban los acontecimientos: en vano trató de desplegar una ridícula energía, decretando destierros arbitrarios, y suprimiendo periódicos; solo consiguió poner de manifiesto su impotencia. Sitiado y estrechado cada vez mas por dos enemigos igualmente exasperados, atado de piés y manos, y condenado á la inmovilidad, se vió aislado, y el consejo de regencia mismo acabó por soltarle de su mano, uniéndose al partido constitucional en reclamacion de garantías políticas. Los capitanes generales dieron el último golpe á la fortaleza desmantelada. El general Quesada lanzó desde Valladolid á fuer de perspicaz un manifiesto, mitad sumiso, mitad amenazador, en que pidió formalmente á la reina la destitucion de Cea. Tras Quesada vino Llauder: el protegido y verdugo de Lacy, capitan general de Cata

luña, habia obrado su conversion : liberal ya entónces exagerado, ardia en amor de libertad ; cubriendo una antigua enemistad personal con la máscara hipócrita de buen ciudadano, encarecia las exigencias de su colega, y poco le faltaba para pedir la cabeza de Cea.

Solo Cea, y aislado en medio de tan legítima inundacion, debia caer, y cayó. Cayó en nombre de esas instituciones que su terco sofisma rehusaba al público deseo, y que habian llegado á ser la única salvacion, la necesidad absoluta de la monarquía. Dejó pues el ministerio por segunda vez. La primera habíaselo quitado Fernando por demasiado liberal; Cristina le despedia mas tarde porque no lo era bastante. La primera vez tuvo por sucesor á uno de los mas furiosos absolutistas de España, á un enemigo irreconciliable de las libertades democráticas, al miembro mas intolerante del gobierno provisional de la fe en 1823, al duque del Infantado. ¿Y quién le sucede la segunda? Un ministro de la constitucion, un antiguo diputado de las Córtes de 1812, un hombre que habia expiado el doble crímen en los presidios de Africa y en la emigracion, Martinez de la Rosa. El progreso iba envuelto ya en la sola antítesis de esos dos nombres.

La pragmática pues empezaba ya á dar sus frutos, y desde aquí puédese decir que se entra de lleno en la revolucion. El destierro de Calomarde y la entrada de Cea no eran en el fondo mas que una intriga palaciega. La destitucion de Cea y el advenimiento de Martinez de la Rosa eran la primera victoria de la democracia. Martinez de la Rosa en el ministerio era la doble rehabilitacion de 1812 y 1820, era la condenacion de 1823, era la convocacion de las Córtes.

Ahora, si Martinez de la Rosa fué consecuente con sus antecedentes, y si correspondió á las esperanzas que legítimamente se fundaron entónces en él, eso es lo que los hechos van á probar ó á desmentir en el año siguiente.

DE 1830 A 1836

ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZABAL

SEGUNDA PARTE

Martinez de la Rosa abre el año de 1834. Sus antecedentes son demasiado públicos para que nos detengamos mucho en ellos. Conocido ya en 1820 entre los mas moderados, inspiró en 1822 bastante confianza al trono para verse encargado del timon de los negocios; pero poco feliz en su administracion, tuvo que retirarse despues de un ministerio de cinco meses, durante el cual el célebre 7 de julio le manifestó inclinado á un golpe de estado, que tendia á sustituir á la constitucion de 1812, demasiado popular á sus ojos, una carta, y la instalacion de dos cámaras. Sus inclinaciones podíanse mirar desde entónces ya como poco revolucionarias; podíasele acusar de tibieza hácia las ideas democráticas.

La segunda restauracion fué mas clemente hácia él que habia sido la primera, porque ni aun fué desterrado. Voluntariamente pasó á Italia y á París, donde se entregó á las letras: durante su voluntario destierro Martinez de la Rosa permaneció extraño á todas las intentonas políticas de sus compatriotas. No tomó parte en la expedicion de 1830, y no siendo en realidad proscrito, fué uno de los primeros que regresaron á sus hogares.

Tal era el hombre que la fuerza de las cosas llamaba al

gobierno de la regenta. Su advenimiento al ministerio era efectivamente un gran paso. Pero apénas le fué entregada en tutela la revolucion naciente, todos echaron de ver que el ayo del nuevo Hércules era mas idóneo, y parecia mas dispuesto á enervar al robusto infante en mantillas, que á desarrollar sus fuerzas; fué en efecto el dragon mitológico enviado por la envidia para ahogar en su cuna al futuro vencedor de la hidra de las cien cabezas.

Coa habia caido por haberse negado al paso indispensable de la convocacion de las Córtes: Martinez de la Rosa no ocupaba su puesto sino con la condicon, *sine qua non*, de convocarlas. Cualesquiera que fuesen sus secretas inclinaciones, no le era pues dado hacerlo ó dejarlo de hacer: la idea de convocacion preexistia en él; era solo admitido para llevarla á efecto; no era mas que el instrumento de una necesidad. Pero ¿qué via iba á escoger? ¿En qué términos iba á restaurar el antiguo derecho nacional? Esta era la cuestion.

Hombre contemporizador y de cuasi medidas, Martinez de la Rosa no podia proceder sino por compromiso, y por compromiso procedió. Profesando tampoco afecto á la constitucion democrática de 1812, no era probable que fuese á desenterrarla por segunda vez: dejóla bajo su piedra sepulcral, donde yace todavía, segun parece para siempre. Si bien existen aun en la Península una nobleza, un clero independiente, privilegios de castas y desigualdades legales; con todo multitud de intereses se hallaban ya dislocados, cien prerogativas allanadas, y no pocas preocupaciones por tierra. La antigua forma de los tres brazos por tanto no era ya posible; ni hubiera contentado los intereses, ni las ideas, ni las pasiones: hubiérase debido empezar por desecharla completamente.

El público sin embargo esperaba la solucion del problema; tres meses la esperó. Por espacio de tres meses trabajó el ministerio Martinez en su grande obra política. Se-

mejante á los antiguos sacerdotes de Egipto, el sanhedrin ministerial se recogió en el fondo del santuario, rodeóse de silencio y de soledad, rehusando admitir á los profanos á la iniciacion de sus misterios ántes del dia prefijado por su idea. Llegó por fin ese gran dia; una mañana de abril el monte Sinaí hizo resonar sus trompetas, y las nuevas tablas cayeron de las nubes sobre la cabeza de Israel. El moderno decálogo hubo por nombre *Estatuto Real.*

Puesto que nos hemos tomado la libertad de hacer intervenir en este negocio al monte Sinaí, bien podremos sin inconvenientes seguir la metáfora, y añadir que nunca el antiguo apólogo del *Monte de parto* tuvo mas solemne aplicacion. El Estatuto no fué el verdadero *ridiculus mus.* No valia por cierto la pena de colocarse á tal altura, ni de afectar tan solemne aparato la escuálida creacion. El Estatuto no fué mas que un mal remedo de la carta sacramental inglesa: esto es, de la famosa máquina de tres ruedas, sin contar con una enorme herejía de mas en la composicion de la cámara alta, y muchas cosas buenas de ménos en sus demas partes. La herejía política es patente: los próceres ó pares se dividen por él en dos clases, próceres natos y hereditarios, y próceres vitalicios por eleccion de la corona: ¡chocante anomalía! Se pretende formar un cuerpo que tenga unidad y armonía, y compónese de dos elementos rivales y heterogéneos; se crean en su seno dos intereses opuestos, y se instituye en él por consiguiente una anarquía permanente. Otra herejía no ménos importante es la que priva á las dos cámaras ó estamentos del derecho de hacer de ellas mismas su reglamento interior; la corona es quien se le impone. Mas como la iniciativa legislativa reside enteramente en el poder real, las Córtes vienen á ser una especie de consejo de Estatuto, un cuerpo consultivo.

Otras imperfecciones no ménos graves pudiéramos se-

ñalar en el engendro político del ministerio Martinez, pero seria tiempo perdido si recordamos que no es invulnerable, y que el primer paso que dé la revolucion lo derribará hecho polvo á sus piés.

No es esa sin embargo la opinion de su otorgante; complácese, exáltase en la contemplacion de su obra; el Estatuto es para él una de aquellas concepciones gigantescas y definitivas que hacen época en la historia de las naciones, y despues de las cuales el género humano nada tiene que hacer sino cruzarse de brazos y dormirse á su sombra. Es la piedra filosofal de la ciencia del gobierno, y admírase su autor de que poseyendo tan raro tesoro, la España se atreva todavía á aspirar á cosas mejores. No duda un momento que ha tomado puesto entre los grandes legisladores de la antigüedad: Licurgo y Carondas, dioses caidos, han de postrarse ante él: nada les queda que hacer sino velarse la faz. ¡Lástima es solo que los colegas de su ministerio, ante los cuales se leyó y discutió en mas de treinta sesiones preliminares, puedan reclamar alguna parte de su gloria!

Tal cual es sin embargo, y aunque inferior con mucho á la constitucion de 1812, por mas que esta esté léjos de ser perfecta, el Estatuto Real no dejó por eso de tener la gloria de romper el largo silencio impuesto á la España por la tiranía del perjurio y de la violencia: volvió á abrir el campo á los debates políticos; dió lugar á que los periódicos tomasen parte en las discusiones parlamentarias, y la opinion pública pudo pasar por un nuevo aprendizaje. Todo eso existe al fin, y fuerza es aceptar esas primeras y tímidas conquistas como preludio y presagio de otras mas audaces y positivas. Solo como medida transitoria puede tener el Estatuto cierto valor; considerado en sí mismo carece totalmente de él, pues que ni emana de ningun principio, ni proclama principio alguno.

El mes de marzo se señaló con dos acontecimientos graves; primero con una tercera amnistía, no absoluta: no llegó la vez de Mina y de sus compañeros de 1830 hasta el mayo siguiente. El segundo fué la creacion de la milicia urbana: una chispa carlista se manifestó el 4 en Madrid, y aunque fácilmente sofocada, bastó á convencer de la necesidad de armar á los liberales para un evento. El alistamiento empezó por ser voluntario, y no se tardó mucho en hacerlo obligatorio por medio de una ley calcada sobre la francesa. Pero apénas formada esta milicia nacional, empezó á ser un objeto de espanto para el ministerio Martinez, y durante toda su administracion solo se pensó en ponerle trabas.

El mismo mes que vió nacer el Estatuto Real dió vida á la deseada cuádruple alianza: el último canje de firmas es de 22 de abril. Solo la Francia y la Inglaterra estaban á la sazon representadas en Madrid, porque eran las únicas entre las grandes potencias que habian reconocido á la reina Isabel. El Austria, la Rusia, la Prusia, Nápoles misma, á pesar de los vínculos de la sangre, habian retirado el año anterior sus ministros y embajadores. Esas cuatro cortes entónces, como ahora, no tenian mas que encargados de la correspondencia; algunos de estos agentes habian tenido la pretension, por lo ménos incongruente, de hacerse centro de necias intrigas carlistas, y en eso habíanles asistido cordialmente sus cofrades de la Haya y de Turin, cuyas simpatías no podian ménos de adherirse á la causa del pretendiente. Esto era abusar de la inviolabilidad que el derecho de gentes les confiere; el único papel que le sea decente representar en tales casos á la hostilidad oficial es la neutralidad del silencio. Los corresponsales diplomáticos de Madrid lo han hecho conocer, y de entónces acá han permanecido tranquilos. Roma no tenia tampoco agente alguno acreditado cerca de su majestad católica; el obispo

de Nicea, antiguo nuncio, vivia retirado en calidad de simple particular.

En cuanto á Portugal, el viento habia cambiado : dos años ántes se habia intentado intervenir en favor de don Miguel : á la sazon doña María habia sido reconocida, y Rodil habia pasado la frontera para sostener sus derechos. Ambas cortes parecian haber olvidado sus antiguas rencillas, y vivian al ménos oficialmente en las mas estrechas relaciones de amistad.

Terminada la campaña pasó Rodil al ejército del Norte y tomó el mando, pero acontecióle lo que á sus antecesores; no hizo mas que aparecer y desaparecer. Cedió el puesto á Mina. No tenia en su orígen la guerra de Navarra la importancia que ha tomado despues; con determinacion y prudencia hubiérase apagado la naciente hoguera; pero era preciso á toda costa impedir la reunion de los dos intereses absolutista y municipal : la cosa era posible interesando á las provincias vascongadas en el órden de la sucesion; de esta suerte se les hubiera segregado de la causa del pretendiente. Pero se hizo todo lo contrario : « Sometámoslas, decia Martinez de la Rosa, y luego hablaremos. » Tratóse de humillar á los insurreccionados, y ellos son los que con lucha tan larga nos han humillado.

El descuido, la inexperiencia del ministerio Martinez y su inaccion han puesto la lucha en el punto en que está : él es quien ha cavado, ó por lo ménos visto cavar ante sus ojos tranquilamente la honda sima donde mira la España hundirse sus tesoros, desarmarse sus ejércitos y comprometerse su porvenir!

Un acontecimiento imprevisto vino á complicar el enredo : don Cárlos, despues de haber vagado por las fronteras de Portugal, habia abandonado la Península, y cuando todo el mundo creia en Madrid que, resignado con su suerte, yacia oscuro en un rincon de Inglaterra, apareció de nuevo

en el corazon de Navarra. La presencia del pretendiente vino á dar á la guerra un carácter imponente, que ha bastado desde entónces á fijar sobre ella las miradas inquietas de la Europa.

Pero volvamos las nuestras á Madrid, donde se presenta en escena un nuevo actor destinado á hacer un papel demasiado principal. El conde de Toreno, cuyos antecedentes no eran ménos conocidos que los de Martinez, y que regresó á España á fines de 1833, presentóse para Martinez como un rival temible, pues que la opinion le designó desde luego por jefe del gobierno ú de la oposicion. Martinez hubiera intentado en vano luchar con tan terrible atleta : forzoso era pues hacer del ladron fiel, y declararse amigo del enemigo temible. El ministerio hizo lugar al recien venido : brindósele con el despacho de hacienda, que fué aceptado.

No era acaso esa posicion delicada comprometida la que al conde convenia ; acaso hubiera sido mas político darle el ministerio del *fomento*, vacante por dimision de Burgos, derribado por la opinion pública, y que habia servido de guion entre el ministerio de Cea y el de Martinez. Hubiérase debido llamar francamente al ministerio al conde de Toreno desde el mes de enero, pero Martinez de la Rosa queria reservarse para sí solo la gloria de bautizar el Estatuto : esta mezquina envidia de literato explica su tenaz oposicion cuando el nuevo candidato apoyado por la Francia le fué designado por la opinion pública. Llegó hasta herir gravemente su amor propio prefiriéndole una nulidad, que era mas de su gusto, porque la temia ménos : si consintió por fin en admitir á su rival por colega, fué á los últimos, y cuando debiendo abrirse las Córtes comenzaba á organizarse la oposicion. El peligro era urgente, y el instinto de la propia conservacion venció los cálculos del amor propio.

Sabido es que la apertura de las Córtes convocadas en virtud del Estatuto se verificó el 24 de julio. El 17 habia sido testigo del sangriento desastre de los frailes; nueva ocasion de deplorar la ineptitud del ministerio Martinez, que no supo prevenir ni reprimir el desórden, y que creyó componerlo todo tomando una venganza bárbara y hasta inicua. La víctima expiatoria de aquella calamidad fué un mozo desdichado de diez y ocho años, cuyo crímen se reducia á haber sido sorprendido con unos harapos de fraile y unas estampas. Ningun cargo grave resultaba contra él, pero no por eso dejó de sufrir la pena capital cinco meses despues del suceso, es decir, cuando olvidado ya el atentado, perdia el escarmiento hasta su supuesta eficacia.

En cuanto al desastre de los frailes no pudo considerarse como un movimiento político : efecto de la exaltacion producida por la invasion del cólera, solo se puede sacar de él una profunda é inesperada leccion, á saber : que las sospechas del pueblo español y su ira cayeron sobre los frailes, y que estos fueron juzgados envenenadores; hecho importantísimo que proyectó una luz nueva sobre el estado de las creencias populares de la Península, y probó por lo ménos que el antiguo prestigio habia cesado así en la católica España como en los demas países.

Abriéronse por fin las Córtes : desgraciadamente produjeron pocos hombres nuevos : el cetro de la elocuencia quedó en las antiguas manos : nadie se le disputó; pero los usados campeones aparecieron mas bien como veteranos cansados ya de anteriores campañas, que como soldados de refresco. Faltó la juventud, y notóse el vacío. Hubieran sido de desear mas novedad, mas hombres de la época : echáronse de ménos un sentimiento pronunciado de progreso, instintos mas democráticos, mayor inteligencia de las nuevas doctrinas sociales, mas saber, mayor conocimiento en fin de los males de la monarquía y de los

remedios posibles : ménos lujo de teorías extranjeras inaplicables al país : en una palabra las Córtes primeras del Estatuto fueron la expresion de las rancias doctrinas del siglo pasado, y una tercera edicion de las primeras y de las segundas, si bien con ménos calor y ménos fuego : faltas de luces y de patriotismo ardiente, no se hallaron bastante dotadas de instinto revolucionario, no comprendieron su mision. Las cuatro quintas partes de una sesion que duró diez meses se perdieron en debates ociosos, pueriles, episódicos. La España se presentaba allí como Job, exponiendo á la vista del mundo sus mil llagas abiertas, en tanto que los médicos disertaban eruditamente sobre Hipócrates y Galeno. El recuerdo urgente del enfermo solo se presentaba de cuando en cuando á alarmar momentáneamente con sus agudos quejidos á los ineptos doctores.

En cuanto á los clásicos oráculos de la Península, confesemos que el tiempo les arranca diariamente sus antiguos laureles : su fama es mas grande que ellos. Sin querer ofender al divino Argüelles, diremos que no nos ha parecido sino muy humano. Fuélo sin duda en los muros de Cádiz : la edad, el destierro, la persecucion, los desengaños, tal vez le han arrebatado su divina auréola. La autoridad de una vida sin mancha, el prestigio de una reputacion pura, no han podido devolverle su olimpo : dios caido, sus acentos son harto terrestres. ¿ Podia encontrar Apolo en medio de los pastores de Tesalia los mismos acentos que en la mesa de los dioses?

Y en realidad fuera injusto pedir á hombres de otra edad las ideas y las pasiones de la juventud. Tuvieron sus dias, pero pasaron. Hé aquí cuanto de ellos hay que decir. De la ausencia del elemento jóven en las Córtes ¿ deduciremos que no lo hay en España? No, sino que no ha sido llamado. El ministro del Estatuto Real, léjos de buscarle, le ha extrañado de sí porque ha temido su presencia. El Hijo del hom-

bre decia que no pueden zurcirse retazos flamantes en ropas viejas, y que mal se conserva vino nuevo en vasijas amohecidas. Martinez de la Rosa se ha hecho justicia á sí mismo sin saberlo: ha conocido que la constitucion de antaño era caduca y usada, y ha temido que cayese hecha polvo á la impresion primera del aire fresco de la mañana.

Demos sin embargo una rápida ojeada á las Córtes y á las primeras espadas que en ellas se han distinguido.

Martinez de la Rosa es hombre de tribuna; y su error radical y permanente, el que le ha hecho tenerse por hombre de estado, es haber tomado siempre la palabra por la accion. Este error mismo prueba hasta qué punto las pasiones del orador son en él superiores á cualquier otro interes. Á sus ojos una arenga es un hecho material; y así como el verdadero hombre de estado vela durante la ejecucion sobre los detalles todos de una operacion del gobierno, así lleva hasta la mas extremada minuciosidad la atencion que presta á sus discursos. ¡Cuántas veces se le ha visto á ese primer ministro de una monarquía en revolucion encerrarse horas enteras en su gabinete! ¿Y para qué? para corregir las pruebas de sus discursos: no hubiera podido tolerar que la gaceta los publicase con una coma de mas ó de ménos. Los negocios del Estado yacian entre tanto paralizados; pero el orador estaba satisfecho, y el ministro no pedia otra cosa.

La pompa es el carácter de su elocuencia: para desarrollarse ha menester del estímulo de la tribuna; en un salon, en sociedad, no tiene conversacion. La desconfianza que forma la base de su carácter parece entónces paralizar su lengua, se evade, elude, se parapeta detras de los monosílabos, y esta disposicion particular de su carácter llena de tropiezos su trato político; la mas sencilla negociacion viene á ser con él una pesada labor. Es quisquilloso ademas, y un tanto jesuítico: á esto se agrega que carece de

memoria y que es obstinado, circunstancias ambas que contribuyen poco á facilitar los negocios.

Martinez de la Rosa es sumamente laborioso; pero si trabaja mucho, tambien trabaja generalmente mal. De resultas de su inveterada desconfianza de los demas, ó mejor de la presuncion que tiene de sí mismo, perdia un tiempo precioso en ocupaciones subalternas que hubiera debido dejar á sus dependientes. Su defecto capital es el de ahogarse en los detalles; fáltale ese golpe de vista general que procede en grande, virtud tan indispensable en el estadista como en el militar. No pudiendo remontarse nunca sobre su posicion, esta le domina siempre, en vez de ser dominada por él. En vez de conducir los acontecimientos, le conducen ellos á él; y asi es que en cuanto á ministro vivia á la ventura, sin plan para el porvenir. Esto no obstante, su optimismo imperturbable venia á ser cómico á veces de puro candoroso: siempre tenia guardada una apoteósis para cada una de sus derrotas, y una esplicacion gloriosa de todas sus vicisitudes ministeriales. En punto á reformas no podia ser mas curioso su modo de argüir. « Un abuso establecido, decia, tiene inconvenientes, verdad es; pero esos inconvenientes son conocidos, al paso que la reforma puede acarrear otros que no lo son, y difíciles por el contrario de prever; ahora bien, vale mas lo malo conocido que lo bueno por conocer; luego vale mas el abuso que la reforma. » Teorema brillante por cierto, y cuyos corolarios pueden llevarnos léjos: el ministro que de esa manera arguye, ya está juzgado; podrá ser un hombre de mundo, un orador elegante, un poeta distinguido, pero estará siempre dislocado á la cabeza de una revolucion.

El que en la tribuna podia aparecer como rival de Martinez de la Rosa era Alcalá Galiano, miembro de las antiguas Córtes: pasó su emigracion en Inglaterra; de aquí su

anglomanía declarada y su antipatía á la Francia. Devuelto al teatro de sus primeros triunfos, se encargó del papel de tribuno.

Es el hombre de España que habla mas, y oyéndole quisiéramos que hablara mas todavía; con todo seria difícil. Es un manantial inagotable, y que no se detiene en su curso hasta el mar. Pero Alcalá Galiano no necesita como Martinez de la Rosa del aparato animador de la tribuna: orador en particular como en público, siempre está pronto. La palabra es su elemento. Difícilmente pudiera ser la nobleza el carácter peculiar de una elocuencia tan continua, y en este sentido es el orador gaditano el reverso de la medalla del granadino. Su elocuencia es mas familiar, á veces demasiado; nada le estorba, y de aquí que sus tiros sean por lo regular mas mortíferos; una vez hecho dueño de su adversario dale mil vueltas, y no suelta la presa sino despues de haberle acribillado. No le remata de un solo golpe, pero le acosa á picaduras, que pondrian á un gigante en el mismo estado que el oso de la fábula perseguido por las abejas. Nunca hemos visto á Alcalá Galiano titubear un solo instante, ni andar buscando ni eligiendo las frases; improvisador incansable, su facilidad, su flexibilidad sobrepujan su afluencia. En una palabra, es el orador mas popular, pero escasamente le concederemos el don de gobernar; y el ministerio á que aspira le prepara en nuestro entender acerbos desengaños.

El orador de la oposicion pasada cuyo carácter de elocuencia se asemeja mas á la de Martinez de la Rosa es Argüelles. Noble como él, severo y comedido; pero el esceptisimo y la irresolucion le han arrebatado su antiguo prestigio; hombre de restricciones, no concluye jamas, y es muy comun en él que la segunda frase destruya la primera; ningun orador tiene en Europa mayor provision hecha de prudentes adverbios : *con todo, sin embargo, tal*

vez, permitasenos, si me es lícito... Doctrinario por excelencia, ha perdido el privilegio de conmover aun á los hombres de su partido. Es anglomano como Galiano, y por las mismas causas; y en cuanto á principios, como muchos en España, liberal del siglo XVIII. Se plantó en 89, y por él no pasan dias.

En cuanto al conde de las Navas, cuyo nombre ha adquirido cierta celebridad, no se puede decir de él que sea un orador; ni posee el don de la palabra, ni el gesto; pero hallase dotado de singular aplomo, y de un espíritu de censura infatigable. Es el tipo perfecto de la oposicion sistemática; pendenciero, buscarruidos, martirizador, haria perder la paciencia á la paciencia misma, y si se sentasen ángeles en los bancos ministeriales, comprometerian su salvacion discutiendo con él. A pesar de esa especie de don quijotismo de oposicion, el papel que las Navas haga en cualquiera cámara es de la mayor utilidad. Necesítanse hombres de su temple, ojos de lince como los suyos, que todo lo escudriñan, lenguas indiscretas que no reconocen cortapisas: centinelas avanzadas, vigías perpetuas de la libertad, tales hombres son el mejor parapeto de los derechos públicos. Expónense á veces á algunos errores, á suposiciones exageradas, hijas del zelo mismo; pero el pro comun compensa tan ligeros riesgos. Cualquiera que sea la opinion que del conde de las Navas se forme fuera del estamento, una vez allí es fuerza oirle, porque nunca fastidia, y divierte á veces; tiene salidas felicísimas, y á cada instante vierten sus labios epígramas oportunos, agudos rasgos de ingenio. Antípoda del estilo académico, y diciendo cuanto le ocurre sin pararse, su improvisacion tiene todo el interes de la novedad y de cosa no esperada.

Bien quisiéramos hacer mérito de los pocos hombres nuevos que, forzando la consigna del Estatuto Real, han

sabido hacerse lugar en el estamento estacionario, cuando no retrógado, y mas desearíamos aun concederles la patente de oradores; pero en conciencia no es posible : los antiguos han conservado hasta ahora la corona. Lopez se habia anunciado en un principio con esplendor; pero no se ha sostenido : el malogrado Trueba no correspondió á las esperanzas formadas. Gonzalez y Caballero pudieron pretender la palma del patriotismo, nunca empero la de la elocuencia.

Algunos se distinguieron por sus conocimientos, su solidez, su exacta, y aun á veces elocuente diccion, como el marqués de Torremejía; y otros han callado ó han hablado poco, de cuyo saber sin embargo, y de cuya especialidad en algunos ramos no se puede dudar. Tales son Florez Estrada, reconocido ecónomo político, Montevírgen, Rivaherrera, etc. En cuanto al presidente Isturiz, es un verdadero radical; desplegó tino é imparcialidad superiores en su importante cargo; su elocuencia es enérgica, su palabra firme y decidida, y se le concede gran capacidad. Eso es lo que pronto hemos de ver. La hora de la accion ha sonado para él.

En cuanto al estamento de próceres, esa aristocracia mista que empieza en Medinaceli y acaba en el poeta Quintana, si se admiten dos ó tres excepciones, el ilustre cuerpo ejecutaba con el mas solemne silencio y la mas religiosa puntualidad cada uno de los movimientos que le plugo al ministerio indicarle. Manequí dócil, nunca hizo sino marcar el paso. Esa cámara no tiene existencia propia, y su autoridad, su influencia son nulas : creacion abortada, rueda inútil que entorpece el movimiento, si la máquina se detiene, no tiene fuerza para hacerla andar; y una vez en movimiento, le es igualmente imposible detenerla, aunque se le pasase tal idea por la fantasía.

La España, á pesar de su grandeza, de sus derechos

hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática; el dogma de la igualdad cristiana ha pasado de la iglesia á las costumbres, y, una vez ahí, no puede tardar en introducirse en la legislacion. Si en el destino de la familia aristocrática de los próceres hubiera estado el conquistar una importancia política, solo hubiera podido adquirirla á merced de las ilustraciones plebeyas cuya adopcion le fué impuesta; pero hasta eso le habia sido vedado : la medida careció de lógica y de eficacia. No están la vida y el movimiento por esa parte. Ni un orador ha salido de entre aquellos venerables sepulcros, ni una voz se ha echado á turbar el silencio de las catacumbas. Dejémos-los dormir en paz.

Antes de cerrar la primera sesion echemos una ojeada al exterior : pocos acontecimientos llaman nuestra atencion; una vez convocadas las Córtes, toda la vida política refluyó al centro del cuerpo social. El primer hecho extraparlamentario que merece mencion es la prision aventurada de Palafox. Aun no se habia abierto la sesion, y ya un movimiento radical, cuya bandera era la constitucion de 1812, protestaba contra la obra incompleta del Estatuto: pero ni estalló nunca, ni aun el público tuvo datos suficientes para creerlo existente; el general Palafox impugnó su acusacion, y este acontecimiento solo pudo servir de prueba á un descontento sordo y precursor de mayores tormentas probó que desde el principio de la campaña parlamentaria Martinez de la Rosa se veia entre dos fuegos.

El año 1835 se abrió con una insurreccion militar; este sangriento episodio costó la vida al general Canterac, que acababa de tomar el mando de Madrid, y la bolsa del despacho de Llauder, que dias ántes se habia apoderado de ella. En esta ocasion dió muestras de una incapacidad imbécil difícil de creer. Falta la conspiracion del apoyo con que contaba, mal manejada, y no suficientemente divul-

gado su objeto entre los que pudieran haberla sostenido, forzoso fué capitular; pero es bueno advertir que quien capituló fué el gobierno : los valientes que se habian hecho dueños de Correos atravesaron Madrid arma al brazo y tambor batiendo al frente de la guarnicion con quien se habian tiroteado, y fueron á unirse al ejército del Norte, única gloriosa pena impuesta á su movimiento. El pueblo, que simpatiza siempre con el débil valiente, les dió comitiva, los dejó fuera de puertas, y los proclamó los héroes de aquella jornada, que anuló á Llauder. Interpelado en el estamento, como ministro y como general, que ni habia previsto el movimiento, ni le habia sabido reprimir con las armas en la mano, y abandonado á su propia nulidad parlamentaria, corrió á refugiarse con toda la pompa de la ignominia á su capitanía general de Cataluña, que habia tenido la precaucion de reservarse, porque no era hombre como Cortés capaz de *quemar sus naves*. El pueblo catalan se encargó de quemárselas de allí á poco en el movimiento de las juntas.

Sucedióle en el ministerio el general Valdés, cuya crédula honradez no bastó á sostenerlo : su administracion fué pura, pero impotente. Llamado á reemplazar á Mina en el mando del ejército del Norte, fué á perderse en él propio abismo que á tantos habia tragado ántes que á el.

Dos meses despues tuvo lugar en Málaga un movimiento mas serio; pero aislado ese movimiento, y sin bandera, la victoria fué inútil, y la autoridad militar recobró el puesto. Estos no eran mas que los primeros síntomas, las avanzadas de la gran insurreccion nacional, regularizada poco despues por las juntas.

Una conspiracion carlista marcó la clausura de las Córtes; pero la intentona no podia tener mas que un resultado en Andalucía, teatro que escogió para darse á luz. Sorprendida cerca de Sevilla, su cabecilla fué fusilado con

algunos de sus parciales, y el partido recibió la leccion con el silencio del vencido.

Cerráronse en fin las Córtes, que murieron de consuncion y fatiga : desnudas ya de interes, es lícito creer que Martinez de la Rosa no las prolongó tanto tiempo sino para prolongar su propia existencia. Los debates parlamentarios fueron el aceite de la lámpara de este nuevo *hechizado por fuerza*. Conocia que descender de la tribuna era para el bajar del ministerio, y en realidad el efecto no se hizo esperar de la causa. Las Córtes se cerraron en fines de mayo, y el 9 de junio Martinez de la Rosa habia cedido el puesto á Toreno.

El ministerio Martinez se reasume todo entero en el Estatuto Real ; diez y seis meses ha vivido sobre ese fondo. Una vez concedido el Estatuto, su autor creyó haber concluido su mision : ese fué su error fundamental ; apénas en camino, ya quiso poner la galga : harto pronto por cierto ; empresa temeraria : su mano era demasiado débil para resistir la fuerza del impulso ; la cuesta era pendiente, y el carruaje le arrastró y lo echó á rodar. Martinez de la Rosa hubiera sido tal vez en tiempos pacíficos un buen ministro de bellas artes ; pero no era el piloto que podia maniobrar en la tormenta.

La España está acribillada de abusos civiles, judiciales, burocráticos, de todas especies, en fin. O no supo verlos, ó no quiso aplicarles el escardillo. Ni se trataba de teorías sociales, ni de principios abstractos, sino solo de reformas administrativas ; pero una vez erigida en sistema la inmovilidad, no tocó á nada por temor de tener que tocar á todo. El reinado de Martinez de la Rosa no hizo sino poner la monarquía á la orilla del precipicio.

El hombre encargado de detenerla en su ruina se presentó tarde, y la primera falta del conde de Toreno fué no haber arrebatado ántes las riendas de manos de su rival.

Pudo, y debió hacerlo. Pero su error fecha de mucho ántes : devuelto en un principio á la vida pública, dos papeles podia representar; podia ser jefe de la oposicion, y prefirió ser ministro; sacó la corta paja, y tomó una posicion falsa; entrar en un ministerio ya formado, y cuya direccion suprema no le era desde luego confiada, era comprometer doblemente su responsabilidad, pues que aceptaba por una parte el pasado, en que no habia tenido parte, y se asociaba por otra á un porvenir que no podia dirigir á su albedrío.

No se le ocultó enteramente esto al conde de Toreno, pues que repetidas veces afectó encerrarse en los límites de su especialidad; pero esa táctica era imposible; las cuestiones generales eran demasiado inminentes, y le forzaban á acudir á la brecha, al socorro de su rival, de quien habia tenido la torpeza de hacerse colega.

A pesar de lo dificultoso de posicion tan equívoca, conservó por largo tiempo su prestigio, y, mas que colega de Martinez, fué reputado su sucesor; tuvo un momento, único acaso en la vida de un hombre de estado : aunque ministro, habia conservado un pié en la oposicion : reunió á un mismo tiempo las esperanzas de la corte, del estamento y de la imprenta : el país todo no tenia mas que una voz para encomiar su destreza y su capacidad : entónces debió realizar su 18 brumario : la ocasion era brillante, pero la desaprovechó : favorito mimado de la fortuna, manifestóse desdeñoso de sus favores, y ella le castigó quitándole su privanza.

Cuando en el mes de junio tomó las riendas del estado, la España no vió ya en él mas que un cambio de nombre, no un cambio de sistema; no la engañó su instinto. Campeon del Estatuto Real, el conde de Toreno se habia hecho por demasiado tiempo cómplice de la política estacionaria de su antecesor para no inspirar legítimas desconfianzas :

el prestigio estaba ya destruido. Debiera haber roto todo vínculo con el anterior gabinete, y haber dado su programa; su silencio pareció sospechoso, y ya desde entónces el conde de Toreno no fué mas que el continuador de Martinez de la Rosa. Obligado á componer un ministerio, quiso ayuntar nombres heterogéneos; desde el marqués de las Amarillas, el hombre mas aristocrático y mas impopular de España, hasta Mendizabal : semejantes enlaces fueron estériles.

La fortuna, con todo, ántes de volver enteramente las espaldas á su favorito, le dió la última prueba de ternura; apénas entronizado el nuevo ministerio, murió Zumalacárregui (25 de junio). Fuera injusticia negar á este suceso una importancia que solo la torpeza del gobierno de Madrid pudo arrebatarla. Zumalacárregui, regalo que hizo á la causa del pretendiente la poca perspicacia de Zarco del Valle, era el hombre de la faccion; y habiendo sabido aprovechar el momento de su muerte, la lucha estaba concluida.

A este acontecimiento, de que ningun partido se supo sacar, habia precedido la peticion de intervencion, que á semejanza de Martinez repitió Toreno : paso impopular para unos, única áncora de salvacion segun otros. El conde de Toreno no podia desconocer que era su único apoyo, y la denegacion, para él inesperada, del gobierno frances, le irritó tanto mas, cuanto que sin intervencion su ministerio era imposible. Desamparado de su único arrimo, se desanimó, y solo trató de prepararse una caida honrosa; pero esta es la ocasion de decir lo que pensamos. Aun en el caso de haber elegido el conde de Toreno el papel de tribuno, aun habiendo tomado ántes la direccion del Estado, aun habiendo roto con el ministerio Martínez, aun sostenido por una intervencion, su reinado hubiera sido corto. El conde de Toreno no es hombre de revolucion;

sóbrale escepticismo, y fáltale ambicion; no la ambicion que quema el templo de Éfeso, sino la noble ambicion tan necesaria en el hombre de Estado, virtud eminente en las altas posiciones sociales. La ambicion de Julio César, que rompe en los campos de Farsalia el patriciado romano; de Richelieu, que se lleva consigo al sepulcro la aristocracia francesa, y que muriendo deja al trono y al pueblo en lucha abierta; de Napoleon, en fin, que entroniza al pueblo, que inocula la democracia á la Europa entera. Ambicion que forma un plan vasto, que tiene un objeto grandioso, y que corona su obra con la energía y la perseverancia : ambicion, foco inmenso de la vida, de que ni una sola chispa anima al conde de Toreno. Privado de toda conviccion fuerte, única fuente de las virtudes cívicas, ni se adhiere á principios fijos, ni tiene creencia alguna política. Las necesidades del hombre de mundo son mas imperiosas en él que los intereses políticos; y poco le importa el mando, con tal que de sus ruinas pueda salvar las comodidades de la vida, y el refinamiento sibarítico que preside á sus inclinaciones. Si bien superior á Martinez de la Rosa en capacidad, no es por eso mejor ministro de revolucion. Su indiferencia le hizo poco mirado en la eleccion de los funcionarios públicos, y como rentista, como administrador, como gobernante, su reinado fué igualmente incompleto. El conde de Toreno fué únicamente uno de los primeros oradores de la cámara : su elocuencia no se parece ni á la de Martinez de la Rosa, ni á la de Galiano; mas dialéctico que elocuente en la acepcion rigorosa de la palabra, discute mas que persuade; convence, si no arrastra; no sorprende, pero prueba; es elegante y conciso, ingenioso y afluente. Se posee, y nunca dice sino lo que quiere decir : una vez provocado, vuélvese acre y mordaz; exasperado, su lengua es un puñal. Nadie conoce mejor que él hasta dónde puede contar con la paciencia de

un auditorio prevenido en contra suya, y en la última sesion ha sabido casar sus instintos sarcásticos con una afectada humildad y apocamiento capaces de desarmar á su mayor enemigo.

Inútiles le fueron empero todas esas calidades : no podian evitar su ruina, por mas que hubiesen acertado á retardarla. Ya llegamos al desenlace. La primera señal dió en Zaragoza el 6 de julio : dirigióse el movimiento popular contra los conventos : á esta primera explosion sucedió un pequeño intervalo, pero el fuego se propagaba subterráneo, y no tardó en comunicarse á Cataluña : Reus, Tarragona, Barcelona, se apresuraron á seguir el ejemplo : tales escenas de incendio y carnicería podrán ser terribles, pero su explicacion es justa y sencilla. Es fuerza no olvidar que los conventos no podian ménos de ser mirados en España como otros tantos focos naturales de la guerra civil, y los frailes como sus tesoreros. La guerra civil es la llaga mas dolorosa de la Península, y la que está al alcance de todo el mundo; de aquí el desencadenamiento general del país contra los conventos y sus habitantes; herirlos es herir á la faccion y á don Cárlos, y por ahí se empiéza, porque ahí está el peligro, y la sociedad acude siempre á lo mas urgente. Las consecuencias podrán ser sangrientas; pero confesemos al ménos que siempre es consolador pensar que si se examinan las cosas á fondo, esas escenas mortiferas no son como se quiere suponer efectos de feroces caprichos y de un instinto ciego y desordenado, sino la consecuencia llevada al extremo solamente del derecho de defensa que tiene toda sociedad al verse acometida, y la exageracion indispensable en tales momentos del sentimiento de conservacion de cada individuo que la compone.

Al llegar aquí empieza el importante papel que en esta revolucion estaban llamadas á representar las juntas, cuya

instalacion se refiere al mismo derecho de defensa, al propio sentimiento de conservacion. «No sabeis protegernos, dijeron tácitamente al gobierno; os retiramos nuestros poderes, y vamos á protegernos á nosotros mismos. Los facciosos inundan nuestras campiñas, llaman á las puertas de nuestras ciudades : vamos á proveer nosotros mismos á nuestra seguridad.» Agregábase á tan justas exigencias la interminable lista de las vejaciones sufridas, vejaciones que acusaban altamente á la administracion de Martinez, y sobre todo al que debiendo haber conocido mas recientemente su gravedad, habia parecido burlar la pública expectacion, haciéndose continuador del derruido gabinete, y adoptando la reponsabilidad de sus errores. ¿Qué derecho tenia á quejarse si la nacion pedia en él una víctima expiatoria? Las juntas todas reclamaron su destitucion.

Este episodio de 1835 es único en los fastos modernos, y ha venido á poner en evidencia dos hechos : primero, que no habiéndose separado en aquella crísis las provincias de la capital, el federalismo político no es ya de temer en un país donde entre tantos peligros ha sabido salvarse la unidad nacional ; segundo, que ese gran movimiento no produjo ningun hombre nuevo, y que no ha salido del seno de esas borrascas anónimas un solo hombre capaz de bautizarlas. ¿Se deberá desesperar por eso de la revolucion española? Todo lo contrario : eso mismo prueba que no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo. Es imposible matarla en un hombre. Está en el estado de instinto : esta es la primera faz de toda reforma social : ántes es tener el sentimiento de los abusos, y luego combatirlos; la lucha empieza despues, pero sorda, incierta, sin plan, sin sistema; existen millares de soldados oscuros ántes de que se alce un general y los domine á todos.

La revolucion española está en su primer grado; está en la

atmósfera, digámosla así, la respiramos, la sentimos; pero es vaga todavía y no reviste forma alguna determinada; solicita por el contrario una que la convenga; es una alma que busca un cuerpo á quien animar. No le ha encontrado todavía, pero le encontrará. Los hombres del Estatuto Real, los de la oposicion, así como los del poder, no son de ella hasta ahora sino una personificacion imperfecta; aspira á individualizarse de una manera mas decisiva y poderosa. Difícil es prever todas las vicisitudes que la esperan; las trasformaciones que está destinada á sufrir; pero puédese sí asegurar que ya es invencible. Su contemporizacion, su lentitud son señales de fuerza y de vitalidad. ¿Por qué, pues, alarmarnos? Démonos por el contrario el parabien. Las leyendas mitológicas hablan de una madre cuyo alumbramiento duró veinte dias y otras tantas noches; pero de tan largo parto nació un dios que tenia delante de sí mas siglos de vida que horas habia costado su nacimiento, porque tenia la eternidad.

Todo el mes de agosto tardaron las juntas en constituirse. El conde de Toreno trató de hacer frente á la borrasca, mas acaso por el buen parecer que con la esperanza de conjurarla. Una pequeña y efímera victoria en Madrid prolongó algunos dias su existencia ficticia; pero la rendicion de la milicia urbana de la capital, á que se siguió una reaccion contra los carlistas motivada por las locas esperanzas de estos, en nada alteró la situacion general de las cosas; las provincias se mantuvieron firmes: desde la Coruña á Cartagena, de Cádiz á Barcelona no faltaba un solo eslabon á la cadena popular. Las autoridades que no quisieron asociarse al movimiento magnánimo, fueron depuestas ó víctimas de su terquedad, y la monarquía desmembrada quedó reducida al suelo que la corte pisaba.

El conde de Toreno quiso responder á ese vasto concierto de hostilidades y de amenazas con un manifiesto, verda-

dero papel mojado, que declaraba rebeldes á las juntas, y les intimaba su disolucion; manifiesto ridículo que en unas partes hizo reir, y en otras llevó á su colmo la indignacion. Las juntas insistieron con firmeza, y la Península estaba entregada á este fuego graneado de manifiestos y contra-manifiestos á la llegada de Mendizabal á Madrid. En sus manos abdicó Toreno el 14 de setiembre la presidencia del consejo, despues de un imperio que no habia durado siquiera cien dias.

Mendizabal tendió á reunir los ánimos divididos, primera atencion urgente en tan deshecho temporal. Todos sabemos cómo lo consiguió. Establecióse un pacto tácito entre el gobierno y el pueblo, merced al cual el primero siguió rigiendo, y el segundo depuso las armas. «¿Quereis acabar la faccion y constituiros? Yo acabaré la faccion en seis meses y os constituiré.»

Esto fué dicho en setiembre, y ya hemos pasado el 14 de marzo. En el primer punto no está el mal en no haber cumplido lo prometido, sino en haber prometido lo que no podia cumplirse. En el segundo ¿comprendió el ministerio Mendizabal su posicion, su mision? ¿Comprendió toda la responsabilidad que la dictadura que se le confiaba echaba sobre él? Cuestion es esta que muy pronto hemos de ver completamente solventada, porque pronto el ministerio Mendizabal pertenecerá solo á la historia como el ministerio Toreno y el ministerio Martinez.

Un descontento sordo y general vuelve á anunciar tormentas: la piedra de la revolucion, girando sin cesar, gasta con una inconcebible rapidez los nombres que mas resistencia parecia ofrecerle. Y tiene razon la revolucion española en ser exigente. Observemos que á pesar de los obstáculos, á pesar de la impericia de los jefes y de sus faltas, desde que ha empezado á andar no ha dado un solo paso atras; háse desarrollado con método: hemos visto á

los ministerios engendrarse sucesivamente y salir uno de otro con órden maravilloso y lógica inflexible. Ni un eslabon se ha roto en la cadena. Así Cea, antiguo colega de Calomarde, se continúa por medio de Burgos en el ministerio Martinez, y Mendizabal sale de él en línea recta por medio del conde de Toreno, de quien fué colega ántes de ser heredero.

La ciencia política tiene tambien su ley de generacion continua, y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un gérmen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. Hé aquí la historia.

Se puede trazar el árbol genealógico de las revoluciones como el de las dinastías; la familia democrática no es una familia de incluseros: tiene su pasado tambien, sus tradiciones y su abolorio. En Europa no queda mas que un verdadero noble : ella. Despojada de su patrimonio le reclama; contestánsele sus títulos, y los discute, los justifica; opone á los sofismas de la usurpacion la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razon; ellos tienen espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos, pues, y perseveremos : cualquiera que sea el nuevo giro que la revolucion va á tomar, marchemos siempre al fin, y si no podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera; pero vayamos. La lucha no puede ser eterna : el triunfo de la verdad no está léjos; el plomo vil va á convertirse en oro puro , y la nueva Jerusalen del poeta va á salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.

NI POR ESAS

VERDADERA CONTESTACION DE ANDRÉS A FIGARO

PUBLICADA POR ESTE

Yo rogaré á santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria.

Andrés Niporesas, — Muerte del Pobrecito Hablador.

Paris, 10 de mayo de 1836.

Desde que en marzo de 1833 concluí mi corta vida de escritor público dando cuenta á mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví ¡ oh mi muy mordaz é independiente Fígaro ! á tomar una pluma en la mano, y aun hice entónces firme y decidida resolucion de reducirme á mi rincon á reirme y desconfiar de todos á mis solas, tomando las cosas como viniesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido tomar. Tú, mejor que nadie, sabes quien era el Pobrecito Hablador, y tú, mas que nadie, te acordarás de que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entónces acá, y aun ahora mismo, solo de hablar y hablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi amigo del último borboton de palabras que lo ahogó, y expresado lisa y llanamente mi último anhelo, que, para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el dia, y que por epigrafe acabas de leer en el principio

de esta mi primera contestacion á las tuyas, echéme á discurrir qué haria, cómo me valdria yo para medrar en adelante y ser por propios y extraños considerado y querido; entónces fué cuando por primer vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pro una circunstancia principal, sin la cual así era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres habia nunca emigrado; ¿qué es emigrar? ni por acaso habia hecho viaje pequeño ni grande que á emigracion pudiese remotamente parecerse. «¿Qué especie de hombre eras entónces, me preguntarás, y de dónde diablos habias salido?» Ahí verás tú, y por ahí podrás juzgar; pero para que sepas dónde llegaba mi torpeza, solo te diré, bajo la mas estrecha condicion de callarlo por honor mio, porque la cosa es harto fea para sabida, solo te diré que aun en el dia de hoy soy, Fígaro, un muchacho, sin pelo de barba, sin destino anterior ninguno, en una palabra, lo digo con las lágrimas en los ojos, lo digo con vergüenza, sin precedentes, ó, como decimos nosotros los Españoles, sin antecedentes, sin vida política alguna, y por tanto imposibilitado para siempre jamas de tener consiguientes, ni de inspirar confianza, sin tener, en una palabra, á qué agarrarme en lo pasado para disculpar mi porvenir si alguna vez lo hubiese para mí, sin poder en fin tapar la boca á nadie diciendo á todo el mundo: *Ego ille qui quondam*, yo aquel que en otro tiempo.

¡Ah! amigo Fígaro, tú, á quien la suerte miró con ojos benévolos desde el columpio de la tierna cuna, tú, que viajando y para viajar naciste, tú, que tanto viajaste, que fuera imposible averiguar tu domicilio, tú, que por tanto donde quiera eres emigrado, con respecto al último punto que dejas, tú de quien no se puede decir, ¿dónde pára ahora Fígaro? sino ¿dónde emigra ahora Fígaro? tú no

podrás jamas formar idea del dolor que embargó mis sentidos cuando caí en la cuenta de la miseria y nulidad de mi triste situacion. Mesábame el sitio donde me han de salir sin duda las barbas algun dia, y mesábamelo una y otra vez por via de interinidad y en tanto que aquellas me nacian : ¿ qué no hubiera yo dado entónces por un antecedente político, tamaño como una cesantía? «¿Qué figura, exclamaba, voy á hacer en mi patria, sin conocer mas usos que los suyos, sin saber mas lengua que la castellana? ¿ Qué será de mí Español en España ¿ Quién me entenderá, y á quién entederé yo ? ¿Quién me elegirá para nada ? Y si por equivocacion me eligen, ¿ á quién, Dios mio, citaré? ¿ No se reirán de mí cuando cite nuestros usos, que no se usan, y para nuestros males, remedios españoles ? ¿ Qué color político tendrán mis discursos si es que llego á discurrir, sin que éntre en ellos para nada la Francia ni la Inglaterra, los Estados-Unidos y la Bélgica ? ¿Yo mezquino de mí, que ni he comido el pan de la desgracia, sino el escogido de flor, ni lo regué nunca con lágrimas, sino con la trivial manteca de las montañas de Pas, ó con el tinto de Valdepeñas, ó cuando mas con algun trago de jerezano mosto ?

Al llegar aquí no pude resistir, y fué mi primera fantasía ir á dar una vuelta al extranjero, sin salir de España, proporcion que tenemos felizmente, lo cual pensé llevar al cabo llegándome á pasar una cuaresma á Gibraltar, cuaresma que me sirviese para remision de mi enorme culpa, y para pascua de resurreccion volverme ya otro hombre, y un tanto cuanto emigrado : detuviéronme, empero, en lo mas fuerte de mis propósitos varias reflexiones que vine á hacer : primera, para no pasar de Gibraltar tanto valia casi emigrar á casa del ministro inglés en Madrid : segunda, que en Gibraltar no hay cámaras, ni comunes, ni mas pares que los años de la moneda ; no hay un pedazo de ca-

mino de hierro, tamaño siquiera como una discusion sobre ley electoral, ¡ cosa corta en verdad ! ni mas canales que los que naturalmente forma la lluvia cuando llueve, que no es siempre; cosas todas de que me figuraba yo deber traer tan llena la cabeza que ninguna otra idea en ella me cupiese en lo sucesivo. ¿Qué iba yo pues á estudiar en Gibraltar? ¿Iba á estudiar á los judíos? Esto hubiera sido en verdad mucho adivinar, y te juro que nunca en aquella época creí que pudiese ese estudio serme de maldita la utilidad. Por ende te convencerás que los cálculos y la prevision humana siempre flaquean por alguna parte, y cuán cierto es el adagio vulgar que asegura que *el hombre pone y Dios dispone.*

Trájome tambien mi desconfianza á la memoria que para un hombre tan comprometido como yo pensaba llegar á serlo, no era Gibraltar el punto mas digno de inspirarme confianza; no se me podia olvidar que en punto á opiniones Gibraltar debia oler un si es ó no es á Calomardino en la opinion de las gentes que recordasen el lance de Torrijos y compañeros mártires, y no le habia faltado á mi entender á Gibraltar para ser el Regato de los pueblos mas que la circunstancia de haber sido voluntario realista.

Mudé, pues, de propósito y quise alargar mi peregrinacion, no ya á Inglaterra, que se me representó siempre como país demasiado aristocrático para las opiniones que empezaban á germinar en mi fantasía. Supongo que no olvidas un solo instante la época en que todo esto me iba sucediendo; y recordarás por tanto que el año 34 empezábamos ya á ser todos liberales. Ir á los Estados-Unidos fué idea que me ocurrió mas de una vez; pero tambien era fuerte cosa irse á un pueblo donde no hay ni ha habido nunca reyes. ¿Cómo diablos se componen, y viven, y prosperan? Deben ser unos brutos por lo ménos.

Eso solo prueba que debe de ser gente de suyo demagó-

gica, anarquista y desmoralizada; por lo ménos es gente rara, y, aun pensando como piensan ya en el dia los hombres que están á la altura del siglo, es fuerza confesar dos cosas : la una que es gente atrasada; esas ideas de república son ideas viejas é ideas del año 89, y ahora en el dia me parece que ya es tiempo de que sepamos algo mas; y la otra que yo tengo para mí, como ustedes en España tienen para sí, que los que quieren república no quieren mas que desórden y volvernos al tiempo del despotismo, que es á lo que tiran solapadamente las repúblicas : así es que en España es cosa sabida que los que afectan deseos de república no son mas que agentes de don Cárlos; de donde se infiere claramente que en los Estados-Unidos son irrecusablemente carlistas, y si lo dudases todavía, al tiempo por testigo; algun dia se descubrirá la trama y verás la que se arma.

Y buscando ejemplos en la antigüedad yo te probaria si estuviese mas despacio que las repúblicas fueron siempre carlistas y perecederas. Las de Grecia, por ejemplo, no duraron mas que lo que duró la Grecia; y la de los Romanos mismos ¿qué duró sino setecientos años? ¿Qué son setecientos años para nosotros? Y eso que ni en Roma ni en Aténas no se publicó jamas ni *Zurriago* ni *Eco de Comercio*, ni papel ninguno carlista, que eso hubiera sido otro cantar. Los que en contra de los gobiernos democráticos alzan la voz en el dia dan prueba de su mala condicion el no ser duraderos. Está probado que no es bueno mas que lo que dura : dos consecuencias te sacaré de aquí: 1ª que como nada dura no hay cosa buena en el mundo; 2ª que habiendo durado mas la inquisicion que los gobiernos populares, es mejor la inquisicion; cosas en que me parece que están ustedes por ahí todos de acuerdo : en efecto, la mayor entre las desdichas públicas es habérselas con repúblicas.

Pero me he apartado de mi propósito, dando lugar, lo que es peor, á que me tengas por republicano; á eso te responderé que ya sé dónde me aprieta el zapato, y las cosas en su tiempo. Tengamos la fiesta en paz: yo soy Andrés Niporesas, y nada mas. Y volviendo á la historia de mi emigracion, no quise ir á los Estados-Unidos.

A fuerza de cavilar en ello parecióme que lo mejor seria irme á Francia, porque es lo que tenemos siempre mas á mano, y porque tratando de aprender las teorías adelantadas del dia y la práctica de los gobiernos representativos, ¿adónde mejor?

Lo primero que hice, pues, una vez convencido de que era preciso primero emigrar para saber, y luego estudiar las prácticas extranjeras para conocer las necesidades nacionales, fué tratar de convencerme á toda costa de cómo debia estar constituido un pueblo para ser feliz, y qué gobierno era el único verdadero. Así, deseché toda idea de absolutismo como de república por igualmente nocivas; acordándome por un lado del pasado, meditando por otro en el porvenir; mi trabajo me costó quedarme en perfecto equilibrio en medio de la cuerda. «¿Cuál es el problema en el dia? dije yo aquí. En vez de un rey que reine sobre un pueblo, como se ha usado hasta ahora, ó de un pueblo que reine sobre sí, como se ha de usar con el tiempo, necesítase un pueblo que reine sobre un rey: un pueblo donde cada ciudadano sea un pedazo de rey, y donde el rey sea un pedazo de ciudadano: tate, dije yo, Francia para eso; donde treinta y cuatro millones ménos uno, unidos en la manera posible con ese tal uno hagan de mancomun las leyes para todos; es decir, donde uno vale la mitad que todos los demas: ¡gran justo medio! porque en los gobiernos absolutos uno vale por todos y en los democraticos uno vale por uno; error grave por ambas partes.

¡Qué mejor país que aquel en que el rey, hijo del repu-

blicano fulano *Igualdad*, ha sido elegido por el voto popular despues de una revolucion arrolladora del trono; de aquel en que el rey á su advenimiento al solio se iba por las calles con parágüas debajo del brazo dando *esos cinco* á todo el mundo, y exclamando á voz y en grito : *Si quereis en mí una monarquía ha de ser una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas*; palabras memorables consignadas en el programa de la municipalidad y anunciadas por el órgano de la libertad, por Lafayette, en agosto del año 30!

Definitivamente resuelto quedó desde entónces que mi emigracion fuese á Francia; pero en lo que nunca consentí fué en irme á Francia por el camino natural de Francia; recordé el *por allí habeis de salir* de García del Castañar, que parece escrito para nosotros, porque en cuanto á los carlistas, como tú has dicho en algun artículo, esos no se van nunca por ninguna parte, sin duda porque siempre son de casa. Vistos los itinerarios de cuantos en semejantes aventuras me habian precedido, no quise ser ménos, ni contravenir á la órden que profesamos, y desesperábame solo el que nadie me persiguiese, merced sin duda á lo poco que en tiempo del oscurantismo habia brillado; mil veces imaginé que topográficamente hablando debia estar la España colocada al reves, y que cuando el Supremo Hacedor la echó con el pié á este mundo, para usar de una expresion de Lamartine, no quiso tener presente que los depósitos habian de estar en Tours y en Bayona, y el derrotero en Andalucía.

Recogí con todos mis trabajos, y salíme de Madrid á pié y ocultamente, ni mas ni ménos que si vinieran tras mí los héroes del Trocadero tomando para Francia por Oñate como quien va primero á Cádiz ó á Alicante. «Esperemos, dije al llegar á la ciudad de Hércules con voz noble y entusiasta, esperemos aquí á pié firme el puñal de Caton, ó

la cicuta de Séneca:» y haciendo y esperando, tomé mi pasaje en un buque que se hacia á la vela para Burdeos, concluyendo con majestad y franqueza al ver henchir el viento las velas que me llevaban á mí y á mi fortuna á las playas inhospitalarias de Lafitte y Châteaumargot: «Marchemos francamente y *yo el último por la senda del extranjero.»*

Hasta aquí las causas que influyeron en mi determinacion, y la clave explicatoria de como resido ahora en París, despues de haber sido en las Batuecas corresponsal de nuestro comun amigo el Pobrecito Hablador.—*Andrés Niporesas.*

EL DOGMA

DE

LOS HOMBRES LIBRES

EL DOGMA

DE

LOS HOMBRES LIBRES

PALABRAS DE UN CREYENTE

por

M. F. LAMENNAIS

CUATRO PALABRAS

DEL

TRADUCTOR

En circonstancias como estas, en que se mezclan con los intereses generales intereses personales, en que la cuestion de los medios que se han de poner en práctica para conseguir el fin, suele adquirir mas importancia que el fin mismo, dividiendo y subdividiendo hasta el infinito los partidos; en momentos en que es tan fácil á los rencores personales dar torcida explicacion á las menores acciones, presentando á una luz falsa las opiniones que los acontecimientos modifican de continuo, sobre todo cuando la precipitacion con que estos se suceden viene á impedir muchas veces el completo desarrollo de aquellas, el traductor de

esta obra ha creido de su deber entrar con sus lectores en una brevia explicacion tan necesaria como justa. No porque á la causa general pueda importarle la mayor ó menor rectitud de un individuo, sino porque importa mucho al individuo mismo que una accion incompleta y un silencio prolongado no den lugar á falsas interpretaciones. El traductor de las PALABRAS ha creido indispensable poner al lado del pensamiento de LAMENNAIS, pensamientos suyos, por mas que los reconozca inferiores al que preside á la obra que ha tratado de vulgarizar en España.

Lástima grande por cierto que esta obra no sea una realidad todavía en el mundo. Clasificada hasta ahora por la imperiosa tardanza de los hechos entre el sinnúmero de teorías que la imprenta arroja diariamente en el torbellino de sistemas que comparten el mundo moderno, apóyase sin embargo en dos grandes verdades.

Primera. La necesidad de una religion en todo estado social; necesidad innegable, pues que la experiencia no nos presenta en el trascurso de los tiempos un solo caso de un pueblo ateo.

Segunda. El derecho comun de los hombres, por el cual ninguno de ellos puede adjudicarse mas predominio sobre los demas, que el que estos mismos quieran cederle, derecho tan innegable como la necesidad de una religion, pues como ella se funda en la naturaleza.

En esta existe la necesidad de la religion, puesto que todos al nacer entramos á ser parte de un órden de fenómenos, anterior al hombre mismo, indestructible, y superior, no solo á su fuerza, sino á su propia inteligencia; en una palabra, sobrehumano; órden inmutable que revela un poder mayor existente, y que á la par impone una ley universal, emanada de él, ley grabada en toda sociedad aun con anterioridad á su existencia, pues que lo está en el corazon de todo hombre; á saber, la JUSTICIA.

La RELIGION, pues, como dogma de los deberes del hombre para con el poder superior preexistente á él en el mundo, y como fuente de la *moral*; y la JUSTICIA, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del órden, son la base de todo estado social.

Aunarlas, y derivar sus consecuencias puras, sin tergiversacion, y sin mezcla de supersticiones; hé aquí lo que ha tratado de hacer el autor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Porque las supersticiones políticas han ahogado la justicia, como las supersticiones religiosas han ahogado la religion.

Que la sociedad, por causas accidentales, se haya apartado de fuente tan pura, es un hecho; que para traerla de nuevo al punto de partida sea necesario luchar con los obstáculos que aquellas causas accidentales han creado y entronizado, es una verdad; que en esta lucha, el que proclama la verdad haya de sufrir el dictado de sedicioso y desorganizador, es natural. Pero estas cuestiones todas, cuando solo se trata de sentar los principios generales, sin aplicacion á circunstancias determinadas, sin incitacion á país alguno, son realmente secundarias.

Porque los hombres hayan desconocido la verdad por un tiempo, ¿por eso no podrá enunciarse? Si se han apartado de su camino, condicion será de la débil humanidad; si la fragilidad de esta en fin fuese tal, que la verdad pura no pudiese verse completamente entronizada, si estuviese destinada á ahogarse entre humanas modificaciones, por eso solo ¿no podrá ser aclamada?

Por otra parte, los que niegan la perfectibilidad del género humano, los que, concediendo la verdad del principio, niegan la posibilidad de establecerlo, blasfeman contra la Providencia, porque suponen que esta ha grabado en nuestro corazon el dogma de una justicia irrealizable, que nos ha dado un tipo para la teoría, y una ley en

contraposicion para la práctica; suponen que ha puesto en lucha en nuestro corazon la creencia y la realidad. Criarnos para eso hubiera sido un sarcasmo.

Inferir tambien de que el mundo ha sucumbido hasta el dia á ciertas condiciones, que siempre ha de sucumbir á las mismas, es no haber estudiado la marcha de los tiempos. El que así raciocina se parece al niño, que creyese imposible llegar á ser hombre solo por ser niño, cuando precisamente solo se puede llegar á ser hombre siendo niño; es negar el porvenir. Es ademas una ilusion del amor propio que limita á la existencia de una generacion la vida del mundo. ¿Qué importa para el órden establecido, para ese coloso que marcha, creciendo siempre, que una, diez, cien generaciones se hayan hundido sin tocar en la perfeccion? ¿Qué significa que no hayan servido sino de escalones á las que las han heredado? Lo que le importan, lo que le significan al hombre de treinta años el pelo que le han cortado en su niñez, y las vestiduras que por cortas ha ido desechando.

No diremos mas con respecto á Lamennais. Si necesitase defensa ó apoyo, mejor le defenderia su mismo libro, que cuanto en favor de sus doctrinas pudiera su traductor decir.

Pasemos á la traduccion. Si me preguntan por qué he traducido este libro, responderé : Hay dos cosas que considerar actualmente en el estado imperfecto de la sociedad, en este estado de transicion y de viaje en que se encuentra. Primera : la verdad última hácia que camina. Segunda : el medio de conseguir esa verdad. Hay por tanto que tener presentes los principios absolutos, y la oportunidad relativa de las circunstancias.

Con respecto á los principios, ahí va Lamennais. Pero ¿para ahora? No nos toca á nosotros decidirlo. Los enunciamos y nada mas. Parte tan diminuta de la humanidad,

arrojamos ante sus ojos unas doctrinas. Agregarnos despues á lo que ella adopte y decida por ahora es nuestro único deber.

Pero reconocido el imperio de las circunstancias, proclamar una verdad que no está de acuerdo todavía con esas circunstancias, es alterar lo existente, es ser subversivo.

No; porque si el mundo marcha, no puede ser subversivo quien le abre camino. Ni progreso quiere decir otra cosa que continua variacion. Por eso el que muere mártir hoy, es declarado santo mañana, así que la práctica llega á realizar la teoría que proclamó. O por mejor decir : sí; tiendo á alterar lo existente. No está el mal en eso, sino en haber dado una mala interpretacion á una palabra buena; alterar para progresar, no es crímen en lo presente para con la sociedad; es mérito al contrario para con ella en el porvenir.

No gira la cuestion sobre si se ha de alterar, sino sobre los medios que para ello han de emplearse. Violentar para alterar, forzar la voluntad existente, y dar á los hombres por la fuerza su felicidad misma, es un crímen. Predicar para convencerlos, sembrar hoy para coger mañana, no es alterar, no es ser malamente subversivo; es preparar lícitamente las alteraciones futuras.

Esto sentado, solo el sable es peligroso; la palabra nunca. Así es que la palabra no ha trastornado jamas de la noche á la mañana con la publicacion de un libro la faz del mundo. Su enunciacion, miéntras mas prematura es en un estado, es tanto ménos peligrosa, porque, no encontrando simpatías bastantes en el momento, queda latente é infecunda por el pronto, como la semilla oculta y encerrada en la tierra hasta el tiempo de la germinacion y del desarrollo.

Mahoma pudo cambiar con la violencia en breve espacio la faz de gran parte del mundo. Pero el Cristo, que vino á

predicar, y no á combatir, no logró variarla sino á fuerza de años y aun de siglos; y en vez de matar para consolidar su obra, tuvo él que morir con los suyos por ella.

La revolucion que se verifica por medio de la palabra es la mejor, y la que con preferencia admitimos; la que se hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso á nuestros ojos el mayor crímen de los tiranos es el de obligar frecuentemente á los pueblos á recurrir á la violencia contra ellos, y en tales casos solo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos solo son los responsables del trastorno, y de las reacciones que siguen á los pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinion sola derribaria; y cuando la opinion es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí al derribar, la probabilidad de la reaccion á la fuerza hoy vencida, y que puede ser vencedora mañana. El paganismo cayendo ante el poder de la opinion, y á la voz del Cristo, cayó para siempre al paso que la fuerza colosal del imperio romano no consiguió ahogar la voz del Cristo en la apariencia mas débil, pero en realidad mas poderosa, porque se apoyaba en la conviccion. La inquisicion, que nadie ha destruido violentamente en ninguna parte, y que ha muerto por sí sola á manos de la opinion, bien como el tormento, no volverá á aparecer jamas sobre la tierra. Por el contrario, hemos visto un ejemplo de la inutilidad de la fuerza en esa misma religion cristiana, que, derribada por el torrente de los excesos de sus ministros y falsarios en un país vecino, donde provocaron la violencia contra ella, volvió á aparecer casi por sí sola. La opinion no le habia abierto la huesa todavía. Tan liberales somos, tan allá llevamos el respeto debido á la mayoría, al voto nacional, á la soberanía del pueblo, que no reconocemos mas agente revolucionario que su propia voluntad.

En consecuencia he traducido este libro, porque sean

cuales fueren sus doctrinas, pertenezcan al presente ó al porvenir, creo que la palabra no puede ser jamas nociva. La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa á fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y este es el mas bello triunfo posible.

En estos principios se apoya la libertad del pensamiento, y en este sentido no conocemos crímen mayor que el empeño que los gobiernos ponen en coartarla. No solo privan de un derecho á su generacion, sino que asesinan en su gérmen á su posteridad. En nuestra opinion los hombres todos deben saberlo todo. Solo así podrán juzgar, solo así podrán comparar y elegir.

He traducido ademas esta obra para luchar con un error de grave importancia.

La religion cristiana apareció en el mundo estableciendo la igualdad entre los hombres, y esta gran verdad, en que se apoya, ha sido la base de su prosperidad. Los reyes, en cuyo interes no estaba interpretarla de ésta suerte, experimentaron el instinto de torcerla á sus fines, y muchos malos ministros de ella, que para consolidar su triunfo duradero deberian haberse puesto de parte de los pueblos, sacrificaron el porvenir á una brillante existencia precaria y á honores pasajeros, prestándose á convertir esa misma religion tan pura en instrumento de tiranías. O estorbaron la vulgarizacion de las Sagradas Escrituras, ó las interpretaron á su manera, tornándolas palanca política; sustituyeron en provecho suyo, y en el de los gobiernos, á la religion la supersticion, á la creencia el fanatismo, artería á que desgraciadamente se prestaba demasiado la ignorancia de los siglos medios. De aquí resultó que cuando los filósofos del siglo pasado quisieron minar el edificio social, tan injustamente organizado, tuvieron que atacar la

supersticion y el fanatismo; empero confundidos ya la supersticion y el fanatismo con la religion, apareció esta atacada en sus escritos : los discípulos de los enciclopedistas exageraron, como en tales casos sucede, los principios de sus maestros, y así como los pueblos, seducidos, habian pasado de la religion al fanatismo, así, desengañados, pasaron del fanatismo á la impiedad.

Los liberales sin embargo y los reformadores hubieran triunfado hace mucho tiempo completamente y para siempre si en vez de envolver en la ruina de los tiranos la religion, necesaria á los pueblos, y de que ellos habian hecho un instrumento, se hubieran asido á esa misma religion, apoderándose de esta suerte de las armas mismas de sus enemigos para volverlas contra ellos. El protestantismo, separando en los pueblos donde se introdujo la religion de la política, el cielo de la tierra, y poniéndose de parte de los pueblos, obró con mejor instinto : se granjeó el respeto, y se consolidó renunciando á miras mundanas de ambicion; llegó á ejercer una verdadera influencia, tanto mas indestructible cuanto mejor era su fundamento; y aseguró la libertad arraigándola primero en las conciencias, en las costumbres despues. Hermanó la libertad con la religion. Aunque mas tarde, ¿ por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo ?

En España la reaccion debia ser mas terrible, puesto que habian pesado mas sobre ella que sobre nacion alguna los excesos del fanatismo. No conteniéndose los partidos nunca en los justos límites, no consintiendo el calor de la lucha la reflexion, el traductor de esta obra, leido con ligereza, y sin esta previa explicacion, estaba expuesto á un doble riesgo. Podia aparecer á los políticos modernos preocupado en religion, epíteto poco envidiable en el dia, y á los religiosos fanáticos desorganizador en política. Sin embargo, no es ni uno ni otro. Si este libro puede conquistar

á la causa liberal muchos de los fanáticos que creen que la religion se opone á las instituciones libres, si puede convencer á la multitud poco instruida de que la religion cristiana es una religion democrática y popular, si puede cimentar la libertad, destruyendo su mayor enemigo el fanatismo, el traductor corre con gusto el riesgo de aquella doble inculpacion; no, empero, sin declarar que ningun escritor ha escrito nunca para los que no saben leer.

Los autores mismos del código que en el dia nos rige hubieron de conocer esta importante verdad; sin duda vieron claro que no habia llegado el término de la religion cristiana en España, que no llegaria jamas, cuando, en vez de declararla imprudentemente la guerra, á imitacion de los filósofos franceses del siglo pasado, trataron de hacerla suya, y granjeársela, consignando en ese mismo código que la religion cristiana es la única verdadera y la del Estado. En eso dieron una gran prueba de su conocimiento del corazon humano y del mundo, ademas de una muestra importante de fe y de conviccion religiosas. Volvamos la vista á todas partes, á esa Francia que ha vuelto á su religion despues de tan violentas sacudidas, á esa Inglaterra tan adelantada, y tan religiosa, á esos Estados del Norte de América tan citados. Donde quiera hallaremos una religion; donde quiera hallaremos á Dios presidiendo á las acciones mas indiferentes de los hombres, por voluntad de esos hombres mismos, y de esos hombres libres.

Religion pura, fuente de toda moral, y religion, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil; igualdad completa ante la ley, é igualdad que abra la puerta á los cargos públicos para los hombres todos, segun su idoneidad, y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y libertad absoluta del pensamiento escrito. Hé aquí la profesion de fé del traductor de las

PALABRAS DE UN CREYENTE. Despues de esta declaracion de principios, por los cuales abogó constantemente en sus pobres escritos, el traductor cree que puede dormir tranquilo sin temor de la calumnia, si es que esta alguna vez pudiera atribuirle importancia bastante para asestar contra él sus flechas emponzoñadas.

AL PUEBLO

Este libro ha sido especialmente compuesto para vosotros; á vosotros pues le ofrezco. En medio de los males que son vuestro lote, en medio de las congojas que sin descanso os aquejan, séale dado prestaros animacion y consuelo.

¡ Oh vosotros! á quienes el dia es pesado, yo quisiera que pudiese ser para vuestra pobre alma fatigada, lo que es á medio dia en el campo la sombra de un árbol, por mezquino que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

Pésimos tiempos habeis alcanzado; pero esos tiempos pasarán.

En pos del rigor del invierno, nos vuelve la Providencia estacion ménos áspera, y el pajarillo bendice en su canto la mano bienhechora que torna á darle calor y abundancia, y su compañera y su nido.

Esperad y amad. Todo lo endulza la esperanza, y todo lo hace el amor posible.

Hombres hay en este momento que sufren mucho, porque os han amado mucho. Yo, hermano suyo, he escrito el relato de lo que han hecho por vosotros, y de lo que por esta causa han hecho contra ellos; y cuando la violencia se haya usado ella misma, entónces lo publicaré, entónces lo leeréis con lágrimas ménos amargas y amaréis tambien vosotros á esos hombres que tanto os han amado.

Si en el dia os hablase de su amor y de sus padecimientos, arrojaríanme con ellos en los calabozos. Con gozo correria á ocuparlos, si con eso pudiese ser vuestra miseria aliviada; pero de ello no resultaria alivio alguno, y es fuerza por eso esperar y pedir á Dios que abrevie el tiempo de la prueba.

Ahora juzgan y condenan los hombres: en breve juzgará él. ¡Bienaventurados los que han de ser testigos de su justicia!

Ya soy viejo; escuchad las palabras de un anciano.

La tierra aparece triste y descolorida; pero ella reverdecerá. El aliento del malvado ha de pasar eternamente sobre ella, como un soplo abrasador.

Cuanto sucede, quiere la Providencia que suceda para vuestra instruccion, á fin de que aprendais á ser buenos y justos cuando llegue vuestra hora.

Cuando los que abusan del poder hayan pasado delante de vosotros, como el cieno de los arroyos en un dia de tormenta, entónces comprenderéis que solo el bien es duradero, y temeréis profanar el aire, purificado por las auras del cielo.

Preparad vuestras almas para ese tiempo, porque ese tiempo no está léjos, ese tiempo se acerca.

El Cristo, crucificado para vosotros, ha prometido redimiros.

Creed sus promesas, y, para apresurar el término de su cumplimiento, reformad cuanto tenga en vosotros necesidad

de reforma; ejercitaos en las virtudes todas, y amaos los unos á los otros, como el Salvador del género humano os ha amado, *hasta la muerte*.

I.

En nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

El que tenga oidos, que oiga: el que tenga ojos, ábralos y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha engendrado á su Hijo, su palabra, su Verbo, y el Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros; ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviar el Espíritu consolador, el Espíritu que procede del Padre y de él, y que es su amor mutuo. Vendrá y renovará la faz de la tierra, y será una segunda creacion.

Hace diez y ocho siglos, el Verbo derramó la divina semilla, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer, han gustado sus frutos, los frutos del árbol de vida, plantado de nuevo en su pobre vivienda.

Yo os lo digo; hubo grande alegría entre ellos cuando vieron aparecer la luz, y todos se sintieron penetrados de un ardor divino.

Despues la tierra se ha tornado nuevamente tenebrosa y fria.

Nuestros padres han visto al sol declinar. Cuando se ocultó debajo del horizonte, todo el género humano se estremeció. Despues hubo, durante esta noche, no sé qué, que no tiene nombre. Hijos de la noche, el Poniente se ve negro, pero el Oriente comienza á blanquear.

II.

Aplicad el oido, y decidme de dónde procede ese rumor confuso, vago, extraordinario, que por todas partes se escucha.

Aplicad la mano sobre la tierra, y decidme por qué se ha estremecido.

Algo que no sabemos se remueve en el mundo; obra hay sin duda de Dios.

Por ventura, ¿no está cada cual en expectativa? ¿Hay algun corazon que no palpite?

Hijo del hombre, sube sobre las alturas, y annuncia al mundo lo que ves.

Veo en el horizonte una nube cárdena, y en derredor un resplandor rojo, como el reflejo de un incendio.

Hijo del hombre, ¿qué otra cosa ves?

Veo al mar alzar sus olas, y á los montes agitar sus crestas.

Veo á los rios cambiar su curso, las colinas vacilar, y terraplenar los valles con su caida.

Todo se estremece, todo se mueve, todo toma nuevo aspecto.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Veo torbellinos de polvo en lontananza, arrebatados en todas direcciones, que se chocan, se mezclan y confunden. Pasan sobre las ciudades, y, despues que han pasado, solo se ven llanuras.

Veo á los pueblos alzarse tumultuosamente y empalidecer los reyes bajo sus diademas. Guerra se ha declarado entre ellos, guerra de muerte.

Veo un trono, dos tronos hechos pedazos y los pueblos que desparcen sus restos sobre la tierra.

Veo á un pueblo pelear como peleaba el arcángel Miguel

con Satanás. Terribles son sus golpes, mas véole desnudo, y cubierto su enemigo de doble armadura.

¡Y sucumbió, Señor! Llagado está de muerte. Mas no. Solo está herido. María, la Vírgen Madre, le cobija con su manto, le muestra faz de risa, y sácale por breve plazo del campo de batalla.

Veo á otro pueblo pelear sin descanso, y cobrar por momentos nuevas fuerzas en la lid. Este pueblo tiene el signo de Cristo sobre el corazon.

Veo á otro pueblo, sobre el cual han sentado reis reyes la planta, y cada vez que prueba á moverse, seis puñales entran en su garganta.

Veo sobre un edificio inmenso, á grande altura en los aires, una cruz que distingo apénas, porque la cubre un velo negro.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Veo el Oriente turbado y removido; mira destruirse sus antiguos palacios, y caer sus viejos templos hechos polvo, y alza los ojos como buscando otras grandezas y solicitando otro Dios.

Veo á la parte del Occidente una figura de mujer, de mirar altivo, de serena frente: traza con mano firme un ligero surco, y por donde pasa la reja, veo alzarse generaciones humanas que la invocan en sus oraciones, y la bendicen en sus cantos.

Veo á la parte del Septentrion hombres á quienes no queda mas que un resto de calor concentrado en la cabeza, que los embriaga; pero el Cristo los toca con su cruz, y torna á latir el corazon.

Veo á la parte del Mediodía razas enteras sobre las cuales pesa no sé qué maldicion; ominoso yugo las agobia y caminan encorvadas; empero el Cristo las toca con su cruz, y se enderezan.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Nada respondo; tornemos á gritar.

Hijo del hombre, ¿qué ves?

Veo á Satanás huyendo, y al Cristo rodeado de sus ángeles que viene para reinar.

III.

Y fuí trasportado en espíritu á los tiempos antiguos, y estaba la tierra hermosa, y rica y fecunda; y sus habitantes vivian felices, porque vivian como hermanos.

Y vi la Serpiente que se deslizaba entre ellos: clavó en algunos su poderosa mirada, y su alma se conturbó; se acercaron y hablóles la Serpiente al oido.

Y despues de haber escuchado las palabras de la Serpiente, alzáronse y dijeron: Somos reyes.

El Sol se oscureció y tomó la tierra un color fúnebre, como el de la mortaja que envuelve los muertos Oyóse un sordo murmullo, un prolongado quejido, y tembló cada cual en el fondo de su corazon.

En verdad, yo os lo digo, fué como el dia que rompió sus diques el abismo, y en que salió de madre el diluvio de las aguas mayores.

El miedo se fué de choza en choza, porque entónces no habia palacios todavía, y díjole á cada uno cosas secretas, que le estremecieron.

Y los que habian dicho: Somos reyes, asieron de una espada, y siguieron al Miedo de choza en choza.

Y viéronse cumplidos allí raros misterios; hubo cadenas, llantos y sangre.

Los hombres, espantados, gritaron: El asesinato ha tornado al mundo. Y fué cuanto dijeron, porque el miedo habia entumecido su alma, y paralizado el movimiento de sus brazos.

Dejáronse cargar de cadenas, ellos y sus mujeres y sus

hijos. Y los que habian dicho : Somos reyes, ahondaron una gran sima, y en ella encerraron á todo el género humano, bien como se encierran las bestias en un establo.

Y el huracan barria las nubes, y retumbaba el trueno, y yo escuché una voz que decia : La Serpiente ha vencido por segunda vez ; no, empero, para siempre.

Despues nada oí, sino confusas voces, carcajadas, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que debia haber un reinado de Satanás ántes del reinado de Dios. Y lloré y esperé.

Y la vision que tuve era verdadera, porque el reinado de Satanás se ha visto cumplido, y se verá tambien cumplido el reinado de Dios. Y los que han dicho : Somos reyes, se verán á su vez encerrados en la sima con la Serpiente, y saldrá de ella el género humano : y será para él como otro nacimiento, como el tránsito de la muerte á la vida. Así sea.

IV.

Hijos sois de un mismo padre, y la misma madre os ha amamantado. ¿Por qué, pues, no os amais los unos á los otros como hermanos? ¿Por qué os tratais mas bien como enemigos?

Aquel que no ama á su hermano, es siete veces maldecido ; y aquel que se declara enemigo de su hermano, es maldecido setenta veces siete veces.

Por eso los tiranos de la tierra han sido maldecidos ; no han amado á sus hermanos, y hánlos tratado como á enemigos.

Amaos los unos á los otros, y no tendréis que temer á los tiranos de la tierra.

Son fuertes contra vosotros, porque no estáis unidos, porque no os amais como hermanos los unos á los otros.

No digais : Ese hombre es de un pueblo, y yo soy de otro pueblo. Porque los pueblos todos han tenido en la tierra el mismo padre, que es Adan, y tienen en el cielo el mismo padre, que es Dios.

Si lastimais un miembro, el cuerpo todo se resiente. Vosotros sois todos un mismo cuerpo : no es posible oprimir á uno de vosotros, sin que en él sean todos oprimidos.

Si un lobo se arroja sobre un rebaño, no lo devora todo entero de una asentada : hace presa de una oveja y la come. Mas tarde, renaciendo su apetito, ase de otra, y la devora tambien, y así hasta la última ; porque renace su apetito sin cesar.

No seáis pues como las ovejas, las cuales, cuando el lobo ha arrebatado una, se espantan un momento y tornan de nuevo tranquilamente á pacer. Porque, presumen, acaso se contente con su primera ó con su segunda presa ; y á mí, ¿qué se me puede dar de las que devore? Mas yerba tendré á mi disposicion.

En verdad, yo os lo digo : los que de ese modo piensan en el fondo de su alma, designados están para ser pasto un dia de la bestia que vive de carne y de sangre.

V.

Cuando veis á un hombre conducido á la cárcel ó al suplicio, no os deis prisa á decir : Ese hombre es un malvado, que ha cometido un crímen contra los hombres.

Porque puede muy bien ser un hombre de bien, que ha querido servir á los hombres, y que se ve de ello castigado por sus opresores.

Cuando veis un pueblo cargado de cadenas y entregado al verdugo, no os deis prisa á decir : Ese pueblo es un pueblo violento que pretendia alterar la paz de la tierra.

Porque puede muy bien ser un pueblo mártir, que muere por la redencion del género humano.

Diez y ocho siglos hace, en una ciudad de Oriente, los pontífices y los reyes de aquel tiempo enclavaron sobre una cruz, despues de haberlo azotado, á un sedicioso, á un blasfemo, como le llamaban.

El dia de su muerte hubo grande espanto en el infierno, y sumo gozo en el cielo.

Por la sangre del Justo habia salvado el mundo.

VI.

¿Por qué encuentran los animales su alimento, cada uno segun su especie? Porque ninguno entre ellos se apodera del otro, y porque cada cual se contenta con satisfacer sus necesidades.

Si en la colmena dijese una abeja: Toda la miel que hay aquí me pertenece, y dicho eso se pusiese á disponer á su antojo del fruto del comun trabajo, ¿qué seria de las demas abejas?

La tierra es como una grande colmena, y los hombres son como abejas.

Cada abeja tiene derecho á la porcion de miel necesaria á su subsistencia; y si los hay entre los hombres que carecen de lo necesario, consiste en que la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es la vida, y la caridad es la vida tambien, y vida en verdad mas dulce y mas abundante.

Falsos profetas ha habido que han persuadido á algunos hombres que habian nacido los demas para ellos; y lo que estos han creido, hánlo creido tambien los demas sobre la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta palabra de mentira hubo prevalecido, llora-

ron los ángeles en el cielo, porque previeron que iban á pesar sobre la tierra muchos males, grandes violencias y crímenes sin cuento.

Los hombres, iguales entre sí, han nacido para Dios solo, y quienquiera que diga otra cosa, dice una blasfemia.

El que quiera ser mas grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el servidor de todos.

La ley de Dios es ley de amor, y el amor no se alza y encarama sobre los demas, sino que se sacrifica á los demas.

El que dice en el fondo de su corazon: Yo no soy como los demas hombres, sino que los demas hombres me han sido dados para que los mande y disponga de ellos y de lo que es de ellos á mi albedrío, ese es hijo de Satanás.

Y Satanás es el rey de este mundo, porque es el rey de cuantos piensan así y así proceden; y los que tal piensan y así proceden, han venido á ser por sus consejos los señores del mundo.

Mas su imperio no tendrá mas que un tiempo, y ya tocamos al término de ese tiempo.

Daráse una grande batalla, y el ángel de la justicia y el ángel del amor pelearán por los que hayan empuñado las armas para restablecer entre los hombres el reinado de la justicia y el reinado del amor.

Y muchos morirán en la batalla, y quedará su nombre sobre la tierra como un rayo de la gloria de Dios.

Por eso, vosotros que padeceis, animaos, confortad vuestro corazon, porque mañana será el dia de la prueba, el dia en que cada uno habrá de dar con regocijo la vida por sus hermanos, y el que amanecia al dia siguiente será el dia de la redencion.

VII.

Cuando un árbol está solo, bátenle los vientos y desnúdanle de sus hojas, y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, no hallando abrigo contra el ardor del sol, se seca, se marchita y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le inclina hácia el suelo, y la ardiente codicia de los grandes de este mundo absorbe la seva que le alimenta.

No imiteis pues á la planta ni al árbol que están solos; empero unios los unos con los otros y allegaos y cobijaos mutuamente.

En tanto que viviéreis desunidos, y que no pensare cada cual sino en sí, nada podeis esperar sino sufrimiento y dolor, desdicha y opresion.

¿Hay cosa mas débil que el gorrion y mas inerme que la golondrina? Cuando aparece, sin embargo, el ave de rapiña, las golondrinas y los gorriones logran ahuyentarla aunándose en derredor suyo y persiguiéndola de consuno.

Tomad ejemplo del gorrion y de la golondrina.

A aquel que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando anda, siéntase á su lado cuando descansa, y ni aun durante el sueño le abandona.

Si os preguntan pues : ¿Cuántos sois? Responded : Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; sino que ha hecho á todos los hombres iguales.

Empero entre los hombres, háilos que tienen mas fuerza ó de cuerpo, ó de ánimo, ó de voluntad; y esos son quie-

nes tratan de avasallar á los demas, cuando el orgullo ó la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabia que habia de ser así, y por eso mandó á los hombres que se amasen, á fin de que estuviesen unidos, y de que los débiles no cayesen jamas bajo la opresion de los fuertes.

Porque aquel que es mas fuerte que uno solo, será ménos fuerte que dos; y aquel que es mas fuerte que dos, será ménos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando amándose los unos á los otros, estén sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que un enorme peñasco, que se habia desgajado sobre al camino, le llenaba y obstruia, y fuera de aquel camino no habia otra salida, ni á derecha ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podia proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agobiado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual, habiendo hecho lo que habia hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y despues de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenian.

Por fin, uno de ellos dijo á los demas: Hermanos mios, enderecemos nuestros ruegos á nuestro Padre co-

mun que está en el cielo : tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oráron de corazon al Padre comun que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que habia dicho : Oremos, dijo tambien : Hermanos mios, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si lo haremos todos juntos?

Y pusiéronse en pié, y todos á una empujaron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningun hombre podria remover solo ese peñasco ; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamas á aquellos que viajan juntos.

VIII.

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir : la tierra proveia ella misma á sus necesidades todas.

Empero el hombre delinquió, y como se habia rebelado contra Dios, rebelóse la tierra contra él.

Aconteciόle lo que acontece al mancebo que se alza contra su padre; el padre le niega su amor y le abandona; y los familiares de su casa se niegan á servirle, y vase buscando de aquí para allí su pobre vida, y comiendo el pan ganado con el sudor de su rostro.

De entónces, pues, Dios ha condenado á todos los hombres al trabajo, y todos tienen su tarea de cuerpo ó de ánimo, y los que dicen : Yo no trabajaré, esos son los mas miserables,

Porque bien así como devoran los gusanos un cadáver, los devoran los vicios á ellos, y si no los vicios, el fastidio.

Y cuando Dios quiso que el hombre trabajase, ocultó un tesoro en el trabajo, porque es Padre, y el amor de un padre es infinito.

Y para aquel que hace buen uso de este tesoro y no le disipa insanamente, llega un tiempo de reposo, y entónces viene á estar como estaban los hombres en el principio.

Y dióles Dios tambien este precepto : Ayudaos los unos á los otros, porque entre vosotros los hay mas fuertes y mas débiles, sanos y enfermos; todos, empero, tienen que vivir.

Y si obrais así, todos viviréis, porque yo premiaré la piedad que de vuestros hermanos hubiéreis tenido, y yo fecundaré vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido se ha visto siempre realizado, y nunca se ha visto faltar el pan al que ayudó á sus hermanos.

Hubo, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldecido del cielo. Y este hombre era fuerte y aborrecia el trabajo; de suerte que dijo para sí : ¿Cómo me valdré? Si no trabajo habré de perecer, y me es sin embargo el trabajo insoportable.

Entróle entónces en el corazon un pensamiento del infierno. Fuése de noche, y asió de algunos de sus hermanos en tanto que dormian, y cargólos de cadenas.

Porque, decia él, yo los forzaré con el látigo y el azote á trabajar para mí, y yo comeré el fruto de su trabajo.

É hízolo como lo habia pensado; visto lo cual por otros, hicieron otro tanto, y de entónces mas dejó de haber hermanos : hubo amos y esclavos.

Ese dia fué dia de luto sobre toda la redondez de la tierra.

Mucho tiempo despues hubo otro hombre mas malo que el primero, y mas maldecido del cielo.

Viendo que los hombres se habian multiplicado por todas partes, y que era su muchedumbre innumerable, dijo para sí :

Acaso podré aherrojar á algunos y obligarlos á trabajar para mí : empero será fuerza alimentarlos, y esto aminorará mi ganancia. Hagámoslo mejor. ¡Que trabajen de balde! Morirán en verdad : pero como su número es grande, yo habré acumulado riquezas ántes de que se hayan disminuido demasiado, y siempre quedarán bastantes.

Pero toda aquella muchedumbre vivia de lo que recibia en trueque de su trabajo.

Habiéndose hablado á sí mismo de aquella suerte, abocóse en particular con algunos, y díjoles : Vosotros trabajais seis horas, y os dan una moneda por vuestro trabajo.

Trabajad doce horas, y ganaréis dos monedas, y viviréis mas anchos vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

Díjoles en seguida : Vosotros no trabajais mas que la mitad de los dias del año; trabajad todos los dias, y vuestra ganancia será doble.

Y cryéronle tambien.

Aconteció de aquí que habiéndose aumentado en un duplo la cantidad de trabajo, sin que fuese mayor la necesidad de trabajo, la mitad de aquellos que vivian ántes de su tarea no hallaron quien los emplease.

Entónces el hombre malo á quien habian creido, les dijo: Yo os daré trabajo á todos, con la condicion de que habréis de trabajar el mismo tiempo, y yo no os pagaré mas que la mitad de lo que ántes os pagaba, porque quiero, sí, haceros favor, mas no arruinarme.

Y como tenian hambre, ellos, sus mujeres y sus hijos,

aceptaron la proposicion del hombre malo, y le bendijeron, porque, decian ellos, nos da la vida.

Y prosiguiendo en engañarlos de la misma suerte, el hombre malo aumentó de dia en dia su trabajo, y dismi-nuyó cada vez mas su salario.

Y moríanse de necesidad; mas otros se apresuraban á reemplazarlos, porque la indigencia habia llegado á ser tan grande en el país, que se vendian las familias enteras por un pedazo de pan.

Y el hombre malo que habia mentido á sus hermanos, acumuló mas riquezas que el hombre malo que los habia encadenado.

Este tiene por nombre Tirano: el otro no tiene nombre sino en el infierno.

IX.

Estáis en este mundo como extranjeros.

Tomad hácia el Norte ó hácia el Mediodía, hácia el Oriente ó hácia el Occidente; donde quiera que os detengais encontraréis álguien que os expulsará, diciendo: Este campo es mio.

Y despues de haber recorrido todos los países, volveréis habiendo aprendido que no hay en parte alguna un rincon de tierra donde vuestra mujer pueda dar á luz su primogénito, donde podais descansar, acabada vuestra tarea, y en el cual, llegada vuestra última hora, puedan vuestros hijos enterrar vuestros huesos, como en sitio que os pertenezca.

Gran miseria es esta en verdad.

Empero no debeis apocaros; porque está escrito de aquel que salvó al género humano:

El zorro tiene su guarida, las aves del aire tienen su

nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar su cabeza.

Haso hecho pobre, empero, para enseñaros á soportar la pobreza.

No que venga la pobreza de Dios, sino que ántes es escuela de la corrupcion y de las malas codicias de los hombres; y hé aquí por qué habrá pobres eternamente.

La pobreza es hija del pecado, cuyo gérmen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo gérmen está en cada sociedad.

Pobres habrá siempre, porque el hombre no destruirá en sí jamas el pecado.

Pero cada vez habrá ménos pobres, porque la servidumbre irá poco á poco desapareciendo de la sociedad.

¿Quereis destruir la pobreza? Procurad destruir el pecado, primeramente en vosotros mismos, en los otros despues, y la servidumbre en la sociedad.

No es tomando lo que á otro pertenece como se puede destruir la pobreza; porque ¿de qué suerte haciendo pobres podria disminuirse el número de los pobres?

Cada uno tiene el derecho de conservar lo que posee, y sin eso nadie poseeria nada.

Empero cada uno tiene tambien el derecho de adquirir con su trabajo lo que no tiene, y sin eso seria eterna la pobreza.

Emancipad, pues, vuestro trabajo, emancipad vuestros brazos, y no será de entónces mas la pobreza entre los hombres sino una excepcion permitida por Dios para recordarle la fragilidad de su naturaleza, y el mutuo apoyo, y el amor que los unos se deben á los otros.

X.

Cuando gemia la tierra toda en la expectativa de su salvacion, alzóse una voz en la Judea, la voz de aquel que venia á padecer y á morir por sus hermanos, y de aquel á quien por desprecio llamaban algunos el Hijo del carpintero.

El Hijo, pues, del carpintero, pobre y abandonado en el mundo, decia :

«Venid á mí, vosotros todos los que gemís bajo el peso del trabajo, y yo os reanimaré.»

Y desde entónces hasta el dia ninguno de los que han creido en él ha dejado de encontrar alivio en su miseria.

Para curar los males que afligen á los hombres, predicábales á todos la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es la consumacion de la justicia.

Ahora bien, la justicia ordena respetar el derecho de otro, y algunas veces prescribe la caridad que ceda uno el suyo propio en beneficio de la paz, ó de otro cualquier bien.

¿Qué seria el mundo si cesase de reinar el derecho en él, si no gozase cada cual seguridad personal, y no disfrutase sin temor de lo que es suyo?

Mas valiera vivir en el fondo de los bosques, que en sociedad de tal suerte entregada al latrocinio.

Lo que tomeis hoy, otro os lo tomará mañana. Serán los hombres mas miserables que las aves del cielo, á quienes las otras aves de su especie no roban el alimento, ni arrebatan el nido.

¿Qué cosa es un pobre? Es aquel que no tiene todavía propiedad.

¿Qué anhela? Dejar de ser pobre, es decir, adquirir una propiedad.

Empero aquel que roba y que saquea, ¿que otra cosa hace sino anular, en cuanto de su parte puede, el derecho mismo de propiedad?

Robar, saquear es pues así atacar al pobre como al rico: es trastornar el fundamento de toda sociedad entre los hombres.

Quienquiera que nada posee, no puede llegar á poseer sino en cuanto á que otros poseen ya; pues que estos solamente pueden darle algo en cambio de su trabajo.

El órden es bien, es interes de todos.

No llegueis vuestros labios á la copa del crímen: en el fondo está el amargo desengaño, y la agonía y la muerte.

XI.

Yo habia visto los males que pesan sobre la tierra, el débil oprimido, el justo mendigando su pan, ensalzado el malvado á los honores, y rebosando riquezas, condenado el inocente por jueces inicuos, y errantes sus hijos á la intemperie.

Y mi alma yacia triste, y derramábase de ella la esperanza como de vasija rompida.

Y envióme Dios profundo sueño.

En mi sueño vi una manera de forma luminosa, en pié delante de mí, un espíritu cuya mirada dulce y perspicaz penetraba hasta el fondo de mis mas secretos pensamientos.

Y estremecíme, no de temor, ni de gozo, sino como de una sensacion, mezcla inexplicable y expresion de uno y de otro.

Y díjome el Espíritu: ¿Por qué estás triste?

Y respondí con lágrimas en los ojos: ¡Oh! mirad y ved los males que pesan sobre la tierra.

Y dióse á reir la figura celestial con inefable sonrisa, y llegaron estas palabras á mis oidos :

Tu vista nada distingue sino al traves de ese prisma engañador que llaman las criaturas tiempo. El tiempo no existe sino para vosotros : para Dios no hay tiempo.

Y yo callaba, porque nada comprendia.

Y de repente el Espíritu : Mira, me dijo.

Y no habiendo ya de entónces mas para mí ni ántes, ni despues, en un punto mismo vi, y á la vez, lo que en su lengua mísera y mezquina designan los mortales con los nombres de pasado, presente y porvenir.

Y todo era uno, y, para decir con todo lo que vi, fuerza me es descender de nuevo al seno del tiempo, fuerza me es hablar la lengua mísera y mezquina de los hombres.

Y todo el género humano me parecia como un solo hombre.

Y ese hombre habia hecho mucho mal, poco bien; habia experimentado muchos dolores, pocas alegrías.

Y paraba allí, yaciendo en su miseria, sobre una tierra ora yerta, ora abrasada, flaco, hambriento, doliente, agobiado de una languidez interrumpida solo por convulsiones, abrumado de cadenas forjadas en la morada infernal.

Su diestra mano habia cargado con ellas su mano izquierda, y la izquierda habia cargado á la derecha, y en medio de sus malos ensueños habíase de tal suerte rodeado en sus propios hierros que estaba de ellos y con ellos su cuerpo entero cubierto y aherrojado.

Porque, en cuanto le tocaban solamente, pegábanse á su piel como plomo hirviente, entraban en las carnes y no salian mas de ellas.

Y aquel era el hombre: lo reconocí.

Y hé aquí que un rayo de luz emanaba del Oriente, y un

rayo de amor del Mediodía, y un rayo de fuerza del Septentrion.

Y esos tres rayos confluyeron en el corazon de aquel hombre.

Y cuando el rayo de luz partió, dijo una voz : Hijo de Dios, hermano del Cristo, sepas lo que saber debes.

Y cuando partió el rayo de amor, otra voz dijo : Hijo de Dios, hermano del Cristo, ama lo que amar debes.

Y cuando el rayo de fuerza surgió, dijo tambien una voz : Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que hacer se debe.

Y cuando se hubieron confundido en uno los tres rayos, uniéronse tambien las tres voces, y formóse de ellas una sola, que dijo :

Hijo de Dios, hermano del Cristo, sirve á Dios, y no sirvas mas que á él.

Y entónces, lo que hasta aquel punto no me habia parecido sino un solo hombre, apareció á mi vista como multitud de pueblos y de naciones.

Y no me habia engañado mi primera ojeada, ni ménos me engañaba la segunda.

Y aquellos pueblos y naciones, despertando sobre su lecho de dolor, comenzaron á decirse :

¿ De dónde proceden nuestros padecimientos y nuestra languidez, y el hambre y la sed que nos atormentan, y las cadenas que nos encorvan hácia el suelo y entran en nuestras carnes?

Y despejóse su entendimiento, y comprendieron que los hijos de Dios, los hermanos del Cristo no habian sido condenados por su Padre á la esclavitud, y que esta esclavitud era la fuente de todos sus males.

Cada cual pues probó á romper sus hierros, ninguno empero lo logró.

Y miráronse los unos á los otros con gran lástima, y,

obrando el amor en ellos, dijéronse: El mismo pensamiento tenemos todos; ¿por qué no hemos de tener el mismo ánimo? ¿No somos todos los hijos del mismo Dios y los hermanos del mismo Cristo? Salvémonos, ó muramos juntos.

Y habiendo dicho esto sintieron dentro de sí un vigor divino, y yo oí sus cadenas crujir, y pelearon seis dias contra los que los habian encadenado, y el sexto dia quedaron vencedores, y fué el sétimo su dia de descanso.

Y la tierra, que estaba seca ya, tornó á reverdecer y brotar, todos pudieron comer de sus frutos, é ir y venir sin que les dijese nadie: ¿Adónde vais? Por aquí no se pasa.

Y los pequeñuelos cogian flores y traíanlas á sus madres, quienes dulcemente les sonreian.

Y ya no habia pobres ni ricos, sino que en abundancia tenian todos las cosas necesarias, porque se amaban todos y ayudábanse como hermanos.

Y una voz como de ángel resonó en los cielos: ¡ Gloria á Dios, diciendo, que ha dado la inteligencia, el amor, la fuerza á sus hijos! ¡ Gloria al Cristo, que ha devuelto la libertad á sus hermanos!

XII.

Cuando alguno de vosotros padece una injusticia, cuando, en medio de su camino, le derriba el opresor, y le pone el pié encima, si se queja, nadie le oye.

El grito del pobre sube hasta Dios, empero no llega á oidos del hombre.

Héme preguntado yo: ¿De dónde procede este mal? ¿Por ventura el que ha criado así el pobre como el rico, el débil como el poderoso, habria querido quitar á los unos todo género de temor en sus iniquidades, y á los otros todo género de esperanza en su miseria?

Y he visto que este pensamiento era horrible, y blasfemia contra Dios.

Porque cada uno de vosotros no ama sino á sí mismo, porque se separa de sus hermanos, porque está y quiere estar solo, por eso no es su quejido escuchado.

Durante la primavera, cuando todo se reanima, sale de entre la yerba un ruido que se alza como murmullo prolongado.

Ese ruido, compuesto de tantos ruidos que fuera imposible contarlos, es la voz de multitud innumerable de pequeñuelos y mezquinos seres imperceptibles.

Sola y aislada, ninguna de ellas fuera oida : todas juntas, empero, hácense oir.

Vosotros tambien estáis ocultos debajo de la yerba; ¿por qué no sale de entre ella voz ninguna?

Cuando se trata de vadear una corriente rápida, fórmanse entre muchos dos hileras á lo largo, y, de esa suerte aunados, los que solos y separados de los demas no hubieran podido resistir el ímpetu de las aguas, las vencen sin dificultad.

Haced así vosotros, y rompereis la corriente de la iniquidad, que aislados os arrastra y os arroja hechos pedazos en la orilla.

Sean tardías vuestras determinaciones, pero firmes. No os entregueis ni á un primer, ni á un segundo movimiento.

Antes, si contra vosotros se ha cometido injusticia, comenzad por lanzar del pecho todo sentimiento de odio, y, alzando luego las manos y los ojos al cielo, decid á vuestro Padre comun :

Señor, vos sois el protector del inocente y del oprimido: porque vuestro amor ha creado el mundo, y vuestra justicia le gobierna.

Vos quereis que reine sobre la tierra, y el malvado opone su voluntad torcida.

Por eso hemos determinado pelear con el malvado.

¡Dad, oh Padre, consejo á nuestro entendimiento, y fuerza á nuestros brazos!

Cuando de esta suerte hayais orado desde el fondo de vuestra alma, pelead y no temais.

Si parece la victoria alejarse de vosotros, es solo una prueba; ella volverá : porque vuestra sangre será como la sangre de Abel degollado por Cain, y vuestra muerte como la muerte de los mártires.

XIII.

Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la tierra, como una losa de mármol negro sobre un sepulcro.

Y nada turbaba el silencio de esta noche, sino era un rumor extraño, como un ligero aleteo que de vez en cuando se oia sobre las campiñas y los pueblos.

Y expresábanse entónces las tinieblas, y cada cual sentia oprimírsele el alma y correr hielo por sus venas.

Y en una sala tendida de negro y alumbrada por una lámpara roja, siete hombres vestidos de púrpura, y ceñida en la cabeza una corona, veíanse sentados sobre siete asientos de hierro.

Y se elevaba en medio de la sala un trono, de hueso edificado, y al pié del trono un crucifijo derribado, y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa un vaso lleno de sangre roja y espumosa, y un cráneo.

Y los siete hombres coronados parecian pensativos y tristes, y, desde el fondo de su honda órbita, sus ojos de vez en cuando destellaban chispas de un fuego lívido.

Y alzándose uno de ellos, acercóse al trono, vacilando, y puso el pié sobre el crucifijo.

En aquel momento sus miembros temblaron, y pareció como que iba á fallecer. Mirábanle los demas inmóviles: no se movieron en verdad, pero pasó sobre su frente no só qué, y una sonrisa que no era sonrisa humana contrajo sus labios.

Y aquel, que habia parecido próximo á desmayar, extendió su mano, asió del vaso lleno de sangre, derramóla en el cráneo y bebiólo.

Y pareció aquel brebaje reanimarle.

Y alzando la cabeza, salió este grito de su pecho con bronco sonido y destemplado:

¡ Maldecido sea el Cristo, que ha traido á la tierra la libertad !

Y los otros seis hombres coronados alzáronse todos á la vez, y exhalaron todos á la vez el mismo grito:

¡ Maldecido sea el Cristo, que ha traido á la tierra la libertad !

Dicho lo cual, tornáronse á sentar sobre sus asientos de hierro, y dijo el primero:

Hermanos mios, ¿qué haremos para ahogar la libertad? Porque nuestro imperio habrá espirado, si comienza el suyo. Nuestra causa es la misma: proponga pues cada cual lo que mas acertado le parezca.

Hé aquí por mi parte el consejo que me ocurre.

Antes de que el Cristo viniese, ¿quién osaba alzar la frente en nuestra presencia? Su religion nos ha perdido. Destruyamos la religion del Cristo.

Y respondieron todos: Así es la verdad. Destruyamos la religion del Cristo.

Y adelantóse otro hácia el trono: tomó el cráneo; derramó sangre en él, y dijo en seguida:

No tan solo hemos de destruir la religion, sino tambien la ciencia y el pensamiento; porque la ciencia pugna por saber lo que no es bueno para nosotros que el hombre sepa,

y el pensamiento está siempre dispuesto á rebelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos : Es verdad. Destruyamos la ciencia y el pensamiento.

Y habiendo hecho lo que habian hecho los dos primeros, dijo un tercero :

Cuando hayamos sumergido de nuevo á los hombres en el embrutecimiento quitándoles la religion, la ciencia y el pensamiento, habremos hecho mucho en verdad, empero algo nos quedará todavía por hacer.

El bruto tiene instintos y simpatías peligrosas. Es preciso que ningun pueblo oiga la voz de otro pueblo, por temor de que si uno se queja y rebulle, no experimente otro tentaciones de imitarle. No penetre pues en nuestra casa ningun rumor de la del vecino.

Y respondieron todos : Es verdad. No penetre en nuestra casa ningun rumor de la del vecino.

Y el cuarto : Nosotros tenemos nuestro interes, y el suyo tambien los pueblos opuesto al nuestro. Si se unen para defender contra nosotros ese interes, ¿ cómo lo resistiremos ?

Dividamos para reinar. Creemos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interes contrario al de las otras aldeas, al de las otras ciudades, al de las otras provincias.

De esta suerte se aborrecerán todos, y no pensarán en armarse contra nosotros.

Y respondieron los demas : Es verdad. Dividamos para reinar : su concordia es nuestra muerte.

Y el quinto, habiendo derramado sangre dos veces, y dos veces apurado el cráneo :

Bien por esos medios : son buenos, pero no bastan. Cread brutos en buen hora ; bien ; amedrentad empero esos brutos, aterradlos con una justicia inexorable, y con atroces

suplicios, si no quereis tarde ó temprano ser por ellos devorados. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y los demas : Es verdad. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y el sexto : Confieso la ventaja de los suplicios prontos, terribles, inevitables. Hay con todo almas fuertes y desesperadas que arrostran los suplicios.

¿ Quereis gobernar fácilmente á los hombres ? Debilitadlos por medio del placer. La virtud no sirve á nuestro intento, porque alimenta la fuerza : agotémosla mas bien con la corrupcion.

Y respondieron todos : Es verdad. Agotemos la fuerza y la energía y el valor con la corrupcion.

El sétimo entónces, habiendo como los demas bebido en el cráneo humano, habló en estos términos, puestos los piés sobre el crucifijo : No mas Cristo : guerra á muerte, guerra sin fin entre él y entre nosotros.

¿ Cómo segregar los pueblos de él ? Es tentativa inútil. ¿ Qué haremos ? Escuchadme : es preciso hacer nuestros los sacerdotes del Cristo, con bienes, con honores, con poder.

Y ellos impondrán al pueblo, en nombre del Cristo, que nos vivan sometidos en todo, hagamos lo que hagamos, y mandemos lo que mandemos.

Y el pueblo los creerá y por conciencia obedecerá, y quedará nuestro poder mas asegurado que ántes.

Y respondieron todos : Es verdad. Hagamos nuestros los sacerdotes del Cristo.

Y apagóse de repente la lámpara que alumbraba la sala, y separáronse los siete hombres en las tinieblas.

Entónces fuéle dicho á un justo, que á la sazon velaba y oraba delante de la cruz : Mi dia se acerca. Adora y nada temas.

XIV.

Y al traves de una niebla parda y pesada vi, como se ve en la tierra á la hora del crepúsculo, una llanura desnuda, desierta y fria.

Alzábase en medio un peñasco, de donde gota á gota se destilaba una agua negra, y el débil y sordo ruido de las gotas que acompasadas caian era el único ruido que se oyese.

Y siete veredas, despues de haber culebreado en la llanura, venian á morir en el peñasco; y cerca del peñasco, á la entrada de cada una, hallábase una piedra entapizada de una cosa húmeda y verde, parecida á la baba de un reptil.

Y hé aquí que de pronto, por una de las veredas, divisé una sombra que lentamente se movia; y poco á poco acercándose la sombra, distinguí, no ya un hombre, sino la semejanza de un hombre.

Y en el lugar del corazon, tenia la figura humana una mancha de sangre.

Y sentóse sobre la piedra húmeda y verde, y sus miembros temblaban, é inclinada la cabeza, apretábase con sus propios brazos, como queriendo retener un resto de calor.

Y por las otras seis veredas, otras seis sombras fueron sucesivamente llegando al pié del peñasco.

Y cada una de ellas, trémula y apretándose con sus brazos, fuese sentando sobre la piedra húmeda y verde.

Y estaban allí silenciosas y encorvadas bajo el peso de incomprensible agonía.

Y duró su silencio largo espacio, no sé cuánto tiempo, porque nunca sale el sol sobre la llanura aquella : ni hay

noche allí, ni hay mañana. Las gotas del agua negra miden y comparten solas, cayendo, una duracion monótona, oscura, pesada, eterna.

Y era esto tan horrible, que, si Dios no me hubiera dado fuerzas, hubiéranme faltado para verlo.

Y despues de una especie de estremecimiento convulsivo, una de las sombras, enderezando su cabeza, produjo un sonido semejante al sonido ronco y seco del viento que sacude un esqueleto.

Y el peñasco rebotó estas palabras hasta mi oido :

El Cristo ha vencido : ¡ maldito sea !

Y las otras seis sombras se estremecieron, y, alzando á la vez todas la cabeza, salió de su pecho la blasfemia misma.

El Cristo ha vencido : ¡ maldito sea !

Y fueron al punto sobrecogidas de temor mas fuerte, se espesó la niebla, y por corto espacio cesó el agua negruzca de caer.

Y las siete sombras habian sucumbido de nuevo al peso de su secreta agonía, y hubo un silencio profundo mas largo que el primero.

Una de ellas en seguida, sin alzarse de la piedra, inmóvil é inclinada, dijo á las demas :

Háos pues sucedido como á mí. ¿ De qué nos han servido nuestros consejos ?

Y otra repuso : La fe y el pensamiento han roto las cadenas de los pueblos : la fe y el pensamiento han emancipado la tierra.

Y dijo otra : Queríamos dividir á los hombres, y nuestra opresion los ha unido contra nosotros.

Y otra : Hemos derramado la sangre, y ha recaido esta sangre sobre nuestras cabezas.

Y otra : Hemos sembrado la corrupcion, y ha germinado entre nosotros y ha devorado nuestros huesos.

Y otra : Hemos creido sofocar la libertad, y su soplo ha secado nuestro poder hasta en sus raíces.

La sétima sombra entónces :

El Cristo ha vencido : ¡ maldito sea !

Y todas á una voz :

El Cristo ha vencido : ¡ maldito sea !

Y vi entónces una mano adelantándose : humedeció el dedo en el agua negruzca, cuyas gotas miden cayendo la eterna duracion, marcó en la frente á las siete sombras, y fué para siempre.

XV

No teneis que pasar mas que un dia sobre la tierra : haced por pasarlo en paz.

La paz es fruto del amor : porque para vivir en paz, es preciso saber soportar muchas cosas.

Nadie es perfecto, todos tienen sus defectos : cada hombre es pesado á los demas, y solo el amor puede tornar leve ese peso.

Si no podeis soportar á vuestros hermanos, ¿ cómo podrán soportaros vuestros hermanos á vosotros ?

Escrito está del Hijo de María : Como habia amado á los suyos, que eran en el mundo, amólos hasta el fin.

Amad pues á vuestros hermanos que son en el mundo, y amadlos hasta el fin.

El amor es incansable. El amor es inagotable : vive y renace de sí propio, y tanto mas se comunica, tanto mas crece.

El que se ama á sí mismo mas que á su hermano no es digno del Cristo, muerto por sus hermanos. Habeis dado ya vuestros bienes ; dad tambien vuestra vida ; el amor os lo devolverá todo.

Yo os lo digo en verdad, el corazon del que ama es un

paraíso en la tierra. Lleva á Dios en sí, porque Dios es todo amor.

El hombre vicioso no ama, sino codicia : tiene hambre y sed de todo ; su mirar, como el mirar de la serpiente, fascina y atrae, empero para devorar.

El amor descansa en el fondo de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

¡ Oh si supiérais lo que es amar !

Decís que amais ; y muchos de nuestros hermanos están sin pan con que sostener su vida, sin ropas con que cubrir su desnudez, sin techo que los abrigue, sin un puñado tal vez de paja para dormir encima, en tanto que teneis las cosas todas en abundancia.

Decís que amais, y hay en gran número enfermos que desfallecen, privados de socorros, sobre pobre estera, desdichados que lloran sin que llore nadie por ellos, párvulos que se andan pasados del frio, pidiendo de puerta en puerta á los ricos una migaja de su mesa, y pidiéndola en vano.

Decís que amais á vuestros hermanos. ¿ Qué otra cosa hariais pues si los aborreciéseis ?

Yo os lo digo : quienquiera que, pudiendo, no alivia á su hermano doliente, es el enemigo de su hermano ; y quienquiera que, pudiendo, no alimenta á su hermano hambriento, es un asesino.

XVI.

Hombres hay que no aman á Dios, y que no le temen á huid de ellos, porque de ellos sale un vapor de maldicion.

Huid del impío, porque su aliento mata : empero no le aborrezcais, porque ¿ quién sabe si Dios no ha mudado ya su corazon ?

El hombre que aun de buena fe dice : No creo, suele engañarse. Existe allá dentro en el alma, en el fondo mismo del alma, una raíz de fe que no se marchita nunca.

La palabra que niega á Dios abrasa los labios por donde pasa, y la boca que se abre para blasfemar es una boca del infierno.

El impío está solo en el universo. Todas las criaturas alaban á Dios, todo lo que siente le bendice, todo lo que piensa le adora : el astro del dia y el de la noche le cantan en su lengua misteriosa.

Dios ha escrito en el firmamento su nombre tres veces santo.

¡ Gloria á Dios en las alturas de los cielos!

Hálo escrito tambien en el corazon del hombre, y el hombre bueno le conserva allí con amor, otros tratan empero de borrarle.

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad !

Dulce es su sueño, y su muerte aun mas dulce; porque saben que vuelven al seno de su Padre.

Bien así como el pobre labrador, al caer del dia, deja el campo, y vuelve á su choza, y sentado delante de la puerta, olvida sus fatigas mirando al cielo ; así, al anochecer de la vida, el hombre de esperanza torna con regocijo la casa paterna, y, sentado en el lintel, olvida las penalidades del destierro en las visiones de la eternidad.

XVII.

Dos hombres eran vecinos, y tenia cada uno de ellos una mujer y varios hijos pequeños, y solo su trabajo para mantenerlos.

Y el uno de esos hombres se inquietaba, diciendo : Si muero ó si enfermo, ¿ qué vendrá á ser de mi mujer y de mis hijos ?

Y este pensamiento no le abandonaba, y roia su corazon como roe un gusano la fruta en que está escondido.

Ahora bien, igual pensamiento habia ocurrido tambien al otro padre, mas no se habia detenido en él; porque decia él : Dios, que conoce sus criaturas todas y que vela sobre ellas, velará tambien sobre mí, y sobre mi mujer y mis hijos.

Y este vivia tranquilo, en tanto que el primero no gozaba un instante de reposo, ni interiormente de alegría.

Un dia, que trabajaba en el campo, triste y abatido á causa de su temor, vió unos pájaros que entraban en unas matas, y que salian, y que tornaban despues.

Y, habiéndose acercado, vió dos nidos al lado uno de otro, y en cada uno sendos pajarillos recien salidos del huevo, y sin plumas todavía.

Y cuando hubo vuelto á su faena, alzaba de vez en cuando los ojos, y miraba á aquellos pájaros que iban y que venian, llevando el alimento á sus pequeños.

Mas hé aquí que de pronto, ó á la sazon que se volvia una de las madres con provisiones en el pico, ásela un buitre, y la arrebata, y la mísera madre, porfiando en balde por desasirse de sus garras, lanzaba agudos chillidos.

Esto visto, el hombre que trabajaba sintió su alma mas conturbada que de primero; porque, presumia él, la muerte de la madre es la muerte de los hijos.

Así tambien los mios á nadie tienen sino á mí. ¿Qué será de ellos si les falto?

Y el dia entero anduvo triste y sombrío, y á la noche no durmió.

A la mañana, de vuelta al campo, se dijo : Quiero ver los hijuelos de esa pobre madre : algunos habrán perecido ya. Y encaminóse hácia las matas.

Y mirando, vió sanos y tranquilos los pequeñuelos; ninguno parecia haber sufrido.

Y habiéndole esto admirado, ocultóse para observar cuanto pasase.

Y trascurrido breve plazo, oyó un suave grito, y vió á la segunda madre, que á toda prisa traia el alimento que habia recogido, y lo distribuyó entre todos los pajarillos indistintamente, y para todos hubo, y no quedaron los huérfanos abandonados en su miseria.

Y el padre que habia desconfiado de la Providencia, refirió por la noche al otro padre cuanto habia visto.

Y díjole este: ¿Por qué inquietarse? Nunca abandona Dios á los suyos. Su amor encierra secretos que no conocemos. Creamos, esperemos, amemos, y prosigamos en paz nuestro camino.

Si muero ántes que vos, vos seréis el padre de mis hijos; si morís ántes que yo, seré el padre de los vuestros.

Y si uno y otro morimos ántes de que estén en edad de proveer ellos mismos á sus necesidades, tendrán por padre al Padre comun que está en el cielo.

XVIII.

Cuando habeis orado, ¿no sentís vuestro corazon mas aliviado, y vuestra alma mas contenta?

La oracion torna la afliccion ménos dolorosa, y el gozo mas puro: préstale á aquella dulzura y cordiales y á este un perfume celeste.

¿Qué haceis en la tierra? ¿no teneis nada que pedir al que os puso en ella?

Sois un viajero que busca su patria.

No camineis con la cabeza inclinada: es preciso levantar los ojos para reconocer el camino.

Vuestra patria es el cielo; y cuando mirais al cielo ¿no pasa nada dentro de vosotros? ¿no os agita ningun deseo? ¿ó es mudo por ventura ese deseo?

Háilos que dicen : ¿ Para qué orar? Dios es harto superior á nosotros para escuchar tan mezquinas criaturas.

¿ Mas quién ha hecho esas mezq inas criaturas, quién les ha dado el sentido, y el pensamiento, y la palabra, sino Dios?

Y si tan bueno ha sido para con ellas, ¿ era por ventura para abandonarlas despues y rechazarlas léjos de sí?

En verdad, yo os lo digo, todo aquel que dice en su corazon que Dios desprecia sus obras, blasfema á Dios.

Otros hay que dicen : ¿ A qué fin orar? ¿ no sabe Dios por ventura mejor que nosotros lo que nos hace falta?

Dios sabe mejor que vosotros lo que os hace falta, y por eso mismo quiere que le pidais; porque Dios es él mismo, y todo él vuestra primera necesidad, y rogar á Dios, es empezar á poseer á Dios.

El padre conoce las necesidades de su hijo. ¿ Y será bueno sin embargo que solo por eso no tenga nunca el hijo dispuesta una palabra de súplica y una accion de gracias para su padre?

Cuando los animales sufren, cuando temen, ó cuando padecen hambre, lanzan gritos lastimeros. Esos gritos son el ruego que dirigen á Dios, y Dios los escucha. Por ventura, ¿ seria el hombre en la creacion el único ser cuya voz no hubiese de elevarse nunca hasta el Criador?

A veces pasa sobre las campiñas un viento que seca las plantas, y vense entónces sus vástagos marchitos inclinarse hácia la tierra; humedecidos, empero, por el rocío, recobran su frescura, y alzan de nuevo su lánguida cabeza.

Siempre existen vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre, y la marchitan. La oracion es el rocío que la reanima.

XIX.

No teneis mas que un Padre, que es Dios, ni mas que un Señor, que es el Cristo.

Cuando se os diga pues de aquellos que ejercen sobre la tierra gran poder : Hé ahí vuestros señores, no lo creais. Si son justos, son vuestros servidores; si injustos vuestros tiranos.

Todos nacen iguales; ninguno al nacer al mundo trae consigo el derecho de mandar.

En una cuna he visto un niño llorando y babeando, y ancianos en derredor suyo que le decian : Señor; y que de rodillas le adoraban. Y he comprendido toda la miseria del hombre.

El pecado es quien ha hecho los príncipes, porque, en vez de amarse y de ayudarse como hermanos, han comenzado los hombres á perjudicarse los unos á los otros.

Entónces escogieron uno ó varios, á quienes creian los mas justos, á fin de proteger á los buenos contra los malos, y que pudiese el débil vivir en paz.

Y era el poder que ejercian un poder legítimo, porque era el poder de Dios, que quiere que reine la justicia y el poder del pueblo que los habia elegido.

Y por eso obligado estaba cada uno en conciencia á obedecerlos.

Pero no tardaron algunos en querer reinar por sí mismos, como si hubieran sido de naturaleza superior á la de sus hermanos.

El poder de estos no es el legítimo, porque es el poder de Satanás, y su imperio es el imperio del orgullo y de la codicia.

Y por eso, cuando haya de resultar un mal mayor, cada cual puede y debe en conciencia resistirles.

En la balanza del derecho eterno, vuestra voluntad pesa mas que la volûntad de los reyes; porque los pueblos son los que hacen los reyes, y son hechos los reyes para los pueblos, y no los pueblos para los reyes.

El Padre comun no ha formado los miembros de sus hijos para que fuesen quebrantados con cadenas; ni su alma para que sea lastimada por la servidumbre.

Hálos unido en familias, y todas las familias son hermanas; hálos unido en naciones, y todas las naciones son hermanas; y quienquiera que separa las familias de las familias, las naciones de las naciones, divide y separa lo que Dios ha unido, perpetra una obra de Satanás.

Lo que une entre sí á las familias con las familias, á las naciones con las naciones, es en primer lugar la ley de Dios, la ley de justicia y de caridad, y la ley en seguida de la libertad, que es tambien la ley de Dios.

Porque sin la libertad ¿qué género de union podria existir entre los hombres? Estarian unidos como está unido el caballo con el que le monta, como el azote del amo con la piel del esclavo.

Si álguien pues viene y dice : Sois mios, responded : No; somos de Dios, que es nuestro Padre, y del Cristo, que es nuestro único Señor.

XX.

No os dejeis seducir por palabras vanas. Querrán muchos convenceros de que sois realmente libres, porque habrán escrito sobre una hoja de papel la palabra de libertad, y la habrán propalado en las esquinas.

La libertad no es un pasquin para leido en una tapia. Es una influencia, un poder vivo que se siente dentro y en derredor de sí, el genio protector del hogar domestico, la

garantía de los derechos sociales, y el primero de esos mismos derechos.

El opresor que se cubre con su nombre es de todos el peor. Une la mentira á la tiranía, y á la injusticia la profanacion: porque el nombre de libertad es santo.

Guardaos pues de aquellos que dicen: Libertad, libertad, y que luego la destruyen con sus obras.

¿Elegís vosotros á los que os gobiernan, á los que os mandan que hagais esto ó no hagais lo otro, á los que ponen á contribucion vuestros bienes, vuestra industria, vuestro trabajo? Y si no sois vosotros, ¿cómo sois libres?

¿Podeis disponer de vuestros hijos como mejor os parezca, confiar á quien mas os agrade su instruccion y sus costumbres? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

Los pájaros del aire y los insectos mismos reúnense para hacer en comun lo que ninguno de ellos podria hacer solo. ¿Podeis reuniros para tratar en comun de vuestros intereses, para defender vuestros derechos, para obtener algun alivio en vuestros males? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

¿Podeis ir de un punto á otro si no se os permite, usar de los frutos de la tierra y de las producciones de vuestro trabajo, mojar siquiera un dedo en el agua del mar, y derramar de ella una gota en la mísera vasija de barro donde se cuece vuestro alimento, sin exponeros á pagar la multa y á ser llevados á la cárcel? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

¿Estáis seguros, al acostaros, de que nadie vendrá, en lo que dure vuestro sueño, á hacer un rebusco en los mas secretos sitios de vuestra vivienda, á arrancaros del seno de vuestra familia y lanzaros en un calabozo, solo porque al poder, en medio de su terror, se le haya pasado por la fantasía sospechar de vosotros? Y si no lo estáis, ¿cómo sois libres?

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando á fuerza de valor y de perseverancia os hayais emancipado de todas estas trabas.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando hayais dicho en el fondo de vuestra alma: Queremos ser libres; cuando para llegar realmente á serlo estéis dispuestos á sacrificarlo y á sufrirlo todo.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando al pié de la cruz en que el Cristo murió para redimiros, hayais jurado morir los unos por los otros.

XXI.

El pueblo es incapaz de conocer sus intereses: débesele por tanto tener siempre bajo tutela. Por ventura, ¿no les toca de derecho á los que mas saben dirigir á los que saben ménos?

De esta suerte hablan multitud de hipócritas que quieren llevar los negocios del pueblo, á fin de engordarse con la sustancia del pueblo.

Sois incapaces, dicen, de comprender vuestros intereses, y dicho esto, no os permitirán disponer de lo que es vuestro para un objeto que juzgueis útil; sino que dispondrán ellos de ello, mal vuestro grado, para otro objeto que os desagrade ó repugne.

Sois incapaces de administrar una pequeña propiedad comun, incapaces de saber lo que os conviene, de conocer vuestras necesidades y de remediarlas; y esto dicho, os enviarán hombres bien pagados, á expensas vuestras, que dirigirán vuestros negocios á su albedrío, os impedirán que hagais lo que querais hacer, y os obligarán á hacer lo que no querais.

Sois incapaces de discernir qué género de educacion os conviene dar á vuestros hijos: y por cariño á vuestros

hijos los lanzarán en sentinas de impiedad y de malas costumbres, á no que prefirais que vivan desnudos de toda instruccion.

Sois incapaces de juzgar si podeis, vosotros y vuestras familias, subsistir con el salario que os señalan por vuestro trabajo; y bajo severas leyes se os prohibirá concertaros para obtener un aumento en ese salario para que podais vivir vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Si esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seriais por cierto inferior con mucho al bruto, porque el bruto sabe cuanto de vosotros afirman que no sabeis, y bástale para saberlo el instinto.

Dios no os ha criado para que seáis rebaño de algunos otros hombres. Antes os ha hecho para vivir libremente como hermanos en sociedad. Un hermano nada tiene que mandar á su hermano. Los hermanos se unen entre sí con mutuos convenios, y esos convenios son la ley, y la ley debe de ser acatada, y todos deben unirse para impedir que la violen, porque ella es salvaguardia de todos, voluntad é interes de todos.

Sed hombres: ninguno es poderoso bastante para unciros al yugo mal vuestro grado; pero vosotros podeis sujetar el cuello á la argolla, si quereis.

Hay animales estúpidos, á los cuales se encierra en establos, que son criados para el trabajo, y cebados en su vejez para ser sus carnes comidas.

Otros hay que viven en el campo á su libertad, que nadie puede doblegar á la servidumbre, que no se dejan seducir con pérfidas caricias, ni vencer con amenazas y malos tratos.

Los hombres animosos parécense á estos; son los cobardes como los primeros.

XXII.

Comprended cómo se puede ser libre.

Para ser libre es preciso empezar por amar á Dios, porque si amais á Dios, haréis su voluntad; y la voluntad de Dios es la justicia y la caridad, sin las cuales no se da libertad.

Cuando con violencia ó con artería se toma lo que es de otro; cuando se le vulnera en su persona; cuando en cosa lícita se le impide obrar conforme á su gusto, ó se le fuerza á obrar en contra de él; cuando en cualquier manera se viola su derecho, ¿qué es esto? Una injusticia. La injusticia es pues quien destruye la libertad.

Si cada cual se amase á sí solo, y no amase mas que á sí, sin acudir al socorro de los demas, veríase á veces el pobre obligado á robar lo ajeno para vivir y sustentar á los suyos, seria el débil oprimido por el fuerte, y este por otro mas fuerte todavía; reinaria la injusticia en todas partes. La caridad es pues quien conserva la libertad.

Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos, y desaparecerá la servidumbre de la faz de la tierra.

Sabed con todo que los que se aprovechan de la servidumbre de sus hermanos, pondrán en juego los medios todos de prolongarla. Así emplearán la fuerza como la mentira.

Dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de los demas es el órden establecido por Dios; y á fin de conservar la tiranía, no temerán blasfemar contra la Providencia.

Respondedles que el Dios de ellos es Satanás, el enemigo del género humano, y el vuestro es el que ha vencido á Satanás.

Soltarán despues contra vosotros sus satélites, levantarán cárceles sin número para encerraros, os perseguirán con el hierro y con el fuego, os atormentarán y derramarán vuestra sangre como el agua de las fuentes.

Ahora bien, si no estáis resueltos á pelear sin descanso, á soportarlo todo sin doblaros, á no cansaros jamas, y á no ceder en la vida, conservad vuestras cadenas, y renunciad á una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios; sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia que os ha de poner en posesion de la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y salteadores, la injusticia, la venganza, la crueldad, sino una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa mas santa tórnase causa impía y execrable cuando se emplea el crímen para sostenerla. Puede el hombre criminal pasar de esclavo á tirano; nunca, empero, será libre.

XXIII

Señor, nosotros recurrimos á vos desde el abismo de nuestra miseria.

Como los animales que no tienen que dar á sus pequeños,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la oveja á quien robaron su cordero,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la paloma sorprendida por el sacre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el gamo entre las garras del tigre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el toro vencido del cansancio y ensangrentado por el arpon,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pájaro herido y perseguido por el perro,
Recurrimos á vos, Señor.
Como la golondrina rendida á la fatiga al cruzar los mares, y palpitante sobre las olas,
Recurrimos á vos, Señor.
Como viajeros extraviados en un desierto abrasado y sin agua,
Recurrimos á vos, Señor.
Como náufragos en playa estéril,
Recurrimos á vos, Señor.
Como aquel que, cerrada ya la noche, encuentra junto á un cementerio un espectro repugnante,
Recurrimos á vos, Señor.
Como el padre á quien le arrebatan el pedazo de pan que llevaba á sus hijos hambrientos,
Recurrimos á vos, Señor.
Como el preso, á quien injusto poderoso lanzó en calabozo húmedo y sombrío,
Recurrimos á vos, Señor.
Como el esclavo destrozado por el azote del amo,
Recurrimos á vos, Señor.
Como el inocente arrastrado al cadalso,
Recurrimos á vos, Señor.
Como el pueblo de Israel en la tierra de esclavitud,
Recurrimos á vos, Señor.
Como los descendientes de Jacob, cuyos primogénitos ahogaba el rey de Egipto en el Nilo,
Recurrimos á vos, Señor.
Como las doce tribus, cuyo trabajo aumentaban diariamente sus opresores, cercenándoles á la vez el alimento,
Recurrimos á vos, Señor.
Como todas las naciones de la tierra, ántes de que hubiese lucido la aurora de redencion,
Recurrimos á vos, Señor.

Como el Cristo enclavado en la cruz, cuando dijo: Padre, Padre, ¿por qué me habeis abandonado?

Recurrimos á vos, Señor.

Señor, vos no habeis desamparado á vuestro hijo, á vuestro Cristo, sino en la apariencia y por breve espacio: tampoco desampararéis para siempre jamas á los hermanos del Cristo. Su divina sangre, que los ha rescatado de la esclavitud en que el príncipe de este mundo los tenia, los redimirá tambien de la esclavitud en que los tienen los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus piés y sus manos taladradas, abierto su costado y cubierta su cabeza de sangrientas llagas. Dentro de la tierra misma que en herencia les dejaste, hánles ahondado un vasto sepulcro, donde los han arrojado confundidos, y han sellado la losa con un sello, en el cual, por sarcasmo, han osado grabar vuestro santo nombre. Y allí paran, Señor, yacientes, empero no para siempre. Tres dias mas, y romperáse el sello sacrílego, y será la losa quebrantada, y los que duermen se despertarán, y el reino del Cristo, que es todo justicia y caridad, y paz y alegría en el Espíritu Santo, comenzará. Así sea.

XXIV.

Cuanto en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga un sol, tíñese el horizonte en mil tintas, y parece el Oriente un mar de fuego.

Antes de que estalle la tormenta, óyese en la playa un rumor sordo, agítanse las olas como por sí mismas.

Los innumerables pensamientos diversos que se cruzan y confunden en el horizonte del mundo espiritual, son la señal precursora que anuncia la próxima salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso, y el desasosiego interior de los

pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.

Preparaos, porque los tiempos se acercan.

En aquel dia, habrá grandes terrores, y gritos tales como no se han oido desde los tiempos del diluvio.

Los reyes aullarán sobre sus tronos; en balde pugnarán por retener con entrambas manos sus coronas, arrebatadas por los huracanes, y serán con ellas barridos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de ser bajo sus ruinas sepultados.

Verásclos, errantes por los caminos, pedir á los transeuntes algunos harapos para cubrir su desnudez, un poco de pan negro para aplacar su hambre, y dudo si lo obtendrán.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán la muerte, y que querrán hacerla adorar.

Y la muerte extenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y bajará esa bendicion sobre su corazon, y cesará de latir.

Conturbaránse los sabios en su ciencia, y apareceráles como un átomo negro, cuando salga el sol de las inteligencias.

Y á medida que se alce, derretirá su calor las nubes amontonadas por la tempestad, y no serán de entónces mas sino un ligero vapor, que un viento suave barrerá hácia el Poniente.

Nunca habrá estado el cielo tan sereno, ni tan verde la tierra y tan fecunda.

Y en vez del débil crepúsculo, que llamamos dia, una luz viva y pura se irradiará de lo alto como reflejo de la faz de Díos.

Y miraránse los hombres á esta luz, y dirán : No nos co-

nocíamos á nosotros, ni conocíamos á los demas : no sabíamos lo que era el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada uno se amará á sí propio en su hermano, y tendrá á dicha servirle; y no habrá pequeños, ni habrá grandes, á causa del amor, que lo iguala todo, y las familias todas no serán mas que una familia, ni las naciones todas sino una nacion.

Hé aquí el sentido de las letras misteriosas que los ciegos judíos sobrepusieron á la cruz del Cristo.

XXV.

Era una noche de invierno. Silbaba el viento fuera, y blanqueaba la nieve los tejados.

Debajo de uno de esos tejados, en vivienda estrecha, se veian sentados, haciendo labor de manos, una mujer con cabellos blancos, y una muchacha.

Y de vez en cuando calentaba la anciana á su mezquino brasero sus manos descoloridas. Una lámpara de barro alumbraba la pobre estancia, y un rayo de la lámpara iba á morir en una imágen de la Vírgen, pendiente de la pared.

Y la inocente muchacha, alzando los ojos, contempló silenciosa un breve instante la mujer de los cabellos blancos, y luego dijo : Madre mia, no habeis vivido siempre en este abandono.

Y habia en su voz suavidad y ternura inexplicables.

Y la mujer de los cabellos blancos respondió : Hija mia, Dios es árbitro; lo que hace, bien hecho está.

Dichas estas palabras, calló por breve espacio, y repuso en seguida :

Cuando perdí á tu padre sentí un dolor que creí sin consuelo : tú con todo me quedabas; pero entónces solo en él pensaba.

Despues he pensado que si hubiera vivido, y nos hubiera visto en tal penuria, su alma se hubiera despedazado; y he conocido que Dios habia sido misericordioso para con él.

La inocente muchacha no respondió nada, pero inclinó la cabeza, y algunas lágrimas, que procuraba ocultar, cayeron sobre el retazo que en las manos tenia.

La madre añadió: Dios que ha sido misericordioso con él, lo ha sido tambien con nosotras. ¿Qué nos ha faltado, en tanto que á otros les falta todo?

Fuerza ha sido en verdad acostumbrarnos á poco, y aun eso poco granjearlo con nuestro trabajo; pero eso poco ¿no basta? ¿y no se han visto todos desde el principio condenados á vivir de su trabajo?

Dios, en su bondad, nos ha dado el pan de cada dia; ¿y cuántos carecen de él? un albergue; ¿y cuántos no saben dónde albergarse?

Me ha dado, ademas, á ti; ¿de qué puedo quejarme?

Oidas estas últimas palabras, la inocente, conmovida, cayó á los piés de su madre, tomóle las manos, las besó, é inclinóse llorando sobre su regazo.

Y la madre, esforzando la voz, como mas pudo: Hija mia, no está la dicha en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está aqui abajo, ni nuestro amor tampoco; ó si está es solo de paso.

Despues de Dios, tú lo eres todo para mí en este mundo, pero este mundo se desvanece como un sueño, y por eso se sublima mi amor contigo á otro mundo mejor.

Cuando te llevaba en mi seno, rogué un dia con mas fervor á la Vírgen María, y aparecióme en tanto que dormia, y me parecia que con celestial sonrisa me presentaba una criatura.

Y cogí la criatura que me presentaba, y, cuando la tuve

en mis brazos, colocó la Vírgen María sobre su cabeza una corona de rosas blancas.

Pocos meses despues naciste, y la dulce vision no se apartaba de mis ojos.

Diciendo esto, la anciana encanecida se estremeció, y estrechó contra su corazon á la inocente muchacha.

De allí á poco tiempo una alma bienaventurada vió dos figuras luminosas remontarse al cielo; un coro de ángeles las acompañaba, y vibraban en el aire los cánticos de alegría.

XXVI.

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que hiere vuestro oido no es sino un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y gime en el seno de la creacion.

Porque toda criatura gime, toda criatura pugna por nacer á la vida verdadera, por pasar de las tinieblas á la luz, de la region de las apariencias á la de las realidades.

Ese sol brillante, tan hermoso, no es sino el ropaje, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbra y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdecida, no es sino la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, tambien degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejais á un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoge dentro de sí mismo le entreve como á lo léjos. Secretas influencias que duermen dentro de [illegible] momento, solevantan una punta del velo que el tiempo

tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estáis tambien en la orilla del Océano de los seres; no penetrais, empero, sus honduras. Caminais á la caida de la tarde á orillas del mar, y solo divisais un poco de espuma, que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento : como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hácia el Empíreo.

XXVII.

¿Quién se apiñaba al rededor del Cristo para oir su palabra? El pueblo.

¿Quién le seguia en la montaña y en los sitios desiertos para escuchar sus lecciones? El pueblo.

¿Quién queria elegirle por rey? El pueblo.

¿Quién extendia sus vestiduras y arrojaba palmas delante de él, gritando Hossannah, á la sazon de su entrada en Jerusalen? El pueblo.

¿Quién se escandalizaba á causa de los enfermos que curaba el dia del sábado? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le interrogaba insidiosamente y le tendia lazos para perderle? Los escribas y los fariseos.

¿Quién decia de él : Está poseido? ¿Quién le llamaba hombre de gula, y amante de la buena vida? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemo? ¿quiénes se [illegible] para darle muerte? ¿quién le crucificó en el Calvario, [illegible]alteadores de caminos?

[illegible]seos, los doctores de la ley, el rey

Heródes y sus cortesanos, el gobernador romano y los príncipes de los sacerdotes.

Su astucia hipócrita engañó al mismo pueblo. Moviéronle á pedir la muerte de aquel que le habia alimentado en el desierto con siete panes, que devolvia la salud á los enfermos, la vista á los ciegos, el oido á los sordos, y el uso de sus miembros á los paralíticos.

Pero Jesus, viendo que habian seducido á aquel pueblo como la Serpiente sedujo á la mujer, rogó á su Padre, diciendo : Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y sin embargo, diez y ocho siglos han pasado, y el Padre no los ha perdonado todavía, y arrastran su suplicio por la redondez de la tierra, y por todas partes el esclavo tiene que bajarse para verlos.

La misericordia del Cristo no reconoce excepcion. Ha venido al mundo para salvar, no á algunos hombres, sino á los hombres todos; para cada uno de ellos ha tenido una gota de sangre.

Pero especialmente amaba con amor de prediteccion á los pequeños, á los débiles, á los humildes, á los pobres, á aquellos que sufren.

Latia su corazon sobre el corazon del pueblo, y el corazon del pueblo latia sobre el suyo.

Y allí es, sobre el corazon del Cristo, donde los pobres enfermos se reaniman, y donde los pueblos oprimidos reciben fuerza y valor para emanciparse.

¡Ay de aquellos que se alejan de él y que le niegan! Su miseria es irremediable y eterna su servidumbre.

XXVIII.

Tiempos se han visto en que el hombre creia ofrecer á

Dios un sacrificio agradable, degollando al hombre cuyas creencias diferian de las suyas.

Mirad con horror esos homicidios execrables.

¿De qué suerte pudiera la muerte del hombre agradar á Dios, que ha dicho al hombre: No matarás?

Cuando la sangre del hombre corre sobre la tierra, como ofrenda al Señor, acuden los espíritus infernales á beberla, y éntranse en aquel que la ha derramado.

Comiénzase solo á perseguir cuando se pierde la esperanza de convencer; y quien desespera de convencer, ó blasfema en su interior el poder de la verdad, ó carece él mismo de confianza en la verdad de las doctrinas que anuncia.

¿Qué insania mayor que decir á los hombres: Creed ó morid?

La fe es hija del Verbo: penetra en los corazones con la palabra, y no con el puñal.

Jesus pasó haciendo bien, cautivando con la bondad, y moviendo con su dulzura las almas mas empedernidas.

Sus labios divinos bendecian, y no maldecian sino á los hipócritas. No escogió, empero, verdugos para apóstoles.

Decia á los suyos: Dejad que crezcan juntos hasta la siega el bueno y el mal grano: el padre de familia separará en la era.

Y á aquellos que le querian obligar á hacer descender el fuego del cielo sobre una ciudad incrédula: Vosotros no sabeis cuál espíritu es el vuestro.

El espíritu de Jesus es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Los que en su nombre persiguen, los que escrutan las conciencias con la espada, los que atormentan el cuerpo para convertir el alma, los que provocan las lágrimas, en vez de enjugarlas, esos todos no participan del espíritu de Jesus.

¡Ay del que profana el Evangelio, tornándole para los hombres objeto de terror! ¡ay del que escribe la nueva feliz sobre hoja ensangrentada!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo os arrastraban al cadalso, os arrojaban á las fieras en el anfiteatro para servir de solaz al populacho, os lanzaban por miles en el fondo de las minas y en las cárceles, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los piés como lodo de las plazas públicas; y para celebrar vuestros misterios proscritos no teniais mas asilo que las entrañas de la tierra.

¿Qué decian vuestros perseguidores? Decian que propalabais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, cual la llamaban, alteraba el órden y la paz pública; que, violadores de las leyes y del género humano, conmoviais el imperio al conmover la religion del imperio.

Y en tanta penuria, bajo opresion tanta, ¿qué pediais? Libertad. Reclamabais el derecho de no obedecer sino á Dios, de servirle y de adorarle segun vuestra conciencia.

Aunque se engañen en su fe, cuando reclamen otros de vosotros ese derecho sagrado, respetadlo en ellos, bien así como queriais que le respetasen en vosotros los paganos.

Respetadlo para no manchar al ménos la memoria de vuestros confesores, para no profanar siquiera las cenizas de vuestros mártires.

La persecucion tiene dos filos; así hiere á la derecha como á la izquierda.

Si olvidáreis las lecciones del Cristo, acordaos al ménos de las catacumbas.

XXIX.

Conservad con esmero en vuestras almas la justicia y la caridad; ellas serán vuestra salvaguardia, ellas lanzarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce las discordias y as disensiones. lo que engendra los litigios que escandalizan á los buenos y arruinan las familias, es mas que nada el sórdido interes, la insaciable codicia de adquirir y poseer.

Trabajad, pues, sin cesar en vencer esa codicia que el enemigo malo excita de continuo dentro de vosotros.

¿Qué os llevaréis de todas esas riquezas que hayais acumulado por buenas y por malas vias? Poco le basta al hombre que tan poco vive.

Otra causa de interminables disensiones son las malas leyes.

Y sin embargo apénas hay leyes buenas en el mundo.

¿Qué otra ley necesita quien profesa la ley del Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y no hay nadie que, conservando esta ley en su corazon, no pueda juzgarse á sí mismo fácilmente.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

Si los hijos del Cristo tienen altercados entre sí, no deben llevarlos ante los tribunales de los que oprimen la tierra y la corrompen.

¿No hay ancianos entre ellos? ¿Y esos ancianos no son sus padres, conocedores de la justicia y amantes de ella?

Vayan, pues, y busquen uno de esos ancianos, y díganle: Padre mio, no hemos podido concertarnos mi hermano y yo; os rogamos que nos juzgueis.

Y escuchará el anciano las quejas de entrambos, y juzgará entre ellos, y ya juzgados los bendecirá.

Y si se avienen á este juicio, permanecerá sobre ellos la bendicion; de no, tornará al anciano, que habrá juzgado en justicia.

Nada hay imposible para los que viven unidos, así para el bien, como para el mal. El dia por tanto en que os unais será el dia de vuestra redencion.

Cuando los hijos de Israel yacian oprimidos en la tierra

de Egipto, si cada uno de ellos, olvidando á sus hermanos, hubiera intentado salir solo, ni uno hubiera escapado; salieron, empero, todos juntos, y nadie los detuvo.

Vosotros estáis tambien en la tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraon, y bajo el azote de sus cómitres. Recurrid, pues, al Señor, Dios vuestro, levantaos despues y salid juntos.

XXX.

Cuando se hubo amortiguado la caridad, y cuando hubo empezado á crecer la injusticia sobre la tierra, dijo Dios á uno de sus siervos: Vé en mi nombre hácia ese pueblo, y anúnciale lo que veas; y lo que veas sucederá en verdad, si, saliéndose de la senda torcida, no se arrepiente y se vuelve hácia mí.

Y el siervo de Dios obedeció, y vestido de un saco, y habiendo derramado ceniza sobre su cabeza, fuése hácia la multitud, y alzando su voz decia:

¿Por qué irritais al Señor para vuestra perdicion? Dejad las sendas torcidas, arrepentíos, y volveos hácia él.

Y oyendo estas palabras, compungíanse unos, y otros se mofaban, diciendo: ¿Quién es este, y qué nos viene á contar? ¿quién le ha dado mision para reprendernos? Es un loco.

Y de repente, el Espíritu de Dios se apoderó del profeta, y descorrióse el velo del tiempo ante sus ojos, y pasaron los siglos delante de él.

Y rasgando sus vestiduras: De esta suerte, dijo, será destrozada la familia de Adan.

Los hombres de iniquidad han compartido la tierra: han contado sus habitantes, como se cuenta el ganado, por cabezas.

Han dicho: Repartámonos esto, y hagamos de ello moneda para nuestros usos.

Hase hecho la reparticion, y cada cual ha cogido la parte que le ha tocado, y la tierra y sus habitantes han venido á ser propiedad de hombres inicuos, y allá en su conciliábulo se han preguntado : ¿ Cuánto vale nuestra propiedad? Y todos á una voz han respondido : Treinta dineros.

Y han comenzado á traficar entre ellos con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, trueques : hombres en cambio de tierra, tierra en cambio de hombres, y oro por señal.

Y cada cual ha codiciado la parte de los otros, y hanse degollado para expoliarse mutuamente, y, con la sangre que ha corrido, han escrito sobre un pedazo de papel : Derecho; y sobre otra : Gloria.

¡ Basta, Señor, basta !

Hé aquí dos que arrojan sus arpones de hierro sobre un pueblo. Cada uno se lleva un pedazo.

La espada ha pasado y vuelto á pasar. ¿ Oís esos gritos agudísimos? Son los quejidos de las esposas, y los lamentos de las madres.

Señor, Señor, ¿ habrá de ser eterna vuestra ira? ¿ vuestro brazo no se extenderá jamás sino para herir? Perdonad á los padres en gracia de los hijos. Dejaos mover por el llanto de esas pobres y pequeñas criaturas, que no distinguen todavía su mano izquierda de la diestra.

El mundo se agranda, la paz va á renacer. Habrá sitio para todos.

¡ Maldicion ! ¡ maldicion ! La sangre corre á rios, y rodea la tierra como faja roja.

¿ Quién es ese anciano que habla de justicia, una copa envenenada en la una mano, y acariciando con la otra á una prostituta que le apellida su padre?

Y dice : La raza de Adan me pertenece. ¿ Quiénes son los mas fuertes entre vosotros, y se la distribuiré?

Y lo que ha dicho, lo hace; y desde su trono, sin levantarse siquiera, señala su presa á cada uno.

Y todos devoran, devoran; y su hambre va en aumento, y agólpanse los unos sobre los otros, y la carne palpita, y los huesos crujen entre los dientes.

Ábrese un mercado, condúcense á él las naciones con la soga al cuello; las palpan, las pesan; hácenlas andar y correr: tanto valen, ménos cuanto. No es ya el tumulto y la confusion anterior, sino un comercio ordenado.

¡Bienaventuradas las aves del cielo y los animales de la tierra! Nadie los violenta; van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar y muelen?

Hijos de Adan, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen á polvo, vosotros.

Y á medida que el profeta lanzaba sobre el porvenir esos destellos siniestros, apoderábase un terror misterioso de los que le escuchaban.

Cesó su voz de oirse de repente, y pareció como absorto en meditacion profunda. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el pecho y en palpitante agonía.

Entónces el profeta: Señor, no habeis abandonado á este pueblo en su miseria; no le habeis entregado para siempre á sus opresores.

Y asió de dos ramas, y desnudólas de sus hojas, y, habiéndolas cruzado, uniólas, y las alzaba sobre la multitud, diciendo: Esta será vuestra salvacion, por este signo venceréis.

É hízose noche, y el profeta desapareció como sombra que pasa, y se dispersó la muchedumbre por todas partes en medio de las tinieblas.

XXXI.

Cuando despues de larga sequía cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe esta ansiosa agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Así tambien las naciones sedientas beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, á semejanza de vivificante rocío.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad germinarán en su seno.

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya mas la voz del amo, ni la voz del esclavo, los gemidos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendicion.

Los padres dirán á sus hijos : Nuestros primeros dias han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonías. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien ántes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas : Contemplad nuestras frentes, ahora tan serenas : el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan á la superficie de un lago, cuando en la primavera ningun viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien ántes de morir!

Y dirán los mancebos á las vírgenes : Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; empero cuando os vemos y cuando paramos á vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensacion, que solo tiene nombre en el cielo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien ántes de morir!

Y responderán las vírgenes : Ajanse las flores y pasan:

dia llega en que ni el rocío las refresca, ni la luz las tiñe. En la tierra solo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; dulces nos son tambien los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien ántes de morir!

XXXII.

Yo vi una haya elevarse á maravillosa altura. Desde la copa hasta el tronco casi tendia enormes ramas, que cubrian la tierra toda en derredor, de suerte que esta paraba desnuda, ni una yerbecilla producia. Al pié del coloso nacia una encina, que, despues de haberse elevado algunos piés, se encorvaba, extendíase despues horizontal, tornábase á endeiezar, y de nuevo se torcia; veíasela, en fin, alargando su cabeza flaca y desnuda bajo las ramas robustas del haya, como en demanda de aire y de luz.

Y díjeme á mí mismo: Así crecen los pequeños á la sombra de los grandes.

¿Quién se reune en derredor de los poderosos del mundo? ¿quién se acerca á ellos? No en verdad el pobre; se le expulsa; tal presencia empañaria sus miradas. Apártasele con cuidado de su vista y de sus palacios; ni aun le consienten atravesar sus jardines, para todos abiertos, ménos para él, porque su cuerpo, gastado por el trabajo, viste las ropas de la indigencia.

¿Quién, pues, se reune en derredor de los poderosos del mundo? Los ricos y los aduladores que quieren llegar á serlo, mujeres perdidas, ministros infames de sus secretos placeres, farsantes y juglares, bufones que divierten su conciencia, y falsos profetas que los extravían.

¿Quién mas? Los hombres de violencia y astucia, agentes de opresion, espoliadores, cuantos dicen, en fin: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos correr su oro en vuestros cofres, y su sustancia en vuestras venas.

Allí donde yace el cuerpo, se reunirán las águilas.

Los pajarillos inocentes construyen su nido en la yerba, y las aves de rapiña en árboles altos.

XXXIII.

En la estacion en que las hojas amarillean, un anciano, cargado con un haz de ramas, volvia lentamente hácia su choza, situada en la pendiente de un valle.

Y hácia la parte por donde el valle tenia salida, veíanse por entre los árboles desparcidos los oblicuos rayos del sol, oculto ya detras del horizonte, deslizarse entre las nubes al Poniente, y teñirlas de colores infinitos, que se iban borrando poco á poco.

Y el anciano, ya en su choza, única propiedad con un trozo de tierra en derredor, soltó el haz de ramas, sentóse sobre un asiento de madera ennegrecido por el humo del hogar, é inclinó la cabeza sobre el pecho como absorto en profunda meditacion.

Y de vez en cuando su pecho henchido exhalaba un breve sollozo, y con voz cascada decia:

Yo no tenia mas que un hijo: hánmelo tomado; no tenia mas que una vaca: hánmela llevado por el impuesto de mi tierra.

Y luego con voz mas débil repetia: Hijo mio, hijo mio; y una lágrima humedecia sus párpados gastados, empero sin desprenderse.

En tanto que asi se acongojaba, oyó á álguien que decia: Padre mio, ¡sea la bendicion de Dios sobre vos y sobre los vuestros!

Los mios, dijo el anciano; ¡ay! ya no hay nadie que me pertenezca, soy solo.

Y, levantando los ojos, echó de ver á un peregrino, en pié, á la puerta, apoyado en su báculo; y no ignorando que Dios es quien envía los huéspedes, díjole:

Devuélvaos Dios vuestra bendicion. Entrad, hijo; cuanto tiene el pobre es del pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de ramas, púsose á preparar la comida al viajero.

Nada en tanto bastaba á distraerle del pensamiento que le agobiaba, que pesaba allí continuo sobre su corazon.

Y el peregrino, sabedor de lo que tan amargamente le conturbaba, díjole: Padre mio, Dios quiere probaros por mano de los hombres. Vense con todo miserias mas grandes que vuestra miseria. No es el oprimido quien mas padece, sino los opresores.

Meneó el anciano la cabeza, y nada respondió.

Repuso el peregrino: Lo que ahora dudais, en breve lo creeréis.

Y habiéndole hecho sentar, puso las manos sobre sus ojos, y cayó el anciano en un sueño, semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que sorprendió á Abrahan, cuando Dios le quiso mostrar las futuras desdichas de su raza.

Parecióle haber sido trasportado á un gran palacio, junto á un lecho, y habia al lado del lecho una corona, y un hombre en el lecho, que dormia, y lo que por aquel hombre pasaba, lo veia el anciano, bien así como durante el dia ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba, allí echado sobre su cama de oro, oia como gritos confusos de hambrienta muchedumbre que pide pan. Semejaba aquel ruido el ruido de las olas que se estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecia la tempestad, y se aumentaba el ruido; y el hombre

que dormia veia las olas elevarse por momentos, y azotar ya las paredes del palacio, y hacia esfuerzos extraordinarios como si quisiera huir, y no podia, y era suma su agonía.

En tanto que le miraba espantado, se vió el anciano de repente trasportado á otro palacio. El que en él yacia acostado, mas semejaba cadáver que hombre vivo.

Y, en su sueño veia delante de él cabezas cortadas; y, abriendo la boca, decíanle aquellas cabezas:

Nosotros nos habíamos sacrificado por ti, y hé aquí el premio que te hemos merecido. Duerme, duerme; nosotros no dormimos. Que acechamos la hora de la venganza; que se acerca.

Y helábase la sangre en las venas del hombre dormido. Y se decia á sí mismo: Si pudiese al ménos dejar mi corona á esta criatura; y sus ojos vidriados se volvian hácia una cuna, sobre la cual habian puesto una diadema de reina.

Pero cuando empezaba á serenarse y á consolarse con este pensamiento, otro hombre, que le semejaba en las facciones, asió de la criatura y estrellóla contra la pared.

Y sintióse el anciano desfallecer de horror.

Y vióse trasladado al propio tiempo á dos parajes distintos; y, aunque separados aquellos parajes, para él no eran sino uno.

Y vió dos hombres, que por la edad hubieran podido parecer el mismo hombre, y comprendió que habian sido criados en el mismo seno.

Y era su sueño el sueño del reo, que ha de ser ajusticiado al despertarse. Pasaban delante de ellos sombras envueltas en sangrientas mortajas, y cada una de ellas al pasar los tocaba, y retirábanse sus miembros y se contraian, como para zafarse de aquel contacto de la muerte.

Mirábanse luego uno á otro con una especie de horrible

sonrisa, y encendíanse sus ojos, y sus manos se agitaban convulsivamente, apretando un mango de puñal.

Y el anciano vió en seguida un hombre pálido y flaco. Las sospechas deslizábanse en tropel hácia su lecho, destilaban su ponzoña sobre su faz, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundian lentamente sus uñas en su cráneo mojado de sudor frio. Y una figura humana, blanca como un cendal, se le acercó, y sin hablar señaló con el dedo una mancha cárdena que le rodeaba el cuello. Y en la cama en que yacia, chocaron una con otra las rodillas del hombre descolorido, y entreabrióse su boca de terror, y dilatáronse sus ojos horriblemente.

Y el anciano, yerto de espanto, se sintió trasportado á otro palacio mas grande.

Y el que allí dormia respiraba con gran dificultad. Un espectro negro paraba encogido sobre su pecho y le miraba con befa. Y hablábale al oido, y tornábanse sus palabras visiones en el alma del hombre, á quien oprimia y hollaba con sus huesos puntiagudos.

Y veíase este rodeado de innumerable muchedumbre que lanzaba gritos espantosos:

Nos has prometido libertad, y nos has dado esclavitud.

Nos has prometido reinar por las leyes, y no hay mas leyes que tus caprichos.

Nos has prometido respetar el pan de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para engruesar tus tesoros.

Nos has prometido gloria, y nos has granjeado el desprecio de los pueblos, y su justo aborrecimiento.

Húndete, húndete, y vé á dormir con los perjuros y los tiranos.

Y sentíase precipitado, arrastrado por esa muchedumbre, y agarrábase á sus sacos de oro, y los sacos reventaban y se escapaba el oro, y se esparcia rodando por el suelo.

Y le parecia que vagaba pobre por el mundo, y que, acosado de la sed, pedia de beber por caridad, y que le brindaban un vaso lleno de lodo, y que huian todos de él y le maldecian todos, porque estaba marcado en la frente con la señal de los traidores.

Y el anciano apartó la vista de él con asco.

Y en otros dos palacios vió otros dos hombres soñando suplicios. Porque, decian ellos, ¿dónde estaremos seguros? Minado está el suelo debajo de nuestros piés : las naciones nos detestan, hasta los párvulos en sus oraciones piden á Dios dia y noche que se vea libre su tierra de nosotros.

Y condenaba el uno á dura cárcel, es decir, á todos los tormentos del cuerpo y del alma y á muerte de hambre, á desdichados acusados de haber pronunciado la palabra *patria* : y el otro, despues de haber confiscado sus bienes, mandaba arrojar en hondos calabozos á dos muchachas, culpables de haber cuidado á sus hermanos heridos en un hospital.

Y como se fatigasen en esta faena, propia de verdugos, llegáronles mensajeros.

Y uno de los mensajeros decia : Vuestras provincias del Mediodía han roto sus cadenas; y con los pedazos han ahuyentado á vuestros gobernadores y soldados.

Y el otro : Vuestras águilas han sido destrozadas á orillas del gran rio ; las aguas se llevan sus restos.

Y revolcábanse los dos reyes en sus tálamos.

Y vió el anciano otro tercero. Habia lanzado á Dios de su corazon, y en su corazon, en el lugar de Dios, habia un gusano que le roia sin cesar, y cuando se avivaba su angustia, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrian de roja espuma.

Y parecíale estar en una llanura inmensa, solo, con el gusano que no le dejaba. Y era aquella llanura un cementerio de un pueblo degollado.

Y hé aquí que de repente la tierra se conmueve; ábrense los sepulcros, álzanse los muertos, y se adelantan en tropel; y no podia ni hacer un movimiento, ni exhalar un grito.

Y todos aquellos muertos, hombres, mujeres, niños, le miraban silenciosos; y pasado un breve espacio, cogieron con el mismo silencio las losas de las tumbas, y pusiéronlas en torno suyo.

Llegáronle primero á las rodillas, al pecho despues, á la boca en fin, y extendia con gran violencia los músculos de su cuello para respirar todavía una vez; empero el edificio se elevaba sin cesar, y, una vez acabado, perdíase su cúpula en una nube.

Las fuerzas del anciano comenzaban á abandonarle : su alma se dilataba de espanto.

Y hé aquí que habiendo atravesado varias salas desiertas, divisa en un breve aposento, y sobre un lecho escasamente alumbrado por la pálida llama de una lámpara, un hombre gastado por los años. . . . .

. . . .

. . . .

Y fué la última vision. Y habiéndose despertado el anciano, dió gracias á la Providencia por la parte, tal cual era, que en las miserias de la vida le habia tocado.

Y díjole el peregrino : Esperad y orad; la oracion lo consigue todo. Vuestro hijo no está perdido ; vuestros ojos han de volverle á ver ántes de cerrarse para siempre. Esperad en paz el dia del Señor.

Y el anciano esperó en paz.

XXXIV.

No proceden de Dios los males que afligen á la tierra, porque Dios es amor, y cuanto ha hecho es bueno ; proce-

den, sí, de Satanás, á quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han adoptado á Satanás por padre y por señor.

Empero los hijos de Satanás son infinitos en el mundo. A medida que pasan, Dios escribe sus nombres en un libro sellado, que será abierto y leido de todos á la consumacion de los tiempos.

Hay hombres que no aman sino á sí mismos; y estos son hombres de odio, porque no amar sino á sí mismo es aborrecer á los demas.

Hay hombres de orgullo, que no pueden sufrir iguales, que quieren mandar siempre y dominar.

Hay hombres de codicia, que solicitan oro de continuo, honores, goces, y que nunca de ellos se ven hartos.

Hay hombres de rapiña que acechan al débil para despojarle, ora por fuerza, ora por arterías, y que giran de noche cabe la morada de la viuda y del huérfano.

Hay hombres de homicidio, que abrigan pensamientos violentos, que dicen: Sois nuestros hermanos; y matan á los que llaman hermanos, tan pronto como los sospechan de oponerse á sus designios, y que escriben leyes con su sangre.

Hay hombres de miedo, que tiemblan ante el malvado, y bésanle la mano, creyendo de esa suerte sustraerse á su opresion, los cuales, cuando un inocente se ve atacado en medio de la plaza pública, se apresuran á recogerse en su casa, y á cerrar las puertas.

Esos hombres todos han destruido la paz, la seguridad, y la libertad en la tierra.

No alcanzaréis pues libertad, seguridad, ni paz sino peleando en contra de ellos sin cesar.

La ciudad que han construido es ciudad de Satanás; á vosotros toca reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, ama cada cual á sus hermanos como á sí mismo, y por eso no se ve en ella ninguno des-

amparado, y no padece ninguno, si remedio hay para sus padecimientos.

En la ciudad de Dios, son todos iguales, nadie domina, porque en ella solo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, posee cada cual sin género de temor lo que le pertenece, sin codiciar nada mas, porque lo que es de cada uno es de todos, y todos poseen á Dios, que encierra en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios, ninguno sacrifica á los demas á su interes propio, sino ántes cada uno está siempre dispuesto á sacrificarse por los demas.

Si en la ciudad de Dios se intrduce un malvado, apártanse todos de él, y aúnanse todos para sujetarle, ó expulsarle, porque el malvado es el enemigo de cada uno, y el enemigo de cada uno es el enemigo de todos.

Cuando hayais reedificado la ciudad de Dios, reverdecerá la tierra, y tornarán á florecer los pueblos, porque entónces habréis vencido á los hijos de Satanás que oprimen á los pueblos y asuelan la tierra, á los hombres de orgullo, á los hombres de rapiña, á los hombres de homicidio, y á los cobardes.

XXXV.

Si se vieran los opresores de las naciones abandonados á sí mismos, sin apoyo, sin auxilio extranjero, ¿qué podrian en contra de ellas?

Si para mantenerlas en la servidumbre no tuvieran mas auxilio que el auxilio de aquellos á quienes la servidumbre aprovecha, ¿qué significaria tan corto número contra pueblos enteros?

La sabiduría de Dios ha ordenado las cosas de esa suerte, á fin de que los hombres puedan siempre resistir á la tiranía; y tornaríase la tiranía imposible, si comprendiesen los hombres la sabiduría de Dios.

Pero, habiendo vuelto el pensamiento á otros fines, los dominadores del mundo han opuesto á la sabiduría de Dios, que los hombres no comprendian, la sabiduría del príncipe de este mundo, de Satanás.

Y Satanás, rey de los opresores de las naciones, les sugirió, para asegurar su tiranía, una astucia infernal.

Díjoles: Hé aquí lo que habeis de hacer. Tomad en cada familia los mancebos mas robustos, y dadles armas; adiestradlos á manejarlas, y ellos pelearán por vosotros contra sus padres y sus hermanos; porque yo les haré creer que es accion gloriosa.

Yo les fabricaré dos ídolos, que habrán por nombre Honor y Fidelidad, y una ley que se llamará Obediencia pasiva.

Y adorarán esos ídolos y se someterán ciegamente á esa ley, porque seduciré su entendimiento, y ya nada tendréis que temer.

Hicieron los opresores de las naciones lo que Satanás les habia dicho, y tambien cumplió Satanás lo que prometido habia á los opresores de las naciones.

Vióse entónces á los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar á sus hermanos, aherrojar á sus padres, y desconocer hasta las entrañas que los habian criado.

Cuando se les decia: En nombre de cuanto es en el mundo sagrado, meditad la injusticia, pensad en la atrocidad de lo que os mandan, respondian ellos: Nosotros no pensamos; obedecemos.

Y cuando se les decia: ¿No queda en vosotros destello alguno de amor á vuestros padres, á vuestras madres, á vuestros hermanos? respondian: Nosotros no amamos; obedecemos.

Y cuando se les mostraban los altares del Dios que ha criado al hombre, y del Cristo que le ha redimido, excla-

maban : Esos son los Dioses de la patria : nuestros Dioses, empero, son los Dioses de sus señores, la Fidelidad y el Honor.

Yo os lo digo en verdad, desde la seduccion de la primera mujer por la Serpiente, no ha vuelto á haber mas espantosa seduccion que esta.

Empero toca á su término. Cuando el espíritu malo fascina las almas rectas, es solo por cierto tiempo. Pasan como al traves de horrible ensueño, y al despertarse bendicen á Dios que las ha aliviado de aquel tormento.

Esperad algunos dias mas, y aquellos que peleaban en favor de los opresores pelearán en favor de los oprimidos ; aquellos que peleaban por mantener en cadenas á sus padres, á sus madres, á sus hermanos, pelearán por emanciparlos.

Y huirá Satanás al abismo con los dominadores de las naciones.

XXXVI

Jóven soldado, ¿ adónde vas ?

Voy á pelear por Dios y los altares de la patria.

¡ Benditas sean tus armas, jóven soldado !

Jóven soldado, ¿adónde vas ?

Voy á pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos, por los derechos sagrados del género humano.

¡ Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿ adónde vas?

Voy á pelear para libertar á mis hermanos de la opresion, para quebrantar sus cadenas, y las cadenas del mundo.

¡ Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿ adónde vas?

Voy á pelear contra los hombres inicuos, en favor de aquellos á quienes oprimen y huellan con los piés, contra

los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy mas no sean todos presa de unos pocos, para enderezar las cabezas inclinadas; y sostener las rodillas que flaquean.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que hoy mas no maldigan los padres el dia en que les fué dicho: Un hijo os ha nacido; ni las madres aquel en que le estrecharon por primera vez contra su seno.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy mas no se acongoje el hermano viendo á su hermana marchitarse como la yerba que la tierra rehusa alimentar; para que en adelante no contemple llorosa la hermana al hermano que parte y que no ha de volver.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que coma en paz cada uno el fruto de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los pequeñuelos que piden pan, y á quienes responden: Ya no hay pan; hannos llevado el que nos quedaba.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por el pobre, para que en adelante no vuelva á ser despojado de la parte que en comun herencia le toca.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para extirpar el hambre en las cabañas,

para tornar á las familias la abundancia, la seguridad y el contento.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para devolver á aquellos que fueron por los opresores lanzados en los calabozos el aire que falta á su respiracion, y la luz que sus ojos buscan.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para echar por tierra las barreras que separan los pueblos, y los impiden abrazarse como hijos del mismo Padre, destinados á vivir unidos en un mismo amor.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para emancipar de la tiranía del hombre el pensamiento, la palabra, la conciencia.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por las eternas leyes emanadas de arriba, por la justicia que protege los derechos, por la caridad que endulza los males inevitables.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que tengan todos un Dios en el cielo, y una patria en la tierra.

¡Benditas sean tus armas, siete veces benditas, jóven soldado!

XXXVII.

¿Por qué os fatigais vanamente en vuestra miseria? Vuestro deseo es bueno, empero no sabeis cómo llevarlo á cabo.

Tened presente esta máxima : Solo aquel puede devolver la vida, que ha dado la vida.

Sin Dios, nada conseguiréis.

Os volveis y revolveis sobre vuestro lecho de dolor ; ¿qué alivio habeis encontrado?

Habeis derribado algunos tiranos, y tras ellos han venido otros peores que los primeros.

Habeis abolido las leyes de servidumbre, y habeis recibido leyes de sangre, y otra vez leyes de servidumbre.

Desconfiad pues de los hombres que se interponen entre Dios y vosotros, porque su sombra os le oculta. Esos hombres abrigan malos designios.

Porque de Dios procede la fuerza que emancipa, porque de Dios procede el amor que une.

¿Qué cosa puede hacer en favor vuestro un hombre que no tiene mas regla que su pensamiento, ni mas ley que su voluntad?

Aun entónces cuando procede de buena fe, y cuando no anhela sino el bien, es fuerza que os dé su voluntad por ley, y por regla su pensamiento.

Ahora bien, no hacen otra cosa los tiranos.

No vale la pena de trastornarlo todo, y de exponerse á todo, para poner en lugar de una tiranía otra tiranía.

No consiste la libertad en que sea este quien domine en vez de esotro ; sino en que no domine ninguno.

Pero donde Dios no reina, fuerza es que domine un hombre ; y eso se ha visto en todos tiempos.

El reinado de Dios, yo os lo digo de nuevo, es el reinado de la justicia en los ánimos, y el de la caridad en los corazones: y estriba sobre la tierra su fundamento en la fe en Dios, y en la fe en el Cristo, que ha promulgado la ley de Dios, la ley de caridad y la ley de justicia.

La ley de justicia enseña que todos son iguales ante su Padre, que es Dios, y ante su único Señor, que es el Cristo.

La ley de caridad les enseña á amarse y á ayudarse mutuamente, como hijos de un mismo Padre y discípulos de un mismo Maestro.

Y entónces son libres, porque ninguno manda á otro, si no ha sido libremente escogido por todos para mandar, y no puede arrebatarles nadie su libertad, porque están todos unidos para defenderla.

Empero los que os dicen : Hasta nosotros no se ha sabido lo que es justicia; la justicia no procede de Dios, sino del hombre; fiaos de nosotros, y nosotros os fabricaremos una que os satisfaga :

Esos os engañan, ó, si os prometen sinceramente la libertad, engáñanse á sí mismos.

Porque exigen de vosotros que los reconozcais señores, y de esa suerte no seria vuestra libertad sino otro género de obediencia á esos nuevos señores.

Respondedles que vuestro señor es el Cristo, que no quereis otro ninguno, y el Cristo os emancipará.

XXXVIII.

Habeis menester gran paciencia é infatigable valor, porque no venceréis en un dia.

La libertad es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente.

Empiezan muchos con ardor, y cánsanse despues, ántes de haber llegado á la estacion de la recoleccion.

Parécense á los hombres muelles y cobardes que, no pudiendo soportar el trabajo de arrancar en su heredad las malas yerbas á medida que crecen, siembran y no recogen, porque han dejado que fuese la buena semilla sofocada.

Yo os lo digo, siempre hay hambre en ese país.

Parécense tambien á los hombres insensatos, que, des-

pues de haber edificado hasta el tejado una casa para albergarse en ella, déjanla sin cubrir y tejar, por no tomarse un poco mas de trabajo.

Sobrevienen los vientos y las aguas, y viénese la casa al suelo, y vense de repente los que la habian construido sepultados debajo de sus ruinas.

Aun cuando se hubiesen visto malogradas vuestras esperanzas no solo siete veces, sino setenta veces siete veces, no perdais nunca la esperanza.

Cuando hay fe, la justa causa acaba por triunfar, y aquel se salva que persevera hasta el fin.

No digais : Es demasiado sufrir para alcanzar bienes que han de lograrse tan tarde.

Si llegan esos bienes tarde, si solo por poco tiempo gozais de ellos, ó aun si no os fuese dado alcanzarlos, gozarán de ellos vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos.

Ved que solo tendrán lo que vosotros les dejeis; ved si quereis dejarles grillos, y hambre, y el azote en herencia.

Aquel que se pregunta á sí mismo cuánto vale la justicia, profana la justicia en su corazon ; y el que calcula lo que cuesta la libertad, renuncia en su corazon á la libertad.

La libertad y la justicia os pesarán en la misma balanza en que las hayais vosotros pesado. Aprended pues á conocer su precio.

Pueblos hay que no lo han conocido, y nunca miseria igualó su miseria.

Si hay en la tierra alguna cosa verdaderamente grande, es la resolucion firme de un pueblo que camina bajo los auspicios de Dios, sin cansarse un momento, á la conquista de los derechos que de él recibió; que no cuenta ni sus heridas, ni los dias pasados sin descanso, ni las noches vacías de sueño, y que se dice á sí mismo : ¿Qué es todo esto ? Bien merecen la justicia y la libertad mayores sacrificios.

Podrá experimentar infortunios, reveses, traiciones, y verse vendido por algun Júdas. Nada, empero, sea bastante á desanimarle.

Porque yo os lo digo en verdad, aun cuando bajase como el Cristo al sepulcro, como el Cristo saldria de él al tercero dia, vencedor de la muerte, y del príncipe de este mundo y de los ministros del príncipe de este mundo.

XXXIX.

El labrador soporta el peso del dia, expónese á la lluvia, al sol, á los vientos para preparar con su trabajo la cosecha que ha de llenar por otoño sus graneros.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

Levántase el artesano ántes del alba, y enciende su pobre lámpara y afánase sin cesar para ganar un poco de pan que le alimente á él y á sus hijos.

La justicia es el pan de los pueblos.

No rehusa el mercader tarea alguna, ni se queja de ningun trabajo; desgasta su cuerpo, y olvida el sueño á fin de acumular riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

Cruza el marinero los mares, entrégase á las olas y á las tempestades, aventúrase entre escollos y sufre el frio y el calor, á fin de proporcionarse algun descanso para la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

Sujétase el soldado á las mas duras privaciones, vela y pelea, y da su sangre por lo que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si hay en la tierra un pueblo que estime en ménos la justicia y la libertad que el labrador su cosecha, el artesano un pedazo de pan, el mercader las riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levantad en der-

redor de ese pueblo una altísima muralla, á fin de que su aliento no inficione el resto de la tierra.

Cuando luzca el gran dia del juicio final de los pueblos, seráles dicho : ¿Qué hiciste de tu alma? No ha sido vista de ella ni señal ni huella. Todo lo han sido para ti los goces del bruto. Has gustado del lodo, anda á pudrirte en el lodo.

Y, por el contrario, el pueblo que por encima de los bienes materiales haya colocado en su corazon los bienes verdaderos, que para conquistarlos no haya perdonado medio ni fatiga, trabajo ni sacrificio, oirá estas palabras :

A los que tienen alma, la recompensa de las almas. Por cuanto has amado mas que todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad.

XL.

¿Creeis que el buey criado en el establo para uncirlo al yugo, y cebado despues para el matadero, sea mas envidiable que el toro que busca libre su pasto por el campo?

¿Creeis que el caballo ensillado y embridado, que encuentra siempre abundante forraje en el pesebre, goce de mejor suerte que el caballo padre que, libre de toda traba, galopa por el campo sueltamente?

¿Creeis que el capon, al cual arrojan el grano en el corral, sea mas dichoso que la paloma torcaz que á la mañana no sabe aun en dónde ha de encontrar el alimento de cada dia?

¿Creeis que el que tranquilo se pasea en uno de esos sotos que llaman reinos, lleve vida mas dulce que el fugitivo que de monte en monte, y de peñasco en peñasco, se anda henchido el corazon con la esperanza de crearse una patria?

¿Creeis que el siervo imbécil, sentado á la mesa de su

señor, saborea muy mas sus manjares delicados, que el soldado de la libertad su pedazo de pan negro?

¿Creeis que el que duerme con la soga al cuello sobre la paja que le ha extendido el amo, goce sueño mejor que aquel que, despues de haber peleado durante el dia para no depender de nadie, descansa algunas horas en la noche sobre el suelo en un rincon de una heredad?

¿Creeis que el cobarde, que arrastra por todas partes la cadena del esclavo, viva ménos cargado que el hombre de corazon que arrastra los grillos del prisionero?

¿Creeis que el hombre tímido que espira en su lecho, sofocado por el aire corrompido que rodea á la tiranía, tenga una muerte mas envidiable que el hombre animoso que devuelve á Dios en el patíbulo su alma, libre, como de él la recibió?

El trabajo existe en todas partes, y en todas partes el sufrimiento; solo que hay trabajos estériles y trabajos fecundos, sufrimientos infames y gloriosos sufrimientos.

XLI.

Ibase errante por la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado!

He pasado por medio de los pueblos, y me han mirado, y yo los he mirado, y no nos hemos conocido. El desterrado en todas partes está solo.

Cuando á la caida del dia veia elevarse del fondo de algun valle el humo de tal cual cabaña, decíame á mí mismo: Dichoso aquel que encuentra á la noche el hogar doméstico, y se sienta en él en medio de los suyos. El desterrado en todas partes está solo.

¿Adónde van esas nubes que barre la tempestad? La tempestad me despide como á ellas; ¿y qué me importa dónde? El desterrado donde quiera está solo.

Esos árboles son hermosos, bellas son esas flores; pero no son las flores ni los árboles de mi país: nada me dicen. El desterrado donde quiera está solo.

Ese arroyo corre mansamente por la llanura, pero su murmullo no es el murmullo que en mi infancia oia: no trae á mi alma recuerdo ninguno. El desterrado donde quiera está solo.

Dulces son esos cantares; pero los contentos y las penas que renuevan no son ni mis contentos ni las penas mias. El desterrado donde quiera está solo.

Háseme preguntado: ¿Por qué llorais? Y cuando lo he dicho, ninguno ha llorado, porque ninguno me comprendia. El desterrado donde quiera está solo.

He visto ancianos rodeados de párvulos, como el olivo de sus vástagos; pero ninguno de aquellos ancianos me llamaba hijo, ninguno de aquellos párvulos me llamaba hermano. El desterrado donde quiera está solo.

He visto vírgenes sonreirse, con sonrisa tan pura como las auras de la mañana, á la vista de aquel á quien habia escogido amor para su esposo. Pero ni una sola entre ellas se me ha sonreido. El desterrado donde quiera está solo.

He visto mancebos, pecho con pecho, abrazarse como si de dos vidas hubieran querido hacer una sola; pero ni uno me ha apretado la mano. El desterrado donde quiera está solo.

No hay amigos, esposas, padres y hermanos sino en la patria. El expatriado donde quiera está solo.

¡Pobre desterrado! cesa de gemir: todos están desterrados como tú; todos ven pasar y desvanecerse ante sus ojos padres, hermanos, esposas, amigos.

La patria no está aquí abajo; en vano la busca el hombre: lo que cree su patria, no es sino un albergue para pasar la noche.

Vase errante por la tierra. ¡ Dios guie al pobre desterrado!

XLII

Y fuéme mostrada la patria.

Fuí sublimado sobre la region de las sombras, y veia tiempo arrebatarlas con velocidad indecible al traves del vacío, como se ve al viento del Mediodía llevarse los ligeros vapores que se deslizan á lo léjos por la llanura.

Y me elevaba, me elevaba siempre; y la realidad, invisible á la vista material, me apareció, y escuché sonidos que no tienen eco en ese mundo de fantasmas.

Y lo que yo escuchaba, y lo que veia, era tan vivo, mi alma lo percibia con tal fuerza, que me parecia que todo cuanto hasta entónces habia creido ver y escuchar, no habia sido sino un sueño incierto y vago en la noche.

¿ Qué les diré pues á los hijos de la noche que puedan ellos comprender ? ¿ Y desde las alturas de la eternidad no volví á caer con ellos en el seno de la noche, en la region del tiempo y de las sombras ?

Yo veia como un océano inmóvil, inmenso, infinito ; y en ese océano, tres océanos : un océano de fuerza, un océano de luz, un océano de vida ; y esos tres océanos se penetraban mutuamente sin confundirse, y no formaban sino un solo océano, la misma unidad indivisible, absoluta, eterna.

Y esta unidad era aquel que es ; y en el fondo de su ser, un nudo inefable enlazaba entre ellas tres personas que me fueron nombradas, y eran sus nombres el Padre, el Hijo, el Espíritu ; y habia allí una generacion misteriosa, un soplo misterioso, vivo, fecundo; y el Padre, el Hijo, el Espíritu, eran aquel que es.

Y el Padre me aparecia como un poder, que en el seno del Ser infinito, uno con él, no tiene mas que un acto,

permanente, completo, ilimitado, que es el Ser infinito, él mismo.

Y el Hijo me aparecia como una palabra, permanente, completa, ilimitada, que dice lo que obra el poder del Padre, lo que es el Ser infinito.

Y me aparecia el Espíritu como el amor, la efusion, la aspiracion mutua del Padre y del Hijo, animándolos con una vida comun, animando con vida permanente, completa, ilimitada, el Ser infinito.

Y los tres eran uno, y esos tres eran Dios, y abrasábanse, y uníanse en el impenetrable santuario de la sustancia, una é indivisible; y esta union, este arrobo, eran en el seno de la inmensidad la eterna alegría, el goce eterno de aquel que es.

Y en las honduras de este infinito océano de ser nadaba y flotaba, y se dilataba la creacion; bien así como una lisa que dilatase incesantemente sus playas en medio de un mar sin límites.

Dilatábase y se abria como una flor que echa sus raíces en las aguas, y que tiende sus largos filamentos y sus corolas sobre la superficie.

Y yo veia á los seres encadenarse con los seres, y producirse y desarrollarse en su variedad infinita, alimentándose y saciándose de una seva que no se agota jamas, de la fuerza, de la luz, y de la vida de aquel que es.

Y cuanto hasta entónces habia estado oculto para mí se desarrollaba ante mi vista, no ya coartada por la red material de los sentidos.

Desembarazado de las terrestres trabas, íbame de mundo en mundo, bien así como acá abajo se anda el espíritu de pensamiento en pensamiento; y despues de haberme sumergido y perdido en estas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, sumergíame y me perdia en el manantial mismo del amor, del poder y de la sabiduría.

Y conocí lo que era la patria; y embriagábame de luz, y mi alma, arrebatada por torrentes de armonía, adormecíase sobre las celestes ondas, en éxtasis indecible.

Y veia despues al Cristo á la derecha de su Padre, radiante de gloria inmortal.

Y veíale tambien como un cordero místico inmolado sobre un altar; millares de ángeles le rodeaban juntamente con los hombres, con su sangre rescatados; y cantando sus alabanzas, tributábanle acciones de gracias en la lengua del cielo.

Y una gota de la sangre del cordero se derramaba sobre la naturaleza lánguida y doliente, y vila trasformarse; y las criaturas todas que en sí encierra palpitaron con vida nueva, y alzaron todas la voz, y esta voz decia:

Santo, Santo, Santo, es aquel que ha destruido el mal y vencido á la muerte.

Y el Hijo se inclinó sobre el seno del Padre, y el Espíritu los cubrió con su sombra, y hubo entre ellos un misterio divino; y los cielos se estremecieron en silencio.

TEATRO

NO MAS MOSTRADOR

COMEDIA ORIGINAL EN DOS ACTOS

PERSONAS

Don DEOGRACIAS, comerciante.
Doña BIBIANA, su mujer.
JULIA, su hija.
BERNARDO, su amante.
EL CONDE DEL VERDE SAUCO.
SIMON, su ayuda de cámara.
Señor BORDERO, sastre.
FRANCISCO, criado.
PASCASIO, jardinero.
Un JOCQUEY del conde.

La escena es en Madrid en casa de don Deogracias.

ACTO PRIMERO

El teatro representa la trastienda de un grande almacen; en el fondo habrá una puerta que conduce al almacen; á la izquierda una puerta que da salida á la calle. y otra que figura dar á un jardin; á la derecha dos puertas, una que conduce á las habitaciones interiores, y la otra al cuarto de don Deogracias. Muebles de moda.

ESCENA PRIMERA.

D. DEOGRACIAS, D.ª BIBIANA.

DEOG. Pero, mujer, ¿es posible que hayas perdido el juicio hasta el punto de querer hacer la señora? Tú, hija de una honrada corchetera, que en toda su vida no supo salir de los portales de Santa Cruz con su puesto de botones de hueso y abanicos de novia... Tu abuelo, un pobre cordonero de la calle de las Urosas, que, gracias á tu

boda conmigo, concluyó sus dias en una cama de tres colchones con colcha de cotonía...

BIB. ¿Y qué tenemos con esa relacion tan larga de mi padre, y de mi abuelo, y de mí?... Vaya que es gracioso. Sí, señor, quiero dejar el comercio; sabe Dios lo que la suerte me reserva todavía: verdad es que mi madre vendia botones; pero por eso mismo no los quiero vender yo... sobre todo, si yo conozco mi genio... y, vamos á ver, díme: ¿qué era la marquesa del Encantillo, que anda desempedrando esas calles de Dios en un magnífico *landó?* A ver si su abuelo no era un pobre Valenciano, que vino vendiendo estera, y se ponia, por mas señas, en un portal de la calle de las Recogidas, hecho un pordiosero, que era lo que habia que ver. En fin, fuera cuestiones, Deogracias; te lo he dicho, no quiero mas comercio. Llevo ya veinte y cuatro años de medir sedas, de estirar la cotanza para escatimar un dedo de tela á los parroquianos, y de poner la cortina á la puerta para que no se vean las macas de las piezas... ¿qué sé yo?..... maldito mostrador; basta, basta, no mas mostrador.

DEOG. Pero, mujer, ven acá. ¿No es el comercio, que tanto maldices, el mismo que nos ha puesto en estado de hacer los señores, y de gastar, y de?...

BIB. Tanto mas motivo para dejarlo, y para descansar y disfrutar lo que hemos ganado. Cada vez que me acuerdo del baile de la otra noche, adonde fuí con nuestra hija Julia, y de cómo tiene puesta la casa doña Amelia.... vaya... Deogracias, desengáñate, miéntras yo no tenga mi magnífica casa, y esté en un soberbio taburete recibiendo la gente del gran tono, y dando disposiciones para las arañas, y los quinqués, y la mesa de juego, y las alfombras, y el ambigú, y no entren mis lacayos abriendo la mampara, y anunciando: «el conde tal... el vizconde cual...» y miéntras no tenga palco en la ópera

y un jocquey que me acompañe al Prado por las mañanas en invierno, con mi chal en el brazo, y mi sombrilla en la mano... desengáñate, me verás aburrida morirme de tedio...

DEOG. Valiente papel haré yo en tu magnífico salon, allí revuelto con los condes y marqueses... yo que nunca he salido, como quien dice, de los portales de Guadalajara. Vamos, créeme, Bibiana...

BIB. ¡Bibiana! ¡Dios mio! ¡qué marido tan ordinario! ¿no te he dicho ya cien mil veces que no quiero que me vuelvas á llamar Bibiana? ¿dónde has visto tú una muger del gran tono que se llame Bibiana? Concha me llamo, y me quiero llamar; y señora doña Concha seré hasta que me muera; y me lo llamarán, sí, señor, que para eso tengo dinero, y «¿cómo está usted Conchita? — Conchita, ¡qué mona es usted!»

DEOG. Mira, mujer. Bibiana Cartucho eras cuando me enamoré de ti, por mi mala estrella: con Bibiana Cartucho me casé, que ojalá fuera mentira, para purgar sin duda mis pecados en este mundo, y para mí Bibiana Cartucho has sido, eres y serás hasta que me muera; y si te mueres tú ántes, en tu lápida he de poner: «aquí yace Bibiana Cartucho,» y nada mas.

BIB. ¡Ay, Dios mio, qué vergüenza! ¡hasta despues de mi muerte! pues bien, rencoroso, en hora buena, quédate en tus portales de Guadalajara, hecho un criado de todo el que te venga á pedir una cuarta de bayeta... haz lo que quieras, ya que eres un pobre hombre, y no quieres brillar y darte tono: así como así, no son los maridos en lo que mas reparan las gentes; pero tienes hijos, y no me parece que será cosa de sacrificarlos á tu capricho: creo que no harás ánimo de que sean tambien horteras.

DEOG. Si por cierto. Teodoro, que va á cumplir catorce años, saldrá de la escula Pía en cuanto tenga mas formada

su letra, y sepa decir alguna cosa en latin, no para ver de ponerle los cordones, como tú crees, sino para reemplazarme en el almacen. No ceñirá espada; pero sin eso podrá ser un buen Español: no tendrá, á imitacion mia, mas insignia que la vara de medir; pero ¿quién duda que podrá servir con ella á Dios y al rey tan bien como cualquier otro? Ademas de que no le faltan al rey jóvenes nobles y bien dispuestos, que han nacido para defenderle, y que saben sostener el brillo de su casaca, el honor de sus antepasados y los derechos de su soberano.

BIB. ¿Es posible? bien; pero en cuanto á mi hija Julia... ya está en edad de poderse casar... una jóven de mérito, que la he criado yo misma, que canta, que baila, que toca... Es verdad que no sabe fregar, ni barrer, ni coser ninguna cosa; pero para ser elegante tampoco lo necesita.

DEOG. Sí, Julia se casará; ya hace tiempo que tengo tratada su boda; y si no lo sabes ya, tú tienes la culpa. Tus eternos deseos de casarla con un personaje me han obligado á ocultártelo; pienso casarla con Bernardo, el hijo de mi amigo Benedicto, comerciante de tapices de Barcelona.

BIB. ¿Yo, suegra de un tapicero?

DEOG. De un tapicero; ¿y por qué no? ¡Cuánto mejor es un tapicero que puede contar con cien mil reales de renta al año y probidad, que un elegante jugador, un marqués plagado de trampas, un militar sin juicio, un abogado sin clientela, un médico sin enfermos!...

BIB. Bien... pero, ¿y si tu hija experimentase una aversion particular hácia esa boda?

DEOG. Aversion, no es posible; ni aun le conoce; yo mismo, si le veo en la calle, no puedo decir «este es;» ya se ve, como que no le he visto nunca. Su padre me escribió el

proyecto de casar á nuestros hijos; y yo, que no creo encontrar pa' tido alguno mas ventajoso, he aceptado. Por lo que hace á Julia, yo creo que ni piensa en eso : tú la vuelves loca.

BIB. Corriente; pues me remito á ella; ella puede decidir entre los dos.

DEOG. En hora buena; yo sé que la chica es otra cosa.

BIB. ¡Julia! ¡Julia!

DEOG. Ella nos dirá su gusto; pero en la inteligencia que si quiere, la boda se hará al momento.

BIB. ¡Tal precipitacion! ¡Julia!

DEOG. Si, señora; esta es una buena ocasion de colocarla; y sabe Dios, si la dejamos escapar, cómo nos veremos luego para encontrar otra igual.

ESCENA II.

D.ª BIBIANA, D. DEOGRACIAS, JULIA.

JULIA. Mamá, ¿me llamaba usted?

DEOG. Ven aquí, hija mia. Vas á responder con toda libertad, sin ceñirte á nuestro gusto... á declararnos francamente el tuyo.

BIB. Se trata de un asunto muy serio para ti; tu padre quiere casarte.

JULIA. (¡Casarme, Dios mio! ahora...)

BIB. Levanta la cabeza; mírame sin cortedad, ¿quieres casarte? (*La hace señas con la cabeza que diga que no.*) La verdad.

JULIA. Mamá... casarme... ahora soy tan jóven...

DEOG. Eres jóven; pero hija...

BIB. Eso no es lo pactado; ya ves que yo no la obligo á responder; así déjala tú tambien en plena libertad. Vaya, hija mia, dí, ¿y si tratasen de casarte con un

rico tapicero de Barcelona, de mas de cien mil reales de renta?...

JULIA. (¡Ah! no tiene trazas mi querido de tapicero.)

BIB. Vaya, responde. (*Vuelve á hacerla señas.*)

JULIA. Mamá, si usted se empeñase... ¿quién sabe?... me resignaria obediente...

DEOG. No, señora, la verdad; nada de resignacion, ni de obediencia, ni de calabaza... sí, ó no.

JULIA. Papá... en verdad, no me siento inclinada...

DEOG. ¿No?

BIB. ¿Cómo, hija, no te gustaria estar todo el dia en un hermoso almacen de tapices midiendo, y cobrando, y?...

JULIA. No, mamá.

BIB. Ya lo oyes tú mismo; ahora ella sola habla.

DEOG. Estoy confundido.

BIB. Y en caso de casarte, ¿querrias mejor un elegante que no tuviese nada que hacer todo el dia, que fuese noble y no ganase la comida, que llevase todos los dias á su mujer á Vista-Alegre y á la ópera, que te pasease por el Prado en tilburí ó en landó, que te regalase sortijas, chales, gorros, plumas, pieles y cadenas, y en fin, que no mirase nunca la cuenta de la modista, que te dejase el maestro de piano, y dar conciertos, como, por ejemplo, el conde del Verde Sauco, que se fué á París, y de que tanto nos han hablado, dí, querrias?... (*La hace seña.*)

JULIA. Sí, mamá.

DEOG. Sí, mamá; (*Remedándola.*) pues usted, señorita, tomará el marido...

BIB. Vuelves á infringir nuestros tratados.... á pesar de lo convenido te alteras...

DEOG. No, mujer, no me altero... pero á lo ménos, que oiga el que yo la propongo, que le conozca y le trate, y despues... mira, Bernardo á la hora esta debe haber llegado ya de Barcelona; habrá consagrado los primeros

instantes á sus parientes; pero de un momento á otro le tendremos aquí, y es preciso recibirle como á quien viene á ser mi yerno: le conoceréis, y despues...

BIB. Bastante conocido le tenemos ya por tanto como nos has dicho de él; y es bien doloroso haber de dar mi hija á un hombre de su laya; para eso la tomé yo el maestro de baile y de dibujo, y de frances, y de italiano; para eso la he estado yo pagando cuatro años seguidos el maestro de piano; hija de mis entrañas, ¿de qué te sirve haber trabajado tanto, tantos afanes, cuando nunca podias dar con la escala, para aprender el duo del *Crociato,* y el de la *Semíramis,* el ária de la *Donna*, y todito el papel de la Césari en *el Osmir?...* todo, todo va á perecer en la humillacion del mostrador.

DEOG. ¡La humillacion del mostrador. ¡Bibiana! ¡Bibiana!

BIB. Vuelta con Bibiana. ¡Dios mio! ¡qué vergüenza! si lo oyen...

DEOG. Pero en el almacen hay gente; vamos á despachar, que aquel muchacho es tan torpe... y tal vez será el sastre Borderó, que tiene que venir por una pieza de *muaré* y el terciopelo *gris perle.*

BIB. Sí, iré... pero atiende á lo que te digo; tú podrás casar á tu hija con Bernardo, podrás sacrificarla; pero en cuanto á mí te equivocas. Hoy es el último dia que despacho en el almacen: mañana se cerrará, ó tomarás el partido que gustes: no quiero, no quiero mas mostrador. Vamos, hija.

ESCENA III.

D. DEOGRACIAS.

¡Id benditas de Dios! ¿Hay cosa mas ardua para un marido que hacer entender la razon á su mujer? ¡Y que me

casara yo! ¿Y qué remedio, si el tal desatino no hace mas que la bagatela de veinte y cuatro años que le hice? todos los dias es lo mismo... y no hay mas, que se desbaratará mi proyecto de boda como cuantos he hecho desde aquella fecha, pero ¡hola! ¿quién viene?

ESCENA IV.

D. DEOGRACIAS; BERNARDO, que entra por la puerta de la izquierda vestido sencillamente.

BERN. ¿Tengo el gusto de hablar á don Deogracias de la Plantilla?

DEOG. Servidor de usted; ¿qué tiene usted que mandarme?

BERN. Ya creo que estará usted informado de mi llegada; vengo de Barcelona, y debe usted de haber recibido carta de mi padre, anunciándole...

DEOG. ¡Calle! no diga usted mas; ¿pues no he de haber recibido? ya hace dos correos. ¡Bernardo! déme usted los brazos, amigo, aunque no tengo el gusto de conocerle; sin embargo, la memoria de su padre me es muy grata; y al fin el objeto de su viaje me autoriza á darle esta demostracion de mi cariño.

BERN. Señor don Deogracias...

DEOG. ¡Pero, hombre, calle! ¡qué guapo es usted! ¡y qué buena cara, y qué!... vamos, vamos, que mi hija... sí, efectivamente... vuélvase usted... muy bien; pues, señor, muy bien, ¡y qué alto!... ¿Y qué tal, qué tal camino ha traido usted?

BERN. Muy bueno: he venido con dos religiosos de excelente humor, un Andaluz que mentia por los codos, y un buen señor que viene á tomar las aguas del Molar: ello siempre se estaba quejando, pero...

DEOG. Vaya, me alegro; y contratiempo ninguno, ni ladrones...

BERN. Ladrones... buenos miedos hemos pasado, y ahí en la venta... ya se ve, tambien da miedo ver algunas caras... en una palabra, ladrones ha habido; pero, á Dios gracias, no nos han robado nada.

DEOG. Vaya, me alegro; ¿y cuándo ha llegado usted? ¿querrá usted almorzar?

BERN. No, señor, nada; para mí ya es tarde: no he llegado hoy...

DEOG. Ya... ¿y su padre de usted? dígame usted, dígame usted, ¿como queda?

BERN. Tal cualillo está ahora; y si no fuera por unos dolores reumáticos que le pasean todo el cuerpo, y la gota maldita, y aquel ojo tan rebelde...

DEOG. Yo lo creo; pero si se fia de aquellos cirujanos... yo se lo decia: «Mira, Benedicto, que esos hombres te van á matar, no los creas;» pero él nada; erre que erre, y que se ha de curar, y que se ha de poner bueno... ya se ve... no deja de tener razon... pero es lo que yo digo, en llegando un hombre á los sesenta años, ¿qué cirujanos, ni qué botica, ni qué?...

BERN. Tiene usted razon.

DEOG. Oh si la tengo; tiene sesenta años; y no ve usted que ese es un mal que le va empeorando todos los dias, y le irá comiendo, comiendo... hasta que dé con él en tierra: siéntese usted; (*Cierra la puerta que da al almacen.*) deje usted ese sombrero, que si ha de ser usted mi yerno es preciso que dejemos cumplimientos.

BERN. Como usted guste; tampoco yo soy amigo de monadas, aunque por desgracia tengo á veces tambien que hacerlas, porque hay que vivir con todo el mundo. Por esta misma razon no he venido ántes aquí, porque queria venir á mi satisfaccion, y he tratado de desocuparme

ántes de visitas. Ya conoce usted á mi tio el canónigo que está aquí, y no hay fuerzas humanas que le hagan ir á su catedral...

DEOG. Ya sé, ya.

BERN. Pues, como vine á parar á su casa, y me quiere tanto, fué preciso presentarme en varias casas donde habia hablado muy bien de mí; pero casas de etiqueta, donde juega él sus ecartés con los señores mayores y los maridos, miéntras que los jóvenes bailamos, ó nos estamos en pié con el sombrero en la mano; para esto se empeñó en que se me hiciese en cuanto llegué un equipaje completo de elegante, dos fraques, una levita, un *surtú*... ¿qué sé yo?... me llevó á todas partes.

DEOG. ¡Hola! de modo que le ha relacionado á usted.

BERN. Sí, señor: el primer dia estaba atado, no podia moverme; pero como me veian tan bien vestido, no se puede usted figurar las amistades que he hecho; y como tampoco me ha faltado dinero para el café y otras frioleras... pero ¿qué, si cuando me compongo, yo no he visto cosa mas ridícula? la primera vez que me vi al espejo no me conocí; unas caderas, un talle... en fin, un conjunto tan incómodo, que ya tenia ganas de venir aquí para quitármelo.

DEOG. Pues ha hecho usted muy mal: ¿usted sabe lo que ha hecho?

BERN. ¡Cómo! ¿pues no acaba usted de decir?...

DEOG. Sí, señor, y me explicaré. Soy el mas desgraciado de todos los maridos. Ha de saber usted que mi mujer está loca, pero de una locura bastante admitida en la sociedad; se le ha puesto en la cabeza brillar, hacer la marquesa; ahora mismo acabo de tener una contienda con ella acerca de esta boda: ella me echa á perder á mi hija; pero ¿qué mas, si á mí mismo, aquí donde usted me ve, con mis años y mi juicio, me hace jugar y bailar,

y ir con ella aquí y allí?... y desengáñese usted, siempre que usted se presente como está ahora, esté usted seguro de llevar calabazas.

BERN. ¿Qué dice usted? Pero es el caso que si tiene esa manía, no querrá casar á su hija con un comerciante; y ya ve usted que, aunque yo me vista de capitan general, nunca seré mas que Bernardo.

DEOG. Si, señor, es verdad; pero no importa, ¿quién sabe si la primera impresion?... en fin, es preciso que se vaya usted á vestir, que venga usted haciendo muchos gestos, muchos ascos, muchas contorsiones; que hable usted algo de frances, algo de italiano, español poco y mal, y siempre sin fundamento, que baile, que saque un reloj de salto de Breguet, que hable mucho de la ópera y de París; y si puede ser de Lóndres; que tenga deudas, que... ya me entiende usted.

BERN. Demasiado, y felizmente no me será dificultoso, como dure poco esta farsa.

DEOG. ¿Tiene usted lente y anteojos?

BERN. No, señor.

DEOG. Pues cómprelo usted; vamos, pronto.

BERN. Pero, señor, ¿para qué? si no los necesito, yo veo claro.

DEOG. No importa. ¿Y látigo y espolines?

BERN. No, señor, pero tampoco tengo caballo.

DEOG. No importa; por lo que pueda suceder.

BERN. Pero, señor...

DEOG. Cómprelo usted.

BERN. Pero, señor, á mí me parece... ¿cuánto mas fácil seria que usted, como amo de su casa, manifestase desde luego su voluntad, su decision?...

DEOG. Se conoce que no está usted casado; en primer lugar yo no me atrevo con mi mujer; y luego ¿qué adelantaria usted con que mi mujer me arañase? Por la fuerza,

la chica, que piensa casi como ella, le cobraria á usted odio, y seria peor. ¡ Cuánto mejor es hacerse querer! y luego veremos; sabe Dios si podremos hacer carrera de ellas, y corregirlas; déjeme usted á mí, déjese usted llevar... pero voy á ver... oigo gente, no vengan, y... (*Registra y cierra las puertas*)

BERN. (Y mi amable desconocida... Yo he retardado todo lo que he podido venir aquí; pero ella tampoco me conoce á mí: resolucion, y dejémoslo. Esta boda es la que me dicta mi interes, la que agrada á mi padre...)

DEOG. ¿ Qué hace usted pensativo?

BERN. Nada.

DEOG. Pues aprovechemos tiempo; nadie le ha visto á usted; vuele usted á componerse, y vuelva dentro de una hora; déjese usted llevar.

BERN. Corriente, vengo en ello gustoso: hasta despues.

ESCENA V.

D. DEOGRACIAS, volviendo á abrir las puertas.

Ello es arriesgado... y yo, que nunca las he visto mas gordas, á la cabeza de una intriga, y una intriga para casar á mi hija, sabe Dios cómo saldré de ella; tanto mas cuanto que no suelen ser los padres los que se encargan de este ramo de la casa; luego esto me ahorra una riña con mi mujer; no es un ahorro despreciable; pero ella viene; lo mejor es dejarla el campo.

ESCENA VI.

D.ª BIBIANA, JULIA.

BIB Gracias á Dios que nos dejan un momento en paz. ¡ Julia!

JULIA. Mamá...

BIB. Díme, y aquel elegante que estuvo hablando al oido toda la noche en la calle de Valverde parecia que se inclinaba... ¿ no has vuelto á saber ? debia ser un caballero, y tú tal vez tan torpe que no harias lo posible por manifestarle...

JULIA. (¡Ah! ¡ no sabe bien lo que haria por él !)

BIB. Responde ; ¿ no supiste quién era ? ¿ no te ha vuelto á seguir ?

JULIA. No he podido saber quién es ; pregunté á varias amigas, pero dijeron que le habian presentado aquella noche, que solo sabian que acababa de llegar de fuera ; y yo lo creo.

BIB. Él iria por casualidad, no era casa de bastante tono para él ; lo que siento es que nos haya visto allí, y no en casa de la marquesa.

JULIA. El domingo, cuando fuimos á misa, estaba junto al Buen Suceso ; yo le vi de reojo ; en cuanto nos atisbó si viera usted que apretarse por entre la gente para estar á nuestro lado ; al subir los escalones me tomó la mano...

BIB. ¿ Y te la apretó ?

JULIA. Sí, señora ; pero yo hice como que me recataba de usted, y que no me gustaba, y la quité... A pesar de eso, toda la misa estuvo mirando ; yo, haciendo como que no le veia, y todo era darle á usted con el pié, y usted pensando que la pisaba, hasta que tuve que dejarlo. Despues nos siguió, y sin duda al volver la calle hubo de perdernos de vista, porque yo no le volví á ver ; y no debe saber nuestra casa.

BIB. Ya se ve, tú tampoco procurarias decírsela.

JULIA. ¡ Yo ! ¿ cómo quiere usted que le dijese?..

BIB. Sí, señora, hay modos de decir las cosas ; por ejemplo, se dice : « Estoy tan cansada ; hemos estado en el Prado, y como está tan léjos de casa... ya se ve, lo último

de la calle Mayor, precisamente el número tantos, que cae tan allá... » ¿ Entiendes ?

JULIA. Sí, señora.

BIB. Pues ya lo sabes para otra vez ; y ya puedes sacar el vestido de cotepalí; y ese canesú que te acabas de hacer : esta noche hemos de volver... ¿quién sabe si estará allí ? ¿ Y en esta circunstancia te habias de casar con Bernardo ? No será, ó habrá en casa lo que tu padre no quiera oir.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

D. DEOGRACIAS, escribiendo, habla en los intermedios.

El conde del Verde Sauco pedirme mi hija para casarse... vaya... es singular; no hace nada que estaba en París... pero yo tengo oido hablar de él ; ahí está, sin ir mas léjos, Pascasio mi jardinero que fué criado suyo : es un calavera, está arruinado. ¡ Qué boda tan mala seria ! No, no, de ningun modo ; estos enlaces desiguales solo acarrean la desgracia de los que los contraen ; el marido le echa en cara á la mujer que es una plebeya... nunca, nunca ; ¿ y para qué querrá que nos veamos ? No conviene, me excusaré con un pretexto ; le diré que voy de caza hoy mismo. ¡ Hola, muchacho !

ESCENA II.

D. DEOGRACIAS, UN JOCQUEY.

DEOG. Diga usted, ¿ es cosa de llevar la respuesta?

JOCQ. Como usted guste ; pero la verdad, entiendo que mi amo debe marchar esta mañana; ahora mismo voy yo á buscarle con el tilburí para dejarle en un coche frances; va por ocho ó diez dias á una casa de campo que tiene junto á Buitrago.

DEOG. (¡Qué plan me ocurre tan soberbio! un poco atrevido, eso sí.) — ¿Dice usted que se va por ocho ó diez dias?

JOCQ. Así lo ha dicho.

DEOG. (¡ Bravo ! mi mujer y mi hija solo de oidas le conocen ; están entusiasmadas por él... dicho y hecho, en ocho dias hay tiempo para volver el juicio á una muñeca de diez y seis años.)

JOCQ. (Este hombre es cachazudo.)

DEOG. ¿ Conque dará usted esta respuesta al señor conde ahora mismo ? (*Le da la carta.*)

JOCQ. Sin duda.

DEOG. ¿ Y despues le deja usted en su coche frances ?

JOCQ. Cierto.

DEOG. Y despues... ¿ eh?

JOCQ. (Vaya un preguntar.) — Y despues, despues, como me quedo libre, no sé lo que haré.

DEOG. No lo pregunto con falta de misterio; es preciso explicarme. Usted parece un excelente sugeto, callado, fiel.

JOCQ. Señor... mi amo no tiene queja de mí.

DEOG. Porque... tiene usted cara de serme útil hoy.

JOCQ. En cuanto no se oponga con el buen servicio del señor conde.

DEOG. Nada de eso... y por último, yo soy agradecido, á duro por hora, todo el dia; tome usted para empezar.

JOCQ. A ese precio mande usted, y no quedará usted descontento del desempeño : ¿qué es lo que hay que hacer ?

DEOG. Volver aquí en derechura con el tilburí en cuanto haya usted dejado á su amo ; si en casa le echan á usted de ménos...

JOCQ. Eso corre de mi cuenta : ¿qué mas ?

DEOG. Pues, señor, despues.... pero calle usted, es mi mujer, silencio.

ESCENA III.

D.ª BIBIANA ; D. DEOGRACIAS y EL JOCQUEY, hablando aparte bajo.

BIB. ¡ Jesus, Jesus, qué infierno de almacen ! y parece que hoy han convocado á todos los pesados de Madrid para venir á comprar á casa ; y el otro jorobado chiquituelo con una mujer de que se pueden hacer tres como él : (*Remedando*) «á ver el tafetan español... este no... mas fuerte... el frances... tampoco, tiene mal negro... un poco mas cuerpo... á ver el gros de Nápoles.» Pues, revuelva usted todo el almacen, y luego los descamisados se van sin comprar nada. Es triste cosa estarse moliendo uno que tiene talegas en obsequio de un cualquiera, que, despues de no tener una peseta, todavía tiene la petulancia de darse un tono con entrar y salir en estas casas: « y á ver, saque usted, y esto no me gusta, y aquel es feo ; » y por último, «quede usted con Dios : » y vuelva usted á doblarlo todo, y vaya, yo me quemo.

JOCQ. (*A don Deogracias.*) Muy bien, quedo enterado. Descuide usted, se hará exactamente.

ESCENA IV.

D. DEOGRACIAS, D.ª BIBIANA.

BIB. Vamos, tú tambien estás pesado; ¿es cosa de que no almorcemos hoy?

DEOG. Mujer (ánimo y empecemos la grande obra), estaba contestando, como era regular, al criado del señor conde del Verde Sauco.

BIB. ¿El conde del Verde Sauco? ¿ha vuelto ya de París? ¿y contigo qué asuntos puede?...

DEOG. Sí, señora, ha vuelto; mira tú si ha vuelto, que él mismo en persona va á venir...

BIB. ¿A casa?

DEOG. A casa; hoy me escribe que, atraido por la fama de nuestra Julia, la conoce, y la quiere...

BIB. ¿Qué dices?

DEOG. Mira tú si la querrá; me la pide en matrimonio. ¿Eh? ¿qué te parece?

BIB. ¿Es posible? ¡Dios mio! yo voy á perder el juicio; ¿mi hija condesa del Verde Sauco? ¿y querias casarla con ese tapicero? habla ahora, si te parece.

DEOG. ¿Pero quién habia de figurarse?...

BIB. Pues ahí verás; ¿quién? yo... habla ahora por Bernardo.

DEOG. En verdad, mujer, (disimulemos) que en vista de estas cosas casi me inclino á pensar como tú; en fin, yo le he respondido que puede venir.

BIB. Muy bien hecho; ¿y qué le habias de responder? yo que tenia tantas ganas de conocerle... el primer elegante de Madrid, como quien dice. ¡Julia, Julia, Francisco, Pascasio! ¡hola, criados!

DEOG. Ya prendió la yesca.

ESCENA V.

D. DEOGRACIAS, D.ª BIBIANA, FRANCISCO.

FRANC. Señora, ya está listo el almuerzo desde las diez, y van á dar las doce...

BIB. Déjanos de almuerzo; ¿quién ha de tener gana de almorzar?

FRANC. Señora... yo no sé... como usted dijo...

BIB. No tenemos otra cosa que hacer mas que almorzar, salvaje; mire usted si hay tiempo de almorzar en todo el dia; arregla esas sillas, límpialas.

FRANC. Si están limpias.

BIB. No importa, bruto; saca aquí los floreros. Mira, ántes ven aquí; esperamos dentro de un instante una visita, un jóven muy elegante; al momento que vaya á entrar vienes tú delante de él, abres la mampara, le anuncias... como se hace en todas partes.

FRANC. Sí, señora; pero ¿cómo he de decir?

BIB. ¿No lo has oido ya? «El señor conde del Verde Sauco.»

DEOG. (Bien hace pensar en eso; yo no tenia ya tiempo de avisar á Bernardo; con eso se oirá anunciar, y sabrá quién es.)

BIB. Oyes, y para eso ponte la levita azul con el vivo encarnado.

FRANC. Está muy bien.

BIB. ¡Julia! esta chica... el caso es que yo ya no tendré tiempo de mudarme este vestido.

DEOG. No importa, mujer: como tú dices, estás en un agradable *négligé*. (*Francisco se va despues de haber limpiado las sillas y sacado los floreros.*)

ESCENAS VI.

D.ª BIBIANA, JULIA.

BIB. Despáchate, hija mia; el conde del Verde Sauco, el que teníamos tanta gana de conocer, que gasta tanto dinero, que juega, que ha tenido tantos desafíos, va á venir dentro de muy poco á verte.

JULIA. Mamá, ¿á mí?

BIB. Acaba de escribir á tu padre pidiendo tu mano; ya ves, hija mia; ¿no te alegras? por último, he hecho mudar de opinion á tu padre, y conviene conmigo en que esta boda es mejor que la otra. Vamos, ¿qué dices?

JULIA. (¡Dios mio!)—Sí, mamá, me alegro; me voy á mudar.

ESCENA VII.

D.ª BIBIANA, D. DEOGRACIAS, JULIA, FRANCISCO, y BERNARDO elegantemente vestido.

FRANC. (*Anunciando.*) El conde del Verde Sauco.

DEOG. (*Se adelanta y le coge las manos, procurando unas veces no dejarle hablar, y otras instruirle por lo bajo.*) ¡Señor conde del Verde Sauco!

BERN. (¿Qué es esto? ¿yo conde?)

DEOG. ¡Señor conde! (*Bajo.*) Déjese usted llevar, sí, conde, conde. (*Alto.*) Usted haciéndome tanto honor... ciertamente que me considero muy feliz recibiendo en mi casa al primer elegante de Madrid... (*Bajo.*) Diga usted algo.

BIB. Señor conde...

BERN. Señora, yo no soy...

DEOG. (*Bajo.*) Sí, elegante, muchas contorsiones.—Sí, señor: á ver, una silla al señor conde. Tengo el honor de presentaros al señor conde del Verde Sauco, de quien

acabamos de recibir esa carta pidiéndonos nuestra hija en matrimonio. (*Bajo.*) Hombre, calle usted, y siga usted adelante.

BIB. Señor conde...

BERN. Pero, señora, si... yo no soy... (Esta ficcion me vuela.)

DEOG. (*Bajo.*) Sí es.

BERN. (Bueno.) —Señora, yo no soy... el ménos honrado en estas circunstancias.

BIB. Agradezco mucho en verdad tantas atenciones como debemos al señor conde, y creo que mi hija... — Julia, vamos—participará de mis sentimientos...

BERN. Señora... (*Julia levanta la cabeza, y se ven los dos.*)

JULIA. (¡ Dios mio! ¡él es !)

BERN. (¡Cielos! mi desconocida : ¡qué fortuna !)

BIB. Vamos, hija, ¿qué tienes?

JULIA. Nada, mamá.

BIB. Saluda al señor conde.

BERN. Esta señorita me dispensará de haberme tomado la libertad de introducirme tan pronto, y sin contar primero con su beneplácito.

JULIA. ¡ Ah! Ciertamente que está usted perdonado.

BIB. Pero el señor es, si no me engaño, el mismo que la otra noche en la calle de Valverde, (*Aparte á Julia.*) el que te ha seguido.

JULIA. (*Aparte á doña Bibiana.*) Sí, mamá.—Sí.... yo conozco al señor conde.

BERN. Efectivamente, señora, no es esta la primera vez que nos vemos; ni ¿cómo hubiera yo podido de otra manera prendarme de esta señorita, y?...

BIB. Sí, noches pasadas; en aquel bailecillo... estaria usted de incógnito allí... el viérnes.

BERN. Sí, el viérnes; en la calle de Valverde, cuarto segundo, un baile de poco mas ó ménos : yo no habia ido

nunca; pero acababa do llegar; no sabia en qué pasar la noche; un amigo se empeñó en llevarme, y ciertamente no estoy arrepentido, tuve ocasion de conocer á ustedes. Pero ¡qué baile!... tampoco habia mas que dos hermosas con quien se pudiese hablar; así fué que no me separé de ellas en toda la noche.

JULIA. (*Bajo á su madre, miéntra que Bernardo y don Deogracias hablan entre sí.*) ¡Ah, mamá, qué guapo, qué fino es!

BIB. ¡Ah! á estos que lo son desde la cuna, ¡cómo se les conoce á legua! no se pueden equivocar.

DEOG. (*A Bernardo.*) Por Dios que es casualidad; conquo usted las vió, sin saber quiénes eran.

BERN. Esto es. (*Se dirige á hablar á doña Bibiana.*)

DEOG. (Vea usted.)

BIB. Pues aquí tambien fué casual el ir; pero mi Deogracias habia debido favores en otro tiempo al marido de la hermana mayor, la loquilla aquella que estuvo toda la noche bailando con el guardia de corps, y chichisbeando, y...

BERN. Sí.

BIB. Y por eso fuimos; pero ¡qué noche pasé!...

DEOG. Espero, señor conde, que usted querrá acompañarnos á almorzar.

BERN. ¿No han almorzado ustedes todavía? ¡Oh! eso es del gran tono; enteramente como yo.

BIB. Almorzamos tarde, muy tarde.

DEOG. ¡Oh! el señor conde almorzará por la tarde, como quien dice...

BERN. Sí, señor, no me gusta levantarme por la mañana; almuerzo mi *bistek* ó mi *rosbif* á la inglesa; como por la noche á la francesa...

BIB. ¿No comerá usted cocido nunca?

BERN. Señora, cocido... jamas; y ceno...

DEOG. ¿Por la mañana, eh?

BERN. Sí, señor.

BIB. ¡Cómo me gusta ese arreglo!

DEOG. ¿Conque almorzará usted con nosotros?

BERN. Con muchísimo placer.

BIB. (*A don Deogracias.*) ¿Qué haces? mira que no tenemos quien sirva.

DEOG. ¿Y qué importa? el señor conde traerá sus criados.

BERN. Mis criados... efectivamente, los tengo... (Este hombre...)

DEOG. Francisco, el almuerzo, y el jocquey del señor conde que éntre.

BERN. ¡Jocquey!

ESCENA VIII.

D.ª BIBIANA, D. DEOGRACIAS, JULIA, BERNARDO; FRANCISCO, que sirve el almuerzo; EL JOCQUEY.

JOCQUEY. (*A Bernardo.*) Vengo á saber las órdenes de vuestra señoría.

BERN. (Pues, señor, está visto, hay que dejarse llevar.)

DEOG. (*Acercándosele, miéntras que ellas se miran al espejo y componen el peinado.*) Bernardo, por Dios, que es usted el conde del Verde Sauco hasta el último trance, ó no se casa usted con mi hija.

JOCQ. Señor, lo que vuestra señoría mande.

BERN. Me parece que te puedes ir; ó sino te puedes quedar.

JULIA. (*Asomándose al almacen.*) ¡Ay, qué bonito tilburí.

JOCQ. Es de mi amo el señor conde.

JULIA. ¡Ay, qué bonito! mamá ¡mire usted!

BERN. (*A don Deogracias.*) ¿Tambien tilburí? ¿cómo saldremos de esto?

DEOG. ¿A usted qué le importa?—Vamos, señor conde, siéntese usted?

BERN. Permítame usted... Señoras.—(*Buscando para sí un nombre.*) (Simon, Pedro..)—Mi jocquey, Rodolfo, sírvenos.

BIB. El señor conde nos dará noticias de París.

BERN. (Esta es otra.)

BIB. ¿Cómo deja usted París?

BERN. No hay novedad particular; ya ve usted, París...

BIB. ¡Oh! lo creo: ¿qué ópera nueva se echaba cuando usted vino?

BERN. Precisamente, cuando yo vine... ¡oh! muy bonita.

BIB. ¿Cómo se titula?

BERN. La... la... la, la, la, ¡qué fatalidad!... no acordarme yo ahora; y todo el dia la estoy tarareando. (¡Por vida del...)—En fin muy bonita.

BIB. Ya ve usted, París..... aquello será un gentío inmenso...

BERN. ¿Y aquí de ópera cómo estamos?

BIB. Digo que aquello será un gentío.

BERN. (¡Vuelta!)—Señora, es una confusion; no se puede dar un paso; en fin, es una liorna. ¿Y aquí de ópera?

BIB. Diga usted, ¿y qué vestidos llevan las señoras á los bailes?

BERN. (¡Por vida mia!)—Señora, yo no reparo; pero..... sin embargo, muy bonitos.

BIB. Yo lo creo: ¿qué telas son las mas?...

BERN. Sí, señora, de varias telas. (Estoy frito.)

BIB. (*A Julia.*) Hija mia, distraido como todos estos señores.

BERN. (*A don Deogracias.*) ¿Y la ópera aquí?...

DEOG. Buena, muy buena; pero desentonan los coros.

BIB. Eso no sucederá en París; ¿no es verdad, señor conde?

BERN. ¡Qué! no, señora; ya ve usted...

BIB. Ya me hago cargo, allí... sino que aquí en España, como somos así... tan...

JULIA. Al señor conde le gustará mucho hablar de París... como es tan bueno...

BERN. Sí, señora, mucho.—¿Conque aquí la ópera?..

DEOG. ¿Usted no faltará nunca?

BERN. No, porque me guardan mi billete; ello cuesta mas; pero es preciso desengañarse; es imposible concluir con los revendedores. Y usted, señor don Deogracias, ¿no es apasionado de la ópera?

BIB. (Verá usted cómo dice alguna brutalidad.) (*Le pellizca.*)

DEOG. Sí, señor, mucho; pero de música... — mujer, que me atenaceas — yo no entiendo una nota; y me gusta mas ir al *Pelayo* de Quintana ó al *Viejo y la Niña* de Moratin, que á la ópera.

BIB. ¿No lo dije? No haga usted caso, señor conde; mi marido no está en el tono; es un Español muy español, y nada mas. (*A don Deogracias.*) ¡Bruto! tú me has de avergonzar por todas partes.

DEOG. Pero, mujer... en fin, ¿te gusta el conde?

BIB. ¡Qué fino! ¡cómo se conoce que viene de París! ¡qué maneras! á no ser quien es.

ESCENA IX.

Dichos, EL SASTRE BORDERO.

BORD. Felices, señor don Deogracias. Hola, ¿están ustedes comiendo ya? ¿irán ustedes á los toros? abur, doña Bibiana. (*La da en el hombro.*)

BIB. Caballero, ¡qué franqueza! tenga usted la bondad de reportarse; para la primera vez que me ve usted no deja de tener desembarazo; si busca usted á mi marido... vamos, hombre, despacha al señor.

BORD. La primera vez que la veo... ¡ah! ¡ah! ¡ah! señora,

perdone usted; yo pensé que el sastre Borderó, como antiguo parroquiano...

BIB. Deogracias, ¡qué impertinencia! Usted, señor conde, excusará...

BERN. ¡Señora!

BORD. ¡Señor conde! hola, esta casa va subiendo como la espuma.

DEOG. (*Le lleva al lado opuesto.*) No haga usted caso de mi mujer.

BORD. No, no vale la pena. Vengo por el terciopelo *gris perle*, y es preciso...

DEOG. Hombre, si pudiera usted volver... porque... la verdad, estamos en este momento haciendo los honores al señor conde del Verde Sauco, que almuerza con nosotros.

BORD. ¿El conde del Verde Sauco? ¿ha venido ya? ¿quién es? ¿aquel?

DEOG. Sí, señor; pero hombre, no mire usted con ese descaro: conque vuélvase usted á otra hora.

BORD. ¡Qué casualidad! precisamente le ando buscando por todas partes, porque desde que se fué á París me dejó una pella de cuatro mil reales por un *surtú*, un *habit de chasse* y un *corsé*.

DEOG. Hombre, en mi casa... ¡estamos frescos! (Esto es lo que yo no habia calculado.)

BORD. Quite usted, verá usted.— Señor conde, señor conde del Verde Sauco.

BERN. (¡Diantre! apénas he tomado posesion del título, y ya todo el mundo me conoce.) — ¿Qué quiere usted?

BIB. ¡Qué insolencia!

BORD. ¿Vuestra señoría es el conde del Verde Sauco?...

BERN. Sin duda, vamos, acabe usted.

BORD. Señor, soy el sastre Borderó, me he presentado varias veces en la fonda donde está vuestra señoría.

BERN. (En la fonda. Esto es cosa del padre; bueno.)

BORD. Y siempre me ha despedido, ese mismo criado que trae vuestra señoría; que vuestra señoría no estaba visible, que tal, que...

JOCQ. Las órdenes del señor conde.

BERN. Bien, está bien; calla tú; ¿y qué?

BORD. Yo he respetado esas órdenes..... pero al fin tengo aquí una letra aceptada por vuestra señoría y endosada á mi favor, cuyo término ha espirado.

DEOG. (¡Por san Telmo, lo hemos echado á perder!) — Señor Borderó, el señor conde está en mi casa ahora, y..

BERN. (¡Cómo disimulan!) — Corriente... esa letra... veamos. (*La ve, y dice aparte.*) (Este es golpe del padre; de gentes elegantes es tener acreedores, y él ha encontrado uno en un momento.)—Bien, cierto; pero ¿qué tengo yo que ver con esto? Es verdad que yo he contraido la deuda, pero ¡qué! ¿quiere usted que yo tambien la pague? ¿Lo he de hacer yo todo? Véase usted con mi contador; los hombres de mi clase no acostumbramos á pagar las deudas nosotros mismos; ¿ó cree usted que soy un cualquiera?

BORD. Ya sé que va mucha diferencia; pero está sentada en el consulado, y me seria muy sensible que por un asunto de esta clase se viese vuestra señoría detenido...

DEOG. (Malo, todo se va á descubrir.)

BORD. Y preso en el consulado...

BIB. y JULIA. ¡Preso!

BERN. Señoras, este hombre está loco; ¿á mí? no es posible; ¿y á qué sube, una talega, ó dos?

BORD. Nada de eso... la bagatela de cuatro mil reales.

BERN. ¿Y para eso me viene usted á romper la cabeza? ¡habrá insolencia!

BORD. Señor, es verdad; pero vuestra señoría lo debe.

BERN. Demasiado honor le hago á usted en acordarme de él para que me sirva, y para deberle, y para... en fin, eso

es una futesa; ahí está el señor Deogracias; tengo cuenta abierta con él; él se lo dará á usted. — Señoras, sigamos.

DEOG. ¿ Cómo, cuatro mil reales yo?

BIB. Sí, hombre, ¿ qué puedes rehusar al señor conde? ¿ y qué entiendes tú de eso, y de los estilos de etiqueta?... dálo...

BERN. Efectivamente, es tan poca cosa, que yo, en igual caso por usted...

DEOG. Sí, pero usted cree que esto es chanza, y en este momento estoy en una situacion tan crítica... (Tambien renunciar á una intriga que se presenta tan bien... tal vez se logre cobrarlo del conde verdadero... en fin...) — Señor Borderó, venga usted conmigo.

BORD. Mire usted que ya estoy aquí, me es indispensable llevar el *muaré*...

DEOG. Mi mujer se lo dará á usted. — (*A Bernardo.*) Voy á dejarle á usted solo con ella, haré llamar á mi mujer.

BERN. Corriente, y siéntelo usted en el libro.

ESCENA X.

D.ª BIBIANA, JULIA, BERNARDO, EL JOCQUEY.

BERN. Estos tunantes piensan que no tiene uno otra cosa que hacer sino atender á sus impertinencias.

BIB. Señor conde, ¿ qué quiere usted? no tienen principios ni educacion... un sastre... como usted ha dicho muy bien, les hacen ustedes mucho honor en mirarlos, y mucho mas en que puedan decirse sus acreedores.

BERN. ¡ Quién lo duda! sino que es una canalla desconocida, y...

ESCENA XI.

Dichos, FRANCISCO.

FRANC. Señora, mi amo la llama á usted por un momento.

BIB. ¡ Jesus, qué hombre! ¿ he de dejar al señor conde ?

BERN. Señora, sé lo que es el comercio ; por mí no deje usted de hacer lo que se le ofrezca, seria ofenderme.

JULIA. (Me dejan sola con él.)

BERN. (Ha llegado el momento, y no se puede despreciar esta ocasion.) — Rodolfo, á cuidar del tilburí.

ESCENA XII.

JULIA, BERNARDO.

BERN. (*Cogiéndola las manos, y adelantándose sobre la escena.*) Julia, ¡ qué ocasion tan feliz, y qué dicha la mia la de poder ofrecer á usted mi amor! ¿ está usted triste? ciertamente; ¿ qué tiene usted, Julita? ¿ le desagrada á usted este paso? — (¡ Qué trabajo me cuesta fingir con ella tambien! ¡ ah! se paga del rango.) — ¿ No me quiere usted contestar?

JULIA. Señor conde, usted nos hace tanto favor, que no puedo ménos de estarle agradecida, de quererle bien...

BERN. Favor, agradecimiento... es decir que no me ama usted; si usted me amara... los amantes nunca se hacen favor en amarse; la clase es para ellos despreciable.

JULIA. ¿ Y usted cree que para mí no lo es? diga usted, ¿cuando usted me seguia, sabia yo que era usted conde, y mis ojos no le decian bastante claro que no me era indiferente?

BERN. ¡ Qué oigo! es decir que aunque yo no fuera el conde del Verde Sauco me amaria usted.

JULIA. Señor conde, he dicho demasiado para lo que es permitido á una mujer; pero ya que ántes de hablarnos le habia dado á usted algunas muestras de inclinacion, debo hablar. Si usted no me hubiera dado una prueba como esta de amor, creeria, como todos, que tengo las mismas ideas de mi madre, que no aprecio sino el oropel; pero ¡ ah! no sabe usted la pena que he sentido cuando mi madre me dijo que el conde del Verde Sauco me pedia; se me cayó el alma á los piés; disimulé, pero, acordándome de mi desconocido, y bien determinada á hacer al conde el objeto de mi desprecio, maldije su clase, el afan de mi madre... y solo cuando reconocí en usted al mismo que ya mi corazon estimaba en secreto, fué cuando volví á gozar de la tranquilidad que creí haber huido de mí para siempre.

BERN. Julia, ¿ será cierto? — (¿ Y he de hacer el tramposo, el loco á los ojos de esta mujer? No.) — Julia, sepa usted...

JULIA. ¡Ay! alce usted : ¡ por Dios! Papá viene.

BERN. Julia, si usted me quiere...

JULIA. Sí, sí, cuente usted con mi amor, pero alce usted.

BERN. (Padre maldito, ¿ por qué tan pronto? hubiera sabido quién soy, que no tengo acreedores...)

ESCENA XIII.

JULIA, BERNARDO, D. DEOGRACIAS.

DEOG. Señor conde, está usted servido, y aquí tiene usted el recibo.

BERN. Guárdemelo usted; ya nos entenderemos.

JULIA. Papá, ustedes van á hablar de asuntos, me iré con mamá.

BERN. Julita, usted nunca es un obstáculo...

JULIA. No importa; hasta despues, señor conde.

BERN. Agur, preciosa Julia.

DEOG. Bien, anda, ahora vamos allá. (Con eso le diré lo de la letra; piensa que es juego, y yo estoy desesperado.)

ESCENA XIV.

D. DEOGRACIAS, BERNARDO.

DEOG. Amigo Bernardo, esto...

BERN. Esto va divinamente; déme usted los brazos y la enhorabuena, amigo: no he perdido el tiempo; pero ¡ qué bien lo ha dispuesto usted todo, hasta fingir el acreedor, y la letra, y!...

DEOG. Poco á poco, Bernardo; le contaré á usted...

BERN. Sí, sí, ya entiendo; es usted un portento de habilidad.

DEOG. Pero si no...

BERN. Es claro, si no, no se podria hacer bien; hubieran sospechado...

DEOG. No, señor....

BERN. No; así, ¿ cómo es posible que den en ello? Pues, señor, usted será hábil; pero confiese usted que yo no le voy en zaga; me he declarado á la chica, y no solo he visto que me quiere, sino que la he fondeado, me he cerciorado de que no piensa como su madre, que no me quiere por ser conde; aunque no lo fuera me querria: ella misma me lo ha dicho, ahora, aquí, cuando usted vino... y aquel aire de candor... No, no me engaña; y usted ha sido un torpe en venir tan pronto....

DEOG. ¿Cómo, un torpe todavía, despues de soltar cuatro mil reales?

BERN. Déjese usted de bromas; sí, señor; ni yo puedo ya fingir mas; su hija de usted es preciosa, y si ella no se deja llevar del oropel, es preciso que todo se descubra, y ahora mismo voy, porque soy feliz...

DEOG. (*Le detiene.*) Hombre, venga usted acá; este hombre no me deja hablar, y todo lo va á echar á perder. La chica será todo lo que usted quiera, y le querrá á usted sin ser conde; pero la madre no: hombre, mire usted lo que hace, por las once mil vírgenes y todos los innumerables mártires de Zaragoza.

BERN. No importa, la chica será mia.

DEOG. Hombre, yo me voy á quedar sin cuatro mil reales y sin novio; venga usted acá, loco de atar, que todo se concluyó, si...

BERN. Pero queriendo usted y la chica...

DEOG. Aunque quieran todas las chicas del barrio, si mi mujer no quiere, usted y yo y la chica y todo el barrio saldremos arañados, y locos, y perdidos, y sin boda, y sin dinero, y sin ojos en la cara. Sosiéguese usted, siga su papel, que mi plan no está acabado; venga usted conmigo, aquí pueden volver y oirnos; en mi cuarto le acabaré á usted de explicar cómo se ha proporcionado este disfraz, y lo que hay, y lo que ha sucedido; en fin, vamos, vamos á mi cuarto.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA.

D. DEOGRACIAS despues PASCASIO

DEOG. Es preciso, sí, mi mujer es el diablo. Pascasio Pascasio... este muchacho pudiera descubrirlo todo.

PASC. Señor.

DEOG. Mira, ¿tú has sido criado del conde del Verde Sauco, eh?

PASC. Sí, señor, ya sabe usted que de su casa vine aquí, que la dejé porque nunca veia un cuarto de mis salarios, porque todo el dia me traia hecho un zascandil: á casa del sastre; del acreedor á llevar esperanzas; del empeñador, del prestamista porque tenia su señoría un compromiso, y era preciso salir de él á toda costa

DEOG. Bueno, bueno, ya me lo has dicho.

PASC. Pero sin embargo, le quiero, como á todos mis amos; eso es otra cosa, y en cuanto pudiera servirle que no fuera...

DEOG. Bueno, bueno; mira, Pascasio, tú eres hombre callado.

PASC. Señor, desde que soy su jardinero de usted no creo...

DEOG. No, no me has dado ningun motivo de sentir, estoy contento; pero ven á mi cuarto; se trata de que, ya que conoces al conde no descubras un proyecto que traigo entre manos.

PASC. Señor, ya sabe usted que yo...

DEOG. Si, bien, te lo explicaré; ven á mi cuarto.

ESCENA II.

EL CONDE DEL VERDE SAUCO, SIMON, FRANCISCO.

FRANC. (*Abriéndoles la mampara.*) Aun tardarán, porque se están peinando; pero pasen ustedes aquí.

CONDE. Mejor estaremos aquí que en esa antesala maldita.

SIMON. Pero, señor, ¿todo un conde del Verde Sauco andar en estos misterios y disfraces? ¿será posible que el amor le tenga á vuestra señoría tan turbado, que no conozca que se pone en el caso de hacer un papel ridículo?

CONDE. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! no lo entiendes.

SIMON. ¿Se rie vuestra señoría? pues cierto que es cosa de risa.

CONDE. ¿No quieres que me ria, si no sabes de la misa la media? amor, dices. ¿Cuándo me has visto tú enamorado, desde que eres mi ayuda de cámara? eso es muy plebeyo, muy antiguo.

SIMON. Pues, señor, entónces no alcanzo qué fin puede vuestra señoría llevar en introducirse así en casa de unos simples comerciantes, aguardar á que no esté el amo, pasar recado á la señora, y guardar aquí una rigurosa antesala, que vuestra señoría mismo no se la hace hacer á un...

CONDE. Verdad es; mira, ya que tú me acompañas en este intriga, y que sabes que mi marcha es supuesta, quiero confiarme á ti. ¿Tú sabes cómo andan mis negocios?

SIMON. Sí, señor, lo sé.

CONDE. ¿Que no tengo mas esperanzas que las que me hace concebir mi tia, la que se está muriendo, pero que probablemente saldrá de este ataque como ha salido de otros diez, y vivirá todavía una porcion de años?

SIMON. Sí, señor.

CONDE. ¿Que estoy lleno de deudas, que ya lo estaba ántes de ir á París, que allá me he acabado de arruinar? Ya se ve, esa maldita Josefina me ha desollado; pero vamos á ver, ¿qué remedio? un hombre de mi clase... es indispensable tener caballos, trenes, buena mesa, familia, palco en la ópera, vestirme por el mejor sastre, tener el mejor zapatero, vivir en un *hôtel* carísimo... luego esas niñas no están contentas si no se les regalan todos los dias, cuándo las pulseras de diamantes, cuándo el aderezo, cuándo un reloj, ni yo puedo hacer alto en eso; en una palabra, tú conoces las mujeres, y sabes como yo que para ser querido...

SIMON. Sí, señor, sí, señor.

CONDE. Luego hay que ir á sociedades; estando en una sociedad es preciso jugar, y jugando es preciso perder, y perdiendo ya ves tú lo que se sigue: de suerte que yo, que ya necesitaba poco, tuve que volverme cuando mi contador, que hablando aquí para entre los dos es un solemne pícaro...

SIMON. Sí, señor.

CONDE. Pero un pícaro que no puedo despedir, porque, como no es moda tomar uno mismo sus cuentas, despues de robarme tiene la habilidad de probarme que todavía le debo dinero y favores; pues, señor, tuve que volverme cuando este tal me escribió que no habia mas fondos: que la mayor parte de mis bienes estaban en hipoteca; que de lo libre nada quedaba sino cuatro miserables majuelos que no dan al año vino para llenar una botella, y que los acreedores le agobiaban, y era preciso...

SIMON. Ya, ya entiendo.

CONDE. Luego esta maldita circunstancia de no poder uno hacer nada sin que todo el mundo lo sepa, ha hecho que la fama de mi ruina vaya siempre delante de mí á todas partes; de modo que el único medio que me quedaba de

evitar una quiebra vergonzosa, que era el de enlazarme con otra de mi clase que repusiese mi casa, no hay que pensar en él; he reconocido mis asuntos, estoy cada vez mas abrumado; con esto de no tener casa en Madrid, y estármela haciendo, tengo que estar en una fonda; he visto que es preciso un medio extraordinario para salvar mi honor; he tirado mis líneas por varias partes; estos son unos comerciantes riquísimos; la madre es loca por brillar, y lo puede todo con su hija, como todas las madres; el padre es otra cosa; pero esto ¿qué importa? al fin es su marido, y sobre poco mas ó ménos ya sabemos lo que mandan algunos maridos en su casa...

SIMON. Ya, ya; ¿y trataria vuestra señoría de casarse?...

CONDE. ¿Y por qué no? me parece que no soy el primero de mi clase...

SIMON. Nada; nada: vuestra señoría lo hace, bien hecho está. Pero entónces, hay mas que presentarse cara á cara, porque estos que tienen dinero y son plebeyos darán todos sus caudales por un usía mas ó ménos; son unos tontos, y no habian de rehusar...

CONDE. Ellas no; pero ya te he dicho que el padre es otra cosa; pensando yo como tú, con la esperanza de deslumbrarle, le escribí pidiéndole su hija...

SIMON. ¡Cáspita! de buenas á primeras. ¿Y qué respondió?

CONDE. Lo que yo no podia esperar; que le es imposible acceder á mis deseos, por estar comprometido con un tal Bernardo, hijo de un amigo suyo don Benedicto Pujavante, de Barcelona, y que, aunque no le conocen, la chica está enteramente á su favor, por la fama de sus buenas prendras, y que no podia verse conmigo porque iba de caza.

SIMON. ¡Y que haya vuestra señoría sufrido ese bochorno! ¿Y ahora qué quiere vuestra señoría hacer con venir y entrar, si la chica tiene novio, si el padre no quiere?...

CONDE. Hay que mudar de plan; díme, ¿te acuerdas tú de aquel hombre gordo que se quejaba tanto de su ojo y de su gota, que fué dos veces á verme en Barcelona, ahora á mi vuelta de París?

SIMON. Sí, señor, sí, ¿pues no me tengo de acordar?

CONDE. Pues aquel es el tal don Benedicto, comerciante en tapices, con quien tenia yo asuntos de dinero, y conozco á él y á toda su casa de toda la vida; de su hijo Bernardo tambien tengo noticias; es de mi cuerpo; en Barcelona quedaba cuando hemos venido; casualidad seria que viniese ahora mismo.

SIMON. ¡Calle! ¿y seria posible?...

CONDE. Y muy posible, ya me has entendido. Ya ves que don Deogracias no está en casa en tres dias lo ménos; está de caza, como él mismo dice. Vengo, pregunto por las señoras; me presento, ya soy Bernardo; no tengas miedo, no me perderé; ya están prevenidas en mi favor, particularmente la chica; me tratan como novio; esta franqueza algo ha de producir; yo no soy despreciable, y me fio en mis fuerzas: todo es que yo coja dos cuartos de hora favorables, y vuelvo el seso á la chica; no es mi primera conquista. Va á venir el padre, un momento ántes me declaro á la madre; es loca, y este es su flaco; en viéndome conde, no digo nada, la zalagarda que se arma en la casa; á esto se agrega que si la chica me quiere siendo Bernardo, ¿por qué no me ha de adorar siendo conde? Esto es cosa natural; y el padre gruñirá, y dirá... pero cuando vea que todo está hecho ¿qué ha de hacer? ceder y soltar los millónes del dote.

SIMON. ¡Sopla! el plan no es malo; pero ¿qué tiene que ver todo eso con haber esparcido la voz de la marcha, con ocultarse hasta de los criados?

CONDE. Sí, señor, los acreedores me rompen la cabeza; en los ocho dias que hace que estoy de vuelta, apénas he

ido á parte alguna; se hubieran echado encima; y hasta ver el resultado de esta intriga me conviene estar oculto; si concluye bien, con el dote empezaré á hacer algunos pagos, y ya es otra cosa; si no, buscaré otro medio; en el ínterin hasta el jocquey, que me ha dejado en la posada de la calle angosta de San Bernardo, lo ha creido.

SIMON. Bueno, bueno: así ya tiene otro ver; pero me parece que vienen...

CONDE. Retírate, pues; déjanos solos.

ESCENA III.

EL CONDE, D.ª BIBIANA JULIA.

BIB. Pues tienes muy mal gusto: todo elegante debe tener deudas. Caballero, buenas tardes. (*Bajo.*) Julia, ¡ qué traza de hombre! ¡qué figura tan ordinaria!

CONDE. Señoras, á los piés de ustedes. (¡Qué gesto!)

BIB. (A los piés de ustedes, ¡ qué vulgaridad tan vieja!)— ¿Que se le ofrece á usted?

CONDE. (No sé cómo empezar.) — Señora, creo que usted debe ser doña Bibiania.

BIB. ¡ Doña Bibiana! ¿ de dónde viene usted ahora? yo no soy doña Bibiana, ni...

CONDE. (Calle; si me habré equivocado de casa; me parece que no.) — Señora, ¿ no vive aquí don Deogracias de la Plantilla?

BIB. Sí, señor; ¿y qué?

CONDE. Bien, y usted será su señora, doña Bibiana...

BIB. Vuelta con doña Bibiana: ¡ qué grosería! ¿ no le he dicho á usted ya que no me llamo Bibiana? me llamo Concha, y está usted muy atrasado...

CONDE. (¡Malo! maldita equivocacion; sin embargo.) — Concha, es verdad, señora, disimúleme usted: acabo de

llegar, traigo varias cartas de recomendacion, y una muy interesante para una tal doña Bibiana, y traia este nombre en la cabeza: ¡pero qué tontera la mia! mire usted si sabré cómo se llama usted; soy Bernardo Pujavante, y acabo de llegar de Barcelona. (¡Qué frialdad!)

BIB. ¿Es usted don Bernardo?

CONDE. Sí, señora.

BIB. (*A Julia.*) Julia, ¡qué ocasion de venir!

JULIA. ¡Ay, mamá!

CONDE. Y deseando presentarme á ustedes, aunque sé que el señor don Deogracías... (No me escuchan.)

BIB. (*A Julia.*) Si pudiéramos echarle; que no le viera Deogracias... ¿quién sabe si volveria atras?... voy á decirle que no está en casa.

CONDE. (¡Cielos! ¡qué recibimiento!) — Como don Deogracias está...

BIB. Caballero, mi esposo está fuera, y yo no acostumbro hacer sus veces nunca; puede usted volverse pasado mañana, ó el otro en ese caso... porque, la verdad, aunque he oido hablar algo á mi esposo de un tal Bernardo, de Barcelona, ignoro qué asuntos puede contener con él, y no puedo sin su anuencia meterme en cosas que...

CONDE. (¡Malísimo!) — Señora, ciertamente que no esperaba este recibimiento; ni creo que usted se halle ignorante de los planes de su esposo; ademas de esto, yo no he buscado casa en Madrid donde alojarme, porque contaba con esta, como quien viene á ser yerno de don Deogracias.

BIB. ¿Quién? ¿usted? ¿casarse con mi hija? caballero, usted delira; ¿con el hijo de un tapicero? cuidado que es imprudencia; he hablado muchas veces con mi esposo sobre el particular, y ciertamente que no me ha dicho nada de semejante proyecto; ni es posible que una boda de esta clase... y en fin, sobre todo, en cuanto á casa,

miéntras mi esposo no esté en ella, me es imposible recibir á nadie. (Con esto se irá pronto; estoy en brasas.)

CONDE. ¡Vive Dios! Señora, yo hablaré con don Deogracias; veremos si hablo de memoria; y pondré en conocimiento de mi padre el trato indigno que ustedes me han dado.

BIB. ¡Qué grosería! insultar todavía á la madre de la que quiere por esposa; vamos, Julia, dejemos ahí á ese hombre. ¡Qué modales! ¡Qué diferencia de este al conde! al fin hijo de un tapicero.

ESCENA IV.

EL CONDE, JULIA.

CONDE. (¡Qué rabia! Si pudiera hablar á la hija.) — Señorita, señorita...¿Usted tambien?...

JULIA. (No me gusta nada, pero me da lástima.) — Caballero, mamá tiene el genio bastante pronto, perdónela usted sus primeros ímpetus.

CONDE. Ah Julia; no me ha engañado la fama que ha llegado de usted á Barcelona, y ciertamente que no se la puede ver sin comenzar á amarla.

JULIA. Déjeme usted. (¡Cielos! si viniera el conde.) — Déjeme usted, mamá estará esperando.

CONDE. Y bien, ¿qué debo hacer? usted considera el conflicto en que quedo.

JULIA. ¡Dios mio! cierto... pero... suelte usted; yo... mire usted... no entiendo... ¿qué quiere usted que le diga? ¿no oye usted? que me llama, ¡ay! allá voy.

CONDE. Julia, un momento todavía; ¿dónde la veré á usted? prepare usted mejor á su mamá. Un momento. (*Deteniéndola.*)

JULIA. No puedo; tenemos una visita de cumplimiento; está ahí el conde del Verde Sauco, agur.

CONDE. ¿Cómo? ¿el conde del Verde Sauco ha dicho usted? ¡Julia, Julia!

ESCENA V.

EL CONDE.

¡Cielos! ¡y que me suceda á mi esto! Por Dios que estoy lucido; pues el tal Bernardo tiene el campo á su favor; este hombre me ha engañado, fué una excusa. ¡Qué cólera! ¿y en esta circunstancia qué hacer? A Dios esperanzas y dote. Pero, ¿y este conde del Verde Sauco? estoy curioso, mas gente viene por aquí; ¿será acertado esconderme? sí, tal vez oiré lo que deseo saber.

ESCENA VI.

D. DEOGRACIAS, BERNARDO, PASCASIO; EL CONDE, metido en el cenador.

DEOG. (*A Pascasio.*) Pues anda listo, que se va á cerrar la tercena; mira que estoy sin rapé, que sea bueno del de primera, y á casa de don Pedro con él, que allí te espero; y de lo otro, cuidado con chistar.

PASC. Señor, está bien.

ESCENA VII.

Dichos, ménos PASCASIO.

BERN. ¿Es posible? ¿conque no era ficcion? ¡ah! ¡ah! ¡ah!

DEOG. ¿Qué habia de ser? no, señor, duro sobre duro: ya ve usted que hemos empezado pagando bien el alquiler del nuevo personaje.

BERN. La fortuna es que el mismo conde del Verde Sauco lo pagará...
CONDE. (Hablan de mí...)
DEOG. ¿ Qué ha de pagar?
BERN. ¿ Pues no lo ha de pagar? al momento que esto se acabe, bien ó mal, le buscaré, y le haré reconocer su deuda, y...
CONDE. (¿ Qué deuda es esta ?)
DEOG. No, señor, no ; aunque usted le cogiera por el cogote.
CONDE. (Para descubrirme en esta casa.)
DEOG. ¿ No ve usted que es un hombre arruinado, un calavera?...
CONDE. (¡ Bravo!)
DEOG. En fin, es seguro que no pagará; á mi tampoco me importaria, como se lograse el objeto; pero si despues mi mujer no cede, si mi hija Julia...
CONDE. (¿ Es el padre? no tiene mal modo de estar en caza : ¡ qué de engaños!)
BERN. Pero, hombre, ¿ cómo le he de decir á usted que su hija me quiere?
CONDE. (¿ Qué escucho ?)
DEOG. Sí, señor, le querrá á usted mucho...
BERN. Pues no me ha de querer, yo me voy á descubrir á ella ; yo no puedo pasar á sus ojos por lo que no soy...
CONDE. (¡ Hola!)
DEOG. ¿ Volvemos á las andadas ?
BERN. Pero, señor don Deogracias de mi alma, ¿ hasta cuándo no he de ser yo el mismo que he sido toda mi vida
DEOG. Hasta mañana ; no pido mas tiempo.
BERN. ¿ Pero ya qué pretende usted ?
DEOG. Si, señor, pretendo todavía. Mire usted, venga usted acá, santo varon, no nos oigan. Esta noche, mi mujer y

mi hija no dejarán de ir á su sociedad; ya sabe usted como le he dicho que mi mujer me ha obligado á mí mismo á jugar, á perder, en fin, á echarla de elegante.

BERN. Sí, acabe usted.

DEOG. Bueno; pues esta noche fingiré irme con varios amigos, con el baron del Tahurete, ese truhan...

BERN. Sí, señor.

DEOG. Pero, se me olvidaba; en primer lugar usted no puede ir á esa sociedad tratando todavía de pasar por él.

BERN. Adelante.

DEOG. Ya ve usted que es imposible; dentro de un rato se despide usted, se va adonde quiere...

BERN. Bueno, adelante. Usted, usted, ¿qué hace?

DEOG. Pues yo, como le he dicho á usted...

CONDE. (Oigamos.)

DEOG. Finjo irme con esos; no vuelvo por ellas, y cuando estén ménos prevenidas... este es el gran golpe, verá usted cómo esto debe hacer un grande efecto.

BERN. Por Dios, adelante.

DEOG. Aguarde usted, porque esta es el alma del plan, es darle la última mano.

BERN. ¡Dios mio! vamos.

DEOG. Hombre, cachaza: ¿no nos oyen?

BERN. No, señor, ¿qué han de oir? ni un alma.

DEOG. Pues, señor, entónces... pero, calle usted; mi hija.

BERN. Por vida del plan...

DEOG. Lo ve usted como hacia yo bien en irme con tiento; voy por mi caja, miéntras que ustedes... allá...

BERN. Don Deogracias...

DEOG. Pero, hombre, si vuelvo.

ESCENA VIII.

BERNARDO, EL CONDE, y luego JULIA.

CONDE. (Por Dios, que llevo adelantados mis asuntos: y no me será fácil salir de aquí.)

JULIA. Señor conde.

CONDE. (¡ Conde! ¡ bravo!)

BERN. ¡ Ah, Julia! soy feliz; ciertamente que para el primer dia que nos vemos hemos disfrutado algunas horas de la dicha de vernos juntos.

JULIA. ¡ Ah! si me fuera permitido creer que el conde del Verde Sauco me ama tan de véras como dice...

CONDE. (¿ Qué oigo? ¿ del Verde Sauco?...)

BERN. Julia, ¿ puede usted dudar de mi amor?

CONDE. (¿ Y yo he de sufrir esto?)

JULIA. No; dudar, nunca; pero, ¿ que sé yo? metido en el gran mundo, en los compromisos de la alta sociedad, qué pocos momentos puede usted dedicar á la memoria de su amada.

BERN. Verdad es; muchos atractivos tiene el mundo; pero crea usted, Julia mia, que desde que la amo nada hay que pueda distraerme.

JULIA. Sí, lo creo; pero tengo cierto cuidado... dicen que usted es valiente: ¿ ha tenido usted muchos desafíos?

BERN. Señora, son compromisos inevitables, un hombre de mi categoría...

JULIA. ¡ Inevitables! dígame usted, si tuviese usted una querida...

BERN. ¿ Por qué lo ha de suponer usted, cruel, pudiendo usted asegurarlo? ¿ no la tengo ya?

JULIA. Sea así, y diga usted, ¿ en ese caso tendria usted valor?...

BERN. ¿ Quién lo duda ? el honor...

JULIA. ¿ De irse á matar ?

BERN. El honor...

JULIA. ¡ El honor! ¡ y para tener honor es preciso ser un bárbaro! cruel, ¿ y me quiere usted ?

BERN. Pero, Julia mia, usted misma me despreciaria si viese que era capaz de rehusar un lance de honor : ¿ no es verdad ?

CONDE. (No puedo sufrir mas; yo le desafiaré. Pues he acertado en mudarme el nombre.) (*Saca una cartera, y escribe con lápiz sobre una hoja que despues rompe; deja la cartera olvidada sobre el banco para cerrar la esquela, se va escurriendo hácia la puerta hasta marcharse.*

BERN. ¿ No responde usted?

JULIA. No me ama usted.

BERN. ¡ Julia mia!...

JULIA. Mire usted que viene mamá.

ESCENA IX.

BERNARDO, JULIA, D.ª BIBIANA.

BIB. Sigan ustedes; parece que el señor conde es tan amable como dicen.

JULIA. Mamá, no sé por qué dice usted eso.

BERN. Su mamá de usted goza siempre de muy buen humor.

BIB. ¿ Y no puedo tomar parte en lo que ustedes hablaban ?

JULIA. Sí por cierto; decia al señor conde que no me gustan algunas modas como los desafíos.

BIB. Julia, no me parece que es esa la educacion que te he dado; no haga usted caso, señor conde; es una niña...

BERN. Señora, dice muy bien. (¡ Qué vergüenza! hacer este papel á sus ojos.)

JULIA. Pero, mamá, los desafíos... aquí viene papá, verá usted como es de mi opinion.

ESCENA X.

Dichos, D. DEOGRACIAS.

JULIA. Papá, llega usted á tiempo.

DEOG. Dí, hija mia, ¿para qué?

JULIA. Dígame usted; si tuviera usted una querida, y lo desafiasen, ¿tendria usted valor de dejarla, y?...

BIB. (*Bajo á don Deogracias.*) ¡Bruto! no vayas á decir alguna gansada... mira que está delante el señor conde.

BERN. La verdad, don Deogracias.

DEOG. (Es fuerza disimular.)

JULIA. Papá, ¿lo piensa usted tanto?

DEOG. Hija mia, te diré, un hombre fino, de cierto nacimiento, no puede rehusar esos lances de honor, y ántes morirse que entregar la carta; yo creo que el señor conde pensará como yo.

BIB. (Ya se va civilizando.)

JULIA. ¿Lo cree usted así? ¿de véras?

DEOG. ¿Y por qué no? un hombre bien nacido...

JULIA. ¡Maldito nacimiento!

ESCENA XI.

Dichos, SIMON con una esquela.

DEOG. ¿A quién busca usted?

SIMON. ¿El señor conde del Verde Sauco está aquí?

BERN. (¡Qué nueva diablura! don Deogracias...)

DEOG. (*Bajo á Bernardo.*) Responda usted. — (¡Si será otro sastre!)

BERN. ¿ Qué tenia usted que mandarme?

SIMON. ¿ Es usted ?

BERN. Sí, señor; ¿ no me ve usted ?

SIMON. Efectivamente. Se me acaba de dar esta esquela para entregarla á usted en propia mano, y con la mayor prontitud posible.

BERN (*La toma.*) Cierto... « Al conde del Verde Sauco... » (Alguna entruchada del padre.) —(*A don Deogracias, bajo.*) Esto es tambien del plan...

DEOG. (¡ Puede! vamos que el muchacho me ayuda, y sin decirme nada.)

JULIA. ¡ Dios mio! lo que me dice el corazon. Señor conde, ¿ me permite usted leérsela?...

BIB. ¡ Julia! pero, niña,... ¿ ha visto usted? ¡ qué grosería! ¿ dónde se ha visto?...

JULIA. Mamá, si es un favor... nada mas... se lo pido á usted.

BERN. Déjela usted; yo no puedo negarle á usted nada. (Sea lo que fuere.)

JULIA. ¡ Ay, y qué de prisa se conoce que lo han escrito! y está con lápiz. (*Lee.*) « Señor conde, le supongo á usted » un caballero; en esta inteligencia otro caballero, á » quien ha ultrajado, le pide una satisfaccion... » ¡ Dios mio! mi corazon me lo decia. (*Se apoya sobre el hombro de su madre, llorando.*)

BERN. ¿ Una satisfaccion? déme usted, cierto; y en el café de... á las... ¿ yo?

DEOG. (¡ Bueno! á mí se me habia olvidado, un desafío; era indispensable: por eso traeria él la conversacion.)

BERN. (*A Simon.*) ¿ Quién le envía á usted? porque esta firma...

SIMON. Señor, lo ignoro.

BERN. (¡ Ba, ba, ba!) (*A don Deogracias, bajo.*) Don Deogracias... aquella maldita interrupcion del plan... pero ya estamos al cabo de la calle, ¿ eh?

DEOG. (Sí, que no hubiera dado en ello; pues lerdo es el niño.)

BERN. (Es mucho don Deogracias.) — Pero ¡ Dios mio! Julita...

JULIA. Déjeme usted... desde que hablábamos parece que me tocaba Dios en el corazon.

DIB. Hija mia...

BERN. Pero esto no es nada; yo estoy muy acostumbrado á estos lances; esto es una bagatela, un rasguño, un ojo ménos.

JULIA. ¡ Un ojo ménos!

BERN. Pues, un ojo ménos y unas botellas. — (*A Simon.*) Bien, está bien; dígale usted al sugeto que no faltaré.

JULIA. ¿ Cómo tiene usted atrevimiento? Papá, ¿ y me abandona usted?

DEOG. Hija mia, es preciso dejar correr las cosas; ya te casarás con el señor, pero primero es indispensable que se vaya á romper la cabeza con el insultado: las leyes del honor, todo lo exige; el señor conde no es un cualquiera.

BERN. Julia, crea usted que esto no es nada, yo no soy cobarde.

DEOG. Efectivamente, señor conde, y pareceria muy mal que por una niña se dejase usted silbar por sus iguales; debe usted romperse no digo yo su cabeza, pero mil si las tuviera: es una moda muy puesta en razon... y tal vez será porque le haya usted quitado la acera; ¡ oh! sí, sí; en ese caso, ¿ cómo puede evitarse el lance? y si yo no tuviera prisa, pero es tarde para mí, yo mismo seria su padrino.

BERN. ¿ Pero se va usted?

JULIA. ¡ Papá!

DEOG. Pero ¿ qué quieren ustedes que haga yo? al momento vuelvo á comer y á saber el éxito.

JULIA. Deténgale usted; ¿ es posible que sea yo tan desgraciada? ¡ ah, maldito honor!

BERN. Don Deogracias, don Deogracias... ya es tarde; corre como un muchacho. Pero, Julia, no se aflija usted, tal vez no se realizará; si es costumbre bárbara, los que la tienen procuran suavizarla: estas cosas son ménos de lo que parecen... (*A doña Bibiana.*) Señora, le dejo á usted este sagrado depósito, y marcho á mi obligacion.

JULIA. ¡ Mamá! ¡ ay, se va, y todos le han dejado ir! ¡ Dios mio! ¿ qué le irá á suceder?

BIB. Vamos, niña, ¿ qué le ha de suceder? te vas haciendo muy imprudente; mire usted si no ha de ir á un desafío; ¿ pues hay cosa mas racional? Pues si ántes el conde ha insultado al otro, ¿ para repararlo y desagraviarle no le ha de romper despues la cabeza? Ven, te echarás. ¡ Francisco! ¡ muchacha! — Ven, hija mia; sosiégate, bebe un poco de agua y vinagre: eso no es nada; un desafío es para un elegante el pan nuestro de cada dia.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO, FRANCISCO.

BERN. ¡ Hola, Francisco!

FRANC. Señor.

BERN. ¿ Ha vuelto ya don Deogracias?

FRANC. Y ha vuelto á salir.

BERN. ¿ Vendrá pronto ?

FRANC. Me parece que no, porque al salir dijo que se iba á la lonja de ultramarinos, y allí ya se sabe, una hora, lo ménos.

BERN. ¡ Qué hombre ! cierto que es calma. ¿ Y las señoras ?

FRANC. La señorita está mejor. Cuando vuestra señoría se fué, se echó, no quiso comer; pero despues tanto le dijo su madre, que fué preciso levantarse y emperejilarse... y en el tocador están disponiéndose para la noche.

BERN. Bueno, véte; cuando venga don Deogracias, si no entra por aquí, avísame.

FRANC. Bien está.

ESCENA II.

BERNARDO.

Es mucho don Deogracias; vea usted, y parece un pobre hombre; ¿ quién habia de decir que habia de ingeniarse tanto ? porque es innegable que la ocurrencia de crear un desafío es excelente; ello mi trabajo me ha costado hacer bien mi papel con aquel ángel; aquellas lágrimas me partian el corazon, porque, aunque tengo honor y no soy cobarde, no veo esta precision de matarse á cada instante por un quítame allá esas pajas. ¿ Pero quién es ?

ESCENA III.

BERNARDO, EL CONDE.

CONDE. (*Entrando.*) (¡ Aquí está mi hombre !)

BERN. (Estoy tan azorado con la parte que falta del plan, que todo se me antoja nuevas invenciones.)

CONDE. Caballero, palabra.

BERN. Qué diablo de hombre!)

CONDE. ¿ Usted es el señor conde del Verde Sauco ?

BERN. (¡ Cáspita! yo no salgo de aquí : fuera no hago este papel; es cosa de don Deogracias ; y sin avisarme...)

CONDE. Caballero, ¿ oyó usted que le hablé ?

BERN. ¡ Ah, sí! perdone usted, estaba distraido.

CONDE. Pregunto si tengo el honor de hablar al señor conde del Verde Sauco.

BERN. Sí, señor, yo soy.

CONDE. Muy señor mio : — (tengo de apurarle :) — en ese caso, ya podremos hablar. ¿ Habrá usted recibido una esquelita?

BERN. Sí, señor. — (Esto me huele mal; á ser broma, ¿ á qué seguirla ?...)

CONDE. ¿ Y bien?

BERN. ¿ Qué?

CONDE. Se le citaba á usted. — (Es cobarde y puedo gallear.)

BERN. Sí, señor.

CONDE. (Apuradillo está.) — ¿ Y bien?

BERN. ¿ Qué ?

CONDE. Que usted no ha asistido.

BERN. Verdad que no.

CONDE. Y entre hombres de honor, debe usted saber que... ¿ eh ?

BERN. (¡ Diantre !) — Cierto, pero un compromiso... si usted gusta, podemos...

CONDE. No, señor, ¿ para qué? yo soy un hombre despreocupado ; yo riño en cualquier parte ; me parece que ese jardin... — (Con eso lo oirán en la casa, no reñiremos, y le descubriré.)

BERN. Hombre, ¿ aquí? esta no es mi casa.

CONDE. Sí, señor, aquí; desde todas partes hay la misma distancia al otro mundo... vamos.

BERN. Hombre...

CONDE. (Ya le tiemblan las pantorrillas.)

BERN. (*Se levanta.*) Este empeño de que ha de ser aquí... (vaya, eso es broma; las pistolas no están cargadas sino con pólvora, y don Deogracias quiere hacerlo á lo vivo y que oigan el ruido.)

CONDE. Extraño mucho que todo un hombre como usted parezca abrigar unos sentimientos tan cobardes.

BERN. Yo cobardes...

CONDE. Pues vamos; si miéntras mas lo pienso usted peor le ha de parecer.

BERN. Pero venga usted acá; porque la verdad, á usted don Deogracias no le habrá pagado para que me... y para nuestro plan, aunque yo sepa que no tienen mas que pólvora, ya ve usted que eso... en no sabiéndolo ellas...

CONDE. (Ya se entrega.) — ¿ Qué habla usted? ¿ yo pagado? ese es un insulto; señor conde, defiéndase usted.

BERN. (Por Dios que es lance; esto no es broma; este es un asunto del verdadero conde; mas sencillo es decirle que no soy el conde.)

CONDE. Vamos, á batirse.

BERN. Pues, señor, camina usted bajo un supuesto infundado.

CONDE. (Ya vomita, pero no le ha de valer; tengo de descubrirle.) — ¿ Cómo?

BERN. Sí, señor; no escuchen; yo no soy el conde ni...

CONDE. Señor conde, ¿ quién lo hubiera pensado de usted? añadir á la cobardía la bajeza de negarse; ¿ no es usted el conde? el miedo...

BERN. El miedo, no le conozco; pero hable usted bajo; no lo soy; tengo motivos... en fin mañana á estas horas lo diré á usted...

CONDE. ¿ Cómo, usted quiere escaparse? pero veremos si es

usted el conde: aquí en esta casa le conocen á usted; veremos si delante de ellos sostiene usted...

BERN. (¿Qué va á hacer?) (*El conde va á llamar.*) Este hombre me descubre. (*Va hácia el conde, le detiene, y muda de tono, amenazándole siempre y sujetándole.*) Venga usted acá; soy el conde; sí, señor, nos batiremos, y, sobre todo, aquí, hablar bajo, ó si no...

CONDE. ¿Cómo? ¿usted?

BERN. Chiton, vamos bajando el tono. Si hasta ahora, por motivos particulares, le he parecido á usted un cobarde, sepa que no lo soy; nos batiremos, pero sepamos con quién.

CONDE. (Malísimo.) — Señor, eso no es preciso.

BERN. Indispensable, y pronto.

CONDE. (Es fuerza fingir, porque mi deuda... y este hombre no es el mismo.)

BERN. ¿Eh? ¡vamos!

CONDE. (¿Qué pierdo? Bernardo y mas Bernardo, que para él es como no decirle nadie.)

BERN. Vamos.

CONDE. Pues, señor, no me conocerá usted tal vez ya; sin embargo, yo soy de Barcelona, me llamo Bernardo Pujavante.

BERN. ¿Qué oigo? ¿usted Bernardo Pujavante? — (¡Qué es esto!... ¡ah, ah, ah!) — (*Con sangre fria.*) ¿Conque es usted Bernardo?

CONDE. Sí, señor.

BERN. Mire usted lo que usted dice; sabe usted que ese tal Bernardo le conozco yo, y...

CONDE. ¿Usted?

BERN. Yo, y no se le parece á usted en nada.

CONDE. ¡Bravo!

BERN. Ese Bernardo no es un elegante, no desafía, no dibuja con un florete; pero es un hombre que tampoco se deja insultar de nadie.

CONDE. ¿ Se atreve usted?

BERN. Sí, señor, á usted; ¿ y por qué? y ahora mismo he de saber quién es usted, ahora, ó va usted á contarlo donde...

CONDE. (Buena la he hecho; ¡ qué le haya yo apurado !)

BERN. Se da usted priesa, ó...

CONDE. Señor, la verdad; hablemos claros, yo no soy Bernardo; pero hágase usted cargo de la razon, porque yo me inclino á creer que usted no es tampoco quien dice, y entónces...

BERN. Eso no es del caso, y...

CONDE. Pero, la verdad...

BERN. Dígame usted pronto quién es; yo soy el conde del Verde Sauco.

CONDE. Pues, señor, entónces, si no me deja usted ser Bernardo, no soy nadie.

BERN. ¿ Cómo?

CONDE. Porque yo, es verdad que no soy Bernardo, pero he creido siempre ser el conde del Verde Sauco; dispénseme usted.

BERN. ¿ Quién, usted?

CONDE. Señor, si usted no quiere... pero aquí tengo papeles que...

BERN. ¡ Ah, ah, ah! Pues, señor, es chistoso.

CONDE. Cierto, es preciso confesar que es un lance chistoso.

BERN. Pero usted con el nombre de Bernardo, ¿ qué objeto?... yo necesito saberlo.

CONDE. ¡ Ah, ah, ah ! Aquí no hay mas que franquearnos uno con otro; beberemos unas botellas.

BERN. No pienso en eso, porque yo necesito ser conde todavía algun tiempo, á lo ménos en esta casa, y yo á usted nunca le daré mas satisfaccion que esta.

CONDE. ¡ Qué disparate ! yo soy un amigo de usted.

BERN. Pues yo no lo soy de usted porque no hay motivo.

CONDE. Vaya, vaya, esto es mejor echarlo á broma, y confesemos...

BERN. Señor mio, usted hará lo que yo quiera, pero gente viene; sálgase usted y chiton, y cuidado con venir aquí á hablar una palabra, y mucho ménos á echarla de conde sino cuando yo lo mande.

CONDE. Pero, señor, esto...

BERN. Y mañana á las seis en punto en la Puerta del Sol; necesito saber de usted varias cosas, agur.

CONDE. ¡ Y que me deje yo insultar! estoy lucido.

ESCENA IV.

BERNARDO, JULIA. (Acaba de anochecer.)

JULIA. (*Con una palmatoria.*) ¡ Ay! me he dejado aquí mi pañuelo y mis guantes: sí, cierto, aquí están; ¿ cómo los habia de encontrar? ¿ pero quién está aquí?

BERN. (Julia; ahora me preguntará, y yo me canso de fingir.)

JULIA. ¡ Ah! ¿ era usted, señor conde? dígame usted, ¿ qué ha resultado? ¡ cómo me tiene usted!

BERN. (¿ Qué la he de decir?) — Nada, amable Julia; lo que le dije á usted, se echaron suertes, tocó á mi contrario tirar primero; pero por fortuna no salió el tiro, y saltó la piedra; yo no quise tirar, y los padrinos se interpusieron.

JULIA. ¡ Qué gozo! ¡ y ha tenido usted valor de asustarme, y hacerme llorar; ingrato!

BERN. Julia, perdóneme usted si...

JULIA. Que le perdone... sí, solo con dos condiciones, y le perdono á usted; pero jure usted cumplirlas.

BERN. ¿ Y duda usted?

JULIA. Júrelo usted.

BERN. Sí, lo juro.

JULIA. Me ha de decir usted primero quién es el agresor; segundo, por qué.

BERN. ¡ Cielos !

JULIA. Yo lo entiendo; ¿ no quiere usted decirlo?

BERN. Bien quisiera ; pero me es imposible.

JULIA. ¿Imposible ?

BERN. Los hombres de mi clase solemos tener á veces pendientes cinco ó seis asuntos de esta especie, y no saber...

JULIA. ¿ Cinco ó seis ? Señor conde, ¿ y en siendo su esposa de usted hará usted lo mismo ?

BERN. Siempre seré el mismo, y no podré...

JULIA. ¿Y no puede usted dejar?... deje usted de ser conde, ó no cuente usted mas con mi amor.

BERN. (¡Cielos! ¡qué ocasion !) — Julia, créame usted lo que voy á decirla, y perdóneme usted si la he ocultado hasta ahora...

JULIA. Ya, ya lo entiendo ; no diga usted mas ; usted me ocultaba la causa de este lance; traidor, sin duda alguna otra pasion.

BERN. Yo traidor, otra pasion...

JULIA Pues dígamelo usted.

BERN. Julia, ¡ otra pasion ! yo mismo quiero creer que es algun amante de usted ofendido ; sí, no tiene duda.

JULIA. ¿Qué dice usted? ¿qué señas tiene?

BERN. (Hola!) — De mi estatura, mas alto, ojos negros, gran patilla.

JULIA. Un frac de color, algo usado, guantes verdes.

BERN. Sí, el mismo ; y espolines en las botas.

JULIA. Él es, él es.

BERN ¿Le conoce usted, Julia ? ¿quién es?

JULIA. No se ha de enfadar usted conmigo...

BERN. Yo, Julia, con usted... cuente usted.

JULIA. Señor conde, ese era un jó en con quien tenia papá

tratada mi boda ántes de conocer á usted; llegó usted, y todo se desvaneció. Él estaba fuera; ni aun le conocíamos, pero con la esperanza de mi mano llegó esta mañana; mamá, á quien se presentó, porque papá no le viera, le echó con cajas destempladas, se quejó á mí, me cogió la mano, me habló...

BERN. Concluya usted, ¿cómo se llama?

JULIA. Bernardo Pujavante.

BERN. ¡Bernardo! (Ya lo entiendo: ¡infame conde!)

JULIA. ¿Qué, se inquieta usted? me habló; pero se lo juro á usted, le aborrezco; es grosero, ordinario... ¿qué diferencia de Bernardo á usted? en fin, si cien veces viniera Bernardo á pedirme, si papá se empeñara, si el mundo entero se pusiera de su parte, yo firme le negaria mi mano, pereceria, sufriria mil muertes ántes que faltar á la fe que debo al conde del Verde Sauco: ¿no me cree usted?

BERN. (*Distraido.*) (Él la quiere; ha tomado mi nombre como yo el suyo; ¿pero cómo ha podido saber que yo?...)

JULIA. Créame usted, sí; yo misma le desprecié, le dejé solo; y tal vez él ha averiguado despues, le habrá visto á usted entrar y salir...

BERN. Sí, sin duda; estoy loco, loco; Julia, voy á ver á don Deogracias: Julia, téngame usted lástima.

JULIA. ¡Pero qué! ¿qué tiene usted? ¡necia de mí! ¿qué le he contado? ¿será posible?

BERN. Julia, á Dios; volveré, pero, créame usted, de otro modo. (*Vase.*)

JULIA. ¡De otro modo! ¡Dios mio! ¡Señor conde! ¿qué es lo que me pasa? (*Se arroja encima del banco de césped, y tropieza con la cartera que el conde dejó.*) ¿Qué es esto? una cartera... del conde, sí; pero mamá viene, es fuerza guardarla.

ESCENA V.

D.ª BIBIANA, JULIA.

BIB. Pero, hija mia, para buscar unos guantes tanto tiempo. ¡Válgame Dios!.... ¿qué tienes? ¿lloras? ¿qué te sucede?

JULIA. ¡Ah! mamá, ¿no sabe usted?...

BIB. ¡Qué! ¿has sabido algo del desafío? ¿ha muerto? ¿salió herido? ¡ay Dios mio! ¡qué desgracia! ¡maldita elegancia! ¡maldita moda! ¡Hija mia!

JULIA. Mamá, sosiéguese usted; no es eso, no; ha salido bien.

BIB. ¿Qué dices? respiro; ni una gota de sangre me habia quedado en todo el cuerpo; ya ves, una boda como esta; casarte con el primer elegante de Madrid, si me debia asustar; pero dí, ¿qué es ello? ¿te queria engañar? ¿era un bribon?

JULIA. Mamá...

BIB. ¿Trata de deshacer la boda? ¿no quiere casarse ya? ¡ay Dios mio!

JULIA. Pero, mamá, si...

BIB. ¡Haya picaron! despues de pedir tu mano volverse atras; ¿pero por qué, por qué ha sido todo esto? si eres un bruto; tú lo habrás echado á perder; ¿conque ès decir que nos ha engañado?

JULIA. Pero, mamá, ¡por Dios! déjeme usted; si no es eso. ¡Qué engaño ni qué nada! si no es eso.

BIB. Hija mia, ya ves tú lo que les pasa á otras; es preciso un ten con ten... vamos, ¿y qué fué?

JULIA. Mamá, Bernardo, Bernardo...

BIB. ¿Dónde está? ¿qué ha hecho?

JULIA. Es él que ha desafiado...

BIB. ¡Atrevido! ¿al señor conde?

JULIA. Sí, señora, y yo he tenido la imprudencia de contarle al conde lo que habia pasado, y ha creido sin duda que yo le he querido.

BIB. ¿Le has contado?...

JULIA. Fué inevitable; y si viera usted cómo se puso, loco, furioso; se fué diciendo que iba á papá...

BIB. ¿A tu padre? y á la hora de esta sabrá... si le pudiera prevenir... sí, ya le contaré lo que pasa; yo, yo misma desengañaré al conde; será un infierno la casa, sí, señor, y mi marido lo sabrá ya, y nos lo estará callando; tal vez él mismo le protege; aquí viene: véte al almacen, déjame sola con él.

ESCENA VI.

D. DEOGRACIAS, Dª. BIBIANA.

BIB. Ven acá, ven acá; ¿qué es esto que pasa en casa? tú piensas engañarme, pero no lo lograrás; quítatelo de la cabeza, no se ha de hacer tu gusto; ¿callas? ya te entiendo, responde.

DEOG. En buena hora he venido; pero, mujer, ¿qué es ello? ¿yo engañarte?

BIB. Sí, señor, tú: ¿conque está aquí Bernardo?

DEOG. (¡Qué oigo! sabe ya que es Bernardo.) — Pero, mujer, ¿como? — (A Dios plan.)

BIB. ¿Pues qué, piensas que yo no sé nada? y tú tambien lo sabias; dí, dí que no.

DEOG. (Este maldito se habrá descubierto, por fuerza.) — Es verdad que lo sabia; pero...

BIB. ¿No digo yo? pues mira, Deogracias, hablemos claros; precisamente como se porta tambien, presentarse asi... con ese descaro...

DEOG. (¿No digo yo que se ha descubierto?)

BIB. Insultando á todo el mundo; eso es burlarse.

DEOG. (No hay sino tener paciencia.) — Pero, mujer, tanto delito es... si él no quisiera á la chica no hubiera procedido así... ¿no ves que el mismo amor le ha obligado á hacer todo eso?

BIB. Todavía lo disculpas; ya está visto que nunca convendremos en este punto; ¿y á qué engañarme y hacerme creer?... vaya, yo... en una palabra, toma tu determinacion, ó despide á Bernardo al momento, ó ni cuentes con tu mujer, ni con tu hija: ella le aborrece ahora mas que nunca: le ha despreciado á él mismo.

DEOG. ¿A él mismo? ¡pobre muchacho!

BIB. Sí, á él mismo, sí; conque haz lo que gustes; pero no lograrás nunca que tu hija se case con ese hombre, por mas astucias y por mas engaños que fragües... (*Vase.*)

DEOG. ¡Bibiana! esto no tiene remedio, se fué: si es una furia; y yo quisiera enfadarme, pero soy un pobre hombre.

ESCENA VII.

D. DEOGRACIAS.

La hemos hecho buena; todo mi proyecto por tierra; y en el ínterin mi mujer gastando y triunfando. No, pues el resto de mi plan se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré órden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo ménos no se perderá todo. ¿Pero este imprudente cómo lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aquí viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle; él me

dirá... ó á lo ménos le consolaró; ¡qué afligido debe estar!

ESCENA VIII.

JULIA.

'adie hay aquí; en ese almacen maldito hay tanta gente... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... ¡qué bonita! veamos. (*Lee.*) « Cinco mil reales del tilburí, que no puedo pagar todavía. » Otra deuda; y el tilburí le debe; ¡ah, qué poco me gusta este carácter!... Si me caso con él, yo le corregiré, sí. « Ocho mil reales á la fonda : » ¡mas deudas! ¡Dios mio! una carta... ¡qué es esto? « Amada Josefina : » ¡ cielos! si me engañará; la fecha es de hoy. « Amada Josefina, disipa tus sospechas » infundadas: es verdad que te he confesado mi plan de » boda, con la Julia, y que la he pedido; pero ni en esto hay » amor, ni siquiera inclinacion, solo una razon de con- » veniencia; mis asuntos lo exigen, su dote es crecido; en » fin desengáñate, y vuélveme tu cariño; tu misma » cuando me haya casado, y me veas mas constante con- » tigo que nunca... » ¡ Infame! (*Cae sobre el sillon.*)

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA.

PASCASIO.

¡Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Sauco, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aquí... pues no está; y que dé esta esquela á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tia acaba de espirar, que hereda qué sé yo cuanto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué de enredos y misterios, vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores todavía no han venido á recogerse; pues nunca les sucede... pero aquí están.

ESCENA II.

D. DEOGRACIAS, despues PASCASIO.

DEOG. Vamos, que esta no parece sino una casa de orates: ¡qué desórden! todo abierto, nadie recogido al amanecer todavía, ni aquí hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; ¿este Bernardo dónde estará? por mas que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo. — ¿Qué quieres?

PASC. Señor, acaban de darme esta carta para usted.

DEOG. Bien, anda con Dios; abre y barre el almacen: tem-

prano empieza hoy la correspondencia, á estas horas... «A don Deogracias, etc... el conde del Verde Sauco:» ¡otra! ¡qué pesado es el tal señor! si volverá á insistir... pues yo bien claro hablaba en la mia... ¡ eh! luego la leeré, no estoy para perder tiempo. Francisco, Francisco.

ESCENA III.

D. DEOGRACIAS, FRANCISCO.

FRANC. Señor.

DEOG. ¿Y mi mujer y mi hija han vuelto ya?

FRANC. No, señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aquí ayer... tan elegante...

DEOG. ¿Sí, y qué?

FRANC. Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche; que ha oido decir qué sé yo qué cosa de ruina y pérdidas en el juego, y... venia asustado.

DEOG. Calla (¿él tambien lo ha creido?) — ¿y se fué?

FRANC. Dijo que tenia una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué sé yo, pero que volvia al momento.

DEOG. ¡Bueno! pues ahora lo que corre mas prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si están todavía en casa del baron de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aquí vienen ya, véte; ¡buena mosca traen!

ESCENA IV.

D. DEOGRACIAS, D.ª BIBIANA, JULIA.

(Entran por el almacen, Francisco abre.)

BIB. ¡Jesus, Jesus, qué noche! parece que estaban conjuradas todas las sotas contra mi bolsillo. ¿Pero es posible

que tú tambien?... pues si veias que yo no tenia fortuna ¿por qué te fuiste á jugar?...

DEOG. Esas reconvenciones son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca habia cogido un naipe; tú con esa maldita manía me has llevado al precipicio, porque era el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las esquelas impresas hasta para dar parte de si íbamos á paseo, los convites, los bailes, los ambigús, en que todo Madrid se ha reido de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruina, el desprecio de nuestros iguales, la indignacion de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

BIB. ¡Pero qué! ¿estamos enteramente arruinados? no es posible.

DEOG. Ya te lo he dicho, hasta el almacen; en fin, no nos queda mas que nuestra vanidad.

JULIA. ¡Ah, mamá, cuántas veces le decia yo á usted «no juegue usted!»

BIB. ¿Y qué, querias que yo no jugara? ¿qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fuí en este conflicto á casa del baron de la Palma; allí he escrito tres esquelas contando nuestra situacion á la marquesa del Clavel, al baron de Baraundi, y al duque del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro dia ganaremos.

DEOG. Así empiezan los caballeros de industria.

BIB. Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, que enviamos á las tres partes.

ESCENA V.

D. DEOGRACIAS.

Tú verás la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de personajes, ¿qué me querria el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

« Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he » divertido con usted; ¿conque se ha creido que un » hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enla- » zarse con uno de la suya? Han variado las circuns- » tancias, y estoy mucho mas en el caso de despreciar á » usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted » de sus fardos... etc., etc. »

¡Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo, ¡ah! si no se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, ¡qué ocasion! ¡qué carta! esta se la achacaria yo á él, como escrita despues de haber sabido nuestra ruina: ¡oh, como le maldeciria, y entónces qué ocasion de descubrirse! pero aquí están.

ESCENA VI.

D.ª BIBIANA, D. DEOGRACIAS, JULIA.

BIB. ¿Quién lo habia de pensar de tanta amistad?

DEOG. ¡Qué! ¿han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?

BIB. ¡Oh! si nunca les hubiera escrito: mira tú, llamándome la marquesa del Clavel «la señora comercianta», y el duque del Término: «dígale usted á la tendera,» y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. ¡Dios mio! ¡qué ignominia!

DEOG. Ya me lo figuraba yo eso... — (Esto va á las mil maravillas.)

BIB. ¡Infames!

JULIA. ¿Qué es esto que nos sucede?

BIB. Aun nos queda una esperanza.

DEOG. ¿Cuál? ya te entiendo; gracias á este escarmiento, ya pensarás con mas juicio. Bernardo tal vez.

BIB. ¿Quién? ¿Bernardo? ¿vuelves á tu porfía? no ha de ser, no, señor. El conde del Verde Sauco; ese quiere de véras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.

DEOG. ¿Quién? ¿el conde del Verde Sauco?

JULIA. (¡Dios mio! ¡en qué ocasion! yo le aborrezco.)

BIB. Ese es el único...

DEOG. (¿Qué es esto? ¿si habrán visto al verdadero conde? él la queria, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y, como ya habian descubierto á Bernardo, le admitirian; él las obsequiaria; y esta última carta la escribiria despues de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.)

BIB. ¿Qué piensas? ¿qué dices?

DEOG. Mujer, no queria hablarte de esto; pero mira una carta que acabo de recibir del conde. (No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.)

JULIA. ¡Dios mio! ¡añadir la infamia á la traicion!

BIB. Ya no hay ninguna esperanza.

DEOG. (Me dan lástima; pero demos el último golpe.) — En fin, me parece que ya no queda mas recurso que Bernardo; él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situacion...

JULIA. ¡Ah, papá, nunca, nunca! Despues del desaire hecho á Bernardo por el conde, seria para mí un verdugo su generosidad; he sido engañada, lo confieso; pero esta

situacion en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazon, y harto haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

DEOG. Hija mia, ¿ pero ese amor cuándo se formalizó ? ¿ de cuánto tiempo ? ó yo estoy loco.

JULIA. Papá mio, pocas horas han bastado ; pero no haga usted mi tormento mayor, recordándome mi ligereza.

DEOG. ¡Pobrecita!... (Mas Bernardo viene ; ¡ en qué ocasion tan mala !)

ESCENA VII.

D. DEOGRACIAS, Dª. BIBIANA, JULIA, BERNARDO.

BERN. Familia desgraciada, hermosa Julia...

JULIA. Aparte usted, aun tiene usted atrevimiento...

BERN. Julia, ¿ qué mudanza?...

JULIA. Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño... (*Le da su carta y la cartera.*)

DEOG. (Está loca ; ¡pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.)

BERN. Julia, basta de ficcion; esto no es mio.

JULIA. ¿No es de usted?

BERN. Ni soy el conde del Verde Sauco, ni nunca lo he sido.

BIB. ¿Qué dice?

JULIA. ¿Usted no?

BERN. Efectivamente, el conde verdadero del Verde Sauco es el dueño de esta cartera.

JULIA. ¿Quién?

BERN. El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.

JULIA. ¡Papá! — ¿Y usted quién?...

BERN. Yo soy el único Bernardo...

JULIA. ¿Usted?

BIB. ¿Usted? — Hombre, ¿qué dices?

DEOG. Sí, el señor; pero qué, no lo sabias ya? ¿pues no me dijistes, mujer, que sabias que Bernardo estaba aquí? yo creí que habias descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponíamos.

BIB. ¡Jesus, Jesus! yo sueño.

BERN. Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que pueda quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavarte. En este momento me he visto con el conde, á quien yo habia citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Solo, pues, resta, Julia mia, que usted me perdone este ligero engaño.

JULIA. ¿Por qué le ha usado usted conmigo?

BERN. Me equivoqué; ahora conozco que no merecia usted esta ficcion; pero vengo á enmendar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneracion en mis bienes del mal trato de la suerte.

BIB. ¡Qué nobleza! ¡y qué vergüenza para mí!

BERN. Solo apetezco que su mamá de usted...

BIB. Venga usted á mis brazos, noble jóven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

JULIA. ¿Conque ya no tendrá usted desafíos, ni trampas, ni?...

BERN. Jamas, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía los indemnizará á ustedes...

DEOG. No hay necesidad, ven á mis brazos, Bernardo, hijo mio; llegó el caso de descubrir el resto de mi plan: mi ruina es supuesta.

BIB. ¿Qué dices?

JULIA. ¡Papá!

BERN. ¡Supuest

DEOG. Sí, hijos mios; quise aplicar este último correctivo á la locura de mi mujer; ha surtido efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se expone el que trata de salirse de su esfera.

BIB. ¡Ah! esposo mio, perdona...

DEOG. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y, á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesion cuando es honrosa.

FIN DE LA COMEDIA.

ROBERTO DILLON

Ó

EL CATOLICO DE IRLANDA

Melodrama de grande espectáculo en tres actos y en prosa

PERSONAS

ROBERTO DILLON.
ANA DILLON, su mujer.
PATRICIO DILLON, su hijo.
ISABEL DILLON, su hija.
EDUARDO, amante de Isabel y amigo de Dillon.
DERMOD, enemigo de Dillon, hombre falso, vengativo, etc.
Milord FITZ WILLIAM, diputado de la corona de Irlanda.
JORGE, criado antiguo.
MARIA, su hija, criada.
MAURICIO, jardinero de Eduardo prometido de María.
UN MOZO.
UN ASESOR.
UN MINISTRO.
UN OFICIAL.
UN CRIADO.
Jurados, amigos de Dillon, escribanos, alguaciles, guardia, pueblo, etc.

La accion pasa en Dublin, ciudad de Irlanda, á fines del siglo XVI, en el reinado de Isabel de Inglaterra.
Los dos actos primeros en la casa de Roberto Dillon, y el tercero en una sala de las casas consistoriales.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el jardin de la casa de Dillon; un parapeto de unos dos piés de altura cierra el fondo; en medio una verja, del otro lado de la cual se ve la muralla, y diversos caminos que suben hasta esta haciendo varios sesgos. Al horizonte el campo. En el interior del jardin, y á la derecha del actor, se ve la entrada de un vestíbulo que conduce á la casa; á la izquierda, en frente de este, un bonito pabellon de jardin, á la sombra de algunos árboles: hay varios bancos colocados á trechos.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, MAURICIO. (*Al alzarse el telon, Mauricio, con un envoltorio en la punta de un baston, llega por la muralla y se pára delante de la verja.*)

MAUR. (*Forcejeando para abrirla.*) ¡Oiga! Este pestillo no se

levanta : no parece sino que la verja está cerrada. ¡Diantre! ¡Ah! ¡toma! ya sé en qué consiste ; es que no está abierta. Llamaré... (*Da golpes.*) ¡Señor Jorge, señor Jorge!

JORGE. (*De adentro.*) ¡Aquí está, aquí está ! (*Sale del vestíbulo poniéndose el vestido.*) Aguarda un poco, me estoy vistiendo. (*Se abotona muy despacio.*) ¿Quién diantres llamará ahora? Me parece que el señor Dillon no espera á nadie y... Toma, toma, ¿no es Mauricio?

MAUR. Sí, soy yo, que estoy aquí.

JORGE. ¿Cómo? ¿Eres tú, muchacho?

MAUR. En persona, señor Jorge.

JORGE. ¡No es posible!

MAUR. Sí, señor. ¡Abridme, que os traigo buenas nuevas!

JORGE. ¿Buenas nuevas? Aguarda, voy por la llave de la verja. (*Entra en la casa y vuelve á salir.*)

MAUR. Dáos prisa; estoy deseando abrazaros, y en particular á María.

JORGE. (*Con una gran llave.*) ¡Pobre muchacho! Y María, que no le espera... (*Rie.*) ¡Ah, ah, ah, qué contenta se va á poner! ¡Eh, eh, eh!

MAUR. ¡Buenas tardes! Señor Jorge, dejadme que os abrace.

JORGE. Ven acá, muchacho, ven acá. (*Se abrazan.*)

MAUR. ¡Eh, eh! ¿Y cómo está mi María, vuestra hija, eh, eh, mi novia?

JORGE. Como todas las muchachas cuando están esperando con ansia el dia de boda.

MAUR. ¿Cómo? ¿Pues qué... tiene calentura, ó?...

JORGE. ¿Calentura? ¡qué! ¡Está mas gorda que una mula, y contenta como unas pascuas! Rie, canta y charla mas que cuatro.

MAUR. ¡Eh, eh, ¡Pobrecilla! Pues yo... señor Jorge, me sucede todito lo contrario : cuando estoy enamorado, me

seco y tengo una cosa... ya se ve... va para tres meses que no he visto á mi María... Cuidado que es una buena temporada para estar uno... ¿ eh?

JORGE. Ya se ve; pero primero es la obligacion. Dejaste á tu futuro suegro para ir á cuidar á un pariente anciano y enfermo; hiciste una buena accion; pero tu ausencia no te ha hecho perder ni un tantico así en el corazon de mi hija : ella sabe que eres un buen muchacho, un excelente jardinero; y si no ahí estaba el señorito Eduardo, tu jóven amo, que se hacia lenguas de ti, ántes de marcharse á Edimburgo: ya sabes que fué á su casa á pedir á su familia su consentimiento para casarse con nuestra señorita. Mira, Mauricio, ten un poco de paciencia, y cuenta conmigo. Tu boda con María se hará al mismo tiempo que la del señor Eduardo con la señorita Isabel.

MAUR. En hora buena : no deseo otra cosa.... ¡Qué feliz voy á ser!

JORGE. Ahora bien, ¿y esas buenas nuevas que me traes?

MAUR. ¡Toma! (*Tristemente.*) Mirad, la primera es que mi tio se ha muerto.

JORGE. ¡Ay! ¡Pobre hombre!

MAUR. (*Enjugándose las lágrimas.*) ¡Ah! ¡Yo lo creo! ¡Pobre hombre! Gracias á Dios, hace tres dias que tuvimos la desgracia de perderle.

JORGE. ¡Lo que somos!

MAUR. Eso digo yo... ¡Caramba! ya se ve, no podia durar mucho desde que habia dado en la flor de tener un ataque de apoplejía todas las semanas.

JORGE. ¿ Apoplejía?

MAUR. Sí : los médicos dieron en sangrarle tanto para que no se muriese, que no pudo vivir mas. Y eso que... es preciso decir una cosa como otra; ellos llevaban ya la cura en muy buen estado, segun decian, y era una gran cura aquella. Así es que óigalos usted; ¡ ellos mismos lo

dejan! Sí, señor, que á no haberse muerto mi tio de este ataque, hubiera podido ir tirando algun tiempo mas.

JORGE. ¡ Mira tú qué desgracia ! Por un poco ya... y jóven todavía.

MAUR. ¡ Ya se ve! Setenta y siete años no mas, que ha sido una compasion : ya os podeis figurar que no habré tardado en dar la vuelta á la ciudad. Como que me esperaba mi jardin y María, y vos mismo... Pero no está ahí lo mejor; hay otra buena nueva que no esperaba yo tan pronto. Llegaba yo por una parte, y estaba llegando el señor Eduardo por otra.

JORGE. ¿ Qué dices? ¿ Ha llegado el señor Eduardo ?

MAUR. ¡ Toma ! Si le he dejado á una legua de aquí. Mauricio, me dijo, véte, y en estando allá avisa mi llegada á la familia del señor Roberto Dillon ; díles tantas cosas, y que no tardaré mucho mas que tú en estar á los piés de la hermosa Isabel, y que el corazon, y el alma, y... ¡ qué sé yo cómo dijo ! El alma... pues... en fin, por ese estilo...

JORGE. Sí... ¿ Y te estabas sin darme esa buena noticia? ¡ Qué alegría para mis amos ! ¡ Oh! aquí todos queremos á ese señor Eduardo. Vamos, vamos á avisar á todo el mundo. ¡ María! ¡ María !

MAR. (*De adentro.*) ¡Voy, allá voy!

MAUR. (*Conmovido.*) ¡ Eh, eh! Es su voz... ¡ Cómo me late el corazon ! Señor Jorge, llamadla otra vez.

JORGE. Preciso será llamarla. ¡ María! ¡ María!

MAR. (*Lo mismo.*) Un momento, padre, un momento; me estoy poniendo el vestido de los dias de fiesta para bailar esta noche. Ya me estoy acabando de vestir.

MAUR. ¡ Eh, eh! decidla que no acabe : me gusta oir su voz.

ESCENA II.

Dichos, MARIA. (*María sale muy despacio acabándose de arreglar el vestido.*)

MAR. ¿ Qué sucede, padre, para tanta prisa ? ¿ Hay fuego?

JORGE. ¡ Fuego, eh, fuego! Sí, señora, fuego.

MAR. (*Mirando al rededor.*) ¿ Dónde? Pues...

MAUR. (*Escondiéndose detras de Jorge.*) ¡ Eh! ¡ Qué guapota está!

JORGE. (*Cogiéndola del brazo.*) Vamos, ¿ qué miras? Tonta, ¿qué haces? Mira aquí en frente de ti, levanta la cabeza... allí... (*La coloca en frente de Mauricio.*)

MAR. (*Palmoteando.*) ¡ Ah, ah, ah! ¿ Qué veo? (*Riendo.*)

MAUR. ¡ Eh, eh! Estás viendo á tu novio, María.

(María suelta una carcajada palmoteando de gozo, y Mauricio llora enternecido.)

MAR. ¡ Ah, ah, ah ¡ Qué alegría!

MAUR. ¡ Eh, eh! ¡ Qué gozo!

JORGE. Eso es : llorar y reir como dos tontos, miéntras que yo voy á alborotar á todo el mundo para anunciar la próxima llegada del señorito Eduardo.

MAR. ¿ Llega el señor Eduardo ? Corred, padre, corred : miéntras que vos los avisais, yo charlaré aquí con Mauricio.

JORGE. ¡ No veo de gozo! Ciertamente parece que la Providencia nos envía á nuestro querido señor Eduardo en una ocasion como esta, en que tanta necesidad tiene toda la familia de consuelos... Hablad, hablad, hijos mios.

(Va á quitar la llave de la verja, y entra en la casa.)

ESCENA III.

MAURICIO, MARIA.

MAUR. (*Miéntras que María acompaña hasta la puerta á su padre.*) (¡ Tanta necesidad de consuelos!...) — ¡ María!

MAR. ¿ Qué?

MAUR. ¿ Qué quiere decir eso de consuelos ? ¿ Ha sucedido alguna desgracia en casa del señor Dillon ?

MAR. ¡ Ah ! ¡ Pobre Mauricio! Aquí no hemos tenido mas que desgracias desde que te fuiste. Yo creo que nos han hecho á todos mal de ojo. Yo he dejado á mi padre marcharse solo, porque queria contártelo todo.

MAUR. Bien hecho, María : dí, ¿ y qué ha sucedido ?

MAR. ¡Caramba! ¡ Muchas cosas, cosazas! Mira, lo primero y principal, el señor Dillon tiene enemigos en la ciudad.

MAUR. ¡ Toma! Eso ya lo sabia yo, mi amo tambien. Como el señor Dillon es católico, como dicen, y su familia tambien, y tienen su creencia y su religion, distinta de las demas gentes del pueblo, que somos protestantes... y como aquí desde esta última persecucion no creo que ha quedado mas familia principal católica que esta, creo que por eso la tiene entre ojos el lord diputado.

MAR. ¡ El lord diputado! Ya... ¿ Y sabes tú lo que dice á eso el señor Dillon ? Dice que en lugar de meterse en la conciencia del prójimo, mas le valia al diputado, ya que es el primer magistrado, administrar la justicia como la reina manda, igual para todo el mundo, sin distinguir de personas, ni si este piensa así, ó del otro modo.

MAUR. Y que tiene razon.

MAR. Ya se ve : mira, Mauricio, tú y yo tampoco somos católicos, y con todo y con eso todos los dias me acuerdo de mis buenos amos en mis oraciones; y si todos los que

los calumnian viesen como yo su bondad y su dulzura, y el cariño que tienen á sus hijos, y luego aquella honradez en todas sus cosas, y aquella caridad con los pobres, yo te aseguro que bien pronto tendrian todos á esta familia por un modelo de virtudes, en lugar de mirarla como un objeto de escándalo, que así dicen por ahí.

MAUR. Anda, déjalos que digan.

MAR. Y luego hay mas : mis buenos amos tienen otros motivos de disgusto. ¿ Ya conoces al señorito Patricio, el hermano de la señorita Isabel?

MAUR. ¡Toma! El hijo del señor Roberto Dillon.

MAR. El mismo : muy buen muchacho.

MAUR. Y que sabe mas que un doctor.

MAR. Yo lo creo, es la esperanza de la familia.

MAUR. Y bien, ¿ qué le ha sucedido?

MAR. No se sabe nada.

MAUR. ¡ Oiga!

MAR. Ya te acuerdas de que él era siempre un poco triston... melancólico... pero eso no valia nada : ¡ con todo y eso era tan amable con toda la familia! Pues bien, Mauricio, el señorito Patricio está desconocido.

MAUR. ¡ Ba!

MAR. Lo que oyes. Desde que ha hecho amistad con un tal Dermod, un amigote del lord diputado, muy mal hombre, estoy segura de ello, porque su misma cara lo dice, es otro enteramente : yo, de buena gana creeria que lo ha hechizado, Dios me le perdone.

MAUR. ¿ Hechizado?

MAR. ¡ Vaya!

MAUR. ¡ Bien podia ser! Ya se han visto casos...

MAR. Figúrate tú que no come ni bebe...

MAUR. ¡ Ay! De fijo. ¡ Qué flaco debe estar!

MAR. En cuanto amanece sale de casa, y cuando vuelve se

encierra. Siempre está triste, con una cara... Da miedo. Ya te puedes figurar como estará toda la familia; desconsolada. Darian cuanto poseen por averiguar lo que tiene.

MAUR. ¡Caramba! si estuviera hechizado...

MAR. Yo, mal haya si no creo que son cosas de ese maldito señor Dermod. ¡Picaron! La prueba es que él siempre anda escondiéndose para ver al señorito, temiendo encontrarle con alguno de la familia; y ¡luego tiene una cara de misterio y de mala intencion!!!

(Dermod baja de la montaña, y viendo la verja abierta entra y se adelanta lentamente con cierta zozobra.)

ESCENA IV.

Dichos, DERMOD. (María prosigue hablando sin ver á Dermod.)

MAR. Mira, como soy me alegraria de que vieses al tal camandulon, con su mirar torvo, con su boca torcida, que parece que siempre se está riendo, con sus cortesías hasta el suelo, y en fin, con su facha de condenado, y de...

DERM. (*Deteniéndose á algunos pasos de María, y saludando en voz baja y con cierta dulzura afectada.*) ¡Buenos dias, hija mia!

MAR. (*Volviéndose.*) ¡Ay!

DERM. ¿Qué es eso, María? ¿Me teneis miedo? Pues creed que la pureza de mis designios...

MAR. ¿Miedo? Sí, señor, algo hay de eso.

MAUR. (*Observándole.*) María, ¿es este tu Dermod?

MAR. Sí; mírale bien.

MAUR. Le he conocido solo con verle.

DERM. ¿Se puede ver á vuestro señorito?

MAR. Señor, yo no sé. Si quereis entrar en casa...

DERM. No, yo... yo... prefiero aguardarle aquí. Tened so-

lamente la bondad de decirle que su amigo Dermod se ha prestado á sus deseos.

MAR. ¡ Ah, es el señorito el que os busca! Voy á decirle que estais aquí.

MAUR. (Y es verdad que tiene cara de pícaro.)

MAR. (*A Mauricio.*) Ven, Mauricio, ven : no quiero que te quedes solo con ese hombre.

MAUR. ¡ Caramba ! No, no, ¡ Dios me libre !

(Coge su envoltorio y su baston, y se entra con María en la casa.)

ESCENA V.

DERMOD.

El jóven Dillon me ha enviado á llamar : esto es bueno. ¿ Tendrá por fin el valor, ó bien la debilidad de ceder á las lágrimas de Hortensia, á los deseos de su familia, que obra sin saberlo por mis mismas sugestiones; y en fin, á mi ascendiente ? Sí : ya hace demasiado tiempo que lucha consigo mismo : llegó el momento de sucumbir : no ha sabido sofocar su amor, y su amor triunfará : Dillon renegará de su religion : estoy demasiado interesado en ello para abandonar en estos momentos la victoria. Se lo he prometido al lord diputado, y he presenciado yo mismo su gozo. ¡ Que triunfo para él si pudiese, gracias á mis esfuerzos, atribuirse á los ojos del gobierno y de todo Dublin la separacion de la religion católica del hijo de la principal familia de la ciudad, de la única rica que ha podido resistir á las persecuciones. ¡ Ah ! Este seria un golpe mortal para la familia de Dillon, la venganza mas segura y mas cruel que puedo tomar de ella. ¡ Inflexible anciano ! ¡ Cuán léjos estás de sospechar que al cumplir con tu obligacion, al denunciar ante los síndicos á aquel mercader extranjero que mantenia relaciones con

el famoso pirata escoces, al hacerle expulsar ignominiosamente de este pueblo, solo recayó sobre mí el efecto de esta medida; que aquel hombre no era sino mi agente secreto, y que por consiguiente me has cortado la fortuna mas rápida ! ¡ Ah ! Tu zelo te costará bien caro. No hay enemigo mas despreciable. Yo te arrebataré á tu mismo hijo, yo consumaré tu desesperacion, y ¡ ay de ti si llego á encontrar una coyuntura, un pretexto para acusarte! Pero álguien se acerca : ¡ ah! es el jóven Dillon.

ESCENA VI.

DERMOD, PATRICIO. (Patricio se acerca lentamente con ademan triste y meditabundo.)

DERM. (*Observándole.*) ¿Qué significa ese aire taciturno y abatido? ¿Si me habré lisonjeado demasiado pronto? (*Alto, cogiendo la mano á Patricio.*) ¡Vaya! Querido amigo, aquí estoy ya; me habeis enviado á llamar. ¿Os habeis decidido ya á ceder?... ¿Llegó el caso de dejaros en los brazos de una familia que os ofrece la mujer mas amable y mas hermosa de?...

PAT. Dermod, os agradezco el interes que tomais por mi suerte; pero, ya lo sabeis, la fortuna no es para mí; si alguna vez acaso llego á entrever la menor vislumbre de felicidad, solo se me presenta rodeada de escollos y de precipicios, de obstáculos insuperables. ¡Ah! ¡Qué de esfuerzos he hecho desde los primeros años de mi juventud para lograr algun dia esa dicha que no puedo comprar sino á costa del honor! Conmovido al oir las hazañas de nuestros guerreros, la gloria me deslumbró, y senté en mi interior el valor de los héroes. Una preocupacion funesta, la diferencia de religion, que nos hace á los católicos de Irlanda viles esclavos de los reformados

de Inglaterra, me obstruyó la carrera de las armas. Indignado de tan escandalosa injustícia, volví mis ojos hácia ese arte sublime, tal vez mas poderoso que aquellas, hácia esa elocuencia noble y enérgica que resuena desde el foro en todos los extremos del universo, que truena contra el error, que persigue el vicio, y que combate la mentira á fuerza de luminosas verdades. La misma preocupacion me arrojó con brazo de hierro del santuario de las leyes. Siempre, siempre la misma preocupacíon viene á cerrarme todas las puertas. Mi corazon se ha exasperado, y he llegado á aborrecer una existencia de que no puedo hacer el uso que me dicta mi albedrío. Los hombres han llegado á serme odiosos, y yo mismo no sé á qué extremo me hubieran podido conducir mi abatimento y mi desesperacion, cuando el amor vino de repente á llenar mi alma de un fuego nuevo para mí; creí hallarme trasportado á otro universo: Hortensia fué el ídolo de mis pensamientos, el principio de mi vida: ¡ah! conocí, no sin estremecerme, que esta pasion terrible iba en fin á decidir de mi suerte.

DERM. ¡Ah! Y por esta vez no hallasteis oposicion; Hortensia os adora.

PAT. Sí: ¡pero tambien se ha levantado entre nosotros esa barrera fatal! ¡Sé perjuro, me dicen, y serás dichoso! ¡Como si pudiese aspirar á la dicha quien no se estima á sí mismo, quien no posee el aprecio de sus semejantes!

DERM. Querido amigo, ¿llamais perjurio al abrir los ojos á la luz de la verdad, el?...

PAT. ¡Silencio! Dermod, respetemos mutuamente lo que nuestros padres han respetado. Si uno de nosostros gime en el error, solo Dios puede juzgar nuestra causa.

DERM. (*Algo cortado.*) ¿Con qué objeto, pues, me habeis llamado?

PAT. Ya sabeis que la familia de Hortensia me ha prohibido la entrada en su casa.

DERM. ¿Cómo? Ella os abre los brazos; vos sois el que os negais...

PAT. Dermod, ¡todavía no desespero! No, el padre de Hortensia no puede desear mi muerte ni la desgracia de su hija: amigo mio, vos, que llevado de la piedad os ofreceis á servirme de intérprete, en nombre de la amistad, entregad sin demora esta carta al padre de mi querida. (*Se la da.*) Ahí va mi última esperanza. Si rehusa mis proposiciones, no hay remedio para vuestro amigo.

DERM. ¿Qué le prometeis para lograr la mano de su hija?

PAT. Prometo, juro respetar la creencia de mi esposa, y respondo de que mis parientes participarán de mis sentimientos para con ella.

DERM. ¿Lo exigis, amigo mio? ¡Ah, cuánto mas fácil seria y mas seguro!...

PAT. Por Dios, Dermod, dispensadme mi flaqueza.

DERM. (Cederá, cederá; dejemos obrar al amor.) (*Alto.*) Voy á ver á Hortensia y á su padre: ¿dónde nos veremos?

PAT. En este mismo jardin.

DERM. (*Sorprendido.*) ¡Aquí!

PAT. Mi padre espera de un momento á otro á un amigo íntimo de toda la familia. Eduardo acaba de llegar, y yo no puedo separarme de aquí.

DERM. Basta: ántes de una hora estaré de vuelta. (*Se oye ruido.*) ¿Qué es eso?

PAT. Es mi familia: retiraos. ¡Ah! Si mi padre llegase á saber mi flaqueza... A Dios, á Dios, amigo mio; en vuestras manos encomiendo mi esperanza y mi vida. (*Dermod sale por la verja y sube á la muralla.*) Evitemos las miradas de mi padre, sobre todo las lágrimas de mi madre. Ocultémosles mis padecimientos. ¡Aquí están!

¿Dónde me esconderé? ¡Ah! Entraré en este pabellon... No puedo soportar ya ni su ternura ni su enojo.

(Entra en el pabellon, y Dermod desaparece á lo léjos en el instante mismo en que sale la familia de Dillon de la casa.)

ESCENA VII.

DILLON, ANA, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARIA.

ANA. (*A su marido.*) Ya lo ves, esposo mio, nuestro hijo huye de nosotros.

ISAB. Pero, madre mia, ¿qué tiene?

ANA. Isabel, tanto tu padre como yo lo ignoramos, absolutamente.

MAR. ¡Señor Dillon, señor Dillon! Mirad allá abajo el señor Dermod, ¡ese malvado que vuelve loco á nuestro señorito!

DILLON. María, te prohibo que hables en esos términos de un hombre á quien apénas conocemos, y á quien mi hijo trata como amigo. ¿Por qué has de suponer en él el designio de perturbar la tranquilidad de una familia de que no puede tener queja?

ANA. Verdad es; pero confiesa que esa amistad tan extraña...

DILLON. Me da qué pensar, lo confieso: sin embargo, puede ser inocente, y es una injusticia acusar á nadie sin datos... Querida Ana, tratemos de volver á nuestro hijo al seno de unos padres que le adoran por medio de la indulgencia y de la ternura. Pocas reconvenciones sobre todo: es preciso no exasperar un corazon que parece tan próximo á cerrarse á los dulces sentimientos de la naturaleza.

ISAB. No lo creais, padre mio, nunca ha dejado mi hermano de quereros.

JORGE. Si el amo quisiera hablar á su hijo, yo iria á mandarle...

DILLON. No, Jorge: ¡nada, nada de órdenes! Creeria comparecer delante de un juez. Esperemos que él venga á hablar á su padre: la llegada de Eduardo torna la esperanza á mi corazon afligido: la tierna amistad que le une con mi hijo tendrá tal vez mas imperio sobre él...

ISAB. Sí, yo os lo aseguro: ya sabeis que Eduardo me da gusto en todo. Pues bien, yo le diré que es preciso que indague la causa de la tristeza de Patricio, y que le restituya á su familia si quiere verme feliz.

ANA. ¡Isabel! (*A su esposo.*) Roberto, no perdamos las esperanzas.

ISAB. Dices bien; recobremos la alegría para recibir á Eduardo.

MAR. Tiene razon la señorita, todo saldrá bien.

JORGE. ¡Ah! En cuanto á eso de recibir al novio de nuestra señorita, creo que tendremos funcion, algo de baile, y...

ISAB. Sí, madre mia, sí; ¡cuán agradable me seria sorprenderle!

JORGE. Se puede convidar á los amigos de la casa.

ISAB. Sí, para un baile: (*Cortada.*) digo, si mamá lo permite.

ANA. Dispónlo tú, querida Isabel; por hoy te cedo toda mi autoridad.

ISAB. ¿De véras? Pues bien, ya veréis el uso que hago de ella. María, Jorge, Mauricio, vamos, pronto, escuchadme todos, voy á daros mis órdenes.

JORGE, MAR. y MAUR. Aquí estamos, señorita, aquí estamos.

(Rodean á Isabel, quien da á cada uno sus instrucciones.)

ANA. (*A su marido.*) Y tú, ¿no saldrás al encuentro á Eduardo?

DILLON. Ya tengo dadas mis órdenes con esa misma intencion. Efectivamente Eduardo no es ya un extraño para

nosotros; ya es uno de nuestros hijos, y voy á buscarle para traerle á tus brazos.

JORGE. Está entendido, señorita; nada se olvidará. En primer lugar, María va á disponer el cuarto del novio. En cuanto á Mauricio, puesto que él dice que le agrada mas, no hay mas que poner una cama, como de costumbre, en ese pequeño pabellon.

MAUR. ¡Toma! Es la habitacion del jardinero, y puede uno cantar por la madrugada sin miedo de dispertar á nadie.

JORGE. En primer lugar, vuelo á convidar á la fiesta á todos los amigos de la casa, sobre todo á los mas jóvenes, puesto que se trata de bailar. En cuanto á los preparatívos de la funcion...

ISAB. De todo lo demas yo me encargo con María y Mauricio.

UN CRIADO. Señor, los caballos están prontos.

ISAB. ¡Hola! Padre mio, ¿vais á buscar á Eduardo?

DILLON. Si, querida Isabel. ¿Qué? ¡ya estás toda turbada! Vamos, no pierdas tiempo, dá tus disposiciones para la funcion. Hasta despues.

JORGE. (*A quien María trae su baston y su sombrero, miéntras que un criado trae los suyos á Dillon.*) Vamos, vamos, no hay que perder tiempo.

ISAB. ¡Cómo me palpita el corazon!

(Dillon abraza á su hija, saluda á su mujer, y sale con Jorge y el criado. María y Mauricio se llevan á Isabel, que parece estar conmovida; Ana Dillon los deja salir, y vuelve sus miradas hácia el pabellon.)

ESCENA VIII.

ANA, y poco despues PATRICIO.

ANA. ¡Preciosa Isabel! Al ménos esa es feliz. ¡Ah! Si pudiera decir otro tanto de tu hermano... Está solo en el

pabellon. Su padre teme preguntarle; tiene razon, y apruebo su modo de pensar; pero una madre no puede en ningun caso exasperar á un hijo: si yo lo llamase, ahora que todos están lejos...

(Mira si álguien viene. En el ínterin sale Patricio del pabellon, y cruza la escena como para entrarse en la casa.)

PAT. (*Viendo á su madre, y deteniéndose.*) ¡Dios mio, mi madre!

ANA. (*Volviéndose.*) Aquí está. (*Patricio parece titubear, y despues hace un movimiento para alejarse.*) ¡Hijo mio! (*Se detiene, y parece no atreverse á llegar.*) ¿Ya no conoce mi hijo á su madre?

PAT. ¡Ah, madre mia! (*Cae de rodillas, cubriendo de besos sus manos.*) Perdonadme; soy culpable, soy muy culpable: ¡sé cuántas penas os causa mi conducta! No merezco vuestro cariño: soy acreedor al enojo de mi padre: son justas todas vuestras reconvenciones: nunca serán tan grandes como las que me hace mi propio corazon.

ANA. ¡Cruel! Tu padre no está irritado; yo no te dirigiré otras reconvenciones que estas lágrimas que se escapan de mis ojos; pero tú has llenado de amargura el corazon de tus padres: eras su única esperanza, y ya se ha desaparecido.

PAT. ¡Ah! Tampoco yo tengo ya ninguna. Madre mia, Isabel no es culpable, no ha acibarado como yo vuestra felicidad. Apartad de un desgraciado vuestros ojos afligidos, y depositad en mi hermana sola todo el amor que repartís en el dia entre los dos.

ANA. ¿Es decir que no tiene á tus ojos precio alguno el cariño de una madre?

PAT. ¿No tiene precio? ¡Madre mia! ¿Habeis conocido mi corazon, y podeis acusarle de tan cruel indiferencia? Soy un monstruo, yo que hago correr vuestras lágrimas, y sin embargo daria mi vida por enjugarlas.

ANA. ¿Será cierto, hijo mio?

PAT. Si mi padre supiera cuánto le respeto, si supiese cuán encima del vulgo de los hombres le elevan á mis ojos su bondad y su virtud... Sin embargo, me cree un hijo desnaturalizado, y este corazon lleno de amor no sabe inspirar mas que odio.

ANA. ¡Dios mio, qué idea tan cruel! ¿Nosotros aborrecerte? Mira á tu madre; contempla estas facciones alteradas por el dolor, estos ojos de tres meses á esta parte siempre llenos de lágrimas. Llega tu corazon al seno que te ha criado, y pregúntate á ti mismo si puedo aborrecerte.

PAT. ¡Cómo! ¿Mi conducta culpable no ha apurado todavía todo vuestro amor?

ANA. Nunca, nunca: el amor de una madre no conoce término. (*Patricio se inclina sobre la mano de su madre, y la besa con entusiasmo.*) Sí, hijo mio, sí; te amamos siempre te amamos tal vez mas, y padecemos como tú con tus penas. Pero ¡cuánto ménos amargas nos parecerian si te determinases á descubrirnos la causa de ellas! Oyeme: ahora estamos solos, nadie puede oirnos; yo guardaré tu secreto, si quieres ocultárselo á tu padre.

PAT. ¡Santo cielo! ¿Qué exigís de mí?

ANA. ¿Tienes de nosotros alguna queja?

PAT. ¡Dios mio, tanta bondad me abruma!

ANA. ¿Estás descontento con tu estado presente?

PAT. ¡Mi estado! ¡Os suplico que no trateis de penetrar en mi corazon! Yo os prometo que dentro de poco el triste espectáculo de mi dolor dejará de apesadumbraros; sí, mi suerte se va á cambiar, y hoy mismo.

ANA. ¿Qué quieres decir? Hoy mismo, ¿qué?...

PAT. Hoy se acabarán mis penas.

(Ana le mira con inquietud. Patricio oculta el rostro volviéndose.)

ANA. ¡Se acabarán tus penas, hijo mio!

(Se arroja en sus brazos, y le estrecha contra su pecho. Sale Isabel.)

ESCENA IX.

ANA, PATRICIO, ISABEL.

ISAB. (*Alegremente.*) ¡ Mamá, mamá ! Venid á ver... (*Repara en su hermano y se detiene.*) ¡ Ah ! Estáis con mi hermano. (*Poniéndose entre los dos.*) Parece que estáis conmovida, ¡ y él tambien ! ¿ Os ha confesado la causa de su tristeza?

ANA. No, hija mia, ó se cree tu hermano demasiado culpable, ó no conoce el corazon de sus padres.

ISAB. ¿ Qué decís ? Esas reconvenciones van á aumentar su afliccion. (*A su hermano.*) ¿ Sabes que ha llegado Eduardo ?

PAT. Sí, Isabel, y participo en esta ocasion de tu alegría.

ISAB. Estamos disponiendo una funcion : espero que no nos dejarás hoy... ¡ Oh ! Yo te lo suplico por Eduardo y por mí.

PAT. ¡ Por ti ! Sí, Isabel, me quedaré : seré testigo de tu felicidad y de la de mi tierna madre.

ISAB. (*A su madre.*) ¿ Lo veis ? Cede á una sola palabra que le he dicho. Pero venid, venid, porque, aunque me habeis cedido hoy toda vuestra autoridad, aun haceis falta para disponer una porcion de cosas.

ANA. (*A Patricio.*) Hijo mio, nada exijo de ti : pero ten compasion de tu padre; ocúltale tu pena, ó descúbrele la causa francamente.

(Se entra con Isabel en la casa. Se ve á Dermod venir hácia el jardin.)

ESCENA X.

PATRICIO, DERMOD.

PAT. Mi madre tiene razon, ya es tiempo de poner término á mis pesares; pero ¿ cómo revelar la causa ? ¡ Oh, si el

padre de Hortensia consintiese ! Entónces se lo confesaria todo á mi padre. Pero si es preciso renegar..., (*Dermod entra.*) ¡ Cielos ! Entónces ya está decidida mi suerte.

DERM. (*Lentamente.*) ¡ Solo está ! Vamos, es preciso triunfar.

PAT. No me atrevo á preguntarle...

DERM. Amigo mio, os traigo temblando la respuesta que yo temia.

PAT. ¿ Rehusan mis ofertas ?

DERM. En cuanto llegué, toda la familia se reunió, y el temor y la impaciencia estaban pintados en las miradas que todos me dirigian. Saqué la carta fatal, y, faltándome el ánimo para hablar, la entregué silenciosamente á su padre. Disculpadme si no entro en los pormenores de una escena harto dolorosa ; la conmocion que siento todavía os dice lo bastante.

PAT. ¿ Conque ya no hay esperanzas ?

DERM. ¡ Ninguna ! Hortensia, abandonada al sentimiento, se ha decidido á ocultarse en un retiro ; allí perecerán sin duda víctimas del dolor su juventud y su hermosura, y desaparecerán para siempre á los ojos de los hombres.

PAT. (*En la mayor desesperacion.*) ¡ Hortensia, Hortensia !

DERM. (*Con energía.*) ¡ Desdichado ! ¿ Y habeis de ser vos mismo su verdugo ? En la flor de su juventud, adornada de todas las gracias, ardiendo por vos en el mas fino amor, ¡ la llevaréis á la tumba vos mismo con vuestras propias manos ! No, nunca ha podido ella creerlo, ¡ su corazon, su mismo amor la impiden acusaros de tanta crueldad ! sus miradas me lo decian al separarme de ella, y en fin, ¡ yo mismo quiero ver como os atreveréis á llevar á cabo tan horrendo crímen ! Dejemos á otros corazones mas insensibles enredarse en vanas discusiones ; yo apelo de vos mismo, á vuestra propia conciencia, á la

voz de la naturaleza, que resuena ya en vuestra alma. ¿ Os manda Dios que inmoleis sin piedad á la criatura mas perfecta ? ¿ Manda que bajeis los dos al sepulcro en lo mejor de vuestra vida ? ¿ Y cuándo ? ¡ Ah! amigo mio, ¿ no conoceis que ese sentimiento que llena vuestra alma si no os decidís amargará vuestra existencia ? Triunfad de vuestro terror, ceded á su imperio. Venid, venid á restituir la felicidad á una familia desesperada, venid á contemplar vos mismo aquella víctima sensible que muere si la abandonais, y á quien una sola palabra vuestra puede salvar todavía de la tumba que la espera, y muy en breve... Venid. (*Procura arrastrarle.*)

PAT. ¡ Ah ! ¿ Qué es lo que me mandais ?

DERM. Que sigais los impulsos de vuestro corazon.

PAT. ¡ Mi corazon ! Si me atreviese á seguirlos, ya estaria á los piés de Hortensia ; pero ¡ abjurar! Dios mio, ¿ con qué cara se lo confesaré á mi padre ? ¿ Cómo arrostrar sus miradas, su indignacion tal vez ? Amigo mio, nunca, nunca me atreveré.

DERM. ¿ Nunca os atreveréis ? Basta, ya he leido en vuestro corazon... Acabais de dar vos mismo vuestro consentimiento, á la amistad toca ahora concluir lo que empezó el amor.

PAT. ¿ Qué decís?

DERM. Sí, ya os comprendo, temeis el escándalo, no quereis afligir á vuestro padre, vacilais entre el amor y la naturaleza; en hora buena, el cielo me inspira un medio para conciliar todos vuestros deberes. Esta noche, con el mayor silencio, con el mas profundo secreto, sin pompa, sin testigos, nos reuniremos en el templo inmediato...

PAT. ¡ Ah!

DERM. Nadie lo sabrá. Vuestra misma esposa, satisfecha y tranquila, favorecerá nuestro misterio. Ya dichoso, ce-

saréis de afligir á vuestra familia, y renacerá para todos la felicidad. ¿ Cómo ? ¿ Aun vacilais? ¿ Temblais ?

PAT. ¡ Cruel !

DERM. Acordaos del dolor de Hortensia, de su amor... Reflexionad que tal vez espirante...

PAT. Basta, basta, Dermod; Hortensia triunfó : corred : volad, no me deis tiempo para avergonzarme de mí mismo.

(Cae abrumado sobre un banco del jardin á la izquierda.)

DERM. (¡ Triunfé !) (*Alto.*) Vuelo á llevar á vuestra querida la prendra de su felicidad. (¡ Vamos á disponerlo todo para la ceremonia! Mañana todo Dublin sabrá mi victoria. (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA XI.

PATRICIO.

¡ Santo Dios ! ¿ Qué es lo que he hecho ? ¿ Al fin he consentido ? No, no ; ¡ no abuseis de mi enajenamiento, Dermod ! (*Se levanta y le busca.*) ¡ Dermod ! ¡ Cielos, marchó ya ! Corramos... ¿ Qué he de decirle ? ¿ Yo, yo he prometido ser apostata ? ¡ Jamas ! Padre mio, vos me perdonaríais, lo sé, pero vuestro corazon quedaria despedazado. ¡ Ah ! ¿ Y quiero ménos á Hortensia ? ¿ He de sacrificarla ? ¡ Mi desgracia ha llegado ya al colmo ! De cualquier manera he de ser un bárbaro... ¿ Yo perjuro ? tal vez está ya Dermod en el templo y mañana... ¡ Qué escándalo! ¿ Dónde huiré ? ¿ Dónde me esconderé ? La muerte, solo la muerte, (*Reflexionando.*) sí, la muerte ; ya hace tiempo que me reclama como su víctima ; ¡ debo morir ! (*Ruido fuera y en la casa.*) ¿ Dónde estoy ? ¿ Qué ruido es este? ¡ A mí, á mí me buscan sin duda para abrumarme con sus reconvenciones. para llamarme perjuro!

(*Llega hácia la verja para salir.*) ¡ Huyamos ! ¡ Dios mio, mi padre !

(Retrocede hácia la escena, y se detiene espantado; Dillon, Eduardo y algúnos criados entran por la verja; Ana, Isabel, María y Mauricio vienen de la casa.)

ESCENA XII.

DILLON, ANA, EDUARDO, PATRICIO, ISABEL, MARIA, MAURICIO, algunos criados, y despues JORGE. (María y Mauricio vienen, llegan los primeros y miran por la verja.)

JORGE. Ahi está, señora, ahí está; él es.

ED. (*Corriendo á Ana, y besándole la mano.*) Señora, permitidme que os dé el dulce nombre de madre.

ANA. (*Cogiendo la mano de Isabel y presentándola á Eduardo.*) Sí, querido Eduardo; Isabel y sus padres os dan ese derecho.

ED. ¡ Adorada Isabel ! ¿ Conque es cierto?...

ISAB. Eduardo, yo siempre he creido todo lo que dice mi madre.

(Patricio está sumergido en su dolor; Ana lo observa.)

MAUR. (*A María.*) ¡ Qué bien mandada es !

MAR. ¡ Toma ! Todas las chicas lo son cuando se trata de eso.

DILLON. (*Cogiendo la mano de su hijo.*) Hijo mio... (*Patricio se estremece y trata de serenarse.*) ¿ No abrazas á Eduardo, tu amigo, tu hermano dentro de poco ?

PAT. Sí, padre mio. (*Alzando la voz.*) ¡ Querido Eduardo !

ED. ¡ Caro amigo ! (*Se abrazan.*)

ANA. (*A su marido.*) Su corazon es el mismo.

PAT. (*Con tristeza.*) Vas á enlazarte con mi hermana... Mis padres te quieren... Eduardo, ¡ sé para ellos un verdadero hijo ! La felicidad de Isabel y de toda mi familia es mi primer deseo. (*Entra Jorge sofocado y sudando.*)

MAR. Ya está aquí mi padre. (*Coge su sombrero y su baston.*)

JORGE. Todas las personas que la señorita me ha enviado á convidar van á ir llegando casi detras de mí para dar la enhorabuena á la novia : ¿ dónde se las recibirá ?

ISAB. Aquí mismo ; todo lo tengo dispuesto ya para la funcion.

(Patricio se ha alejado á la llegada de Jorge; su misma agitacion le hace vacilar, y se apoya contra un árbol.)

ANA. (*Que le observa.*) ¡ Santo Dios ! (*Corre hácia él.*) Hijo mio, ¿ qué tienes ?

(Todos se acercan y le miran inquietos.)

PAT. Madre mia, no os asusteis... No puedo negarlo ; padezco demasiado ; un fuego extraño me devora y me consume... Permitidme que me aleje... Yo perturbaria la funcion de mi hermana.

ANA. ¿ Funcion ? ¿ Puede haberla para tu madre ?

PAT. ¡ A Dios, padre mio ! ¡ Permitidme que bese vuestras plantas ántes de dejaros !

(Se arroja á sus piés.)

DILLON. (*Levantándole.*) ¿ Qué haces ? Nunca tus padres te han cerrado su corazon.

PAT. ¿ Me perdonais ?

DILLON. Patricio, aquí todos te queremos : tú solo eres el que...

(Ana le hace señal para que no le diga ninguna palabra demasiado áspera.)

ISAB. (*A Jorge.*) Ya me pesa haber pensado en esta diversion.

JORGE. Pues ya está aquí la gente.

PAT. ¡ A Dios, Isabel ! Eduardo, ¡ consuela á mis padres !

(Se aleja rápidamente.)

ANA. Jorge, sigue á mi hijo, observa todas sus acciones, y no te apartes de él.

JORGE. No tengais cuidado, señora; os avisaré si sucediese cualquier cosa.

(Se ve ir llegando la gente para el baile por diversas partes.)

ESCENA XIII.

ANA, ISABEL, DILLON, EDUARDO, MARIA, MAURICIO, criados, toda la sociedad, y despues JORGE.

(Los criados traen sillas, que colocan á los dos lados, miéntras que la gente va entrando y saluda á la familia de Dillon y á Eduardo. Todo el mundo se coloca. Baile, etc. En el último término, en el momento en que concluye, se ve á Jorge que vuelve de fuera, y Ana sale á su encuentro.)

ANA. Y bien, Jorge, ¿qué hace mi hijo?

JORGE. Tranquilizaos, señora; está mucho mejor, y al parecer mas sereno: ha escrito, con bastante agitacion, una carta que debe ser muy corta, segun lo poco que ha tardado en escribirla.

ANA. ¿Una carta? ¿A quién?

JORGE. Lo ignoro, porque se ha empeñado en salir él mismo para entregarla á un mozo. En seguida se ha entrado en su cuarto, como de costumbre, y me ha suplicado que le dejase solo, porque tenia gana de descansar.

DILLON. ¡Extraña conducta! Esa carta debe encerrar algun arcano.

ED. Espero que consigamos aclarar ese misterio.

(Durante este tiempo la sociedad se dispone para retirarse.)

DILLON. Jorge, saca luces.

(Se quitan los asientos: varios criados sacan hachones de viento; la sociedad se retira despues de los cumplimientos de costumbre, y un lacayo alumbra cada grupo con un hachon; toda la familia de Dillon acompaña hasta fuera de la verja á los concurrentes mas intimos, que salen los últimos, hasta perderse de vista por entre los árboles. Jorge, Mauricio y María salen tambien y hasta la verja, desde donde ven pasar los diversos grupos. Miéntras que todos están á esta distancia sale Patricio furtivamente de la casa en un desórden moral extraordinario.)

ESCENA XIV.

PATRICIO, solo en el Jardin, las demas personas fuera de la verja.

Cesó el ruido del baile: todo el mundo se ha marchado; la oscuridad es profunda; vamos, prevengamos la deshonra. Todo lo he previsto; allí... (*Señalando al pabellon.*) Sí, allí será... No tendré testigos... No perturbaré el descanso de mi padre... Mañana... Es preciso... Vamos... Que no me encuentre ya Dermod á su regreso.... Gente viene: ¡mi familia! (*Subiendo al pabellon.*) ¡Padre mio! ¡Querida madre! A Dios... Para siempre... ¡A Dios! (*Entra en el pabellon.*)

ESCENA XV.

DILLON, ANA, ISABEL, EDUARDO, JORGE, MARIA, MAURICIO.

JORGE. ¡Eh! ya se marchó todo el mundo: ¡se va haciendo tarde!

MAR. (*Saliendo del vestíbulo.*) Todo está corriente en el cuarto del señor Eduardo.

DILLON. Vamos, hijos mios; entremos en casa: mañana la aurora alumbrará vuestros desposorios, y los vuestros tambien, amigos mios; y ese dia será completamente feliz, tanto para vosotros como para vuestras familias. Jorge, cierra todas las puertas.

JORGE. (*Con importancia.*) Es mi costumbre, señor Dillon; nunca me acuesto sin hacer ántes mi visita general de todas las dependencias de la casa.

(Dillon aprieta amistosamente la mano de Eduardo, miéntras que su mujer abraza á Isabel; Eduardo da la mano á Ana; á Isabel la acompaña su padre y van entrando en la casa.)

ESCENA XVI.

JORGE, MARIA, MAURICIO.

JORGE. Ahora bien, es preciso tratar de dar cama á es e muchacho.

MAUR. ¡ Oh ! Por eso no os apureis, porque yo, si quereis, no me acostaré.

MAR. ¡ Pues !

MAUR. Como soy, María; estoy tan contento y tan satisfecho... que estoy seguro de que no voy á dormir : conque así...

MAR. Cabalito; ¡ para que amanezcas mañana con la cara tan larga, y con tantas ojeras !... Pues yo quiero que duermas.

JORGE. ¡ Pardiez ! Eso pronto está compuesto; no hay sino poner una cama.

MAR. Vos, padre, podeis ir cerrando las puertas, y entre tanto yo haré lugar para ponerla en ese pabellon.

MAUR. Y yo voy contigo.

MAR. No es necesario.

JORGE. Vamos, despáchate... (*Mauricio quiere seguirla; je establece entre los dos una pequeña lucha para impedírselo.* miéntras que yo voy á buscar la llave grande para cerrar la verja.

(Entra en el vestíbulo de la casa, y María en el pabellon; Dermod baja de la muralla y se dirige hácia la verja.)

MAUR. (*Solo.*) ¡ Hola ! ¿ Quién pasa por allí ? ¿ No es un hombre ? (*Se oyen gritos y ruido en el pabellon.*) ¿ Qué voces son estas ? ¡ San Jorge ! ¿ Qué será ?

MAR. (*Sale del pabellon.*) ¡ Ay, padre mio, padre mio

JORGE y MAUR. ¿ Qué es eso, qué es eso ?

MAR. ¡ Un hombre !... ¡ Un hombre asesinado !

JORGE. ¡ Un hombre asesinado !

MAUR. ¡ Dios mio !

MAR. (*Señalando con espanto.*) Allí... allí... (*Corre hácia la casa.*) Señor Dillon, socorro, socorro.

(Dermod se apresura á bajar hácia la verja. Jorge y Mauricio entran en el pabellon.)

ESCENA XVII.

DERMOD. (Abre de repente la verja, pero no da un solo paso.)

¡ Un hombre asesinado en la casa de mi enemigo ! Observemos.

(Se queda junto á la verja. Jorge y Mauricio salen del pabellon. Casi al mismo tiempo acude corriendo toda la familia, Dillon detras de María.)

ESCENA XVIII.

DILLON, ANA, EDUARDO, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARIA, DERMOD.

JORGE Y MAUR. (*Salen dando un grito de espanto.*) ¡ Ah !

JORGE. ¡ Es el señorito !

DILLON. (*Precipitándose en el pabellon.*) ¡ Un asesinato ! ¡ En mi casa !

JORGE. (*Oponiéndose al paso de Ana, que acude con Eduardo.*) ¡ Ah, señora, no os acerqueis, yo os lo suplico !... ¡ Retiraos !

ISAB. (*Llegando la última.*) Madre mia, madre mia, mi hermano no está en su cuarto.

ANA. (*A quien todos tratan de contener.*) ¡ Mi hijo ! ¡ Ah ! ¡ Dejadme, dejadme ! (*Corre hácia el pabellon; pero al llegar sale Dillon en un desórden espantoso. Al verle se detiene, y da un grito de horror adivinando su desgracia en los ojos de su esposo.*) ¡ Ah ! ¡ Mi hijo ya no existe

(Cae desmayada en los brazos de Jorge : Eduardo la sostiene.)

ISAB. (*Queriendo entrar.*) ¡ Hermano mio!

(Corre hácia el pabellon; Dillon la contiene cogiéndola un brazo. Consternacion general. Dermod da algunos pasos, lo observa todo, y cae el telon al completarse este cuadro final.)

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un vestíbulo que da sobre un jardin, en el cual se ve el pabellon donde ha perecido el jóven Dillon. Se conoce que esta decoracion es correlativa á la primera, y que la puerta del fondo del vestíbulo es la misma cuya fachada exterior se ha visto en el primer acto. A derecha é izquierda, en los segundos y terceros bastidores, puertas de distintas habitaciones. Una lámpara de varios mecheros, colgada de la bóveda, alumbra todo el interior del vestíbulo; el exterior está sumergido en la oscuridad, ó solo iluminado por una luz azulada, efecto de la luna. Un sillon, un velador y una mesa.

ESCENA PRIMERA.

DILLON, SU MUJER, ISABEL, MARIA.

(Al levantarse el telon ya están todos en escena. Dillon en pié delante de una de las puertas laterales, y mirando con inquietud hácia el fondo, parece estar allí para impedir que entre nadie en el gabinete. Al otro lado Ana está tendida sobre un sillon, Isabel á sus piés, y María le da á oler varios espíritus que hay sobre el velador inmediato.)

DILLON. Me estremece el mas leve ruido que interrumpe el silencio aumentando el horror de esta funesta noche. Si álguien desde la muralla ó desde las casas vecinas nos hubiese visto trasportar aquí el cuerpo de nuestro desgraciado hijo, ¡ ah! éramos perdidos! (*Ana hace un movimiento de espanto.*) ¡ Silencio! (*Llegándose á ella.*) Querida esposa, y tú, hija mia, en nombre del cielo sofocad

vuestros sollozos, ahogad los gritos de vuestro dolor; temblemos si inspiramos la menor sospecha. ¡ Ah ! ¿Ignorais que una ley severa condena á ser expuesto en un cadalso el cuerpo del infeliz que se ha suicidado ?

ANA. (*Levantándose.*) ¿ Es posible ?

ISAB. ¡ Padre mio!

DILLON. Su cadáver sangriento es entregado al verdugo, ultrajado por un populacho bárbaro y furioso, arrastrado ignominiosamente, y arrojado léjos de la ciudad, privado ademas de la sepultura.

ANA. ¡ Hijo mio!

DILLON. Salvemos á lo ménos, salvemos de esos horrores los restos de nuestro hijo; ocultemos su muerte, y esforcémonos, por un exceso de amor, á triunfar de la naturaleza.

ANA. Sí, sí, esposo mio : ¡ silencio! No lloremos mas.

(Procura contener las lágrimas.)

MAR. ¡ Pobre madre! ¡ Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia.!

(Jorge entra por el fondo con una linterna en la mano, da alguno pasos, se detiene, escucha, parece lleno de temor.

ISAB. Aquí está Jorge.

ESCENA II.

Dichos, JORGE.

DILLON. ¿ Y bien, Jorge ?

JORGE. Ya son las dos; no metais ruido; en medio del silencio de la noche, el menor movimiento podria despertar á los vecinos.

(Deja su linterna en el suelo.)

DILLON. ¿ Pudo salir Eduardo sin ser visto ?

JORGE. Sí, señor. Lo primero que hice fué entreabrir con mucho tiento la puerta de la calle, y, tapando mi linter-

na, asegurarme de que no pasaba un alma al mismo tiempo. Entónces el señor Eduardo y Mauricio se fueron escurriendo á lo largo de la tapia; nadie puede haberlos visto.

(Ana é Isabel le miran con asombro.)

MAR. (*A su padre.*) ¿A qué ha salido Mauricio?

JORGE. (*Enfadado.*) ¿A qué? A acompañar á su amo... ¡de noche!

ISAB. ¡Eduardo nos ha dejado, padre mio!

ANA. ¡Y en unos momentos tan terribles!

DILLON. ¡Ah! No le culpeis; es un modelo de amistad: le he suplicado que fuese á verse con algun sacerdote de nuestro culto, y que acordase con él sigilosamente los medios de poder dar sepultura en secreto á nuestro hijo.

JORGE. Y para que el señor Eduardo y Mauricio puedan entrar sin tener que llamar, lo cual seria peligroso, he dado á cada uno una llave, y al volverme he apagado las luces y cerrado las ventanas de todas las piezas que dan á la calle; hasta ahora todo está tranquilo en el barrio. (*Aparte á Dillon.*) Querido amo, miéntras que vuelve el señor Eduardo, os suplico que os alejeis de este sitio; la vista de ese gabinete es demasiado penosa para vos y para le señora.

DILLON. Para ella, sí, Jorge; pero en cuanto á mí, yo debo...

JORGE. Nosotros nos quedaremos aquí: ¡María y yo cumpliremos con tan triste deber! ¡Obligad á las señoras á que hagan por descansar!

DILLON. (*A su mujer.*) Ana, Jorge me dice que seria mas prudente retirarnos á nuestra habitacion.

ANA. ¡Por Dios! Yo te lo suplico... ¡déjame al lado de mi hijo! Demasiado pronto... (*Se dirige hácia el gabinete.*)

DILLON. (*Deteniéndola.*) No, querida esposa; ¡ese espec-

táculo es demasiado doloroso! (*Hace señas á los demas para que le ayuden.*) Isabel...

ISAB. (*Cogiendo la mano de su madre.*) Os lo suplicamos, madre mia; venid, venid á vuestro aposento.

(Dillon é Isabel se llevan, no sin trabajo, á Ana; Jorge se une á ellos para obligarla á retirarse.)

ESCENA III.

JORGE, MARIA; y poco despues MAURICIO. (Luego que Ana, su marido y su hija se han enlazado, Jorge corre hácia el Jardin, como si se le hubiera olvidado alguna cosa.)

MAR. (*Corriendo detras de él.*) ¡ Padre, padre! ¡ Ah! No, no os vais á estas horas; no me dejeis sola.

JORGE. ¿ Y por qué no? es preciso ir á observar lo que pasa por fuera.

MAR. ¡Ay! no, no, padre mio, quedaos aquí, ó me voy yo con vos; ¡ tengo tanto miedo!...

JORGE. Vamos, niña, es caso de que... (*Alto.*) ¡Chito!

(Mauricio aparece en el fondo.)

MAR. ¡ Dios mio! ¿ Qué es aquello?

MAUR. (*En el fondo.*) ¡ Chis!

JORGE. ¿ Eh?

MAR. ¡ Llaman!

MAUR. (*A media voz.*) Señor Jorge, ¿ estáis por ahí?

MAR. ¡ Ah! ¡ Es Mauricio!

JORGE. ¡ Mauricio!

MAR. Ven, Ven... Aquí estamos.

JORGE. Y bien, Mauricio, ¿ qué hace tu amo? ¿ Qué noticias nos traes?

MAUR. Nada bueno, señor Jorge. ¡ Si supiérais!

LOS DOS. ¿ Qué?

MAUR. ¡Pobre señor Dillon! ¡ Solo un milagro de la Providencia le puede salvar!

MAR. ¿ Qué dices?

JORGE. ¿ Qué ? ¿ Se sabe ya por la ciudad?...

MAUR. ¿ Si se sabe, eh ? ¡ Canario! Todito... ¿ Qué digo? ¡De otra cosa se trata, pardiez!

LOS DOS. ¿ De qué ?

MAUR. ¡ No corre mas que una voz por todo Dublin! ¡ Dicen que el muchacho ha sido asesinado!...

LOS DOS. ¿ De qué ?

MAUR. Asesinado...

JORGE. ¿ Pues qué, no hay mas que ?... ¿ Y por quién ?

MAR. Sí, ¿ por quién?

MAUR. ¿ Por quién, eh ? Miéntras tanto, ya conoceis que un asesinato cometido en una casa cerrada, de noche... Señor Jorge, ¡ somos perdidos, somos perdidos!

(Se oye un rumor confuso y lejano.)

MAR. ¡ Ay, Dios mio!

JORGE. Parece que se oyen voces alrededor de casa.

(María corre á escuchar al fondo.)

MAUR. ¡ Llamemos al senor Dillon!

JORGE. Aguarda... ¿ A qué alarmar todavía á todo el mundo?

MAR. (*Desde el fondo.*) Oigo gente correr por la calle. ¡ Ah! ¡Alguien entra!

JORGE Y MAUR. ¡ Entran!

MAR. Tranquilizaos... ¡ Es el senor Eduardo!

JORGE. Ahora sabremos... (*Eduardo entra precipitadamente.*

ESCENA IV.

Dichos, EDUARDO.

ED. (*Con la mayor turbacion.*) ¡ Jorge! ¡ María! ¿ Dónde está el señor Dillon?

MAR. Señor Eduardo, ¡ qué cara tan asustada traeis!

ED. Os pregunto dónde está vuestro amo.

MAR. En el cuarto de la señora con la señorita.

ED. ¿No sabe todavía?... No, ya le veo. ¡Santo Dios! ¿Cómo le diré?...

JORGE. ¿Cómo, señor Eduardo, será cierto lo que acaba de decirnos Mauricio? ¿Se cree que el señorito ha sido muerto violentamente?

ED. Sí, amigos. ¡Dichosos nosotros si no pasan las conjeturas que se forman de tan horrible suposicion! Pero acusar...

TODOS. ¿A quién?

ED. Amigos mios, vosotros teneis cariño á vuestro amo; si se viese en peligro de perder la vida, ¿haríais todo lo posible por salvarle?

MAR. Sí, señor, sí; todo lo arrostraríamos.

JORGE. ¡Mi amo en peligro!

ED. Pues bien; Jorge, María, es preciso ayudarme por todos los medios posibles.

JORGE. Pero ¿á qué?

ED. ¡No hay que perder tiempo! Tú, María, entra y procura con cautela sacar aquí á Isabel; es preciso que yo la hable.

MAR. Sí, señor.

ED. Vos, Jorge, colocaos en la puerta de la calle: mucho me temo que haya un motin. Si el tropel se aumentase avisadme.

JORGE Entiendo.

ED. Tú, Mauricio, sal de casa, corre á las casas consistoriales, observa cuanto suceda, y vuelve á avisarme.

MAUR. Allá voy.

ED. Andad, amigos, andad; ¡quiera el cielo proteger mis designios!

(Los tres salen, Jorge y Mauricio por el fondo, y María por un lado.)

ESCENA V

EDUARDO.

¡Acusar á un padre de la muerte de su hijo! ¡Cruel prevencion!... funesta y bárbara ignorancia, ¡ estos son tus efectos! ¡ Por ti los hombres, los hermanos, los hijos de un mismo Dios arden en el deseo de derramar su sangre! ¡Y hombres perversos, monstruos execrables provocan estos odios insensatos ! ¡ Y combatiendo con estas armas sacrílegas, encuentran cómplices que ensalcen sus delitos! ¡Desgraciado Dillon! Sesenta años de virtudes y una vida entera irreprensible no bastan á salvarte... Eres católico, ¡y una solda palabra te ha proscrito!

(María trae consigo á Isabel.)

ESCENA VI.

EDUARDO, MARIA, ISABEL.

MAR. Sí, señora, él es : el señor Eduardo es quien quiere hablaros.

ISAB. ¡Eduardo!

ED. ¡Ah, querida Isabel!

ISAB. Amigo mio, ¿por qué no entrais á ver á mi madre? ¡os aguarda con tanta impaciencia! ¡Ah! Venid... vos sois el único que podeis reanimar á mis padres, é inspirarles algun valor.

ED. ¡Algun valor! ¡Ah, Isabel, cuánto necesitan! Estáis muy léjos de figuraros la enormidad del peligro que amenaza á vuestro padre.

ISAB. ¿A mi padre?

ED. Si los gritos de un populacho furioso no fuesen á instruiros dentro de poco de tan horrible verdad, os seria

imposible creerme: yo mismo dudo aun si mis sentidos me han engañado. ¡Ah, Isabel, el odio es, el rencor sin duda quien busca, quien reclama una víctima, porque no está en la naturaleza el acusar á un padre del asesinato de su hijo!

ISAB ¡Cielos! ¿Qué decís?

MAR. ¿El señor Dillon?...

ED. ¡Isabel, la ternura de vuestra alma, la inocencia de vuestro corazon, vuestra juventud, y sobre todo la prudencia de vuestros padres, ha corrido hasta este dia un velo entre vos y las preocupaciones crueles de los hombres! ¿Nunca habeis sabido hasta qué extremo puede llevar la prevencion y la injusticia una imaginacion extraviada y privada de la luz de la verdadera religion? ¿Nunca os habeis figurado siquiera á qué injusticias puede arrastrar el error? ¡Os estremeceis! Sí, Isabel; se dice que vuestro hermano iba á mudar de religion, y acusan á vuestro padre de haberle inmolado.

ISAB. ¡Santo Dios!

ED. Si, Dios... solo á Dios se puede invocar contra tan horrible suposicion.

ISAB ¡Un padre inmolar á su hijo! Eduardo, ¿es posible semejante crímen?

ED No, Isabel.

ISAB Pues bien, mi padre se justificará.

ED. Es perdido si no conseguimos librarle de sus acusadores, de sus jueces, del populacho de esta ciudad. Yo he contado con vuestro cariño, con vuestro valor, con el imperio que os da el amor de vuestros padres, para salvarlos de la última desdicha.

ISAB. Sí, Eduardo; hablad: ¿qué hay que hacer?

ED. Es preciso convencer á vuestro padre para que abandone su casa, que huya, que salga de Dublin.

ISAB. ¿Durante la noche?

ED. Al momento; pero al mismo tiempo que unamos nuestros esfuerzos para llevarle léjos de aquí, respetemos el corazon de un padre; que no sepa nunca que se le acusa de un parricidio; no tendria valor para resistir á tan horrible acusacion.

ISAB. ¡Oh! No, no, que lo ignore... ¡mi madre sobre todo! Eduardo, ¡cuánto me conmueve vuestro amor á mi familia!

ED. Vamos, Isabel, no perdamos un instante.

ISAB. Venid.

(Van á entrarse en las habitaciones, pero de repente se oye una confusa vocería, y se detienen espantados.)

ED. é ISAB. ¡Santo cielo!

(Jorge llega corriendo con el mayor espanto.)

ESCENA VII.

Dichos, JORGE.

JORGE. ¡Ah! Señor Eduardo, somos perdidos.

ED. ¿Qué hay?

JORGE. La calle se llena de gente que se agolpa á nuestra puerta; todos hablan y se agitan. *Allí es... sí... no... sí, señor... en casa del señor Dillon...* repiten mil voces confusas. En fin, todo anuncia una catástrofe, y no extrañaré que dentro de poco nos obliguen á abrir las puertas.

ISAB. ¿Qué seria entónces de nosotros?

ED. No, no se atreverán ántes de la venida de los magistrados; podemos aprovecharnos de ese mismo desórden; pero es preciso darnos prisa.

(Se oyen de repente grandes voces, y el ruido de varios vidrios rotos como á pedradas. Todos dan un grito de espanto.)

ED. Isabel, por Dios, conservad vuestro valor. Yo corro á...

(Se oye ruido tambien en las habitaciones.)

ISAB. (*Deteniendo á Eduardo.*) Deteneos.

(Dillon y su mujer entran precipitadamente.)

ESCENA VIII.

Dichos, DILLON, ANA.

DILLON ¡Santo Dio! ¿Qué tumulto es ese?

ANA. (*Corriendo hácia Isabel.*) ¡Hija mia!

ED. (*Precipitándose hácia Dillon, que al parecer quiere salir.*) Deteneos; que no os vean.

DILLON y *su mujer.* ¡Eduardo!

ED. é ISAB. ¡Silencio!

JORGE. ¡Querido amo! Somos perdidos.

ANA. (*A su esposo.*) Roberto, no entregues á nuestro hijo.

DILLON. Entregar á mi hijo, ¡nunca! (*Se oyen golpes fuertes afuera.*)

MAR. (*Entrando.*) Señor, señor, quieren echar las puertas abajo, quieren romper las ventanas.

(Se oyen gritos del populacho. El espanto de la familia de Dillon llega á su colmo; cada cual parece buscar un medio de salvarse. De repente suena un estrépito espantoso de ventanas forzadas y vidrieras hechas pedazos. Todos dan un grito de horror. Ana se arroja en los brazos de su esposo; Isabel se ampara de Eduardo; Maria cae sobre una silla; Jorge permanece en el fondo. Momentos de silencio. Todos escuchan con la mayor zozobra: el ruido va disminuyendo.)

JORGE. Parece que se alejan.

(Se oye el ruido de las armas de los soldados, que se suponen llegar hasta la puerta y dispersar la multitud. Maria se levanta y se acerca á su padre.)

MAR. (*Escuchando.*) Sí, sí; tranquilizaos, señor: oigo pisadas que parecen de soldados.

TODOS. ¡Soldados!

MAR. Si... Y una voz ha gritado, *retiraos*... (*Escucha*). Sí... *retiraos* dicen.

DILLON. Ya no hay remedio; es pública nuestra desgracia. Eduardo, ¿habeis visto á aquel sugeto? ¿Nos puede quedar alguna esperanza?

ED. No, amigo mio; ninguna: vuestra desgracia ha llegado al colmo, y sobrepuja todo lo que la imaginacion mas exaltada puede llegar á temer. No sé qué voz, qué espíritu infernal empeñado en vuestra perdicion ha revelado la muerte de vuestro hijo. El odio, la ignorancia, el fanatismo, el furor la han pintado al momento con el mas negro colorido; se han supuesto las circunstancias mas atroces. Los magistrados están instruidos, y reunidos ya en las casas consistoriales se disponen á daros el golpe mas sensible.

DILLON. ¿Los magistrados lo saben? Basta, Eduardo, basta; cierta es nuestra perdicion. Sí, todo el oprobio que puede humillar á los hombres va á recaer sobre un anciano, sobre una madre, sobre una hija inocente. ¡Crueles! ¡Pondrán en un cadalso el cuerpo de mi hijo, y harán apurar las heces de la ignominia á una familia espirante! Será preciso abandonarlo todo, ¡amigos, parientes, patria!... Será forzozo huir, é ir á esconder á un desierto nuestra vergüenza, nuestra miseria y nuestro dolor.

ED. ¡Ah! Ni aun podeis sospechar...

ISAB. ¡Eduardo!...

ED. Sí, amigos mios, es preciso huir; no os queda otro recurso. Huid; mi familia os ofrece un asilo en Edimburgo; yo mismo os conduciré á sus brazos, y nunca os abandonaré. Soy vuestro hijo, soy el esposo de Isabel, nuestra suerte será una misma. Venid, amigo, venid... Padre mio, favorecido por las tinieblas, aun podréis escaparos por entre la muchedumbre, ó bien por la muralla. Sí; hasta ahora no se puede haber dado ninguna órden. Venid, probaremos este último arbitrio.

ISAB. Sí, querido padre, venid.

DILLON. ¿Qué haceis, hijos mios? ¿Y mi esposa?

ED. No os abandonará.

ANA. ¿Y por qué hemos de salir de esta casa? ¿Quién cui-

dará del cuerpo de mi hijo? ¿Quién implorará la piedad de los magistrados?

JORGE y MAUR. Nosostros, señora, nosostros.

ED. Acordaos de que pueden privaros de la libertad, y separaros para siempre de vuestro esposo.

ANA. ¡De mi esposo!

DILLON. Pero, Eduardo...

ED. En nombre de lo que mas ameis, ceded á mis ruegos.

ISAB. Padre mio, si me amais, si teneis compasion de mi suerte, dejaos llevar por Eduardo.

DILLON. Quereis...

ISAB., ED., JORGE y MAR. (*Con el mayor fervor.*) Os lo suplicamos.

ANA. (*Soprendida.*) ¿Cómo? Todos...

DILLON. ¡Qué misterio!

ED. Un solo instante puede completar vuestra ruina.

ANA. ¡Su ruina! (*A Isabel.*) Pero qué, ¿corre tu padre algun otro riesgo?

ISAB. Sí, madre mia, sí... Va en ello su vida.

ANA. ¡Su vida! Marchemos, marchemos. (*Se oyen pasos precipitados.*)

ED. ¡Silencio!...

MAUR. (*Dentro.*) ¡Señor Dillon! ¡Señor Dillon!

MAR. Este es Mauricio.

ESCENA IX.

Dichos, MAURICIO.

MAUR. ¡Señor Dillon! ¡Ah! Estáis aquí... ¡Gracias á Dios! No puedo mas... he ..

ED. Y bien, ¿qué?

MAUR. Señor Dillon, vienen á prenderos.

TODOS. ¡A prenderle!

DILLON. ¿A mí?

MAUR. Toda la justicia viene detras de mí. ¡Oh! y hay justicia en Dublin, hay justicia... Eso estremece. (*Consternacion general.*)

ED. ¡Tan pronto!

MAUR. Y el mismo señor diputado de la corona en persona estaba en el consejo deliberando asunto de la mayor importancia, y el ruido del motin le hace tomar cartas en el juego.

ISAB. ¡Dios mio!

MAUR. Conque así, ya podeis cerrar y atrancar bien las puertas.

ED. Querido amigo, es preciso tratar de salir de aquí á toda costa.

ISAB. ¡Sí!

MAUR. ¿Salir? ¡Qué! ¿Por dónde? Toda la casa está rodeada de soldados... Ahora mismo acaban de dar órden de no dejar salir á nadie.

ED. ¡Ya es tarde!

ISAB. ¡Qué va á ser de él!

JORGE. ¡Pobre señor!

ANA. ¿Qué hacemos?

DILLON. (*Con serenidad.*) Resignémonos á la voluntad del Señor, y roguémosle que se digne ablandar en favor de mi hijo el corazon de los magistrados.

(Se oyen varios golpes.)

UNA VOZ. (*Dentro.*) En nombre del diputado de la corona, abrid.

(Movimiento general de espanto.)

DILLON. Jorge, ves á abrir la verja del jardin.

(Jorge vacila y mira á Eduardo, que le dice que no con la cabeza; Isabel está sumergida en la mayor desesperacion. Ana parece tratar de adivinar por quién debe temblar.)

DILLON. (*Despues de un momento de silencio.*) Andad, Jorge, andad; es forzoso obedecer.

JORGE. (*Mirando á Eduardo.*) Es forzoso... Querido amo... voy.

(Sale consternado.)

ESCENA X

Dichos, ménos JORGE.

ISAB. (*A Eduardo en voz baja.*) Eduardo, ¿será preciso instruir á mi padre?

ED. (*A Isabel en voz baja.*) ¡Ah! Tal vez no se atreverán á acusarle... Esperemos.

ISAB. Esperemos.

DILLON. ¡Ana, valor! Nuestro hijo fué culpable al disponer de una vida que el cielo le habia dado; pero nosotros somos inocentes. Por grande que sea la prevencion que puede existir contra nosotros, no hay corazon tan empedernido que pueda resistir al espectáculo que va á presentarse á los ojos de los jueces. (*Abre el gabinete.*) Allí, el cuerpo frio de un jóven, la esperanza y el objeto del amor de su familia. . ¡A sus piés, una madre, una hermana suplicándoles que respeten estos restos preciosos, y que no marquen en oprobio los últimos años de un anciano! Si permaneciesen insensibles, el mismo Dios se ofenderia de su dureza.

ISAB. (*Horrorizada.*) ¡Ya están aquí! ¡Madre mia! (*Se acerca á ella.*)

ANA. Mis fuerzas y mi valor me van á abandonar.

ESCENA XI

DILLON, ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, LORD DIPUTADO, JORGE, MARIA, ALGUACILES, MAURICIO, dos CIRUJANOS, ESCRIBANOS, etc., y guardias.

(Jorge entra el primero, enseñándoles el camino. Síguenle dos hombres con hachones encendidos y los soldados, que se colocan en el fondo. En seguida

los alguaciles, el escribano, dos jueces y dos cirujanos. Dermod se ha entrado confundido entre todos, y está en observacion entre algunos grupos. El lord diputado aparece el último, entra con viveza, y se detiene en medio del vestíbulo. Ana y su hija se arrojan á sus piés; Jorge, Mauricio y María se inclinan respetuosamente. Dillon, inmediato al gabinete, señala la puerta abierta. Dermod, en el fondo, imitando el ademan de Dillon, señala tambien el gabinete á los jueces. El lord diputado dirige á todo el mundo una mirada severa. Eduardo se mantiene al lado de Ana y su hija, dispuesto á levantarlas.)

DILLON. Señor, no tratamos de disfrazar la verdad : mi hijo no existe ; bien hubiera querido ocultar su crímen ; la naturaleza, mi ternura paternal lo exigian así de mí. No creo que haya en el mundo un solo padre que me condene... Mirad á vuestras plantas á una familia sumida en la desesperacion, cuyo honor, cuya suerte futura va á depender de vuestra humanidad.

LORD. (*A las señoras.*) Alzad, señoras. (*Eduardo las ayuda á levantarse.*) (*A Dillon.*) De un magistrado no debeis esperar sino justicia, ni otra cosa de las leyes que el castigo del crímen.

DILLON. ¡ Del crímen ! ¡ Ah, señor ! ¿ no está bastante expiado ?

LORD. Es preciso que á la sociedad se la dé una satisfaccion. (*A los cirujanos.*) Señores, entrad en esa habitacion... (*Señala el gabinete.*) Registrad el cuerpo del desgraciado que ha dejado de existir, y dad vuestro informe arreglado á la verdad. (*Ana hace un movimiento como para dirigirse al gabinete.*) Señora, quedaos aquí. (*Los cirujanos, precedidos de algunos soldados, entran en el gabinete : en seguida un juez se adelanta como para recibir instrucciones del lord diputado ; este le hace señal de que aguarde y se vuelve hácia Dillon.*) Entregad al señor todas las llaves de vuestra casa, y las de los muebles donde tengais vuestros papeles.

DILLON. ¿ A qué fin, señor ? Ninguna relacion tiene esa órden con el suceso que os trae á mi casa.

LORD. Obedeced.

DILLON. Jorge, mi antiguo criado, os entregará las llaves; hace veinte años que es el único depositario de ellas.

LORD. (*Al juez.*) Ya teneis mis instrucciones; accompañad á ese hombre. (*A Jorge.*) Vos guiad al señor, y ejecutad sin réplica cuanto os prescriba.

JORGE. Perdon, señor diputado; pero en casa de mi amo no puedo recibir órdenes sino de mi amo; si el señor me lo manda, entónces...

DILLON. Sí, amigo mio; obedeced á los magistrados.

JORGE. Basta... (*Al juez.*) Espero vuestras órdenes.

(En consecuencia de la órden del lord diputado, el juez, dos soldados y Jorge delante, salen por la puerta que da á las habitaciones. Durante esta salida, que ha causado un movimiento general, se coloca una mesa, á que se sienta un escribano, y un juez se queda á su lado en pié, como para dictarle. Eduardo hace sentar á Ana en un sillon. Isabel, María, Mauricio y él se quedan á su alrededor: Dillon está al otro lado. Los dos criados que traian hachones los han apagado; dos soldados á la puerta del gabinete. Dermod se va aproximando poco á poco al lord diputado.)

ESCENA XII

Dichos, ménos JORGE, los CIRUJANOS, el JUEZ y los soldados.

(Otro juez ó asesor entrega al diputado un papel desdoblado; este le recorre, dando algunos pasos hácia adelante.)

DILLON. ¿ Cuáles son, señor, vuestras intenciones acerca de mí y de mi familia? No parece sino que hemos cometido alguna accion culpable.

LORD. Eso, vos lo sabréis. (*Eduardo é Isabel le arrojan una mirada llena de horror.*) Tened la bondad (*Despues de registrar el papel que tiene en la mano.*) de responder á las preguntas que voy á haceros. ¿ No es cierto que solia vuestro hijo pasar fuera de casa la mayor parte del dia?

DILLON. Sí, señor.

LORD. ¿ Y salió ayer?

DILLON. No, señor; no se separó de nosotros en todo el dia.

(El lord hace seña al juez que está cerca de la mesa, y este al escribano para que escriba: á cada respuesta de importancia se repite el mismo juego escénico.)

LORD. ¿Recibisteis gentes por la noche? ¿A qué hora se retiró la concurrencia?

DILLON. A las nueve.

LORD. ¿Y á qué hora murió vuestro hijo?

DILLON. ¡Mi hijo! ¡Ah! Creo que fué hácia la misma hora.

LORD. ¿Estábais entónces con vuestra sociedad?

DILLON. Sí, señor; toda la familia se levantó para despedir á las gentes.

ANA. Querido, te equivocas... Nuestro hijo no estaba entónces con nosotros.

DILLON. Cierto, perdonad... ¡Estoy tan turbado!...

LORD. (*Al juez.*) Notad que se contradicen.

ED. ¿Cómo? Milord... ¿un padre abrumado por el dolor puede tener presentes hasta las mas mínimas circunstancias del horroroso acontecimiento que le ha privado de su hijo? ¿Habeis notado acaso que trate de engañaros? ¿Qué consecuencia podeis deducir de tan ligera equivocacion?

LORD. ¿Olvidais, caballero, que yo soy aquí el único que tengo derecho para hacer preguntas? (*A Dillon.*) ¿En dónde decís que ha perecido vuestro hijo?

DILLON. (*Señalando.*) Allí, en aquel pabellon.

LORD. ¿Y dónde dábais vuestra funcion?

DILLON. En el jardin.

LORD. (*Devolviendo al juez el papel.*) ¿Cómo? En el sitio mismo de vuestra reunion, en el mismo instante en que vuestra tertulia se recoge, y al mismo tiempo que vos estábais delante de ese pabellon... en fin, ¿espira vues-

tro hijo casi á vuestra vista? ¿Y quereis suponer que lo ignorábais?

(Dermod se acerca y habla al oido al lord diputado.)

DILLON. Nada hay mas cierto, señor.

ANA. Los gritos de nuestros criados fueron los que nos anunciaron tan horroroso acontecimiento.

MAR. (*Acercándose un poco.*) Es la verdad, señor... (*Ve á Dermod que habla al lord.*) ¡Ah! (*Anda como espantada.*)

ED. (*A María.*) ¿Qué tienes?

(Ana, Isabel y Eduardo miran á María con asombro. El diputado no ha reparado en ella, ocupado como está en escuchar á Dermod y ver el proceso verbal de las respuestas de Dillon, que le enseña el juez.)

MAR. (*A Ana.*) Señora, ¡qué hombre he visto allí!

ANA É ISAB. ¿A quién?

MAR. ¡El señor Dermod! ¡Está hablando con el lord diputado!

ANA. ¡Dermod! ¿Qué vendrá á hacer aquí?... María, ¡mira si puedes avisárselo á mi esposo!

MAR. Dejadme á mí.

(Se hace un poco atras, procurando no ser vista; pero Dermod la sorprende, y se lo hace reparar al lord diputado.)

LORD. (*A María.*) ¿Quién sois vos?

MAR. (*Temblando.*) ¡Yo! Yo, señor... yo me llamo María; soy la hija de Jorge, y la novia de Mauricio... y... y la criada de la casa.

LORD. ¿Y adónde ibais?

MAR. Señor... iba...

(Ana, Isabel y Eduardo procuran hacerla señas para que calle.

LORD. (*Reparándolo.*) Dejadla hablar, señora: María, respondedme, y decidme la verdad.

MAR. ¡Pardiez! Iba á decir á mi amo que se anduviese con cuidado.

LORD. ¡Con cuidado! ¿Por qué?

MAR. Porque... porque está ahí el señor Dermod.

LORD. ¡ Está bien ! (*María vuelve atras.*)

DERM. Ya lo oís, milord.

(Todos están asombrados, excepto Isabel y Eduardo, cuyo horror se aumenta. Los cirujanos salen del gabinete, y se fija sobre ellos la atencion general.)

ESCENA XIII

Dichos, los CIRUJANOS, y poco despues JORGE, el JUEZ y los soldados que salieron anteriormente.

(El juez entrega el reconocimiento firmado por los cirujanos al lord diputado, quien le lee por lo bajo. Suspension general.)

LORD. (*A los cirujanos.*) Señores, somos de un mismo parecer : ¿ habeis verificado exactamente las circunstancias notadas en la muerte violenta de ese jóven ? (*Responden con la cabeza afirmativamente.*) ¡ No queda la menor duda ! (*Echando á Dillon una mirada severa.*) ¡ Qué horror !

(Movimiento general de sorpresa. Jorge, el juez y los soldados entran al mismo tiempo. El juez entrega varios papeles al lord. Jorge se acerca á su amo.)

JORGE.) (*A Dillon.*) Señor, todo lo han registrado, pero en particular el cuarto de vuestro hijo, de cuyos papeles se han apoderado.

DILLON. ¡ Ah, Jorge, mi sorpresa iguala ya á mi dolor !

LORD. (*Dando á un juez un fragmento de una carta, que este último enseña á Dillon.*) ¿ Reconoceis en ese fragmento de una carta la letra de vuestro hijo ?

DILLON. Sí, señor ; sí... esta es su letra.

LORD. (*A quien el juez ha devuelto el papel.*) Oid. . ¡ Esta prueba es fulminante ! (*Lee.*) « Exigís de mí que renun-» cie á la religion de mis abuelos... ¡ Ah ! Si me dejase » llevar de mi inclinacion... » (*La sorpresa y el asombro de la familia de Dillon llegan al extremo.*) « ¡ cuán dulce » me seria volar á vuestros brazos ! Pero, ¡ ay, qué » vínculos es preciso romper para formar esos tan de-

» seados! ¿Y tendré valor para romperlos?... No: pro-
» vocaría la ira de mi padre, y esta ira seria el decreto
» de mi muerte.» (*Devuelve la carta al juez.*)

ANA. ¡De su muerte!

ED. ¡Infeliz!

ISAB. ¿Qué has hecho, hermano mio? (*El lord los observa á todos.*)

ANA. (*A su esposo.*) Roberto, ¿comprendes tú?...

DILLON. (*Al lord.*) ¡Cómo, señor, mi hijo ha escrito esas palabras! ¿A quién?

LORD. Puesto que insistís en vuestra supuesta ignorancia, voy á cerraros todas las salidas. La profunda tristeza que todo el mundo ha reparado en vuestro hijo, era efecto de su deseo de abjurar...

DILLON Y SU MUJER. ¡De abjurar!...

LORD. Y del miedo, del temor que le inspirábais.

DILLON Y SU MUJER. ¡Nosotros!

LORD. Esta noche misma debia abjurar. ¡El templo estaba ya abierto, los ministros avisados; todavía arden los candelabros que debian alumbrar esta augusta ceremonia! Ahora bien, segun resulta de vuestra propia confesion no le habeis dejado salir; á las nueve os quedasteis solo con vuestra familia... ¡y entónces pereció vuestro hijo precisamente cuando se le estaba esperando ya al pié de los altares! Ese fragmento nos revela el resto del misterio; y esta declaracion, resultado del reconocimiento de las heridas, confirma la idea de que no se ha suicidado. ¿Quién, pues, le ha muerto?

ANA. ¡Santo Dios!

DILLON. ¡Quién le ha muerto!

LORD. ¡Vos!

TODOS. (*Horrorizados.*) ¡Ah!

(Ana se deja caer sobre su asiento; su hija se cubre la cara; no pueden ser mayores el horror y la consternacion.)

DILLON. ¡ Santo cielo! ¿ Qué he escuchado? ¡ Yo degollar á mi hijo! (*Volviéndose hácia el gabinete.*) ¡ Oh, hijo mio, levántate, ven, ven á responder á los acusadores de tu padre!

ED. ¿ Es posible? ¿ Y esa odiosa mentira se ve repetida en la boca de un magistrado?

DILLON. ¡ Bárbaro! ¿ Sois padre, y os atreveis á suponer ese delito?

LORD. ¡ Suponerle! Miserable... ¡ Tuvisteis un testigo!

TODOS. ¡ Un testigo!

LORD. (*Señalando á Dermod.*) ¡ Héle aquí!

TODOS. ¡ Dermod!

DILLON Y ED. ¡Impostor!

MAUR. (*Apartando á todo el mundo.*) Esperad... Sí, sí... Toma, cierto, el señor estaba... Me acuerdo de su vestido... le conozco.... Ayer noche le vi detras de la verja... Todavía estaba allí cuando el señor Dillon salió del pabellon.

ED. ¿ Qué dices?

LORD. Da testimonio.

MAUR. Sí, señor; y el señor, que lo ha visto todo, puede decir lo mismo que yo cómo ha pasado.

DILLON. (*A Dermod.*) ¡ Ah! ¡ Si eso es cierto, caballero... Si fuisteis el amigo de mi desdichado hijo, debeis tener compasion de su padre! ¡ En nombre del cielo decid la verdad!

DERM. Oidla, pues. A las nueve salí del templo, donde se esperaba ya á vuestro hijo, y me dirigí á esta casa para llevarle conmigo y conducirle al altar. Llego y oigo á lo léjos gritos y gemidos. Empiezan á agitarme horrorosos presentimientos... Acudo temblando, y apénas llego á la verja, ¡ cuando oigo resonar las voces de muerte y asesinato ! Entro. La señora y su hija aparecen y se precipitan hácia ese pabellon ; dirijo yo tambien mis

miradas hácia él, y veo salir á Dillon trémulo, pálido, desfigurado: á su aspecto todo el mundo se detiene; y la señora, adivinando en sus facciones el crímen que acaba de cometer, exclama: ¡Mi hijo ya no existe! Asombrado entónces de tantos horrores, me apresuré á alejarme de esta guarida del crímen, creyendo que el cielo y que los hombres me mandaban reclamar la venganza: juro no haber dicho una sola palabra que no sea verdad.

ED. ¡Miserable! La calumnia mas atroz no seria tan funesta como tu pérfida verdad. (*Dillon y su mujer se quedan anonadados.*)

LORD. ¿Qué podeis responder á eso?

DILLON. Nada, señor.

ISAB. (*Precipitándose en los brazos de su padre.*) ¡Padre mio! ¿Os dejais acusar por ese monstruo? ¡Ah! Todos somos testigos de que adorabais en mi hermano.

JORGE, MAR. Y MAUR. Sí, sí, señor, todos.

ED. Milord, no podeis insistir en tan espantosa acusacion; la naturaleza os lo prohibe, y ultrajais al cielo si no la desechais. ¡Haceis á los hombres mas feroces que los mismos monstruos de las selvas! ¡Ama el tigre los frutos de su amor, y un padre los degollaria! ¡Una madre dejaria destrozar el hijo que ha criado en su seno! ¡Una madre, y la mas cariñosa, la mas respetable! ¿Será posible? Sesenta años de virtudes nunca desmentidas, la mas inalterable dulzura, el amor de padre mas puro, el mas ardiente, ¿no serán bastantes á librar á un hombre de una sospecha que ultraja á la humanidad, y cuya verdad, si fuese posible, trastornaria el órden de la naturaleza? No, no es posible... Vos mismo no lo creeis. No podeis creerlo... Ningun magistrado admite semejante delito.

ANA. ¡Ah, señor, desechad tan horrible calumnia!

(Toda la familia y los criados tienden sus manos hácia el lord diputado.)

LORD. Nada puedo escuchar, ni ménos separarme de mi deber. Sois acusado, los hechos hablan; podeis defenderos en los tribunales. (*A su séquito.*) Asegúrese al señor y á su familia, y que se traslade el cuerpo de la víctima á las casas consistoriales.

ANA. ¡Santo Dios!

ISAB. ¡Padre mio!

JORGE, MAR. Y MAUR. (*Echándose á los piés del magistrado.* Señor, ¡piedad!

LORD. (*A los suyos.*) Obedeced.

(Los tres criados se levantan sumidos en las mas profunda afliccion. Un juez, varios soldados y otras personas entran en el gabinete. Dillon se ve al mismo tiempo rodeado de soldados que deben condurcirle.)

DILLON. Querida esposa, hija mia, soy inocente. Tranquilizaos sobre mi suerte. Dios no permitirá que el justo sucumba : empero si tal fuese su voluntad... ¡ah! solo le pido que aparte de vosotras esta prueba cruel. (*Las dos se deshacen en lágrimas.*) Amado Eduardo, ¿vendréis á defenderme?

ED. Yo juro perecer con vos, ó justificaros.

(El lord diputado y cuantos lo acompañan salen. Dillon se coloca él mismo entre sus guardias, y sale echando sobre su familia miradas llenas de amargura y de dolor. Su mujer quiere dar algunos pasos parar seguir á su esposo, pero al mismo tiempo el juez y los soldados que entraron en el gabinete salen de él: síguenlos dos hombres que llevan el cadáver. A semejante vista Ana exhala un grito de dolor apartando la vista, y el telon cae en el momento en que los mozos salen del gabinete, y ántes que el cuerpo del jóven Dillon ofenda la vista de los espectadores.)

ACTO TERCERO

El teatro representa una gran sala de la casa municipal de Dublin: tres grandes puertas vidrieras de arriba abajo, y de vidrios de colores, cierran el fondo de la sala. Al fin del acto, y en el instante en que Dillon es conducido al suplicio, se abren estas tres puertas, dejando ver una plaza pública, y enfrente la torre de una iglesia. A derecha é izquierda de los segundos á los terceros bastidores dos grandes puertas de dos hojas, una enfrente de otra, adornadas segun el gusto del tiempo, y hasta las cuales se sube por dos ó tres escalones. En la de la izquierda del actor dirá una inscripcion: SALA DEL CRIMEN; en la otra: SALA DEL CONSEJO. Algunos sillones antiguos.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, DERMOD. (Dermod sale precipitadamente de la sala del crímen, y al parecer trata de huir. Eduardo sale detras de él.)

ED. Deteneos, caballero; deteneos, os digo.

DERM. ¿Con qué derecho me seguís?

ED. Habeis de oirme á vuestro pesar. Aquí, y en todas partes, solo, y en presencia de mil testigos, no podréis libertaros de la verdad. ¡En ninguna parte podréis evitar la maldicion de una familia inocente que vais á llevar al cadalso!

DERM. Caballero, ¿esa es una acusacion que intentais contra mí? ¿Ignorais que al dirigirme esos insultos ultrajais tambien la majestad del tribunal cuya sentencia no tardará en justificar mi conducta, condenando vuestros arrebatos?

ED. ¿Y sobre qué pruebas pudiera nunca ese tribunal emitir tan horrible sentencia, si vos con la mas horrenda y execrable acusacion... si vos con vuestro sacrílego juramento no hubiéseis obligado á los jueces á condenar sin

poder, sin osar siquiera consultar su propia conciencia? ¿Podrian nunca las leyes mas sábias llegar á ser armas homicidas, si no hubiese monstruos, como vos, que se atreviesen á extraviar, á engañar, á sorprender á la misma justicia? Habeis jurado descaradamente á la faz de Dios decir la verdad; he visto empalidecer á los mismos magistrados; y vos, desdichado, ¡habeis podido atestiguar entre tanto sin horrorizaros que un padre habia degollado en vuestra misma presencia á un hijo que adoraba! ¡Ah! Si vuestro perjurio no ha provocado contra vuestra cabeza mil rayos vengadores, si la tierra asombrada de soportar vuestro infando peso no ha temblado ni ha entreabierto sus profundos abismos debajo de vúestros piés, reconoced en eso mismo la infinita clemencia del Todopoderoso, que le deja á vuestro arrepentimiento tiempo para enmendar el mas horrendo delito.

DERM. ¡Esto ya es demasiado!

ED. ¡Ah! Yo no soy dueño ya de mi desesperacion. (*Tomando un tono de súplica.*) Escuchadme, estamos solos: bien podeis entenderme sin ruborizaros. Dillon es inocente, y vos lo sabeis.. Yo leo en vuestra frente que no lo dudais. ¡Pues bien! Confiadme la causa de vuestro odio: ¿qué injurias habeis recibido de esos desgraciados? Yo os indemnizaré. ¡Os han perjudicado en vuestro honor, en vuestros intereses? Yo comprometo todos mis bienes, yo os entrego cuanto poseo, y os juro ademas guardaros eternamente el secreto. ¿Os turbais¿ ¿Ah! seguid, seguid sin vacilar la voz de vuestra conciencia. Venid á retractar vuestra culpable declaracion: detened á la muerte que va á segar ya á un anciano, y la sangre del inocente no recaerá sobre vuestra cabeza, ni pedirá la vuestra en el dia del juicio terrible... Y yo os colmaré de riquezas, yo os ahorraré los horrores de un crímen, sus crueles remordimientos, y ¿quién sabe s

la próxima venganza de los hombres?... Venid, venid... Triunfen por fin la justicia y la humanidad. (*Trata de arrastrarle.*)

DERM (*Desasiéndose de sus manos.*) ¿Qué osais proponerme? ¡Yo comparecer ante el tribunal para justificar á Dillon! Si vuelvo á su presencia, temblad vos mismo, será para añadir á las demas pruebas la que me presentan las ofertas criminales que os atreveis á hacerme.

ED. ¿Es decir que en tu alma no hallan cabida los remordimientos, es inaccesible al terror que experimentan los mas empedernidos delincuentes?

DERM. Nada tengo que temer; el lord diputado está convencido.

ED. ¡Ah! monstruo... Bien sabias que no podia dejar de estarlo.

DERM. ¿Acusais al primer magistrado?

ED. No acuso mas que á ti; ¡y te acuso delante de Dios Puesto que nada puede contenerte en la senda del crímen, puesto que obcecado por tu infernal rencor no conoces que el abismo donde vas á sepultar á Dillon no volverá á cerrarse sino despues de haberte tragado á ti tambien, anda, desdichado, corre á precipitarte en él. Pero oye el juramento que hago. Si el padre de mi esposa llega á subir al cadalso, ni las entrañas de la tierra te podrán esconder de mi venganza, y tu sangre, toda tu sangre, sí, me responderá de la sangre inocente derramada.

DERM. Corro á denunciaros.

ED. (*Arrastrándole hácia la sala del crímen.*) Ven en buen hora, miserable; llega... (*Las puertas se abren estrepitosamente: aparecen dos ministros.*) ¡Dios mio! (*Eduardo y Dermod se detienen; sale un juez del tribunal.*)

ESCENA II.

Dichos, el ASESOR, poco despues JORGE, MARIA y soldados.

AS. La causa se ha terminado, y los jueces van á pasar al consejo : mandad que se abran las galerías.

(Cruza la escena, y entra en la sala del consejo. Los dos ministros salen, cada uno por una de las galerías. Oyese al punto un ruido confuso de pasos y de voces en las dos, y varios pelotones de soldados atraviesan de la una á la otra.)

ED. Se acabó : ¡van á pronunciar la sentencia! ¿no os estremeceis?

(Jorge y María acuden por una de las galerías.)

MAR. ¡Ah! Padre mio, aquí está el señor Eduardo.

JORGE. ¡Él es ! Señor Eduardo, decidnos por Dios, decidnos...

ED. (*Conmovido.*) Amigos mios, se va á pronunciar la sentencia.

JORGE Y MAR. ¡La sentencia !

(Una fila de soldados se coloca en toda la latitud del teatro, cerrando el fondo. Dos grupos de pueblo se agolpan á la entrada de las dos galerías, pero sin entrar, por contenerlos los centinelas.)

DERM. (*Viendo abrirse las puertas de las dos salas.*) Alejémonos.

(Se dirige hácia el fondo.)

El oficial que manda la tropa. Ya no se puede pasar.

(Dermod se ve precisado á quedarse; y viendo llegar de repente á Ana é Isabel, se queda en el fondo junto á los soldados, procurando ocultarse.)

DERM. ¡Procuremos evitar las miradas!

MAR. Mi ama...

ED. ¡Ah! (*Ana é Isabel aparecen en la mayor turbacion.*)

ESCENA III.

Dichos, ANA, ISABEL.

ANA. (*Arrastrando consigo á Isabel.*) Ven, hija mia, ven; que nos encuentre tambien al paso.

ED. ¡Señora!

JORGE Y MAR. (*Besándola las manos.*) ¡Señora, querida señora!...

ED. ¿Dónde vais? ¿Cúal es vuestro designio?

ANA. ¿Sois vos, Eduardo? Amigos mios, ¡mi esposo es perdido! Van á condenarle... ¡á condenarle!... No, ¡es imposible!... ¡Hé aquí sus jueces... miradlos... ¡Quedaos, quedaos aquí conmigo! Arrojémonos de nuevo á sus plantas... imploremos su justicia.

(Eduardo, Isabel, Jorge y María la arrastran hácia uno de los extremos de la sala. Dermod permanece en el fondo. Los ministros, los jueces salen de la sala del crímen, y se dirigen hácia la puerta de enfrente de la sala del consejo; se detienen en medio de la escena para dejar pasar al lord diputado; los soldados están sobre las armas; el pueblo permanece en el fondo.)

ESCENA IV.

Dichos, el LORD DIPUTADO, JUECES, ASESORES, MINISTROS, etc.

(En el momento en que el lord diputado atraviesa el teatro, Ana é Isabel se precipitan hácia él.)

ANA É ISAB. ¡Deteneos, deteneos! (*Caen á sus piés.*)

JORGE Y MAR. (*Prosternándose tambien.*) ¡Perdon, piedad para nuestro amo!

LORD. ¿Qué haceis, señora?

ANA. Mi esposo es inocente: ¡lo juramos todos por lo que hay mas sagrado en el mundo! En nombre de ese

Dios, que os ha de juzgar á vos mismo, ¡ no consumeis la injusticia mas horrible!... ¡No deis crédito á un impostor, á un monstruo abominable! ¡Ah! No condeneis al mas virtuoso de todos los hombres... ¡mi esposo!

ISAB. ¡ Mi padre!

JORGE Y MAR. ¡Piedad!

LORD. Alzad, señora. (*A los jueces.*) Señores, es la hora del consejo.

ED. (*Pudiendo apénas contenerse.*) ¡ Crueles!

(Ana, Isabel, Jorge y María se levantan consternados.)

LORD. Las lágrimas ni las amenazas no tienen influencia sobre nuestros ánimos: hemos formado nuestra opinion; nada puede cambiarla. Salga absuelto ó condenado, pronto sabréis la suerte de vuestro esposo. (*A uno de su séquito.*) Permito al acusado que espere en esta sala que debe permanecer abierta para su familia. (*A los jueces.*) Señores, vamos.

(Todo el séquito entra en la sala del consejo. Los soldados se forman en pelotones, y el pueblo se retira: el oficial, despachando á los soldados por una y otra galería, da órdenes que indican que se van á poner centinelas en las puertas exteriores. Dermod observa todos estos movimientos deseoso de salir, y mirando con cierto temor á la familia de Dillon. Esta está sumergida en el estupor.)

ESCENA V.

ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, JORGE, MARIA.

ISAB. ¡Ah! madre mia, no perdamos aun del todo las esperanzas.

(Isabel y Eduardo tratan de llevársela.)

DERM. (Gracias á Dios, ya puedo salir... No puedo soportar su vista por mas tiempo.) (*Trata de alejarse.*)

ISAB. Salgamos al encuentro á mi padre.

TODOS. (*Con indignacion, reparando en Dermod.*) ¡Dermod!

(Este se ve rodeado por todas partes, y su turbacion misma le deja inmóvil.)

ANA. ¡Cielos! Ya le tengo delante de mis ojos.

ED. ¿Cómo? ¿Te atreves á arrostrar las miradas de tus víctimas?

ANA. ¿Maldito calumniador! ¿Vienes á cebarte en la sangre de mi esposo? ¿De qué procede este funesto aborrecimiento? ¿Qué te ha hecho Dillon, ni yo, ni esta hija desgraciada? ¿Te ha vomitado el infierno para exterminar toda mi familia?

DERM. (*Con la mayor turbacion.*) Señora...

ANA. ¡Tú eres el único que has acusado al inocente! ¡Tú quien le llevas al suplicio! Sobre ti caerá su sangre; y nuestros gritos, nuestro dolor, nuestras eternas maldiciones te perseguirán hasta dentro del sepulcro.

TODOS. Sí, ¡hasta dentro del sepulcro!

DERM. (*Asustado.*) Dejadme que me aleje.

ED. (*Persiguiéndole.*) No, ¡tú debes esperarlos! Tu suplicio comienza con el de tu víctima; pero el suyo va á ser el triunfo del justo, al paso que el tuyo no conocerá término jamas. ¡Perseguiránte sin cesar los remordimientos vengadores! ¡Llorarás noche y dia lágrimas de sangre! Y cuando se cierren tus ojos á la luz, entónces la mano de Dios te entregará á tormentos sin fin, ¡y la maldicion celeste resonará todavía en la eternidad!

DERM. (*Huyendo*) Dejadme, dejadme...

(Dermod huye con el mayor espanto. Dillon, conducido por algunos soldados, aparece en el lintel de la sala del crímen.)

ISAB. ¡Ah! ¡Hé aquí á mi padre!

JORGE. Y MAR. ¡Nuestro amo!

(Todos corren á él y le rodean con mil señales de respeto y de cariño. Los soldados se retiran.)

ESCENA VI.

Dichos, DILLON.

DILLON. ¡Cuán dulce es para mí verme de nuevo en medio de mi familia, rodeado de mis hijos!... sí, de mis hijos, ¡porque un amigo como Eduardo, criados como vosotros, no pueden ser extraños para mí! ¡Y tú, querida esposa!... (*A Isabel.*) ¡Tú, único objeto ya de nuestro amor! Llegad. Miéntras mas próximo considero el momento de nuestra separacion, ¡mas se acrecienta mi cariño, mas placer experimento al estrecharos sobre mi corazon! ¡Llorais! ¡Ah! Si es cruel, si es horroroso el dejaros, bien conozco que aun debe serlo mas para ti... (*A su mujer é hija.*) para vosotras, el sobrevivir á nuestra desgracia.

ANA. ¡No, no creas que yo pueda sobrevivir á semejante golpe!

DILLON. ¿Qué dices, Ana? ¡y nuestra hija! ¿No es bastante todavía para esa inocente criatura perder en solo un dia honor, bienes, padre y esposo? ¡Quédele á lo ménos una madre!

JORGE. ¿Y nosotros, señor? Nosotros tambien la acompañaremos; mi hija y yo serviremos á la señorita hasta exhalar el último aliento.

ED ¿Cómo, querido amigo, no conoceis ya mi corazon? Si algun dia he querido á Isabel, ¡ha sido en este dia de afliccion!

DILLON. Os creo, querido Eduardo; pero si salgo condenado, la miseria... ¡la infamia!...

ED. ¡La infamia! ¡Nunca recae sino sobre el crímen, jamas sobre la inocencia! ¿Qué digo? ¡El nombre de Dillon quedará ennoblecido por la desgracia, y yo participaré con orgullo de su mala suerte! Os roban vuestros

bienes; ¡en hora buena! Los mios pertenecen á mi madre vuestras virtudes serán el patrimonio de vuestra huérfana. En cuanto á mí, yo he protestado de vuestra inocencia, yo la proclamaré sin cesar, aun con riesgo de mi vida. ¡Oh Isabel! Y vos, su cariñosa madre y la mia tambien, cualquiera que sea el desenlace que se prepara, no recojais el don que os habíais dignado hacerme! Venid, amiga mia, y miéntras que los jurados pronuncian la suerte de nuestro padre, pidámosle que nos una, que confíe á nuestro amor á la mas cariñosa de todas las madres, y de hacernos partícipes igualmente de su infortunio, de su ternura, de su bendicion paternal.

(Se inclinan los dos á los piés de Dillon.)

DILLON. ¡Oh, hijos mios! Quiera Dios atender á mis oraciones, ¡y ojalá que mis padecimientos, ofrecidos con resignacion, logren para vosotros la felicidad que teneis tan merecida! (*Oyense pasos acelerados; acude Mauricio.*)

ESCENA VII.

Dichos, MAURICIO, el OFICIAL.

MAUR. (*Al oficial, que le impide el paso.*) Dejadme entrar; repito que soy de la familia. Pardiez, es claro; me llamo Mauricio, y soy el jardinero del novio de la hija del señor reo.

MAR. ¡Ah! Es el pobre Mauricio.

MAUR. Mirad, ahí están todos... preguntádselo si no... Pues está bueno, ¡eh!

ED. Sí, sí; ese muchacho es mi criado: os suplico que le dejeis pasar.

MAUR. ¡Hola! (*El oficial le deja pasar.*)

ED. ¿Qué quieres? ¿Qué traes?

MAUR. ¡Chiton! Señor Dillon, ¡si supiéseis lo que pasa en la ciudad!...

TODOS. (*Con impaciencia.*) ¿Qué?

MAUR. (*A Dillon.*) ¡ Quieren libertaros!

TODOS. ¿Libertarle!

ANA. Habla, prosigue.

MAUR. La gente rica, comerciantes, y sobre todo los católicos... todos se reunen... y hablan, hablan...

ED. Sigue.

MAUR. (*A Dillon.*) ¡ Y hablan de vos!

ED. ¿Qué dicen?

MAUR. (*Vacilando.*) Que... que os condenarán. (*Movimiento de horror.*) Pero ya hay mas de mil reunidos allá bajo, en la plaza; todos los pobres lloran á su bienhechor; trabajadores y artesanos os llaman su padre, su protector... y en fin, están tan decididos á presentarse al lord diputado, y hacerle presente que no debe atropellar el negocio, sino aguardar á tener mas pruebas, saliendo ellos garantes de vuestra inocencia con sus bienes, y hasta con sus vidas.

ED. ¿De veras?

ANA. ¡Ah! ¡Querido amigo!...

ED. ¿Dónde, cómo has reunido esas noticias?

MAUR. Toma, en toda la ciudad no se esconden para decirlo; hablan y gritan... y se lo dicen á todo el que lo quiere oir.

ED. ¡Basta!

DILLON. ¿Qué decís? ¿Qué vais á hacer?

ED. Voy á unirme á ellos.

DILLON. (*Deteniéndole.*) ¡Deteneos! sea injusta, ó sea merecida, ¡toda sentencia dimana de un principio sagrado!

ED. Sois inocente, y sois el padre de mi esposa.

DILLON. Deteneos, os digo; yo os prohibo...

ISAB. (*Impeliéndole.*) Eduardo, ¡salvad á mi padre!

ANA. Hijo mio, ¡ salva á mi esposo!

DILLON. ¡Deteneos!

ANA, ISAB. Y JORGE. Corred, volad...

ED. Sí; si el cielo no ha decretado la muerte del inocente, yo os restituiré el objeto de vuestro cariño.

DILLON. Deteneos, deteneos...

ANA. (*Conteniéndole.*) ¡Silencio, Roberto, silencio!

ISAB. ¡Querido padre!

JORGE. ¡Amo mio!

(Eduardo se precipita fuera de la sala. Dillon queda en medio de su familia, que le sujeta los brazos.)

MAUR. (*Exaltado.*) Marchó... ¡Santo Dios!

JORGE. (*Corriendo hácia él.*) ¡Prudencia, Mauricio, prudencia!

MAR. No grites de ese modo; todo lo vas á descubrir.

MAUR. No me importa; ya pierdo la paciencia : voy tambien...

MAR. Mauricio, ¿dónde vas?

MAUR. No te asustes, no es nada. Voy tambien á ofrecer mi persona y bienes.

(Se escapa corriendo.)

MAR. (*Detras de él.*) ¡Mauricio, Mauricio! (*Jorge la detiene.*)

ESCENA VIII.

DILLON, ANA, ISABEL, JORGE, MARIA.

DILLON. ¿Qué habeis hecho?

JORGE. Mirad á los jurados; ya salen del consejo.

ANA. ¡Santo Dios!

ISAB. ¡Padre mio! (*Todos tiemblan.*)

DILLON. En hora buena, hija mia, querida Ana : ¿no esperábamos su regreso? Ya está mi sentencia pronunciada y mi suerte decidida, y debo resignarme á la voluntad del Señor.

ANA. Mi sangre se hiela toda.

JORGE Y MAR. Aquí están.

(Abrense las puertas de la sala del consejo, y se colocan varios alguaciles á los lados. Al mismo tiempo se abren las tres grandes vidrieras del fondo de par en par, y dejan ver la plaza llena de gente. Entran soldados por entrambas galerías, y se colocan en el fondo, impidiendo al pueblo la entrada por las vidrieras abiertas. Entónces todo el consejo, los jurados, asesores, etc., salen de la sala del crimen; el lord diputado aparece en medio de ellos. Todo el mundo se coloca con el mayor órden. La cúsica toma en todo este intermedio. El lord diputado llama á un dependiente, y le entrega una órden por escrito, señalándole á Dillon, y encargándole al parecer la mayor actividad. El ministro, sorprendido, echa una mirada de compasion sobre la familia de Dillon, y sale como á pesar suyo. Un oficial se acerca, y recibe tambien del lord diputado una órden relativa á la tropa, se dirige en consecuencia al fondo de la sala y da varias órdenes; al punto entran por las galerías varios pelotones de soldados, que desfilan por la otra atravesando la plaza pública. Durante estos diversos movimientos crece por momentos la zozobra y el espanto de la familia de Dillon, que lo observa todo con la mayor turbacion. Dillon solo aparece sereno.)

LORD (*Dirigiéndose aparte á dos ministros de justicia.*) ¡Y Dermod, el acusador! Buscadle, tengo que hablarle. (*Los ministros salen en busca de Dermod.*)

ESCENA IX

LORD DIPUTADO, DILLON, ANA, ISABEL, JORGE, MARIA, JURADOS, ASESORES,

Dependientes de justicia, soldados, pueblo, etc.

ANA. (¡Cielos! ¿Qué significan esas órdenes... esas disposiciones?)

LORD. Señora, en nombre de todo el consejo os suplico que os retireis con vuestra hija. (*Las dos se acercan á Dillon, le miran asustadas.*) ¡Me habeis entendido! Alejaos.

ANA. No, señor, no; mi hija y yo nos quedaremos aquí, ¡Os declaro que no abandonaré á mi esposo! Soy inocente lo mismo que él. ¡Nuestros sentimientos, nuestras acciones son las mismas! ¡Nuestra suerte debe ser

comun! Si le condenais, ¡ toda su familia le acompañará al suplicio! Ven, hija mia; ¡ amparemos con nuestros brazos el cuerpo de tu padre! (*Le abrazan.*) Milord, ¡hénos aquí! Pronunciad la sentencia; ¡un mismo golpe nos acabará á los tres!

(El lord diputado parece conmovido; todos los jurados hacen un gesto de compasion.)

DILLON. (*Con energía.*) ¡ Y bien, señor!

LORD. ¿Os obstinais en negar el crímen de que sois reo?

DILLON. Ningun crímen he cometido; mis manos están tan puras como mi corazon: vos sois el que vais acaso á cometer uno, y muy grande.

LORD. ¿Os obstinais igualmente en callar vuestros cómplices?

DILLON. Mal pudiera haber cómplices sin existir delito.

LORD. ¡Es decir que despreciais por medio de ese culpable silencio la clemencia del cielo y la indulgencia de los hombres!

DILLON. Al contrario, las imploro; el hombre mas justo las necesita. Pero vos, señor, ¡acordaos tambien de que Dios os ve, y que va á oir vuestra sentencia!

LORD. Oidla.

(Un jurado se acerca y entrega la sentencia al lord diputado, quien la abre lentamente, y como con terror. Dillon espera, con los ojos clavados en el cielo; su mujer y su hija, á su lado, parecen implorar al cielo con fervor. Jorge y María las imitan al parecer en el otro extremo de la sala.)

ANA. (*Con voz apagada.*) ¡Dios mio! Tú sabes que es inocente; sálvale.

LORD. (*Se adelanta algunos pasos, y despues de un momento de indecision lee.*) «El tribunal reunido, habiéndose asegurado de que se ha cometido un asesinato en la persona de Patricio Dillon, sabida la causa, y examinadas las circunstancias de este atentado, que le han sido descubiertas por el testigo Dermod bajo la fe del juramento, y

resultando de las otras tres declaraciones que nadie ha podido ejecutar este crímen sino Roberto Dillon; el tribunal, por la mayoría de siete votos contra cinco, condena á dicho Roberto Dillon á la pena capital.»

(Ana, Isabel, María y Jorge exhalan un grito de dolor; aquellas dos se prosternan á los piés de Dillon, besando sus manos, que tienen cogidas, ahogadas por sus sollozos.)

ANA é ISAB. (*Pudiendo apénas hablar.*) ¡ Esposo idolatrado! ¡ Padre mio!

LORD. (*Mas rápidamente.*) « Y teniendo en consideracion las amenazas sediciosas de algunos pertubadores, opuestos á la creencia dominante de la Gran-Bretaña, el consejo determina, para dar un pronto escarmiento, y evitar cualquier consecuencia desagradable, que el sentenciado sea conducido inmediatamente al suplicio (*Ana é Isabel se levantan, á medida que lee, en el mas alto punto de desesperacion y de espanto.*); y encarga á los magistrados que permanezcan reunidos hasta el momento en que la primer campanada de la torre anuncie la muerte del reo.» (*A dos oficiales.*) Ejecutad las órdenes del tribunal.

(Movimiento general.)

ANA. ¿Conque es cierto? ¡Ah! yo te sigo á la muerte... Nadie podrá arrancarte de mis brazos; el verdugo no se atreverá á herirte sobre mi pecho.

DILLON. ¡Santo Dios! Cara esposa, ¿qué haces? ¿Qué es ya de tu valor y de tu noble resignacion? Llegó el momento en que debemos cumplir con los deberes mas grandes y mas sublimes que ha impuesto á los hombres el Todopoderoso. Sí; ¡ mi muerte y tu vida servirán algun dia de ejemplo, y esta idea debe llenarnos de un valor sobrenatural! ¡Pensemos en la eternidad para poder soportar las últimas penas de este mundo! Yo te precedo con mi desgraciado hijo.

LORD. Basta de dilaciones: que le lleven al suplicio.

DILLON. ¡ Ah! Dejadme siquiera que las abrace por la últi-

ma vez. (*Jorge y María se precipitan hácia él y le besan las manos, que él les tiende afectuosamente.*) A Dios... A Dios, amigos mios, hija mia, querida esposa... Dios mio, ampara á mi familia.. Prohibo á Eduardo que trate de vengar mi muerte. Perdono á mis enemigos, perdono tambien á mis jueces: ojalá que los perdone el cielo... Vamos... Isabel, sosten á tu madre: á Dios, á Dios.

(Quiere salir miéntras que su mujer está casi desmayada en brazos de Isabel.)

ISAB. ¡Madre mia! Ya le llevan... ¡Ah!

ANA. (*Volviendo en sí, y corriendo hácia su esposo.*) ¡Detente! ¡Detente!

DILLON. ¡Santo cielo!

ISAB. ¡Padre!

DILLON. ¡En nombre del cielo, abreviad mi suplicio!

(Separan por fuerza á Dillon de su familia, y le llevan; se le ve pasar por la plaza por detras de las ventanas de la sala. Entre tanto el lord diputado vuelve á entrar en la sala del consejo, y los soldados se retiran. Jorge ha seguido á su amo. Isabel y María han colocado á Ana en un sillon, ya desmayada. Isabel está á sus piés, y la tiene apoyada en sus rodillas; María, detras, tiene los ojos cubiertos con el pañuelo ó el delantal. Entónces Dermod, agitado de un secreto terror, aparece en el fondo de la sala, entra y se acerca reparando en el grupo de las tres mujeres, que no le ven; al mismo tiempo un mozo con una carta en la mano se deja ver en la plaza mirando por una de las vidrieras de la sala.)

ESCENA X.

ANA, ISABEL y MARIA agrupadas en un lado; DERMOD por el opuesto, y poco despues y á su lado el MINISTRO que salió ántes á buscarle; despues el MOZO, que entra con aire tímido y como buscando á alguien, y luego JORGE.

MIN. (*A Dermod.*) Esperad. (*Pasa á la sala del consejo.*)

DERM. ¿Qué me querrán? ¡Oh! (*Mirando al grupo.*) ¡Hé aquí mi obra! Satisfice mi odio... ¡consumé mi vengaza! Pero si llegase á saberse...

MOZO. ¡Gracias á Dios que me han dejado entrar! Desde las siete de la mañana ando buscando ocasion de hablar

al... (*Viendo á Ana.*) ¡Ah! ¿Qué veo? ¿Nos es aquella la pobre señora de Dillon? (*Se enjuga los ojos.*)

DERM. (Salgamos de aquí... ¡ Sufro un tormento espantoso !...)

MOZO. (*Tropezando con él.*) ¡Ah! Perdonad... Para serviros, caballero.

DERM. ¿Qué quieres?

MOZO. Nada, señor. Es una carta que traigo para el lord diputado.

DERM. ¡Una carta! (*Lo aparta á un lado con bastante inquietud.*)

ISAB. (*Que sigue ocupada con su madre.*) ¡Ay de mí! ¡No vuelve!

MAR. (*Desconsolada.*) No hay nadie que nos socorra.

DERM. (*Al mozo.*) ¿Una carta para el lord diputado? ¿De quién es?

MOZO. ¡ Oh! No miento, no, señor ; miradla, esta es. (*Sacándola del bolsillo, y leyendo el sobre.*) « Al señor Fitz Williams... lord diputado en Irlanda, por su majestad la reina de Inglaterra... »

DERM. (*Cogiéndola con desconfianza.*) Cierto. Al señor Fitz Williams... (*El mozo está distraido mirando á Ana.*) (¿ Qué es esto? Yo conozco esta letra... sí... es la suya...)

MOZO. ¿ Eh? Conoceis...

DERM. ¿ A qué hora te han entregado esta carta?

MOZO. ¡ Pardiez! Ayer á las ocho, señor. Estaba anocheciendo.

DERM. ¿ En qué punto de la ciudad?

MOZO. Señor, cerca de la casa del señor Dillon.

DERM. Pues, amigo, ahora no puedes ver al lord diputado.

MOZO. Lo siento porque ya me canso...

DERM. No obstante, dentro de un rato debo verle yo mismo; yo me encargo de entregarle esta carta... Pierde cuidado. (*Ana empieza á volver.*)

MOZO. ¿De veras, señor? ¡Eh! Pues si tuviérais la bondad...

DERM. Dentro de muy poco quedará en su poder. Anda con Dios, anda.

MOZO. Muchas gracias, señor. Os suplico que no la olvideis... (*Mirando á Ana.*) ¡Pobre señora!... ¡Qué lástima de familia! (*A Dermod, que le hace una seña para que se vaya.*) Ya me voy, señor, ya me voy, y tantas gracias. (*Vase.*)

ISAB. ¡Ya respira!... Ya abre los ojos.

MAR. ¡Señora!

ISAB. ¡Madre mia!

DERM. (*Que ha abierto la carta.*) Veamos, veamos. (*Lee bajo.*)

ANA. ¿Dónde estoy?

DERM. (*Despues de haber leido.*) (¡Cielos! ¡Oh Providencia! ¡Si esta carta se entrega soy perdido!) (*Echa á su alrededor miradas de espanto, y empieza á rasgar la carta.*) (¡Aniquilémosla!)

UN DEPENDIENTE DE JUSTICIA. (*Sale de la sala del consejo.*) Caballero, el lord diputado me manda que os lleve inmediamente á su presencia.

DERM. Ya os sigo. (*Apañuscando la carta y ocultándola en el pecho.*) (¡Que no aparezca nunca!) (*Sigue al ministro á la sala del consejo.*)

ESCENA XI

ANA, ISABEL, MARIA.

ANA. (*Levantándose sostenida por su hija y María.*) ¿Qué oscuridad me rodea? ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi esposo? ¿Qué? ¡Ya me han dejado sola!

ISAB. No, madre mia. Aqui estamos contigo.

ANA. (*Mirándolas.*) Si... ¡eres tú, hija mia! ¿Por qué llorais?

(*Las dos se vuelven para ocultar sus lágrimas; entónces Ana mira á su alrededor, procura coordinar sus ideas; recorre la sala, lee sucesivamente sobre las puertas laterales sus respectivas inscripciones, y reuniendo todas las fuerzas exhala un grito doloroso.*) ¡ Ah ! Mi esposo va á morir.

(Quiere precipitarse fuera de la sala.)

ISAB. y MAR. ¡ Madre mia!... ¡ Señora !

ANA. (*Arrastrando consigo á su hija.*) Ven, hija mia, ven. Corramos á morir con él.

MAR. (*Deteniéndola.*) ¡ Ah ! No salgais, señora, nos salgais.

(Se oyen pasos precipitados y gritos.)

ANA. ¡ Cielos ! ¡ Qué rumor ! ¡ Qué tumulto !

ISAB. y MAR. Es Eduardo.

(Este llega, y trae consigo al mozo, seguido de una multitud de personas y de Jorge.)

ESCENA XII

Dichos, EDUARDO, JORGE, EL MOZO, y gente que ocupa el fondo.

TODOS. (*Saliendo al encuentro á Eduardo.*) ¿ Y mi esposo ? ¿ y mi padre ? ¿ y mi amo ?

ED. ¡ Ah! Señora, tal vez traigo su justificacion ; una carta de vuestro hijo.

TODOS. ¿ Una carta ?

ED. (*Al mozo, que tiembla.*) ¿ Dónde está ese hombre á quien se la has entregado? ¿ Dónde está? ¡ Vamos ! ¿ Dónde está?

MOZO. Señor, ¡ por Dios ! Yo no sé. Aquí estaba... Aguardad, habrá ido á llevarla al lord diputado.

ED. ¡ Ah ! Corramos...

(Abrense las puertas y el lord diputado aparece; al verle todo el mundo da un grito y se detiene.)

ESCENA XIII

Dichos, LORD DIPUTADO, DERMOD, todos los Jurados, etc., y poco despues el pueblo y los soldados.

LORD. ¿De qué procede ese alboroto? ¿Qué reunion es esta?

(Todos los jurados salen de la sala del consejo y van llenando la escena.)

ED. (*Al mozo, á medida que los jurados van saliendo.*) Míralos bien. ¿Es ese?

MOZO. No, señor.

ED. ¿Y ese?

MOZO. No, señor.

ANA. ¡Yo tiemblo toda!

ED. Ten cuidado.

MOZO. (*Observándolos á todos.*) Tampoco, no, señor, tampoco. ¡Ah! (*Sale Dermod.*) Ese es, señor, ese es; á ese fué á quien entregué la carta.

TODA LA FAMILIA. ¡Dermod!

LORD. ¿Qué significa eso?

ED. Ese traidor tiene en su poder una carta para vos: segun todas las apariencias justifica á Dillon; es de su hijo.

DERM. ¡Yo!

LORD. ¡Una carta!

ED. Mandad que se la quiten, ú os hago responsable de la muerte del inocente.

DERM. Deteneos.

TODOS. Mandadlo, mandadlo.

LORD. Sujetadle. (*Los soldados obedecen; se le registra.*)

ANA. Daos prisa, daos prisa... Mi esposo va á morir.

(Eduardo levanta la carta en alto enseñándola á todo el mundo

TODOS. ¡Ahí está!

LORD. Dádmela. (*La abre y lee precipitadamente. Movimiento general á su alrededor.*) « No se culpe á nadie en mi » muerte. Dermod me ha conducido al borde del abismo, » y voy á quitarme la vida. » (*Volviéndose hácia Dermod.*) ¡ Miserable ! ¡ Perjuro ! (*A los soldados.*) Prendedle.

ANA. Salvad á mi esposo.

LORD. ¡ Corred, volad !

ED. (*Apoderándose de la carta.*) Dádmela, dádmela; yo seré el primero...

DERM. (¡ Soy perdido !)

(Eduardo corre agitando la carta en señal de triunfo: todo el mundo se precipita detras de él. El fondo del teatro no presenta mas que un grupo inmenso de personas. Al mismo tiempo que Eduardo va á arrojarse fuera de la sala se oye una campanada; todos se detienen. Un temblor general se apodera de todos, y la campana sigue sonando lentamente. A cada campanada todo el grupo retrocede, hasta llegar con la mayor consternacion, siempre en la misma forma, al principio de la escena. Allí Ana é Isabel caen de rodillas; el lord diputado se arroja sobre un sillon tapándose la cara, y todos los jurados, agrupados á su alrededor, parecen temer que las paredes se vengan abajo sobre ellos. Dermod se ve rodeado de soldados que vuelven con ademan furioso y rostro indignado las puntas de sus espadas contra él. El pueblo acude y llena la plaza pública.)

ED. (*Todavía con la carta en la mano.*) ¡ Ya no hay remedio ! ¡ El crímen está consumado ! ¡ El inocente espira ! ¿ Oís esos ecos lúgubres que resonarán eternamente en vuestras almas ? ¡ Los siglos venideros los oirán tambien, y el nombre de Dillon quedará grabado en la historia con caractéres de sangre ! (*Dermod, derribado por los soldados, cae, una rodilla en tierra, y se ve rodeado de espadas que le amenazan.*) ¡ Madre mia ! ¡ Isabel ! Roberto Dillon va á recibir la corona de los mártires.

FIN DEL MELODRAMA

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO

FIN DEL TOMO TERCERO.

PARIS. — IMPRENTA CHARLES BLOT, CALLE BLEUE, 7.

